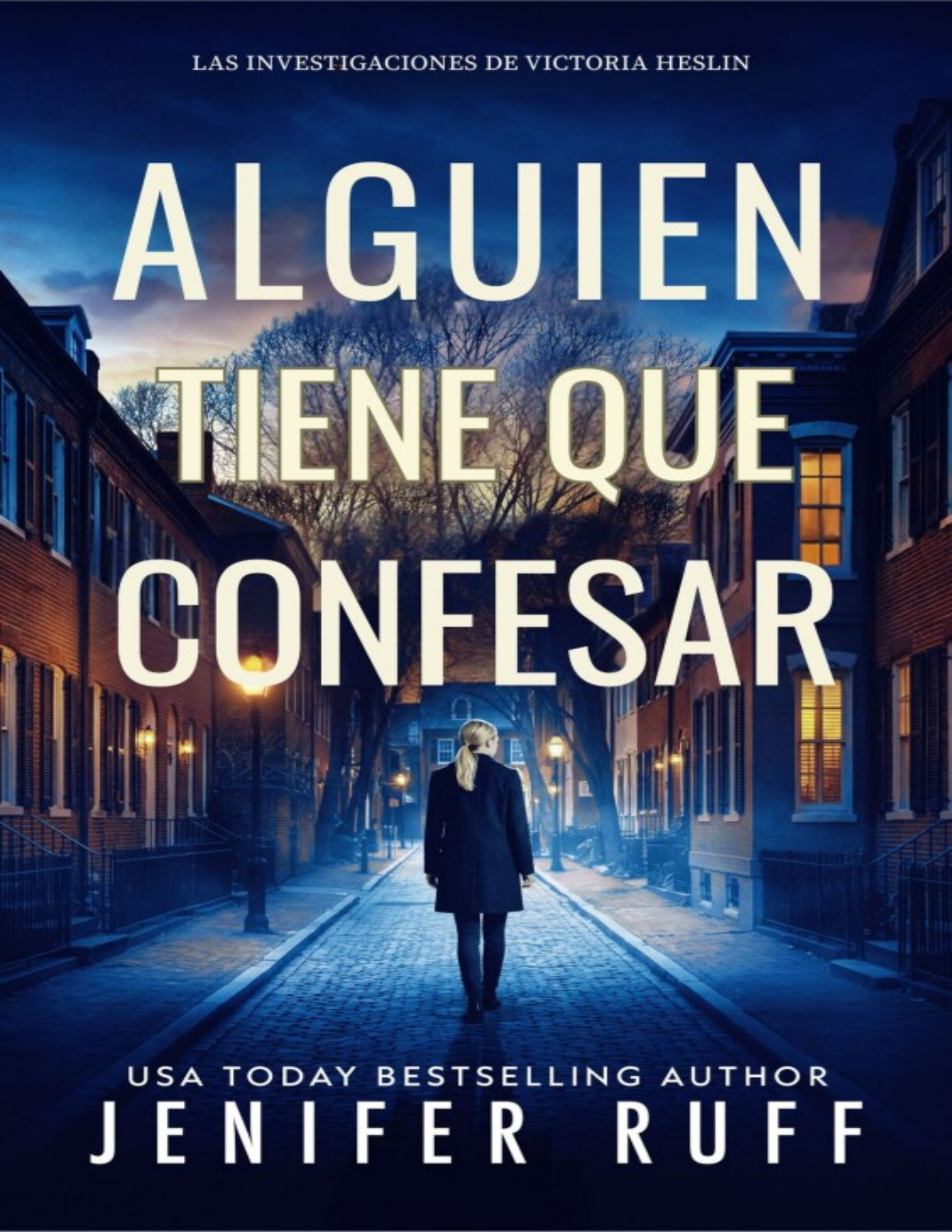
LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN

ALGUIEN TIENE QUE CONFESAR



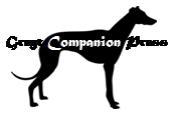
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

JENIFER RUFF

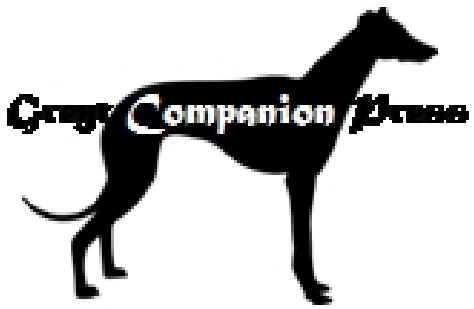
ALGUIEN TIENE QUE CONFESAR

LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN

Jenifer Ruff



Greyt Companion Press



© 2026, 2026 Jenifer Ruff. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en ella son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Traducción al español: Greyt Companion Press

Diseño de cubierta: Rainier Publishing and Jenifer Ruff

Publicado por Greyt Companion Press

Contents

Otros libros de Jenifer Ruff en español
LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN
1. CAPÍTULO 1
2. CAPÍTULO 2
3. CAPÍTULO 3
4. CAPÍTULO 4
5. CAPÍTULO 5
6. CAPÍTULO 6
7. CAPÍTULO 7
8. CAPÍTULO 8
9. CAPÍTULO 9
10. CAPÍTULO 10
11. CAPÍTULO 11
12. CAPÍTULO 12
13. CAPÍTULO 13
14. CAPÍTULO 14
15. CAPÍTULO 15

16. CAPÍTULO 16
17. CAPÍTULO 17
18. CAPÍTULO 18
19. CAPÍTULO 19
20. CAPÍTULO 20
21. CAPÍTULO 21
22. CAPÍTULO 22
23. CAPÍTULO 23
24. CAPÍTULO 24
25. CAPÍTULO 25
26. CAPÍTULO 26
27. CAPÍTULO 27
28. CAPÍTULO 28
29. CAPÍTULO 29
30. CAPÍTULO 30
31. CAPÍTULO 31
32. CAPÍTULO 32
33. CAPÍTULO 33
34. CAPÍTULO 34
35. CAPÍTULO 35
36. CAPÍTULO 36
37. CAPÍTULO 37
38. CAPÍTULO 38
39. CAPÍTULO 39
40. CAPÍTULO 40
41. CAPÍTULO 41
42. CAPÍTULO 42

43. CAPÍTULO 43
44. CAPÍTULO 44
45. CAPÍTULO 45
46. CAPÍTULO 46
47. CAPÍTULO 47
48. CAPÍTULO 48
49. CAPÍTULO 49
50. CAPÍTULO 50
51. CAPÍTULO 51
52. CAPÍTULO 52
53. CAPÍTULO 53
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
Otros libros de Jenifer Ruff en español

Otros libros de Jenifer Ruff en español

EL ASESINO DE LOS NÚMEROS
NIÑAS PERFECTAS
CUANDO NOS ENCUENTREN
LA SOMBRA DE LA DUDA
DESAPARECIÓ EL NOVIO
DESAPARECIDA EN VACACIONES
LOS CRÍMENES DE LA EXPIACIÓN
LOS ENTERRADOS
EL MAL VECINO
MENTIRAS EN LA NIEVE
ALGUIEN TIENE QUE CONFESAR

LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN

ALGUIEN TIENE QUE CONFESAR es el undécimo libro de la galardonada serie de investigaciones de la agente Victoria Heslin, de la autora superventas de *USA TODAY*, Jenifer Ruff.

CAPÍTULO 1

Si él puede salirse con la suya después de cometer un asesinato, yo también puedo salirme con la mía con esto.

Aunque me pillen, habrá merecido la pena.

Todo está listo.

Cuando pruebo el modulador, mi voz suena distorsionada y amenazadora, como el juguete de Darth Vader que tenía de pequeño. Me lo quito y lo dejo junto a la máscara antigás, el acolchado corporal y el trípode. La pistola está cargada.

No debería estarlo.

Toc. Toc. Toc. Toc.

Un golpeteo insistente. No para. ¿De dónde viene? De una puerta, no. Aquí no hay nadie más.

¿Un pájaro carpintero? No, es distinto, no suena así.

Un escalofrío intenso me recorre el cuerpo.

No viene de fuera. Está dentro de mi cráneo, cerca del oído derecho.

Toc. Toc. Toc. Toc. Toc. Toc.

El sonido es implacable, como si algo dentro de mi cabeza intentara escapar.

También me late el corazón con fuerza. Mi abuelo no era tan mayor cuando sufrió un ictus. Le dejó paralizada la mitad del cuerpo. No puedo sufrir un ictus ahora. Hay demasiado en juego.

Toc. Toc. Toc. Toc. Toc. Toc.

El mismo ritmo. No da tregua.

Por favor, para.

Me pongo los auriculares y subo el volumen de la música. Ahora mismo no puedo afrontar nada más. Tengo que concentrarme.

Llevo diez años esperando y mañana es el gran día.

Los estudiantes y sus familias se reunirán para la ceremonia de graduación. Estará presente el profesorado. Todos homenajearán a los «invitados muy importantes» por su generosidad y sus servicios.

La graduación *debería* ser un momento de celebración. Los estudiantes tienen toda la vida por delante. Se les abren posibilidades increíbles.

Pero mañana no será un día de celebración para todos.

Para una persona, va a ser el peor día de su vida.

Voy a obligarlo a decir la verdad.

El testigo falso no quedará sin castigo, y quien profiere mentiras no escapará.

Ten por seguro que tu pecado te descubrirá.

Eso aparece en algún lugar de la Biblia. En Proverbios o en Números, o en ambos. Sé dónde, pero no lo recuerdo. Da igual.

Ya casi ha llegado el momento.

CAPÍTULO 2

Miles de personas se habían congregado en el césped del campus.

Las grandes aglomeraciones ponían nerviosa a Victoria. Era extremadamente consciente de la infinidad de cosas que podían salir mal.

Desde su silla en el escenario, examinó los rostros. Fila tras fila de birretes y togas azules. Detrás se sentaban profesores, familiares y amigos. En otro tiempo, ella había ocupado aquellas primeras filas, inquieta en su asiento junto a otra docena de estudiantes cuyos apellidos empezaban por H. No parecía que hubiera pasado tanto tiempo. Le dolía la cabeza porque apenas había dormido la noche anterior, su última noche como universitaria.

Durante la ceremonia, recordó haber pensado que los discursos no acabarían nunca.

Ahora era ella quien pronunciaba uno.

—... y es para mí un gran honor —dijo el presidente de la universidad— presentar a la encargada de pronunciar vuestro discurso de graduación, una de las jóvenes graduadas más famosas y destacadas de Georgetown.

Victoria sonrió ante el énfasis que puso en la palabra «jóvenes». Pasados los treinta y cinco, ya no se sentía tan joven, y menos aún después de todo cuanto había vivido.

—Victoria Heslin ha dedicado su carrera a promover la misión de esta universidad: nuestro compromiso con la justicia y el bien común, con una vida generosa al servicio de los demás. A lo largo de sus años de trabajo de campo con el FBI, ha contribuido a hacer de nuestro país un lugar más seguro para todos. Recibamos a la agente especial Victoria Heslin.

Los aplausos se alzaron mientras Victoria se acercaba al atril. Al ajustar el micrófono, los nervios se le calmaron.

—Gracias por tan generosa presentación y por concederme este honor —dijo cuando cesaron los aplausos. Dejó que su mirada recorriera al público —. Y enhorabuena a todos los recién graduados. Os habéis ganado este momento.

Hubo más aplausos, aunque no todo el mundo aplaudió. Muchos sostenían en alto sus teléfonos para grabarla.

—Poco después de graduarme en Georgetown, ingresé en el FBI. Quería ayudar a las víctimas del mismo modo en que el FBI ayudó a mi familia en un momento difícil, cuando unos delincuentes secuestraron a mi madre. —Hizo una pausa—. Hoy habría cumplido cincuenta y ocho años.

Se permitió un segundo.

—Empecé como perfiladora del FBI e imaginaba que pasaría mi carrera evaluando a delincuentes desde la seguridad de un despacho, detrás de mi ordenador.

Entre el público se alzaron risas cómplices. Ella rio con ellos.

—Resulta que nuestros planes suelen evolucionar una vez que nos ponemos en marcha. El trabajo de campo se convirtió en mi pasión. Pero, si habéis oído hablar de mí, probablemente no sea por mis casos. —Respiró hondo—. Hace cuatro años, viajaba en el vuelo 745 de Skyline cuando se estrelló en Groenlandia. La mayoría de los pasajeros no sobrevivieron.

Un murmullo recorrió al público.

—Las temperaturas se mantuvieron bajo cero. No teníamos forma de comunicarnos y disponíamos de víveres limitados. Todos los que me rodeaban estaban heridos. —Se estremeció al recordar el horror—. Durante aquellas primeras horas, no pensaba en la justicia ni en el servicio ni en ninguno de los valores sobre los que había construido mi carrera. —Hizo una pausa—. Pensaba en volver a casa con mi familia. Me preocupaba quién cuidaría de mis perros y mis burros.

La siguieron unas risas leves.

—Espero que nadie tenga que pasar jamás por una experiencia semejante, pero aquellos días me enseñaron sobre la perseverancia más que toda una vida. Cada superviviente poseía una cualidad que los demás necesitábamos. A veces consistía en animarnos a seguir adelante cuando detenernos habría sido mucho más fácil, o en actos de generosidad cuando la situación nos daba todos los motivos para ser egoístas.

Dejó que aquellas palabras calaran.

—Lo mismo sucede en todos los ámbitos en los que vais a adentraros. En un tribunal. En un hospital. En un laboratorio. En un aula. En un gobierno. Llegará un momento de vuestra vida en el que todo será incierto, habrá mucho en juego y estaréis preocupados, incluso asustados. El miedo es una fuerza poderosa. Estrecha nuestra visión. Nos lleva a buscar a alguien a quien culpar, a alguien a quien apartar. Eso es lo que hace. No permitáis que venza.

Hizo una pausa. Tragó saliva. Se planteó beber un sorbo de agua, pero continuó. No había páginas que pasar. Se había aprendido el discurso de memoria. Las palabras fluían con facilidad porque creía en cada una de ellas.

—He trabajado en casos que todavía me atormentan. Me he sentado junto a familias en los peores días de sus vidas y he intentado ayudarlas dándoles respuestas, justicia y la verdad. Esta universidad exige un compromiso con la justicia, con el bien común, con una vida generosa al servicio de los demás. Y quiero deciros, tras una década dedicada a una carrera basada en esa promesa, que no es fácil. Pero merece la pena.

»La justicia, cuando sigue los cauces adecuados, es lenta y complicada. Exige una paciencia que la mayoría de nosotros no poseemos de manera natural, sobre todo cuando hay personas sufriendo. Pero sigo creyendo en ella.

»El trabajo que os cuesta algo es el que os cambia. Y las personas con las que lo hacéis, las que se presentan a vuestro lado cuando las cosas se ponen difíciles, son las que definirán vuestra vida.

»Enhorabuena a la promoción de 2024. Salid ahí fuera y sed útiles los unos para los otros.

Localizó a su padre y a su abuelo entre el público, detrás de la última fila de profesores ataviados con sus coloridas togas. Su padre se puso de pie y aplaudió. Cuando sus miradas se encontraron, se llevó una mano al corazón.

Victoria sintió que se quitaba un peso de encima. Aún quedaban más discursos, la entrega de títulos honoríficos y la concesión de diplomas, que siempre parecía prolongarse una eternidad, pero su intervención en público había terminado. Sí, era un honor que agradecía, pero eso no significaba que disfrutase haciéndolo.

Regresó a su asiento en el escenario mientras el presidente presentaba al siguiente orador.

Lawrence Goodman, uno de los homenajeados, estaba sentado cuatro sillas a su izquierda. Se le concedía aquel reconocimiento por su última donación multimillonaria. Habían demolido un edificio antiguo y, en el lado oriental del campus, se estaba construyendo el imponente Centro Goodman de Ética Empresarial.

Lawrence había envejecido mucho desde la última vez que lo vio. Se le habían formado bolsas bajo los ojos, tenía la papada más pronunciada y casi todo su cabello castaño se había vuelto plateado. Victoria mantuvo una expresión agradable, aunque por dentro hacía una mueca. En otro tiempo, él la había hecho sentirse incómoda. Años atrás, cuando era niña. Nunca lo había olvidado.

Lawrence se volvió y captó su mirada. Victoria apartó los ojos.

El siguiente era el decano de Estudiantes. Dedicó dos minutos completos a leer una lista de las credenciales diplomáticas de Harrison Porter, jefe de Protocolo de Estados Unidos.

Harrison se acercó al micrófono con paso indolente. En las pantallas gigantes que flanqueaban el escenario se lo vio ajustar las manos sobre el atril. Una se le resbaló. Su cuerpo se venció hacia la izquierda durante un segundo antes de que recuperase el equilibrio.

—Gracias a la Univershidá de Georgetown... Disculpen... a la Universidad de Georgetown por invitarme de nuevo. Ya soy un habitual, ¿verdad?

Victoria se preguntó por qué le costaba hablar con claridad. ¿Le pasaba algo?

Sonrió al público. —Cuando fui embajador en Alemania y la canciller se sentaba habitualmente a mi mesa...

Su discurso le pareció poco inspirador. Se limitaba a resumir su lujoso estilo de vida y los numerosos privilegios de los que disfrutaba, salpicándolo todo de nombres importantes. O quizá eso fuera lo que motivaba a la gente y, por contraste, ella los hubiera aburrido hablando de largas y poco glamurosas jornadas en pos de la justicia, además de la importancia de perseverar en situaciones penosas.

Dos horas después, aunque habían parecido muchas más, la ceremonia concluyó con «Pompa y circunstancia». El público estalló en vítores y gritos de júbilo. Los birretes volaron por los aires.

Victoria bajó las escaleras del escenario y salió en procesión junto con los demás. Por el camino, varias personas le tendieron la mano para

estrechársela y se presentaron a toda prisa.

Encontró a su familia cerca del borde del césped, donde habían acordado reunirse. Su abuelo estaba sentado en un banco a la sombra. Su padre permanecía de pie a su lado. Los dos hombres siempre habían estado muy unidos, pero, después de que su abuela muriera unos años atrás, se habían acercado aún más. Ambos eran viudos y comprendían la pérdida del otro.

—Ahí está. Has estado maravillosa, Tori. —Su padre la estrechó en un abrazo—. Ha sido muy bonito que mencionaras a tu madre. Ojalá hubiera podido verte. Le habría encantado cada palabra.

—Gracias, papá. —Victoria se apartó y se volvió hacia su abuelo, agachándose para quedar a la altura de sus ojos—. ¿Me has oído bien, abuelo?

Él frunció el ceño. —¿Me lo preguntas porque no estás segura de que tu voz se proyecte bien o porque crees que estoy duro de oído?

Ella le devolvió la sonrisa. —¿No pueden ser las dos cosas?

—Te he oído perfectamente. —Sacó de la chaqueta un pañuelo de seda azul y se secó el sudor de la frente—. Veintiocho grados en mayo. Si esto es el cambio climático, no me gusta.

—Hacía más calor cuando se graduó Alex —dijo Victoria, recordando el sofoco que había pasado durante la graduación de su hermano. Por aquel entonces era una agente novata, perfiladora del FBI. Había analizado a todos los que la rodeaban porque no podía evitarlo.

—Tienes razón, hacía más calor. Sigue sin gustarme —respondió su abuelo.

Estudió su rostro igual que había hecho diez años atrás en aquel mismo campus, preguntándose si estaría pensando en aquello de lo que nunca habían hablado. La noticia que habían recibido la mañana de la graduación de su hermano. ¿O solo se le había ocurrido alguna vez a ella?

Estuvo a punto de decir algo. Pero aquella conversación llevaba años esperando. No era el momento. En vez de eso, se incorporó y recorrió con la mirada a la multitud, que empezaba a dispersarse.

—¿Por qué no nos quedamos aquí un poco más? —sugirió Victoria.

Llevaba actuando desde que habían llegado al campus a primera hora de la mañana. Había tenido que mantener la sonrisa y mostrarse sociable mientras conocía y hablaba con tanta gente. Ya había tenido suficiente. La introvertida que llevaba dentro necesitaba tiempo para desconectar.

La mirada de su abuelo se posó en los zapatos de Victoria. —Están rozados. Tienes que cambiarlos.

—Vale, gracias. Lo apuntaré en mi lista. —Estaba acostumbrada a que su abuelo quisiera que todo fuera perfecto y velara siempre por ella.

—Lo digo en serio —dijo él—. Estabas en un escenario. Y te he oído decir que es importante compartir la verdad.

Ella rio. —Así que sí me has oído.

Su padre también se echó a reír y luego dijo: —Primero tenemos la recepción aquí y después la recepción para invitados especiales en la Casa de Antiguos Alumnos. —Bajó la voz—. Se supone que tengo que hablar con unas cuantas personas, pero tú dilo y nos vamos directamente a la Casa de Antiguos Alumnos.

—Vamos a ir los tres a ambas recepciones, Thomas —dijo su abuelo con un tono que no admitía discusión—. Sería una descortesía que Victoria no estuviese allí.

—¿Qué te parece esto? —le propuso Victoria a su padre—. Tú ponte al día con quien tengas que ver y el abuelo y yo nos reuniremos contigo allí dentro de un rato. No tengo prisa.

—Así que ahora es responsabilidad mía asegurarme de que no te escapes de aquí —dijo su abuelo. Solo bromeaba a medias. No habría sido la primera vez que Victoria desaparecía discretamente de una reunión social.

—De acuerdo —aceptó su padre—. Llámame si necesitas algo.

Victoria observó cómo se alejaba su padre. Agradecía disponer de unos minutos más de tranquilidad.

Su abuelo colocó el bastón detrás del banco. —Tu discurso ha estado muy bien. Me ha hecho pensar en la justicia y en algunas cosas más.

—¿En qué pensabas? —preguntó ella.

Él abrió la boca para responder. Se llevó una mano a la garganta en un leve gesto que apareció y desapareció en un segundo.

—Abuelo, ¿estás bien?

—Estoy bien. —Fin de la conversación.

No estaba bien. Algo iba mal. Pero Victoria conocía bien a su abuelo. No podía ayudarlo si él no quería que lo ayudasen.

Permanecieron sentados en silencio durante varios minutos, contemplando a las personas que se movían por el campus y los edificios góticos que los rodeaban. Una familia hacía fotos a su graduada con toga y birrete. Los estudiantes se abrazaban. Casi todo el mundo sonreía.

Su abuelo consultó el reloj que llevaba usando desde hacía décadas y dijo: —Deberíamos ir ya.

Victoria se levantó a regañadientes y ambos cruzaron despacio el campus, cogidos del brazo.

El edificio donde se celebraba la primera recepción era nuevo; no existía cuando Victoria estudiaba allí. De cristal y líneas modernas, se distinguía del resto de la arquitectura histórica de Georgetown. Una joven con traje de chaqueta y pantalón estaba de pie en la entrada, cotejando los nombres con una lista.

Dentro, la recepción ya estaba en marcha. Un centenar de personas o más se mezclaban en un atrio con ventanales del suelo al techo. Los camareros recorrían la sala con vino y canapés.

Victoria vio a su padre hablando con Harrison Porter y Lawrence Goodman, dos de los hombres que habían estado antes con ella en el escenario. La risa de Lawrence resonaba por todo el espacio. Harrison apuró de un trago un vaso de algún licor transparente y luego lo cambió por otro. Su padre parecía interesado en la conversación, aunque siempre aparentaba interés cuando hablaba con alguien, incluso si se aburría. La cortesía corría por las venas de su familia como la sangre.

La risa de Lawrence resonó por todo el espacio. Harrison vació un vaso de licor transparente y luego lo cambió por otro.

Mientras Victoria y su abuelo se abrían paso por la sala, un hombre de cabello oscuro se acercó por la derecha. Victoria ya se había fijado en él. Había estado coordinándose con la policía del campus. Llevaba el pelo muy corto, tenía una constitución atlética y vestía un traje oscuro. Su postura no era relajada como la de la mayoría de los demás invitados. Era del FBI o de la CIA.

—Agente Heslin. —Le tendió la mano; su apretón era firme, pero no agresivo—. Jake Miller. Soy de la Agencia. Hoy formo parte del dispositivo de seguridad diplomática de Harrison Porter. Solo quería decirle... que su discurso ha sido inspirador.

—Gracias.

Jake mantuvo los ojos puestos en Harrison Porter. —Gracias por compartir lo que sufrió tras el accidente aéreo. Había leído sobre ello, pero oírlo de primera mano ha sido impresionante. También he leído sobre algunos de sus casos. La investigación del Asesino de los Números. Un trabajo de perfilación increíble.

Victoria esbozó una media sonrisa. —Como he dicho, fue un trabajo de equipo.

—El FBI tiene suerte de contar con usted.

Antes de que pudiera responder, su atención cambió de objetivo. Se tocó el auricular y tensó el cuerpo. En una fracción de segundo, había pasado del modo social al operativo. —Disculpe, ha sido un placer conocerla —dijo mientras se alejaba escuchando algo por el auricular.

—Victoria.

El tono de voz de su abuelo hizo que se volviera de golpe.

—Ayúdame a llegar hasta esas sillas junto a la ventana para que pueda sentarme.

Ella lo sujetó del brazo para mantenerlo firme.

Su abuelo odiaba mostrar debilidad. Que le permitiera ayudarlo significaba que se encontraba peor de lo que admitía.

Mientras se dirigían hacia las sillas, vio al agente Jake Miller avanzar en línea recta hacia Harrison Porter.

Jake le dijo algo a Harrison, interrumpiendo la conversación entre este, Lawrence Goodman y el padre de Victoria.

Harrison frunció el ceño e inclinó la cabeza. Apuró de un trago lo que quedaba de su bebida y después agarró del brazo al padre de Victoria.

Jake les hizo señas hacia la salida más cercana.

Los cuatro hombres se marcharon juntos. Jake Miller, Harrison Porter, Lawrence Goodman y Thomas Heslin.

Victoria los observó a través de la ventana.

Harrison sacó del bolsillo una petaca plateada. Bebió mientras cruzaban el césped a grandes zancadas.

Los esperaba un todoterreno negro. Jake comprobó la matrícula antes de abrir la puerta trasera a los demás.

Mientras subía al vehículo, su padre miró hacia el banco a la sombra donde la había visto por última vez en el exterior.

Jake cerró la puerta trasera. En un instante, ya estaba en el asiento del copiloto.

El todoterreno se alejó.

CAPÍTULO 3

La Alumni House era un edificio histórico restaurado en el que antaño residían los presidentes de la universidad. En la actualidad, aquel espacio para eventos se reservaba para invitados distinguidos y personas que habían hecho donaciones importantes.

Victoria entró con su abuelo. Dieron sus nombres a la persona encargada de controlar el acceso. No era un estudiante, como en la recepción anterior, sino un miembro del equipo de seguridad del campus vestido con el uniforme reglamentario.

Aquella recepción era más íntima. Unas treinta personas se habían congregado en varias salas decoradas con molduras de escayola y alfombras persas. De las paredes colgaban retratos al óleo de antiguos presidentes de la universidad. En un rincón, un pianista interpretaba música clásica.

—Ahí está el bar —dijo su abuelo—. Me apetece un bourbon decente.

Victoria no quería quedarse más de lo necesario. Saludaría a unas cuantas personas y después se marcharía. Quince minutos como mucho, esperaba. Así aún tendría tiempo de hacer senderismo con sus perros por los caminos de montaña que había detrás de su casa antes de que oscureciera. Pero no podía dejar solo a su abuelo. Primero tenía que encontrar a su padre. Ya habían llegado al bar, pero todavía no lo había visto.

Pidió un bourbon para su abuelo y una limonada para ella, y después se situó en un lugar desde el que dominaba la gran sala hexagonal y la entrada principal.

Una mujer de cabello plateado y vestido azul había puesto la mira en Victoria.

—Genevieve Strauss —se presentó la mujer—. Seguro que conoce los edificios Strauss del campus.

Victoria asintió.

—Su abuela, Eleanor, y yo éramos íntimas amigas.

—Sí, lo recuerdo —dijo Victoria. Aunque su abuela nunca se había mostrado descortés, toleraba a Genevieve con una compostura impecable y se relacionaba con ella lo menos posible. Así era como la abuela de Victoria afrontaba todo cuanto consideraba desagradable o absurdo. Eleanor tenía muy poca paciencia con las apariencias. A lo largo de su vida, había aportado sus recursos con discreción y sin alardes. Si algo la molestaba, nunca se quejaba. Se limitaba a encontrar la forma de sortearlo.

Genevieve se llevó una mano a la garganta.

—Debo decirle, Victoria, que ha elegido una profesión poco convencional para una mujer como usted.

Una mujer como usted. Alguien que debería organizar reuniones sociales como aquella, no perseguir a asesinos en serie. Victoria llevaba años oyendo distintas versiones de lo mismo por parte del círculo de sus abuelos. Pertenecían a otra época. No tenía sentido discutir ese día ni explicar que preferiría hacer casi cualquier cosa antes que organizar una fiesta. Las fiestas implicaban tratar con personas, y demasiadas de ellas eran horribles. Los animales, en cambio, casi nunca la decepcionaban.

Victoria adoptó la misma compostura que su abuela y dijo:

—Me encanta mi trabajo.

Genevieve inclinó la cabeza, como si no terminara de creerla.

—No ha mencionado a los niños. ¿Tiene ya alguno?

—Paso a paso. —Victoria levantó la mano para mostrarle el anillo de compromiso que había pertenecido a su madre—. Hoy hemos tenido suerte con el tiempo. Se supone que va a llover mucho durante los próximos días.

Por si aquel brusco cambio de tema no bastaba para reconducir la conversación, agradeció que su abuelo llamara su atención para preguntarle:

—¿Has visto a tu padre? Dijiste que había salido del campus con Lawrence Goodman y el embajador Porter. ¿Están aquí?

—Todavía no los he visto.

Victoria lo llamó. El teléfono de su padre sonó cuatro veces antes de que ella le dejara un mensaje en el buzón de voz.

—Hola, papá. Estamos en la Alumni House. ¿Dónde estás?

También le envió un mensaje: *Estoy en la recepción para invitados especiales con el abuelo. Ven pronto, por favor. Quiero irme de aquí.*

Unos minutos más tarde, el mensaje seguía apareciendo como entregado, pero no leído.

No era propio de su padre no responder. Tras la muerte de su madre, había establecido una norma: sin importar lo que estuviera haciendo, si Victoria o su hermano Alex lo llamaban, respondía. Nada era más importante para él que mantenerse en contacto con sus hijos. Si no podía contestar, enviaba uno de aquellos mensajes predefinidos: *Estoy en una reunión, te llamaré más tarde.* Pero esta vez no llegó ningún mensaje semejante.

Victoria volvió a recorrer la sala con la mirada. Ni rastro de su padre ni de los hombres con quienes se había marchado.

—Ahora vuelvo, abuelo. Voy a buscar a papá. ¿Estás bien?

—Claro que estoy bien.

Dejó a su abuelo en el bar y regresó hacia la entrada principal, aunque tardó más de lo debido. Se vio atrapada en tres conversaciones distintas. Le pidieron dos fotografías. Para cuando llegó hasta el guardia de seguridad, había perdido otros diez minutos.

—Disculpe, estoy buscando a mi padre. Thomas Heslin. Debería haber llegado en un todoterreno negro del Gobierno con Harrison Porter, Lawrence Goodman y el agente Jake Miller.

El guardia examinó la tablilla sujetapapeles y recorrió con el dedo la lista de nombres.

—No he registrado su entrada.

—¿Está seguro? —preguntó ella.

—Completamente. Todo el que entra en este recinto tiene que hacerlo por la puerta principal y quedar registrado. Es una lista bastante exclusiva. —Volvió a mirar la tablilla—. No están aquí.

Si se había producido un cambio de planes, resultaba extraño que su padre no se lo hubiera comunicado.

Intentó localizarlo de nuevo. Esta vez, su teléfono sonó una sola vez y después se cortó, como si alguien hubiera rechazado la llamada.

Victoria salió por las puertas principales y se dirigió a un rincón tranquilo del jardín delantero desde el que se veía la entrada. A la sombra de un árbol que llevaba allí varias vidas, buscó los datos de contacto de Jake Miller en

la base de datos interinstitucional. La llamada pasó al buzón de voz: «Ha llamado al agente especial Miller. Deje un mensaje».

No se molestó en dejar ninguno. En vez de eso, llamó al servicio de seguridad de la CIA.

—Soy la agente especial Victoria Heslin, del FBI. Necesito localizar al agente Jake Miller, actualmente asignado al equipo de seguridad del jefe de Protocolo Harrison Porter. El agente Miller no contesta al teléfono.

—Un momento, por favor.

Victoria esperó con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Agente Heslin? —Una mujer se puso al aparato—. Soy la supervisora McDonald. Me han dicho que está buscando al agente Miller.

—Sí. Salió de la recepción de Georgetown con Harrison Porter y otros dos hombres, entre ellos mi padre. —No tenía ningún motivo urgente para localizarlos; solo estaba preocupada. No podía imaginar adónde podrían haber ido en vez de acudir a aquella recepción organizada expresamente en su honor.

—Permítame comprobarlo. —Se produjo una pausa y se oyó el tecleo de un teclado—. El agente Miller está asignado a Harrison Porter hasta las once de esta noche. El próximo acto del embajador es una cena privada a las seis de la tarde en Georgetown. Antes de eso, tiene programada la recepción de la universidad en la Alumni House.

—Estoy allí ahora mismo y él no está aquí.

—No hay nada más en su agenda. Si se hubiera producido un cambio de ubicación, el agente Miller ya debería haber informado.

—¿Puede rastrear el vehículo que tienen asignado?

—Veamos. Un Chevy Suburban negro. Matrícula... —Le leyó el número.

—Por favor, localice el GPS de ese vehículo.

Unos segundos después:

—No responde. O bien el GPS está desactivado o bien se encuentra en una zona sin cobertura.

Aquello no era un malentendido. Algo iba mal. Victoria permaneció en el jardín, con el teléfono en la mano y las notas del piano llegando desde las ventanas abiertas. Intentó encontrar una sola explicación razonable.

No pudo.

Entonces su teléfono vibró.

Un mensaje. De su padre.

El alivio fue una sensación bienvenida... hasta que abrió el mensaje.

Los 4 hombres están a salvo. De momento.

Victoria contempló el mensaje, desesperada por obtener más información, pero no había nada aparte de aquellas seis palabras. Su padre no las había escrito. Otra persona tenía su teléfono.

La parte de «de momento» le produjo escalofríos. Era una amenaza inequívoca que la hizo temer lo que pudiera ocurrir después.

Respondió: *¿Quién eres? ¿Qué quieres?*

No hubo respuesta.

Su mundo se redujo a un único y terrible foco. Durante un instante, volvía a tener veinte años y acababa de enterarse de que unos delincuentes habían secuestrado a su madre.

Pero Victoria ya no era una estudiante. Era una agente federal con medios y formación, y quince años de experiencia persiguiendo a personas que hacían daño a los demás.

Dominó sus emociones y llamó al agente especial al mando de la oficina local de Washington D. C.

—Rivera —respondió él. Después, al darse cuenta de quién llamaba, añadió—: ¿Victoria?

Se oían voces de fondo. Sonó una bocina estridente. Estaba en un partido de baloncesto.

—Sí, soy yo y necesito su ayuda. Hace aproximadamente una hora, se llevaron a cuatro hombres del campus de la Universidad de Georgetown.

—¿Se los llevaron? —Su tono había cambiado por completo.

—Sí, los secuestraron. Y uno de ellos es mi padre.

CAPÍTULO 4

Victoria entró a toda prisa para buscar a su abuelo.

—Ahí estás —dijo él al verla.

—Perdona, abuelo. Tenemos que irnos.

Él escuchó mientras Victoria le explicaba la situación.

—¿No crees que habrán parado en algún otro sitio por el camino? —preguntó.

—No, él no puede hacer eso.

—¿Cómo que no puede?

—Quiero decir que sí puede, pero va con un agente de la CIA que tendría que informar de cualquier parada que no estuviera autorizada de antemano. Además, ese mensaje se envió desde su teléfono. Papá jamás me mandaría algo así. No tiene ninguna gracia.

—Tienes razón. ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—Mis compañeros están al tanto de la situación. Me reuniré con ellos y les contaré lo que sé.

Volvió a mirar el teléfono por si había recibido otro mensaje o una respuesta al último que había enviado. Nada.

Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza y la adrenalina le recorría el cuerpo. Bastante esfuerzo le costaba no echar a correr mientras avanzaba hacia el coche al paso de su abuelo. Sus problemas de salud le daban derecho a una tarjeta de estacionamiento para personas con discapacidad. Ella le había dicho que solicitara una, pero él no quería. Aquel día les habría venido bien. La impaciencia le revolvía las entrañas.

Él se detuvo, aferrado al bastón.

—Debería ir contigo y ayudar.

—Gracias, abuelo —dijo ella, suspirando al ver que parecía aminorar aún más el paso—. Pero necesito llevarte a casa para poder concentrarme en encontrar a papá. Eso sí, ten el teléfono a mano por si necesito localizarte.

Por fin llegaron al coche. Victoria abrió la puerta del copiloto, deseando haberle pedido un vehículo o haber solicitado a alguien de la recepción que lo llevara a casa. Pero no había pensado con claridad. Además, llevarlo ella misma era lo correcto. Sentía como si acabara de perder a su padre por un giro inesperado de los acontecimientos. No podía perder también a su abuelo. Tenía que asegurarse de que llegara sano y salvo. Después iría directa a la oficina para averiguar qué estaba pasando.

Su abuelo subió al coche. No siguió discutiendo, y Victoria se lo agradeció.

Ella se acomodó al volante.

—Ponte el cinturón —dijo mientras ya salía marcha atrás.

Cuando estuvieron en carretera, llamó a su asesor financiero. Saltó el buzón de voz.

—Steve, soy Victoria Heslin. Se han llevado a mi padre. Lo han secuestrado. Si recibo una petición de rescate, necesito estar preparada. No puede haber demoras. Por favor, liquide parte de mis activos. Tres millones para empezar. Después, llámeme.

Cuanto antes satisficieran las exigencias de los secuestradores, más posibilidades habría de que su padre regresara sano y salvo. No esperaba que Rivera ni el FBI discreparan de ella en ese punto, aunque todavía no estaba segura.

—Así que *sí* puedes permitirte unos zapatos nuevos —dijo su abuelo—. Pero yo también puedo ayudarte con el dinero.

—Gracias. Te avisaré si necesito más.

—Tu madre... —empezó él.

—Ya sé lo que pasó —dijo Victoria, acelerando para cruzar un semáforo en ámbar—. El FBI lo hizo todo bien, siguió todos los protocolos de negociación. Mi padre reunió el dinero del rescate... y, aun así... —Apretó los dientes, incapaz de pronunciar aquellas palabras en voz alta—. Esta vez será diferente.

—No iba a decir eso. Iba a decir que tu madre estaría orgullosa de ti. De cómo estás afrontando esto y de los recursos que tienes a tu disposición.

Victoria inspiró hondo y le dedicó una sonrisa tensa, con los labios apretados. Tenía razón. Su puesto les daba ventaja. Sabía exactamente a quién llamar y cómo poner las cosas en marcha, y tendría acceso a información privilegiada. Pero si, Dios no lo quisiera, aquello no acababa bien, jamás se lo perdonaría.

Si ella no hubiera pronunciado aquel discurso, su padre no habría estado en Georgetown. Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, él no se habría visto involucrado.

Mientras cambiaba de carril, intentando llegar a casa de su abuelo en tiempo récord, llamó a su prometido. Un primo de Ned se graduaba aquel mismo día. Ante la insistencia de Victoria, él había ido a reunirse con su familia.

Ned respondió al segundo tono.

—¿Qué tal ha ido tu discurso?

—Bien, pero tenemos un problema grave. Han secuestrado a mi padre en el campus.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Mientras atravesaba Georgetown, le contó los hechos: la precipitada marcha de su padre con los otros tres hombres y el inquietante mensaje que había recibido desde el teléfono de este.

—Voy a llevar a mi abuelo a casa y después iré a la oficina local. Rivera organizará un grupo especial.

—Claro. Sí. Eso está bien.

Victoria y el agente Dante Rivera habían tenido una relación amorosa en el pasado. Habían seguido siendo amigos y compañeros, y desde entonces su relación había sido estrictamente profesional. Ned lo sabía. Nunca había dicho que le molestara.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Ned.

—Cuando vuelvas, ocúpate de los perros, por favor, para que yo pueda trabajar en esto. Puede que esta noche no vuelva a casa. —No sabía cuánto duraría la situación, aunque rezaba para que todo terminara pronto. Sin saber por qué se habían llevado a los hombres ni qué querían sus captores, ni siquiera podía calcular unos plazos.

—Hecho. Avísame si surge cualquier otra cosa. Te quiero, Victoria. Vas a encontrarlo.

—Sí. Lo haré. Voy a encontrarlo. Yo también te quiero, Ned. —Se lo decía todos los días, pero en aquel momento sentía esas palabras más que

nunca. Nada como la posibilidad de perder a alguien para hacerte valorar todo lo que tenías en la vida y lo fugaz que podía llegar a ser. Un minuto estaba con su padre y al siguiente él había desaparecido. Ojalá se hubiera quedado a su lado en vez de intentar evitar la recepción durante unos minutos más. Tal vez nada de aquello estaría sucediendo. Estarían juntos en la Alumni House, ajenos a la desgracia de la que se habrían librado por los pelos.

Pero no tendría una segunda oportunidad para revivir aquel día, ni ningún otro.

Terminó la llamada y siguió conduciendo.

Veinte minutos después, llegaba a casa de su abuelo, una gran vivienda de estilo colonial apartada de la calle y rodeada de árboles maduros.

Maureen, su ama de llaves interna, había aparcado su Subaru plateado a un lado del camino de entrada.

—Llámame en cuanto sepas algo —dijo su abuelo mientras ella lo ayudaba a salir del coche y a llegar hasta la puerta principal, avanzando penosamente cuando lo que Victoria quería era correr.

—Estará bien —añadió él—. Es mi yerno favorito.

—Es tu único yerno, abuelo.

—Eso no cambia lo que he dicho.

Lo dejó con su ama de llaves y condujo hacia la oficina local del FBI en Washington, con la mente ya en modo investigador. El mensaje se repetía en su cabeza: Los 4 hombres están a salvo. *De momento.* ¿Qué quería el secuestrador? ¿Un rescate? ¿Información? ¿Algo más?

El hermano de Victoria la llamó mientras ella atravesaba Judiciary Square.

Ya lo sabía.

—El abuelo acaba de llamarme y me ha contado lo que ha pasado. Joder. ¿De verdad crees que alguien se los ha llevado?

—A estas alturas no se me ocurre ninguna otra explicación, así que sí. Pero ya estoy trabajando en ello. Te lo prometo.

—Lo sé. Me alegro de que seas tú. Eso es bueno. ¿Voy para allá?

—Todavía no, Alex. No hasta que tengamos más información. Te mantendré al tanto. —No quería que su hermano se apresurara a tomar un vuelo de Colorado a Washington D. C. Acababa de empezar un trabajo nuevo, tenía una esposa embarazada y, en ese momento, poco podía hacer allí aparte de compartir su preocupación. Angustiarse no ayudaría, y ella

necesitaba recordárselo también a sí misma, porque se le daba bastante bien imaginar todos los peores desenlaces posibles. Así era como anticipaba los siguientes movimientos y lograba ir un paso por delante en sus investigaciones. Pero en aquella situación, con su padre implicado, tenía que mantener el control.

Ya en el edificio de la oficina local del FBI, Victoria mostró sus credenciales al personal de seguridad y tomó el ascensor hasta la quinta planta. Los tacones bajos que se había puesto para la ceremonia repiquetearon sobre las baldosas mientras avanzaba casi corriendo por el pasillo. Quería arrancárselos y ponerse un calzado con el que pudiera correr.

Se detuvo en seco ante la puerta abierta de una sala de conferencias. Varios agentes con ordenadores portátiles estaban sentados alrededor de una mesa grande: su amigo Sam y el agente Dave Peterson, que vestía ropa de golf. El agente Rivera permanecía de pie a la cabecera, delante del emblema del FBI colgado en la pared. Llevaba gorra, camiseta y pantalones cortos de baloncesto. Era evidente que había ido directo desde el gimnasio y no se había detenido a cambiarse.

Sam vestía vaqueros y una sudadera gris con capucha, su indumentaria habitual, lo que hacía imposible saber si se había apresurado a acudir a la oficina como Rivera o si ya estaba trabajando allí un sábado. Por lo que Victoria sabía tras haber trabajado con él, lo más probable era que ya estuviera en la oficina.

Durante un segundo espantoso, pensó que se trataba de alguna otra crisis que exigía los mismos recursos.

Entró precipitadamente en la sala.

Rivera sostuvo su mirada.

—Victoria. Ya estás aquí.

—¿En qué estáis trabajando? —preguntó ella, casi sin aliento.

—En el secuestro de tu padre —respondió Rivera—. ¿En qué otra cosa íbamos a estar trabajando? Hemos confirmado la identidad de las cuatro personas desaparecidas. El jefe de Protocolo Harrison Porter. El filántropo Lawrence Goodman. El agente de la CIA Jake Miller. Y tu padre, el financiero Thomas Heslin.

La rodilla de Victoria no dejaba de moverse bajo la mesa. No le gustaba la palabra «financiero». Su padre jamás la habría usado para describirse. Además, estaban perdiendo el tiempo: ella ya les había dado los nombres de los hombres. Tenían que avanzar.

—Las grabaciones de seguridad del campus muestran que salieron a las 14:47 en un Chevy Suburban negro con matrícula diplomática. —Rivera proyectó las imágenes en un gran monitor de pared.

La impaciencia de Victoria se disipó. En el tiempo que ella había tardado en llevar a su abuelo a casa y desplazarse después hasta la oficina, ellos habían reunido al equipo y conseguido imágenes del vehículo en el que se habían marchado los hombres.

—Los vi subir —dijo—. Jake iba en el asiento del copiloto.

—No hemos identificado al conductor. Desde este ángulo no se ve si es un hombre o una mujer. El vehículo se dirigió hacia el este y después hacia el norte. Le perdimos la pista en una zona sin cámaras cerca de Rhode Island Avenue. No era un vehículo oficial del Gobierno, aunque lo parecía, matrícula incluida. La policía lo está buscando y recopilando las grabaciones de las cámaras de los comercios situados a lo largo del trayecto.

Victoria estudió la pantalla y observó cómo el todoterreno desaparecía entre los edificios.

—¿Lo sabe alguien más? Quiero decir, ¿es de dominio público lo del secuestro?

—Todavía no —dijo Rivera—. Será mejor que siga así el mayor tiempo posible, o esto se convertirá en una locura.

—Este es el mensaje que recibí. —Abrió el mensaje enviado desde el número de su padre y le entregó el teléfono a Rivera.

Él lo leyó en voz alta:

—Los 4 hombres están a salvo. De momento.

—¿Eso es todo? —preguntó Sam—. ¿No hay exigencias?

—Eso es todo —respondió Victoria—. ¿Podemos obtener una ubicación?

Sam abrió su programa de rastreo e introdujo el número de teléfono del padre de Victoria. El programa se puso en marcha, analizó los metadatos del mensaje y rastreó la información de encaminamiento.

Al cabo de un minuto apareció el resultado: ubicación bloqueada. Origen imposible de rastrear.

No le sorprendió. Los secuestradores habían hecho desaparecer a cuatro hombres. Uno de ellos era un agente de seguridad de la CIA entrenado. Eso resultaba más impresionante que bloquear la señal del teléfono. Los responsables sabían lo que hacían y cómo ocultarse.

Peterson tiró del cuello de su polo.

—Agente Heslin, teniendo en cuenta que su padre es una de las víctimas, ¿debería trabajar en este caso?

Había buenas razones para que los agentes no trabajaran en casos que implicaran a familiares o amigos íntimos. Las mismas por las que los médicos no debían operar a miembros de su propia familia. Resultaba difícil ser objetivo. La gente creía que podía desconectar sus emociones, pero no era así. Aun con todo, Victoria no pensaba irse a ninguna parte.

Se volvió hacia él.

—Conozco a los cuatro desaparecidos. Estaba en Georgetown cuando se los llevaron. He recibido la única comunicación de los secuestradores. Puede que vuelva a ponerse en contacto conmigo. Me necesitan. Me quedo.

—Además, tiene más experiencia que cualquiera de nosotros en casos de personas desaparecidas —añadió Rivera—. Emma Manning. Scott Redmond. Avery Jennings, por mencionar solo algunos. Se queda si quiere. —Se volvió hacia Victoria—. Has dicho que los viste marcharse. Cuéntanos paso a paso lo que ocurrió.

Demasiado inquieta para permanecer sentada, Victoria echó la silla hacia atrás y se levantó. Era plenamente consciente de que cada minuto contaba. Tenían que actuar con inteligencia, minuciosidad y rapidez.

—Estábamos en una recepción de graduación en la Universidad de Georgetown. Jake Miller se presentó. Era el agente de seguridad de Harrison Porter.

—¿Qué dijo? —preguntó Rivera.

—Dijo que había seguido algunos de mis casos. Harrison estaba hablando con Lawrence y con mi padre cuando Miller recibió una llamada, o pareció recibirla —añadió, puesto que solo había visto la reacción de Miller—. Fuera lo que fuese lo que oyó, hizo que sacara de allí a Harrison Porter a toda prisa. Y también a los otros hombres. Todos se marcharon juntos.

—Parece una amenaza para la seguridad —dijo Rivera—. ¿Ocurrió algo después?

—No que yo sepa, y me quedé allí otros veinte minutos con mi abuelo. Tenemos que conseguir el registro de llamadas de Miller y averiguar quién lo llamó.

—Ya estoy con ello —dijo Sam.

—¿Qué más? —preguntó Rivera.

—Subieron al todoterreno negro —prosiguió Victoria—. Pero nunca llegaron al segundo acto. —Dejó de caminar de un lado a otro y se dirigió a

los agentes sentados alrededor de la mesa—. ¿Alguien se ha puesto ya en contacto con las otras familias? ¿Sabemos si alguna de ellas ha recibido también un mensaje?

Sam respondió:

—He hablado con la mujer de Harrison. No ha recibido nada. La CIA ha dejado un mensaje al contacto de emergencia de Jake: su esposa, de la que está separado. Lawrence no tiene familia directa, pero sí muchos empleados. Todavía no sabemos muy bien con quién se pondrían en contacto en su nombre.

Victoria agradecía que Sam hubiera reunido aquella información tan deprisa.

—Entonces, ¿de momento soy la única que ha recibido un mensaje? —Frunció el ceño—. ¿Por qué yo?

—Los secuestradores quieren llamar la atención, pero quizá sea algo más. Quieren que los escuchen y los comprendan —sugirió Sam—. Eres del FBI. Ya has trabajado antes en casos así.

Así era. Un asesino en serie había dejado el mensaje «Esta es vuestra expiación» en escenas del crimen preparadas a lo largo de toda la costa este. El asesino quería que la gente supiera que las víctimas habían hecho algo malo.

Peterson interrumpió sus pensamientos.

—¿Es posible que no sepan que pertenece al FBI? Quizá solo sepan que una de las víctimas le importa y quieran atormentarla.

Victoria deseó que pudieran descartar la hipótesis de Peterson. Un secuestrador que quería un rescate o algo con lo que presionar era un problema que sabía resolver. Llevarían a cabo una transacción o gestionarían una negociación. Un psicópata que disfrutaba haciendo sufrir a la gente era un asunto diferente y menos predecible. Esperaba que no fuera eso. Sin embargo, el mensaje la inquietaba. Aquella última parte amenazadora resonaba en su mente: *De momento.*

Junto a la pizarra blanca, Rivera cogió un rotulador.

—Analicemos todo lo que tenemos hasta ahora. —Escribió cuatro nombres en la pizarra.

Thomas Heslin
Jake Miller
Harrison Porter
Lawrence Goodman

—¿Conexiones? —preguntó.

—Bueno, la evidente: todos estaban en Georgetown. —Victoria señaló los nombres—. Lawrence y Harrison estuvieron antes conmigo en el escenario durante la ceremonia de graduación.

Sam ladeó la cabeza.

—¿Por qué estabais todos en el escenario?

—Ellos recibieron doctorados honoris causa por su apoyo a Georgetown. Yo pronuncié el discurso de graduación.

Todos la miraron dos veces.

—Eso es fantástico —dijo Sam mientras los demás asentían—. Ojalá nos hubieras contado que ibas a hacerlo. Me habría encantado escuchar tus palabras de sabiduría.

—Probablemente esté en internet —dijo ella, cortando cualquier conversación adicional sobre su discurso de graduación—. ¿Alguien conoce al agente Jake Miller?

Nadie lo conocía.

—He avisado a la policía —dijo Rivera—. Ese todoterreno es ahora mismo nuestra mejor pista. Están buscando el vehículo y reconstruyendo su recorrido. Mientras tanto, tenemos que averiguarlo todo sobre estos hombres y comprobar si hay algo que los conecte. Enemigos comunes, negocios compartidos, cualquier cosa que pudiera llevar a alguien a querer a los cuatro.

—Está bien, debemos hacerlo, estoy de acuerdo —dijo Victoria—. Pero tened presente que quizá no exista ninguna conexión. Simplemente estaban juntos. Puede que uno de ellos sea el objetivo y los demás sirvan como medio de presión.

—Es cierto —dijo Rivera—. Pero, si existe una conexión, nos llevará hasta quien se los haya llevado. Yo me ocuparé de Harrison Porter e investigaré su pasado.

—Yo me ocuparé del agente Miller —dijo Sam—. La agencia tendrá un expediente sobre sus antecedentes.

Rivera se volvió hacia Peterson.

—Ocúpese de Lawrence Goodman.

—Y yo investigaré los antecedentes de mi padre —dijo Victoria, deseando saber dónde estaba y cómo se encontraba. Por encima de todo, esperaba que estuviera sano y salvo.

CAPÍTULO 5

Thomas Heslin no estaba bien, pero estaba vivo.

Despertó con un dolor atroz que le atravesaba la frente. Un sabor espantoso le llenaba la boca y le recubría la lengua. Se obligó a abrir los ojos. El estómago le dio un vuelco.

Los tubos fluorescentes del techo iluminaban una habitación gris, con paredes de bloques de hormigón y suelo de cemento. Sin ventanas. El aire frío olía a humedad y a cerrado.

—No se mueva demasiado deprisa o vomitará, como casi me ha pasado a mí. —La voz masculina procedía de detrás de él.

Thomas se incorporó y volvió la cabeza, haciendo caso omiso de las náuseas que le recorrían el cuerpo. El guardaespaldas de Harrison Porter, el hombre que los había escoltado desde el campus, estaba sentado en el suelo con su traje oscuro.

Thomas intentó recordar algo que explicara dónde se encontraban. Recordaba haber estado en la recepción de la graduación y que el agente le había dicho a Harrison que tenían que marcharse de inmediato. Harrison había insistido en que Thomas y Lawrence lo acompañaran. Thomas no recordaba por qué había accedido.

Al otro lado de la amplia estancia, Lawrence Goodman y Harrison Porter yacían boca arriba en estrechos catres, como cadáveres. El brazo de Lawrence colgaba por un lado y su mano casi tocaba el suelo.

—Están vivos —dijo el agente, como si hubiera leído los pensamientos de Thomas—. Siguen inconscientes. Nosotros somos los primeros en

despertar.

Thomas intentó hablar. Tosió y volvió a intentarlo.

—¿Qué lugar es este?

El agente se hundió los dedos en el pelo.

—No lo sé. He recobrado el conocimiento solo unos minutos antes que usted. Estamos en un sótano. O en un búnker. La puerta se cierra desde fuera. No hay ventanas, como es evidente. Hay conductos de ventilación cerca del techo, así que tenemos aire, pero no son lo bastante grandes para pasar por ellos.

La habitación era grande, de unos nueve por doce metros, y tenía una puerta de acero.

Entre los catres había un frigorífico pequeño, de los que se usan en las residencias universitarias. En una esquina había dos cubos grandes con tapa. Retretes improvisados.

Thomas no sabía qué pensar.

—Soy Jake. Jake Miller —dijo el agente.

—Yo soy Thomas Heslin. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo hemos acabado aquí? —Thomas también recordaba haberse sentado en la parte trasera del todoterreno junto a Harrison, que le había dado un codazo en las costillas al sacar una petaca del bolsillo de la chaqueta. Recordaba a Jake sentado en el asiento del acompañante y a Lawrence haciendo un comentario grosero sobre una chica que había pasado por allí.

Thomas no lograba recordar quién conducía. Poco después de subir al vehículo, lo había vencido la somnolencia. Durante un instante se había preguntado por qué. Ahí terminaban sus recuerdos. Igual que cuando cuentas hacia atrás para el anestesista antes de una operación. Diez, nueve, ocho, siete... Después, nada.

—Nos gasearon en el vehículo —dijo Jake—. Cuando me di cuenta de lo que estaba ocurriendo, ya era demasiado tarde. Intenté bajar la ventanilla..., pero no podía moverme y perdí el conocimiento. Fue rápido.

—¿Y el conductor? —preguntó Thomas.

—Si también se hubiera desmayado, habríamos tenido un accidente. No creo que lo tuviéramos. Yo no estoy herido, ¿y usted?

Thomas concentró la atención en los brazos. En las piernas. En el cuello. Se sentía aturdido y mareado, pero no le dolía nada. No tenía cortes, rasguños ni moratones recientes.

—Así que fue el conductor quien hizo esto. ¿Lo conoce?

—No. Mi supervisor me dio la matrícula del vehículo que esperaba a Porter. Nunca había visto al conductor.

—¿El mismo supervisor que le dijo que abandonara la recepción?

Jake asintió.

—¿Dónde estamos? —preguntó Thomas.

—No lo sé. A estas alturas podríamos estar en cualquier parte. Podrían haber conducido durante horas mientras estábamos inconscientes.

Thomas se registró los bolsillos. No tenía el teléfono. Ni la cartera. Ni las llaves. Se lo habían quitado todo.

Del exterior llegó un rumor grave que fue aumentando de volumen. Un tren. Estaban cerca de una vía férrea. El ruido alcanzó su punto máximo y luego se desvaneció.

Por lo que sabían, podían encontrarse en pleno centro de la ciudad. O cerca de un pueblecito perdido en medio de ninguna parte.

Thomas se acercó a la puerta de acero y aporreó el metal.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¿Nos oyen?

Jake se unió a él y ambos descargaron los puños contra el metal. Los golpes sordos resonaron en la estancia de hormigón, amortiguados por los gruesos muros.

—¡Socorro! —gritó Jake—. ¡Estamos encerrados!

Dejaron de gritar y golpear y aguzaron el oído.

Nada.

Al otro lado de la habitación, Lawrence Goodman gimió. Abrió los ojos con un aleteo de párpados y los entornó, desconcertado. Su expresión no tardó en transformarse en alarma. Se incorporó demasiado deprisa y acto seguido se encorvó hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas. Su fino pelo plateado se erizaba en ángulos extraños.

—¿Dónde demonios estoy?

—No lo sabemos —dijo Thomas—. Nos drogaron.

—¿Nos drogaron? ¿Quién? —Lawrence se puso una mano en la cadera y clavó la mirada en Jake—. Sáqueme de aquí.

—Estoy en ello —respondió Jake.

—¡Pues dese prisa! —gritó Lawrence, fulminándolo con la mirada.

—¿Le han quitado el teléfono? —preguntó Thomas.

Lawrence se palpó primero los bolsillos de los pantalones y después los de la chaqueta.

—Sí. Se lo han llevado todo. —Levantó la parte delantera de la chaqueta, dejando a la vista un desgarrón en la tela—. Y de paso me han destrozado el traje.

Todos se volvieron cuando Harrison comenzó a moverse en el otro catre. A diferencia de Lawrence, no pareció confuso al abrir los ojos. Contempló las paredes de bloques de hormigón, la puerta de acero y los cubos del rincón. Su expresión adoptó una resignación cansada, como si no fuera la primera vez que despertaba en un lugar extraño sin tener la menor idea de cómo había llegado allí.

Lo primero que hizo Harrison fue meter la mano en el bolsillo lateral de su americana. Frunció el ceño al sacarla vacía; luego se levantó, fue hasta el pequeño frigorífico y bebió media botella de agua antes de dignarse a reconocer la presencia de los demás.

La falta de reacción de Harrison dejó estupefacto a Thomas.

—¿Qué es esto? —preguntó Harrison al fin, trazando un arco con un brazo para abarcar la habitación.

—No sabemos nada de nuestra situación —dijo Lawrence, señalando a Jake con un dedo acusador—. Solo que estamos aquí gracias a él.

Jake ignoró la acusación.

—Nos han mantenido con vida y han abastecido ese frigorífico. También han dejado los cubos. Por algún motivo, quieren que sigamos vivos.

—Dinero —dijo Harrison—. Tiene que ser eso. El Gobierno no negocia con terroristas, eso lo sabe todo el mundo, así que se trata de dinero. Y Lawrence tiene diez veces más que todos nosotros juntos.

Lawrence cambió de postura en el catre.

—Debería haber traído mi propio equipo de seguridad.

—Secuestrar a un jefe de Protocolo en activo no es lo mismo que llevarse a un empresario cualquiera —dijo Harrison, lanzando una mirada a Thomas al pronunciar empresario cualquiera—. Por mi culpa, esto es un incidente internacional.

—Tal vez sea justo eso lo que quieren —dijo Jake—. Un incidente internacional y toda la atención que conlleva. Probablemente defiendan alguna causa.

Harrison se acercó a la puerta y la aporreó con ambos puños.

—¡Dejadnos salir! ¡Retenernos cautivos viola el derecho internacional humanitario! ¡Habrá consecuencias! —Despotricaba como un hombre acostumbrado a que lo escucharan, pero a Thomas le recordó a los clientes

que hablaban con voz fuerte y segura precisamente cuando más inseguros se sentían.

Harrison volvió a golpear la puerta.

—¡No tenéis ni idea de con quién os estáis metiendo!

Siguió sin haber respuesta.

—O pedirán un rescate —dijo Jake—, o quieren información o influencia política.

Harrison frunció el ceño.

—Eso no lo conseguirán de mí. No tengo acceso a operaciones clasificadas.

—Tiene contactos —dijo Jake—. Su prima estuvo casada con el hijo del presidente.

—Hace años. —Harrison siguió caminando, con los ojos recorriendo de un lado a otro el suelo y el techo, en busca de algo.

No había forma de salir. Thomas ya había aceptado ese hecho. Al parecer, Harrison necesitaba llegar a esa conclusión por sí solo.

Un sonido distinto hizo que todos contuvieran la respiración.

Pasos.

Unas pesadas botas resonaban con estrépito fuera de la habitación y se acercaban.

La cerradura giró.

Jake se colocó entre la puerta y los demás hombres. No tenía ningún arma.

Thomas esperaba que el agente estuviera bien adiestrado para pelear, por si se llegaba a eso.

La puerta se abrió con un chirrido de bisagras oxidadas.

Una figura armada llenó el umbral. Medía más de metro ochenta y tenía los hombros anchos. Una gruesa capa de acolchado bajo la ropa aumentaba su volumen. Llevaba un pasamontañas negro, guantes negros, camisa y pantalones negros y botas de trabajo.

Apuntó a Jake con la pistola.

—Retroceda —dijo con una voz distorsionada por un modulador electrónico.

Jake dio dos pasos hacia atrás mientras alzaba las manos.

El pulso de Thomas se disparó. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron en torno a una sola pregunta: ¿a qué venía todo aquello?

A su lado, la respiración de Lawrence se hizo más ruidosa. Rápida y superficial.

La figura enmascarada permaneció en el umbral abierto. Unas gafas oscuras le ocultaban los ojos. Movió la cabeza de un rostro a otro. Haciendo recuento. Cuando llegó a Thomas, se detuvo apenas un instante más que con los demás.

—Caballeros, estoy seguro de que se preguntan qué hacen aquí —dijo.

—Por supuesto que sí —espetó Harrison—. Y usted no tiene ni idea del lío en el que se ha metido.

La figura enmascarada prosiguió como si nadie más hubiera hablado.

—Todos están aquí porque quiero justicia. Aunque sospecho que algunos de ustedes ya lo saben.

Dirigió la mirada hacia Lawrence. Y la mantuvo fija en él.

Lawrence frunció el ceño.

—No me mire a mí.

—Esto es ilegal y demencial —dijo Harrison—. No tengo ni idea de qué está hablando.

—Pronto la tendrá. —Una vez más, la mirada de la figura pasó de un hombre al siguiente—. Uno de ustedes destrozó la vida de una persona. Gracias a su dinero y sus contactos, salió impune, como si nunca hubiera ocurrido. Pero eso termina aquí. Ha llegado el momento de confesar. Hasta que lo hagan, ninguno podrá marcharse.

—¿Eso es lo que tenemos que hacer para salir de aquí? —preguntó Lawrence—. ¿Uno de nosotros tiene que confesar?

—Parece que me ha entendido perfectamente, señor Goodman. Eso es todo. La verdad los hará libres. Por si no lo sabe, es de la Biblia. Juan 8:32. Digan la verdad y todos saldrán de aquí.

—¿Y si no sabemos qué verdad quiere oír? —preguntó Thomas.

—Entonces es usted un monstruo aún peor de lo que creía. —La figura se balanceó hacia delante sobre las botas, con una mano enguantada apoyada en el marco de la puerta—. Tienen todo lo que necesitan. Comida, agua y, lo mejor de todo..., se tienen los unos a los otros. Resuélvanlo entre ustedes. Pero no tarden demasiado o no les gustará lo que ocurra.

Se marchó. La puerta se cerró. La cerradura giró con un golpe sordo, como si se sellara una cámara acorazada.

Toda la situación era tan surrealista que Thomas apenas podía creer que estuviera ocurriendo. Era como si participaran en una especie de concurso

televisivo retorcido. Su mente daba vueltas. La adrenalina lo mareaba.

¿Una confesión sobre qué? No se le ocurría nada. ¿Qué podía haber hecho cualquiera de ellos para justificar aquello? Thomas estudió a los hombres que lo rodeaban.

Lawrence tenía la cara congestionada por la furia. En cambio, Harrison había palidecido. Se había aflojado la corbata y llevaba la camisa por fuera del pantalón. Incluso Jake, que debía de tener formación para una situación como aquella, permanecía de pie con las manos cerradas en puños y el rostro tenso.

—¿Sabe alguno de ustedes de qué estaba hablando? —preguntó Thomas.

Nadie afirmó saberlo.

Jake entrelazó las manos.

—Ha dicho que alguien se libró de algo gracias a su dinero y sus contactos. Podría ser cualquiera de ustedes.

—Ese tipo es un lunático —dijo Lawrence—. No me fío de nadie que cite la Biblia. Tenemos que salir de esta prisión. Más vale que alguien nos encuentre antes de que esto vaya a más. Si usted también ha desaparecido, sabrán que no nos hemos escabullido para ir a una fiesta privada, ¿verdad? —Lawrence señaló a Jake.

Jake asintió.

—Sí. Tengo que informar a unas horas concretas. Ya deberían saberlo.

—Bien. Entonces nos rescatarán en cualquier momento, ¿no? —preguntó Lawrence.

—Eso espero —respondió Jake.

Thomas se alegró de oírlo. No solo la CIA estaría en alerta, sino que Victoria también se habría dado cuenta de que le había ocurrido algo. Movilizaría todos los recursos del FBI.

—Mi hija nos encontrará —dijo.

Por fin estaba seguro de algo.

CAPÍTULO 6

Había pasado una hora en la sala de conferencias del FBI mientras los agentes investigaban y hacían llamadas. No habían recibido más mensajes del teléfono de Thomas Heslin. Tampoco había nuevas pistas de la policía ni de la CIA.

Victoria se sirvió una taza de café. Bebió sin saborearlo.

Sam fue el primero en exponer. Había preparado un resumen de los antecedentes de Jake Miller, el agente de la CIA desaparecido.

Victoria dedicó a Sam una sonrisa tensa, contenta de que ahora estuviera allí, trabajando con ella para averiguar por qué habían desaparecido su padre y otros tres hombres y, sobre todo, cómo recuperarlos.

—La CIA ha confirmado que Jake ha faltado a tres contactos programados. No consiguen localizarlo —dijo Sam mientras proyectaba en la pared la primera foto de Jake. La imagen aparecía centrada, con un encabezado y, debajo, una cronología de la carrera de Jake codificada por colores. Las presentaciones de Sam siempre parecían haber requerido varios días de preparación, no menos de una hora.

Victoria estudió la fotografía del agente de la CIA. Tenía exactamente el mismo aspecto que cuando lo había conocido ese mismo día. Pelo oscuro cortado al rape. Piel clara. Su trabajo consistía en proteger al jefe de Protocolo. No lo había conseguido. Victoria procuró no juzgarlo con demasiada dureza, ya que no sabían qué había ocurrido. Ni siquiera sabía si el agente seguía vivo. Pero el hombre al que Jake debía proteger ya no estaba a salvo. Y, presumiblemente, su padre tampoco.

Sam continuó pasando diapositivas. —Jake Miller tiene treinta y tres años. Sus padres emigraron de Israel en los ochenta. Su padre trabajó como ingeniero. Su madre fue profesora en Maryland. Jake se graduó *cum laude* en la American University hace once años. Estudió Relaciones Internacionales. Su primer empleo consistió en evaluar riesgos para una empresa privada de Washington D. C. Trabajaban con muchos clientes europeos y el puesto exigía viajar por todo el mundo. Hacía frecuentes viajes a Londres y París.

—A mí me parece un buen trabajo —dijo Peterson.

Sam asintió sin perder el hilo. —Esa consultora se disolvió. No puedo acceder a sus archivos ni a la lista de clientes. Es difícil saber qué hacía exactamente Jake mientras trabajaba allí.

Victoria tamborileó con los dedos sobre la mesa, incapaz de estarse quieta. No era raro que una empresa disuelta destruyera o eliminara sus archivos. Pero aquello implicaba que había lagunas imposibles de llenar en el historial de Jake.

Sam prosiguió: —Jake dejó el sector privado al cabo de cuatro años y se presentó voluntario al proceso de selección de la CIA. Su primer destino fue la sección de Oriente Medio. Trabajó como analista en Langley durante dos años. Después pasó a operaciones. Estuvo dieciocho meses en la delegación de Damasco, hasta que cerró. Luego, Ankara. Por resumir los aspectos más destacados de su expediente: hace seis años sacó a pie de Ankara a un activo cuya tapadera había quedado al descubierto. Cruzaron dos fronteras en setenta y dos horas. Sin bajas. La operación fue propuesta para una condecoración. —Sam frunció el ceño—. Por lo que he averiguado, Jake no comete errores por descuido..., lo cual hace que lo de hoy resulte interesante.

—Por desgracia, siempre hay una primera vez para equivocarse —dijo Rivera—. Aunque este error es bastante grave. Aun así... estoy pensando que..., con ese historial y esa experiencia, ¿por qué se dedica Miller a escoltar diplomáticos ahora?

Sam cruzó los brazos. —Yo me pregunté lo mismo, y quizá ocurrió algo que no figura en su expediente. Sin embargo, consta que Miller *solicitó* el traslado. Pidió específicamente un puesto de escolta. Sus evaluaciones de rendimiento son buenas, pero su último supervisor sobre el terreno añadió una nota. —Sam bajó la mirada—. Dijo que Miller «mostraba indicios de fatiga operativa y se beneficiaría de un periodo de menor exposición».

Podría ser una forma burocrática de decir: este hombre necesita un descanso antes de convertirse en un lastre.

—¿Él sabía que pensaban eso? —preguntó Victoria.

—Probablemente. Mi impresión es que ya no podía más —respondió Sam—. Ocurrió algo, *o* acabaron pasándole factura siete años viviendo en lugares donde todo el mundo podía estar intentando matarlo, sin quedarse nunca el tiempo suficiente en un sitio como para echar raíces. En comparación, un puesto de escolta diplomática debía de parecerle unas vacaciones.

Victoria entendía la necesidad de tener un trabajo con horario regular. Tras años con una agenda imprevisible, sentía un impulso parecido de cambiar de profesión. Le encantaba su trabajo, pero quería pasar más tiempo en casa. No quería que Ned y su familia estuvieran siempre preocupados por su seguridad y tuvieran que suplir constantemente sus ausencias. Pero aquel no era el momento de pensar en eso. Dejó esas reflexiones para más adelante y siguió escuchando.

—No hay medidas disciplinarias en el expediente de Miller. Sus evaluaciones de rendimiento son sólidas. —Sam cambió de pantalla—. Tiene una habilitación de seguridad de alto secreto. Se la renovaron hace ocho meses. Está registrado como independiente. No hace donaciones a campañas políticas. Como cabía esperar, no tiene presencia en redes sociales.

—¿Familia? —preguntó Victoria.

—Sus padres han fallecido. Tiene un hermano en Oregón. Y una exmujer de la que seguimos esperando noticias. Brandi Smith Miller. Se divorciaron hace cuatro años, después de un matrimonio breve. Sin hijos.

—Volveré a intentar hablar con su ex —dijo Victoria.

Llamó al número que Sam le había dado.

Alguien contestó.

—¿Diga?

—¿Señora Smith? Soy la agente especial Heslin, del FBI. Lamento ponerme en contacto con usted así, sin previo aviso. La llamo por su exmarido. Jake Miller.

—Acabo de escuchar el mensaje de otro agente —dijo Brandi—. ¿Está bien Jake? ¿Qué ha ocurrido?

—No estamos seguros. Estamos intentando localizarlo. ¿Ha recibido hoy algún mensaje o llamada inesperados? ¿Alguien que preguntara por Jake o

le pidiera que le transmitiera alguna información?

—No. Nada de eso. ¿Qué clase de situación es esta? ¿Está en peligro? ¿Estaba trabajando?

—Todavía estamos recabando información. ¿Cuándo habló con él por última vez?

—No... Ah... Sí... Hace dos meses. Me llamó por mi cumpleaños.

—¿Puede contarnos algo que nos ayude a entender su estado de ánimo actual?

—Ay, Dios. ¿Qué puedo decir...? El estado de ánimo de Jake siempre ha sido el mismo, desde que lo conozco. Vive entregado a su trabajo y lo hace todo según las normas. Es una persona con la que se puede contar. Y es amable. —Hizo una pausa—. Nuestro matrimonio era otra cosa. Siempre había una parte de él que estaba en otro lugar. No era culpa suya ni mía. Nunca conseguí llegar a él. Al final dejé de intentarlo. Pero Jake es un buen hombre. ¿Está metido en problemas?

—Lo siento, pero aún no lo sabemos. Si recibe algún mensaje o llamada, póngase en contacto conmigo de inmediato. Y, por favor, no hable con la prensa. Eso podría perjudicar nuestras posibilidades de... Por favor, limítese a no hablar con los periodistas.

Victoria le dio su número, prometió mantener informada a Brandi y terminó la llamada.

—Bien —dijo Rivera—. Sigamos con los antecedentes de Jake. ¿Cuál es su situación económica?

Sam pasó a otra diapositiva. —Sueldo normal de funcionario. Alquila un apartamento de un dormitorio en Alexandria y conduce un Honda Accord. Su puntuación crediticia es de 720. Nada ostentoso. Vive de acuerdo con sus posibilidades.

—¿Deudas? —preguntó Rivera.

—Préstamos estudiantiles, poca cosa, saldados hace poco. Ninguna transacción ni ingreso de efectivo sospechosos. Sus extractos bancarios son aburridos. Alquiler, suministros, comida, pedidos a domicilio.

—¿Qué más? —preguntó Rivera.

—Juega al baloncesto en una liga amateur los jueves por la noche.

—Sí, lo he visto en las pistas. El tío tiene un buen tiro en suspensión —dijo Rivera—. Aunque nunca supe cómo se llamaba. No sabía que era él hasta que has enseñado su foto.

Sam continuó: —Cuando no trabaja, va siempre al mismo bar de Arlington: The Dubliner.

—Ese sitio es muy ruidoso —dijo Peterson—. Intenté llevar allí a la familia hace poco y por dentro parecía una fiesta universitaria.

A Jake le gustaba ir siempre al mismo bar. Jugaba al baloncesto todos los jueves. Después de siete años de vida sin rutinas, se había creado una rutina al regresar al país. A Victoria le parecía lógico.

—No veo ninguna señal de alarma que lo convierta en blanco de sobornos o amenazas —dijo Sam—. Al no tener familiares cercanos, resulta más difícil sobornarlo o presionarlo.

Sam pasó a la siguiente diapositiva, un resumen del registro telefónico del agente. —Mantiene un contacto habitual con su equipo del DSS y hace alguna que otra llamada nocturna a su hermano los miércoles. No hay ningún patrón de llamadas inusuales en las semanas anteriores al secuestro.

—¿Y la llamada que recibió en Georgetown? —preguntó Victoria—. La que hizo que sacara de allí a toda prisa al jefe de Protocolo. En eso es en lo que debemos centrarnos.

—Estaba a punto de llegar a eso.

El tono de Sam reveló a Victoria que había encontrado información importante.

—La llamada procedía de un número del Departamento de Estado, la línea directa de su supervisor. Se llama Robert Barnes —dijo Sam.

Rivera se irguió. —¿Ha hablado con el supervisor?

—Desde luego —respondió Sam—. Barnes no hizo esa llamada. No pudo hacerla. En ese momento estaba reunido con el subsecretario. Su teléfono se encontraba sobre el escritorio de su despacho.

Hasta ese instante había existido una remota posibilidad de que todo aquello fuera un malentendido. Que nadie hubiera sido secuestrado. Que los hombres estuvieran juntos en algún lugar. Que el mensaje fuera una broma.

Ya no.

—Alguien suplantó el número —dijo Victoria—. Jake obedeció las órdenes de su supervisor y eso lo condujo a una trampa. Me pregunto cuánto tardó en darse cuenta. O si llegó a tener la oportunidad.

Una vez más, rezó para que todos los hombres estuvieran bien.

—Ahora mismo me están llegando los datos de esa llamada —dijo Sam —. Si utilizaron un servicio comercial de suplantación, habrá un rastro. Dadme otro minuto.

Rivera escribió en la pizarra: *¿Información privilegiada?*

Sam expulsó el aire con fuerza. —Callejón sin salida. Quien suplantara esa llamada utilizó un servicio de voz sobre IP residencial que no conserva registros.

—Conocían desde dentro los protocolos del Departamento de Estado y tenían los conocimientos técnicos necesarios para suplantar un número sin dejar rastro —dijo Victoria, inquieta por el nivel de pericia que estaban descubriendo.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando el teléfono de Rivera sonó sobre la mesa. Él lo miró y respondió. —Rivera. —Escuchó, cogió un bolígrafo y garabateó una dirección—. ¿Algo extraño dentro? —preguntó. Unos segundos después, añadió—: Aseguren la escena, registren la zona y manden allí a la policía científica. Llámenme cuando llegue un equipo. —Dejó el teléfono y miró a los demás alrededor de la mesa.

—Han encontrado el todoterreno junto a un edificio abandonado en el nordeste de la ciudad. Ni rastro de las víctimas. Están registrando la zona, pero creen que cambiaron de vehículo. Era el lugar perfecto para hacerlo. No hay cámaras en los alrededores.

Victoria entrelazó las manos hasta que le crujieron los nudillos. Su padre podía encontrarse en la parte trasera de otro vehículo, alejándose más con cada minuto que pasaba hasta estar tan lejos que nadie pudiera encontrarlo jamás. Mientras tanto, ella estaba sentada en torno a una mesa de conferencias elaborando perfiles. Quería levantarse y ponerse en marcha, retroceder en el tiempo y correr tras su padre durante la recepción, impedir que subiera a aquel todoterreno.

Se obligó a mirar la pizarra en lugar de la puerta. Tenía que confiar en el procedimiento y en los demás agentes de las fuerzas del orden que trabajaban al mismo tiempo en el caso.

Tenía que hacerlo.

Rivera era el siguiente. Dio unos golpecitos sobre el nombre de Harrison Porter. —Esto es lo que he encontrado.

CAPÍTULO 7

Harrison recorría la habitación en círculos una y otra vez, como si la repetición pudiera cambiar el desenlace. No iba a suceder. Estaban presos, sin escapatoria. Pero, si podían fiarse de su captor, alguien tenía que confesar. No le habían visto la cara. No podían reconocer su verdadera voz. Tal vez cumpliera su palabra y los dejara marchar.

Pero antes, la confesión.

Lawrence estaba sentado en un catre, aferrado a la fina manta que lo cubría y respirando como un animal atrapado. Thomas esperaba que no permanecieran allí el tiempo suficiente para que alguno se viniera abajo.

—Se supone que usted es el encargado de mi seguridad —le dijo Harrison a Jake—. Su trabajo consiste en *evitar* que ocurran cosas así. Cuando salgamos de aquí, bastará una llamada para que no vuelva a trabajar en esta ciudad. Ni en ningún otro sitio.

Jake se frotó la nuca. —Recibí un mensaje de mi supervisor ordenándome que los sacara de allí a usted y a sus amigos y los llevara de inmediato al siguiente destino.

—Así que se limitó a obedecer órdenes. No hizo preguntas. No verificó nada. Metió sin más a tres hombres importantes en un coche con un desconocido —gritó Harrison. Una red de capilares rotos le oscurecía el rostro.

La mano de Jake se desplazó hacia el cuello de la camisa. —Verifiqué el número de matrícula que recibí. No tenía ningún motivo para pensar que…

Harrison lo interrumpió con una mirada fulminante. —Los tenía todos. Su trabajo consiste, literalmente, en prestar atención y evaluar los riesgos.

Harrison quería culpar a alguien y no estaba dispuesto a soltar el asunto. Señaló a Jake con el dedo. —Puede que estemos aquí por su culpa. Puede que sea *usted* quien tenga que confesar.

Jake habló entre dientes. —Dudo mucho que sea yo.

—¿Está seguro? ¿A quién más dejó desprotegido? ¿Cometió algún error por el que murió alguien? Los hombres en su puesto no acaban haciendo de niñera en recepciones diplomáticas a menos que hayan fracasado en algún otro sitio.

Jake le devolvió a Harrison una mirada furibunda. —Usted no sabe nada de mí. Nunca se ha molestado siquiera en preguntar. No tengo nada que ocultarle ni a usted ni a nadie. Yo solicité trabajar en protección. Quería proteger a la gente. Mi expediente está limpio.

Harrison esbozó una mueca desdeñosa y se disponía a hablar de nuevo, pero Thomas ya había oído bastante. —Déjelo en paz. Quienquiera que nos haya secuestrado sabe muy bien lo que hace. Jake tiene tan pocas ganas de estar aquí como nosotros. Y, si lo quisieran a él, no nos habrían llevado a nosotros.

—Eso no lo sabemos —dijo Harrison—. Nos secuestraron a cuatro. No a uno solo.

Tenía razón. Secuestrar a cuatro personas parecía requerir mucho más esfuerzo y entrañar mucho más riesgo que secuestrar a una. Y, sin embargo, allí estaban todos. No tenía sentido.

El enfrentamiento entre los hombres no se resolvió; solo se agotó. Harrison se retiró hasta la pared del fondo. Jake se sentó y clavó la mirada en el suelo. Nadie habló.

Thomas suspiró, y el sonido resonó más fuerte de lo que pretendía. Esperaba que quien tuviera que confesar se diera prisa en hacerlo.

No había llevado una vida perfecta, pero, desde la muerte de su esposa Abigail, había hecho todo lo posible por honrar su memoria y conseguir que sus hijos se sintieran orgullosos de él. Aun así, no era perfecto. En los negocios solía haber un ganador y un perdedor. Pero todos conocían el resultado.

¿Tenía algo digno de confesión? ¿Algún secreto oscuro?

Hundió la cabeza entre las manos y repasó las decisiones que había tomado durante los últimos meses. Negociaciones y contratos que

favorecían a su empresa, como era el objetivo de cualquier negocio. Todo legal. Público.

No le gustaba cuestionar sus propias decisiones. La resolución y la confianza lo eran todo. Pero ahora tenía que revisar cada aspecto de su vida. En el terreno personal, no había nada polémico. Cenaba con Victoria y Ned, que hablaban sobre todo de su clínica veterinaria, de las trastadas de sus perros y burros y, de vez en cuando, de los casos de Victoria, tanto los que salían en las noticias como los que no. Varias veces al mes, Thomas visitaba a su suegro, Samuel, que por lo general era una compañía agradable.

Thomas había viajado dos veces a Colorado para ver a su hijo Alex y a la esposa de este, Minka, que esperaban un bebé, su primer nieto. Pero Thomas se dedicaba sobre todo a trabajar. Así que, por descarte, si había hecho algo malo, probablemente estaría relacionado con el trabajo.

Esperaba que no fueran la arrogancia o la ignorancia las que hablaran por él, pero no se le ocurría ni una sola cosa terrible que hubiera ocultado al mundo. Y, sin embargo, alguien pensaba que él —o uno de ellos— merecía permanecer allí como rehén hasta que saliera a la luz la verdad.

Thomas examinó a sus compañeros de celda. Victoria le había enseñado a buscar indicios reveladores. Frotarse el cuello. Tocarse el cuello de la camisa. Microexpresiones. También le había dicho que ese análisis no era infalible. En situaciones de mucha tensión, los inocentes mostraban las mismas conductas que los culpables. El miedo parecía engaño. La ansiedad era un reflejo de la culpa.

Los tubos fluorescentes del techo arrojaban una luz despiadada sobre cuatro hombres que parecían culpables. A pesar de la baja temperatura de la habitación, sudaban y no paraban de moverse. Lawrence se mecía ligeramente sobre el catre y permanecía en silencio. Harrison mascullaba palabras furiosas. Thomas sentía su propio pulso martilleándole en la garganta. En aquella situación, sería imposible saber quién mentía y quién decía la verdad.

¿Estaba cada uno repasando su propia historia en busca de malas acciones? ¿Estaban tan convencidos como él de no haber hecho nada que justificara aquello? De ser así, ¿qué posibilidades tenían de salir de aquella jaula de hormigón?

CAPÍTULO 8

Rivera proyectó una foto de Harrison Porter en la pantalla de la pared. Era una fotografía profesional, una versión pulida del hombre con quien Victoria había compartido escenario aquella mañana en Georgetown. No había ni rastro de su papada ni de su tez rubicunda, aunque su sonrisa desdeñosa era la misma.

Rivera señaló la foto mientras hablaba. —Harrison Porter, cincuenta y ocho años. Actual jefe de Protocolo de Estados Unidos. Supervisa las ceremonias diplomáticas y las visitas de Estado de líderes y dignatarios extranjeros. Es, en esencia, quien decide cómo interactúan los representantes extranjeros con nuestro gobierno.

A juzgar por el discurso de graduación de Harrison, más autocomplaciente que sustancioso, Victoria habría apostado a que el trabajo de verdad recaía en el personal. Harrison se presentaba en ceremonias y cenas, estrechaba manos y se llevaba el mérito.

Rivera pasó a la siguiente pantalla. —Graduado en Georgetown y diplomático de carrera. Empezó como funcionario del servicio exterior cuando su prima estaba casada con el presidente Caldwell.

—Así fue como consiguió entrar por la puerta grande —dijo Peterson.

Rivera asintió. —Desde entonces, ha ocupado puestos en Londres y Bruselas. Fue nombrado embajador en Alemania hace diez años y ejerció durante cuatro. Todos destinos codiciados. Regresó a Washington D. C. y lo ascendieron a jefe de Protocolo.

Sam se inclinó hacia delante. —Ha sobrevivido a cuatro administraciones distintas.

—Probablemente tenga trapos sucios de todas las personas adecuadas —murmuró Peterson.

Peterson tenía una pulla cínica para todo. Victoria agradecía su manera de cuestionar la información, haciendo de abogado del diablo. Su última observación era acertada.

—Su esposa es Caroline Porter —dijo Rivera mientras continuaba con la presentación—. Llevan treinta y dos años casados y tienen dos hijos adultos. La hija es diseñadora de moda en Ginebra. El hijo es abogado de empresa en Manhattan.

Victoria lo interrumpió. —¿Los secuestradores siguen sin ponerse en contacto con su esposa?

Rivera negó con la cabeza. —No. He hablado con ella. No ha recibido mensajes ni llamadas. Me avisará si recibe alguno. —Hizo una pausa—. Caroline no pareció especialmente afectada por la noticia hasta que se enteró de que habían desaparecido otros tres hombres junto con su marido.

—Conviene tenerlo presente —dijo Victoria.

—Tiene aventuras —añadió Rivera—. No es ningún gran secreto entre sus compañeros del Departamento de Estado. Puede que su matrimonio sea de conveniencia mutua.

Victoria se cruzó de brazos. —O sus aventuras podrían ser un móvil de venganza.

—Es algo que podemos investigar más a fondo. El sueldo de Harrison como funcionario público es de 185 000 dólares al año. Caroline y él poseen una casa en Georgetown valorada en 3,2 millones de dólares, una propiedad vacacional en los Outer Banks y son socios de tres exclusivos clubes de campo.

—Dinero de su mujer —dijo Peterson.

—En su mayor parte, sí. Pero Harrison también obtiene ingresos por sus conferencias y sus puestos en consejos de administración. Forma parte del consejo de dos empresas internacionales. En total, los ingresos familiares del año pasado rondaron los 850 000 dólares.

Peterson soltó un silbido bajo. —No está mal para un funcionario.

Rivera cambió a una pantalla que mostraba la agenda reciente de Porter. —En las seis semanas anteriores al secuestro, Porter asistió a catorce actos

oficiales. Cenas de Estado, recepciones en embajadas, reuniones de protocolo. Se reunió con diplomáticos de siete países distintos.

—¿Hay alguno de esos países especialmente disgustado con Estados Unidos ahora mismo? —preguntó Peterson.

—Sí, la mayoría. —Rivera volvió a cambiar la imagen—. He hablado con algunos de sus compañeros. El mensaje ha quedado muy claro. Harrison Porter tiene un problema con la bebida. En su expediente hay avisos para asegurarse de que nunca conduzca él mismo.

Victoria había visto las pruebas con sus propios ojos. —Eso podría explicar que arrastrara las palabras a las nueve y media de la mañana. Había cócteles en la recepción posterior. Lo último que lo vi hacer fue darle un buen trago a una petaca antes de subir al todoterreno con mi padre.

—Encaja con lo que he averiguado —dijo Rivera—. Sigamos... Este año se han recibido diecisiete amenazas documentadas contra él a través de los canales oficiales del Departamento de Estado. Correos electrónicos y cartas de personas furiosas. Lo habitual para alguien en su posición. Ninguna se consideró lo bastante creíble como para asignarle protección adicional aparte de su seguridad diplomática habitual. Dos procedían de la misma fuente anónima. Aún no he tenido tiempo de localizarlas, pero lo haré. —Rivera apagó la presentación—. En resumen: Harrison Porter es un diplomático de carrera con dinero, contactos y acceso. Ha tomado decisiones que han enfurecido a representantes extranjeros. Probablemente haya muchos otros diplomáticos de carrera resentidos por su éxito.

—Así que, básicamente, podría tener cientos de enemigos —dijo Peterson—. Y algunos ocupan puestos de poder.

—Sí. Me encargaré de establecer prioridades en la lista —respondió Rivera.

—Su asistencia a la ceremonia de graduación era de dominio público —añadió Victoria—. Se anunció con meses de antelación.

La pantalla de su teléfono se iluminó. Comprobó quién llamaba y se levantó. —Dadme dos minutos. Es mi asesor financiero.

Salió al pasillo y se alejó de la sala de conferencias antes de contestar.

—Steve. Hola.

—Victoria, he recibido tu mensaje. Siento lo de tu padre. ¿Estás bien?

—Sí, gracias. Por favor, no compartas esta información con nadie. ¿Has empezado la liquidación?

—He iniciado el proceso con tus cuentas del mercado monetario, los fondos indexados y los bonos municipales. Son unos 1,8 millones de dólares que puedo tener disponibles mañana por la mañana. También podrás acceder mañana a tu cuenta de valores. Otros 3,2 millones. Los fondos fiduciarios tardarán más. Entre cinco y siete días laborables.

Victoria hizo las cuentas. Cinco millones en cuarenta y ocho horas. Debería bastar. La mayoría de los rescates por secuestro en Estados Unidos oscilaban entre uno y cinco millones: cantidades que podían reunirse con rapidez sin destruir la estabilidad económica de una familia. Los secuestradores habrían investigado su patrimonio. Sabrían a qué cantidad podía acceder razonablemente.

Pero aquel secuestro no afectaba a un solo hombre. Eran cuatro. Si todo se reducía al dinero, ¿por qué no se habían puesto en contacto con las otras familias? ¿Por qué Caroline Porter aún no había recibido ningún mensaje?

—¿Cuánto obtendríamos en total si liquidáramos todo lo mío? —preguntó.

—¿Todo?

—Sí.

—Contando tu cartera de inversiones, hablamos de unos 18 millones de dólares. Todavía no han exigido ningún rescate, ¿verdad?

—No. Todavía no.

—¿Puedes esperar a que planteen sus exigencias antes de que...?

—Tengo que estar preparada para lo que pidan. ¿Puedes hacerlo?

—Eh... sí, si crees que es lo que necesitas hacer. Los 1,8 millones estarán en tu cuenta por la mañana. Seguiré tramitando la liquidación de la cuenta de valores. Tendrás acceso a 5 millones en un plazo de veinticuatro horas. Si exigen más que eso, llámame y me ocuparé de conseguirte la cantidad exacta.

—Gracias. Te lo agradezco. Volveré a llamarte en cuanto sepa algo más. Puede que todo suceda muy deprisa. Por favor, no te separes del teléfono.

Había trabajado en suficientes casos de secuestro y estudiado otros tantos como para saber que cualquier vacilación por su parte podía resultar mortal. Los secuestradores imponían plazos. Esperaban que el pago del rescate se efectuara con rapidez. Cualquier retraso, cualquier dificultad para reunir los fondos, podía hacer que se dejaran llevar por el pánico y mataran a los rehenes para reducir sus pérdidas.

Los secuestradores de su madre habían pedido tres millones. Su padre había reunido el dinero enseguida.

Victoria cerró los ojos con fuerza y se clavó las uñas en las palmas.

Esta vez sería diferente.

Se irguió, se guardó el teléfono en el bolsillo y volvió a entrar en la sala de conferencias.

—¿Todo bien? —preguntó Rivera.

—Solo me estoy preparando para cualquier situación —dijo ella mientras volvía a ocupar su asiento.

Lawrence Goodman era el siguiente nombre de la lista.

Estaban a punto de averiguar más cosas sobre el filántropo multimillonario.

CAPÍTULO 9

Un sordo retumbo hizo vibrar las paredes. Otro tren. Thomas había estado contando los intervalos entre uno y otro. Aquella información sería importante. Pasaban aproximadamente cada hora. No tenía forma de comprobar los tiempos ni a quién transmitirle la información, pero seguirles la pista le daba algo en lo que concentrarse.

Arriba empezó de nuevo un martilleo rítmico. El ruido llevaba largo rato repitiéndose sin cesar. Ráfagas de intensa actividad, luego silencio y después más ruido.

Durante los periodos de silencio, los hombres habían intentado gritar todos a la vez y con todas sus fuerzas. Fuera lo que fuese lo que ocurría allí arriba, quienes hacían el ruido no habían dado ninguna señal de haber oído a los cuatro hombres atrapados en el sótano.

Jake estaba sentado contra la pared, con el ceño fruncido. Se había quitado la chaqueta del traje y la cartuchera vacía que llevaba a la cintura.

Harrison yacía acurrucado de lado en un catre, con la chaqueta del traje hecha un ovillo bajo la cabeza. Había dejado de caminar de un lado a otro aproximadamente una hora antes, en mitad de una frase, como si alguien hubiera cortado un cable. Desde entonces, parecía casi aletargado.

Un fuerte estrépito resonó arriba, seguido del agudo chirrido de otra herramienta eléctrica.

Lawrence abrió el frigorífico y miró dentro. —¿Creéis que la comida es segura?

—Si quisieran envenenarnos, podrían haberlo hecho con el gas —dijo Jake.

—A menos que el psicópata quiera ver cómo sufrimos poco a poco —murmuró Harrison.

Lawrence cogió una botella de agua y la examinó durante unos segundos más antes de desenroscar el tapón. Dio un sorbo. Thomas casi esperaba una reacción violenta, como si Lawrence fuera a llevarse las manos a la garganta con los ojos desorbitados. Pero parecía encontrarse bien y siguió bebiendo hasta vaciar media botella de un trago.

—¿Cuántas quedan ahí dentro? —preguntó Jake.

Lawrence bajó la botella. —¿Perdone?

—Botellas de agua. ¿Cuántas?

Lawrence miró dentro del frigorífico sin apartarse para que los demás pudieran ver. —Suficientes.

—Eso no es una respuesta —dijo Thomas.

—Doce. —Lawrence cerró la puerta del frigorífico—. Hay doce.

Cuatro hombres. Doce botellas. Tres para cada uno, ¿pero para cuánto tiempo?

—No puedo quedarme aquí sentado sin más —dijo Harrison mientras se incorporaba—. Me está volviendo loco. No sé vosotros, pero yo no estoy acostumbrado a esperar a que otro decida lo que va a pasarme. —Se pasó las manos por el pelo y luego miró a Jake—. Somos cuatro contra uno. ¿No podemos abalanzarnos sobre él la próxima vez que se abra la puerta? ¿Reducirlo antes de que pueda reaccionar?

—Tiene una pistola —dijo Thomas, cambiando de postura para estirar las piernas.

—¿La CIA no le enseñó a desarmar a un hombre armado? —preguntó Harrison, aún pendiente de Jake—. Si no, ¿de qué sirve usted? ¿Solo puede protegerme de alguien desarmado?

Jake levantó la cabeza. —Me enseñaron la importancia de evaluar los riesgos y mantener la calma cuando hay vidas ajenas en juego. Un hombre con un arma de fuego y un chaleco antibalas contra cuatro hombres desarmados en un espacio cerrado. Las probabilidades no están a nuestro favor.

Harrison resopló. —No estoy tan seguro.

—No creo que esté solo —añadió Jake.

El martilleo de arriba cesó.

—No hemos visto a nadie más —dijo Harrison.

—Un hombre puede sacar de un vehículo a una persona inconsciente arrastrándola y traerla hasta aquí abajo —explicó Jake—. Pero tendríamos moratones y rozaduras, y no los tenemos. No fue así como nos trajo. Tuvo ayuda. Alguien nos sujetó por los brazos. Otra persona nos cogió por los pies. Es la única forma de sacarnos a los cuatro de un coche y bajarnos hasta dondequiera que estemos ahora.

Harrison frunció el ceño. —Tiene que haber alguna forma de salir.

—La hay —dijo Thomas—. Él nos la dio. Tenemos que averiguar qué quiere oír. La confesión. Quien sepa de qué va todo esto tiene que hablar antes de que todos paguemos por su silencio.

—Muy noble —dijo Lawrence—. Y todos debemos dar por sentado que usted no es quien tiene que confesar.

Thomas le sostuvo la mirada. —Si lo fuera, lo haría de inmediato. Pero no se me ocurre nada que haya hecho y que deba confesar. Créame, lo he intentado y no encuentro nada.

Lo decía en serio. De verdad.

Y, sin embargo...

Tal vez hubiera algo.

Un secreto del que su familia jamás había hablado. Todos guardaban silencio al respecto.

Apartó aquel pensamiento. No era relevante. Fuera lo que fuese lo que quería aquel hombre, no tenía nada que ver con Abigail Heslin ni con el responsable de su muerte. No podía ser.

—Lo mismo digo. No tengo nada que confesar —dijo Harrison.

—Qué tranquilizador —dijo Lawrence sin la menor calidez—. Por lo visto, aquí todos somos inocentes. Cuatro hombres inocentes, secuestrados sin motivo alguno.

El golpeteo metálico se reanudó sobre sus cabezas. Del techo cayeron flotando partículas de polvo.

La mirada de Jake se desplazó hacia Lawrence. —¿No se le ocurre ni un solo motivo?

Lawrence dejó caer la mandíbula. —No soy yo. Soy uno de los hombres más generosos del planeta. Me he pasado los últimos veinte años donando dinero a buenas causas. Sobre todo a universidades. La educación es importante. Los jóvenes merecen oportunidades. Y edificios de última generación.

Los ojos de Jake se endurecieron. —¿Qué obtiene a cambio?

Lawrence torció el gesto. —Esa pregunta es tan estúpida que nadie me la había hecho jamás. —Puso los ojos en blanco como si Jake fuera idiota—. Obtengo la satisfacción de ayudar a los demás y apoyar la educación.

—Y una desgravación fiscal enorme —añadió Thomas. Los motivos para ser generoso iban más allá del altruismo. No estaba seguro de qué impulsaba a Lawrence. Una combinación de cosas, entre ellas el ego.

—¿Ha enfadado a alguien? —preguntó Jake—. ¿Derribaron un edificio que llevaba el nombre de otra persona para construir en su lugar uno con el suyo?

—Otra pregunta estúpida —dijo Lawrence.

—No es estúpida —respondió Jake—. Alguien le guarda rencor a uno de nosotros. Estoy intentando averiguar a quién y por qué.

—Pues no es a mí. —Lawrence soltó una carcajada desdeñosa—. Y este interrogatorio se ha acabado. No estoy siendo juzgado.

—Todos lo estamos hasta que alguien confiese lo que ese tipo espera oír —dijo Thomas—. Georgetown nos conecta. Todos estuvimos en aquella ceremonia.

—Solo fue mala suerte. —Lawrence volvió a beber un buen trago de la botella.

—¡Alguien tiene que averiguar de qué va todo esto! —gritó Harrison, con la mirada clavada en Lawrence.

—Entiendo que debemos hacerlo —dijo Lawrence, dejando la botella de agua encima del frigorífico—. Pero, antes de que alguien vuelva a señalarme con aires de superioridad moral, quizá los demás deberíais miraros al espejo. —Su mirada voló hacia Thomas—. Su querida hija ha hecho de la justicia su profesión. ¿Qué pensaría si lo supiera todo sobre usted? ¿Seguiría estando igual de orgullosa?

Todos guardaron silencio. Esperaban a oír qué diría Thomas.

Thomas sintió que la sangre abandonaba su rostro. Cerró los puños, conteniendo la ira que deseaba descargar sobre Lawrence. No dijo nada.

Lawrence arrastró su catre hasta el extremo opuesto de la habitación y se sentó de espaldas a ellos. —He terminado con esta conversación —murmuró.

Los ruidos de arriba empezaron de nuevo, más fuertes que antes.

Nadie miró a los demás.

Ahora todos se preguntaban lo mismo, examinando su propio pasado y su posible culpa.

Thomas tenía que plantearse si él formaba parte del problema.

CAPÍTULO 10

El agente Peterson se levantó para exponer la información que había recopilado sobre sus antecedentes. Llevaba un bloc de notas amarillo.

La fotografía de Lawrence Goodman apareció en la pared de la sala de conferencias. Tenía el pelo plateado y las cejas oscuras y pobladas. Una nariz grande. Barbilla con hoyuelo. Arrugas profundas en el entrecejo.

Victoria sentía un incómodo hormigueo cada vez que lo veía.

La presencia de Lawrence en el escenario la había inquietado. En aquel momento no había querido pensar en ello. Ahora que estaban escudriñando su pasado, no le quedaba más remedio. Tenía once o doce años cuando él la había acorralado en casa de sus abuelos. Era una reunión veraniega. Un día radiante, de cielo azul y mucho sol. La mayoría de los invitados estaban en la terraza. Su hermano se encontraba fuera con otros dos chicos. La madre de alguien les dijo que no gritaran tanto mientras jugaban en el césped. Victoria no estaba con ellos. Se había refugiado en la biblioteca, con aire acondicionado, para leer un libro. Levantó la vista cuando Lawrence apareció en la puerta.

—Victoria. —Sonrió y después miró por encima del hombro. Entró en la habitación y cerró la puerta tras él—. Estás creciendo muy deprisa. Pronto romperás corazones.

Victoria esbozó una pequeña sonrisa forzada y dijo:

—Gracias.

Volvió al libro, deseando que Lawrence se marchara.

Pero no lo hizo. Se acercó. Sin dejar de sonreír.

—Tu abuelo me ha dicho que tienes una yegua nueva.

—Sí, señor. —Se levantó de la silla y se dirigió a las estanterías, fingiendo que devolvía el libro a su sitio, aunque era suyo y no pertenecía a la biblioteca. Trataba de alejarse del señor Goodman sin faltarle al respeto.

—¿Cómo se llama? —Había bajado la voz hasta convertirla en un susurro. Sonaba íntimo y siniestro—. Háblame de ella. ¿Se porta bien contigo?

—Eh... sí. —Victoria miró hacia la ventana y hacia las personas que había fuera, ajenas a su presencia en la biblioteca.

Lawrence metió la mano en el bolsillo. Cuando la sacó, empuñaba varios billetes doblados.

—Tengo un regalo para ti. Es para que le compres unas golosinas a tu yegua. Toma.

Había mantenido la mano extendida, esperando a que ella se acercara.

Victoria había balbuceado algo sobre que tenía que buscar a su hermano. Sin coger el dinero, se había escabullido por debajo del brazo de Lawrence y había salido a toda prisa de la biblioteca, como si la habitación estuviera en llamas. Se sintió un poco avergonzada por su descortesía y nunca le contó a nadie lo ocurrido. Lawrence, que por aquel entonces era el señor Goodman para ella, no le había hecho daño. No la había tocado. Le había ofrecido dinero para comprar golosinas a su yegua. Un gesto amable..., pero no se lo había parecido. Cerrar la puerta, la forma en que la miraba, los susurros... Nada de aquello le había parecido normal, ni siquiera a los once años.

No quería pensar en lo que podría haber sucedido si no hubiese escapado.

—Goodman también se graduó en Georgetown —dijo Peterson, devolviendo a Victoria a la sala de conferencias—. Sesenta y cuatro años. Su abuelo acumuló edificios de apartamentos por todo el nordeste del país durante las décadas de 1940 y 1950. Su padre amplió el negocio a los inmuebles comerciales. Lawrence y su hermana lo heredaron todo.

Peterson bajó la vista hacia el bloc.

—Su patrimonio se estima en unos 800 millones de dólares. Podría ser mucho más. A menudo lo llaman multimillonario. Estoy seguro de que, si hiciéramos un análisis contable forense, encontraríamos activos a través de sociedades pantalla y cuentas en paraísos fiscales.

Peterson pasó a otra página y recorrió con la mirada su letra de imprenta, grande y garabateada; cada línea ocupaba varias filas del papel.

—Nunca se ha casado. No tiene hijos. Su hermana murió el año pasado. El imperio Goodman incluye en la actualidad sesenta y tres edificios de apartamentos, diez complejos comerciales y unos cuantos hoteles de lujo. Los administradores se ocupan de todo. Lawrence no interviene en la gestión cotidiana.

—Entonces, ¿a qué dedica el tiempo? —preguntó Rivera.

—A la filantropía. Durante los últimos quince años ha donado más de 50 millones de dólares a diversas universidades. Hay un montón de edificios que llevan su nombre. En estos momentos se está construyendo el Centro Goodman de Ética Empresarial en la Universidad de Georgetown. También financia becas.

Peterson enarcó las cejas, y todos supieron lo que significaba aquel gesto. La cosa estaba a punto de ponerse interesante.

—Por lo que he podido averiguar, sus becas no se conceden por méritos académicos ni por necesidad económica, al menos no en el sentido tradicional. Su fundación otorga unas cuantas becas cada año mediante un extraño proceso privado de solicitud.

—¿Extraño en qué sentido? —preguntó Sam.

—Solo se puede acceder por invitación. Un representante de la fundación selecciona a los estudiantes para que presenten su solicitud durante el primer curso de secundaria. Los criterios son vagos. Potencial demostrado. Dotes de liderazgo. Carácter personal. Algunos de los beneficiarios asisten a cenas trimestrales con Goodman. Sesiones individuales de mentoría. Su fundación lo llama «fomentar las relaciones con la próxima generación de líderes». —Peterson resopló—. Si por líderes entendemos personas con la suerte de heredar millones. —Volvió a resoplar—. Perdonad la digresión. En cualquier caso, la mayoría de sus becas se conceden a mujeres jóvenes. Aunque, a la edad a la que las seleccionan, no son mujeres. Todavía son niñas.

—¿Mantiene sesiones privadas con alumnas de secundaria? —murmuró Sam—. Este tipo me da muy mala espina.

—A mí también —dijo Rivera—. ¿Qué hay de su vida personal? ¿Relaciones, círculo social?

—Pertenece a varios clubes exclusivos. El Metropolitan Club, aquí en Washington D. C.; el Union League, en Nueva York; el Pacific Union, en San Francisco. No consta ninguna relación sentimental.

—¿Nunca? —preguntó Sam.

—No que yo haya encontrado. Ningún matrimonio. Ningún historial público de relaciones. Para un hombre con su perfil, es raro.

Lawrence se había construido una fortaleza de respetabilidad a base de dinero y filantropía, al tiempo que mantenía un acceso inusual a gente joven. Parecía turbio, sobre todo teniendo en cuenta la experiencia personal de Victoria con él. Pero no tenía ni una sola prueba de que Lawrence hubiese hecho daño a alguien o cometido algún delito. Ser siniestro no era un crimen. Había sido generoso con mucha gente.

A alguien le rugió el estómago y Peterson dijo:

—Disculpadme.

Desapareció por el pasillo y regresó con los brazos llenos de barritas de cereales que había sacado de la cocina. Las dejó caer sobre la mesa.

—La cena —anunció.

Victoria cogió una. No era la primera vez, ni sería la última, que subsistía a base de barritas de cereales o de proteínas mientras trabajaba. Si acallaban el estómago y proporcionaban energía para seguir adelante, era suficiente.

Al otro lado de las ventanas, el cielo estaba oscuro.

—Tu turno, Victoria —dijo Rivera.

Victoria clavó la mirada en el último nombre que quedaba en la pizarra blanca.

Thomas Heslin.

CAPÍTULO 11

Thomas volvió a cambiar de postura en el suelo, intentando sentarse de una forma que no le provocara dolor de espalda. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban allí. Sin ventanas ni relojes, habían perdido la noción del tiempo.

Harrison se había levantado de nuevo y caminaba de un lado para otro. Su movimiento constante crispaba a Thomas y empeoraba la situación. El diplomático había renunciado a buscar una salida y se limitaba a recorrer la celda a lo largo. Doce pasos en una dirección, doce de vuelta, con las manos entrelazadas a la espalda. No tenía sobrepeso exactamente, pero su cuerpo fofo y falto de definición sugería demasiadas copas y comidas copiosas.

Un chasquido seco llegó desde arriba. Lo siguió el chirrido del metal al desgarrarse. Algo raspó el suelo sobre sus cabezas, como si alguien estuviera arrastrando un mueble pesado. Después comenzaron unos golpes rítmicos. Alguien o algo estaba destrozando las paredes. Cada impacto reverberaba a través del techo.

Jake se apretó la frente con los dedos como si le doliera la cabeza. —¿A alguien se le ha ocurrido qué podemos decirle a este lunático? ¿Alguien sabe qué quiere oír?

Todos negaron con la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —dijo Harrison—. He pasado toda mi carrera expuesto a la opinión pública. Si hubiera hecho algo que justificara secuestrar a cuatro personas, habría salido a la luz hace años.

Lawrence se echó a reír.

Harrison dejó de caminar para fulminarlo con la mirada. —¿Le parece gracioso lo que he dicho? Porque a mí no me lo parece.

—¿De verdad cree que alguien va a creerse eso de usted? —Lawrence soltó una carcajada—. Entre el Gobierno y su esposa, tiene mucha ayuda para borrar sus huellas. Ha enterrado bien sus fechorías, pero eso no significa que no existan.

Harrison frunció el ceño. —No me gusta nada lo que está insinuando.

—No es una insinuación, sino un hecho. Y me da igual que le guste o no. —Lawrence alzó la voz—. Necesito que quien sea culpable confiese para que podamos largarnos de una maldita vez.

—¿Y usted qué? —exigió Harrison—. Seguro que su dinero ha comprado muchos silencios. ¿Qué está ocultando?

La expresión de Lawrence no cambió. —Apostaría a que ninguno de nosotros es perfecto.

—Sí, pero parece que solo uno de nosotros es el motivo por el que estamos todos atrapados aquí —replicó Harrison—. Yo apuesto por usted.

—¿Ahora vamos a apostar sobre quién es el peor? —espetó Lawrence—. ¿Es que esto se ha convertido en una competición?

Thomas apartó la mirada. Puede que aquello fuera exactamente lo que querían sus captores: que los cuatro se volvieran unos contra otros hasta que alguien se derrumbara y confesara. Quizá alguien los estuviera escuchando y grabara sus conversaciones para utilizarlas como medio de presión.

—Pelear entre nosotros solo empeora una situación ya de por sí terrible —dijo Thomas.

Lawrence resopló. —Qué fácil es decirlo para usted. Está acostumbrado a esta clase de cosas.

Thomas echó la barbilla hacia atrás. —¿Perdone? ¿De qué está hablando?

Lawrence agitó un dedo en dirección a Thomas. —Usted y su familia... Siempre os pasa algo. El secuestro de su esposa. Aquel accidente aéreo con su hija. Y ahora esto. Creo que alguien les guarda rencor a los Heslin y que los demás hemos quedado atrapados en el fuego cruzado.

Thomas apretó la mandíbula. —Mi familia no tiene nada que ver con esto.

—No estoy tan seguro. —Lawrence se mofó—. Los Heslin atraéis los problemas como nadie. Siempre ha sido así.

Thomas respiró hondo y se obligó a mostrarse por encima de aquello. Lawrence tenía miedo. Todos tenían motivos para tenerlo. La gente decía

cosas crueles cuando estaba asustada.

—Podemos marcharnos en cuanto alguien confiese —dijo Thomas—. Eso es lo que nos dijeron. Así que la pregunta es: ¿quién hizo qué? Tiene que ser algo bastante grave. No será una tontería como cortarle el paso a alguien en un aparcamiento. Tiene que ser mucho peor.

Jake sostuvo la mirada de cada uno de los hombres. —Quizá alguno de nosotros no sea consciente de lo que hizo.

Thomas también había pensado en eso. Y, si no eran conscientes de lo que habían hecho, ¿cómo iban a confesarlo?

Harrison reanudó sus paseos.

Lawrence permaneció en el catre.

No sacaría nada en limpio dándole vueltas a lo que Lawrence había dicho sobre su familia. Thomas necesitaba concentrarse. Pero había pensado y repensado sin llegar a ninguna conclusión.

Tenía que haber otra salida. Necesitaba analizar la situación como lo haría su hija. En situaciones así, todos los detalles importaban. Eso se lo había enseñado Victoria.

Intentó recomponer las pistas que tenían sobre su captor. No había mucho con lo que trabajar. Ropa negra; los pantalones, descoloridos y gastados. Una máscara que le cubría la cara.

—El tipo llevaba botas de trabajo —dijo Thomas—. Unas botas de trabajo polvorientas, con serrín o yeso pegado a los cordones.

—Buena vista —dijo Jake.

—¿Qué más da el calzado que llevara? —dijo Harrison. Sonó más a crítica que a pregunta.

—Podría ser un secuaz y no el cerebro de todo esto —sugirió Lawrence.

Thomas frunció el ceño. —Podría ser, pero no lo creo. Mi hija me ha contado algunas cosas de las que aprendió como perfiladora. En qué hay que fijarse. Parecía enfadado. Como si esto fuera algo personal para él.

—Usted es el padre de Victoria Heslin —dijo Jake.

—Así es —respondió Thomas, incapaz de ocultar el orgullo en su voz.

—¿Siempre quiso entrar en el FBI? —preguntó Jake.

Thomas agradeció tener otra cosa en la que pensar durante un minuto, algo positivo. —Me sorprendió cuando ingresó en el FBI. Y todavía me sorprendió más cuando se convirtió en agente de campo.

—¿Por qué? —preguntó Jake.

—Pensaba que trabajaría con animales. —Thomas imaginó a Victoria de adolescente, pasando todo su tiempo libre en el establo con perros y caballos. Las casetas para murciélagos y ardillas que había instalado por todo el jardín—. Su prometido es veterinario. Tienen seis o siete galgos rescatados, tantos que he perdido la cuenta. Perros de acogida que necesitan un hogar. Tres burros rescatados. Son dueños de una clínica veterinaria. Nunca esperé que acabara dedicándose a algo como lo que hace.

—Pero se le da bien —dijo Jake.

—Es excepcional. Cuando se propone algo, no se da por vencida. —Thomas sonrió por fin—. ¿Y usted? ¿Siempre quiso entrar en la CIA?

Jake guardó silencio un momento. —No. Trabajé varios años como consultor en el sector privado. Después quise dedicarme a algo que sirviera para proteger a la gente.

Lawrence soltó un fuerte bufido desde la esquina. —Pues qué mala suerte para nosotros, porque está claro que se le da fatal.

Jake no le hizo caso. —Fui agente operativo durante años antes de pasarme a seguridad.

—¿Por qué cambió? —preguntó Thomas.

—Estaba cansado de vivir como un fantasma.

—¿Está casado? —preguntó Thomas.

—Divorciado. Por culpa mía. No estaba presente lo suficiente para ser un buen marido.

—¿Hijos?

—No. Aunque siempre he querido formar una familia.

—Aún no es demasiado tarde —dijo Thomas—. Todavía es joven. Si es importante para usted, haga que suceda.

Esperaba que Jake tuviera esa oportunidad. Que todos ellos pudieran hacer las cosas que aún querían hacer en la vida. Él quería conocer al nieto que venía de camino. Ver casarse a Victoria, ayudarla con su boda, donde y cuando fuera a celebrarse.

Todo acababa remitiendo siempre a la familia.

Harrison por fin había dejado de moverse. Estaba sentado en el otro catre, con la cabeza entre las manos.

Los sonidos metálicos de algo raspando volvieron a empezar sobre sus cabezas.

Thomas imaginó a su hija en una carrera contrarreloj para encontrarlos antes de que se agotara la paciencia de su captor... o antes de que el edificio

se desplomara sobre ellos.

Encuéntranos, Victoria. Por favor, encuéntranos.

CAPÍTULO 12

Victoria quería a su padre. No había entre ellos dinámicas familiares tensas ni complicaciones. Él siempre había estado a su lado, pasara lo que pasase. Victoria no tenía nada malo que decir de él. Tampoco había encontrado información preocupante como la que sus compañeros habían descubierto sobre Harrison y Lawrence. Aun así, exponer sus antecedentes ante los demás agentes le parecía una especie de traición. Una invasión de su intimidad.

Fuera de los círculos financieros de Washington D. C., poca gente conocía el nombre de su padre hasta que murió su madre. Después, unos años atrás, cuando Victoria sobrevivió al vuelo 745, la catástrofe volvió a situarlo en el punto de mira. Por lo demás, Thomas era una persona reservada. No una figura polémica. La información que Victoria pensaba compartir dejaría patente ese hecho.

—Adelante, Victoria —dijo Rivera.

Victoria tomó aire despacio, de forma deliberada. Todavía le costaba tener paciencia. Seguía queriendo estar fuera, buscando, trabajando con la policía y con los agentes que rastreaban las grabaciones de las cámaras y llamaban puerta por puerta, en vez de permanecer sentada a aquella mesa investigando. Pero aquello era lo que exigía su trabajo. Analizar. Encontrar patrones. Comprender todos los aspectos de la situación. Los perfiles que sus compañeros y ella estaban elaborando podían conducirlos hasta los móviles. Los móviles llevaban a los sospechosos. Seguir a los sospechosos los conduciría hasta su padre.

A menos que el crimen fuera aleatorio. En ese caso, por mucho que investigaran y analizaran, nada podría dar sentido a lo ocurrido.

Deja de cuestionarlo todo, se dijo. Confía en lo que estamos haciendo.

Compartió una foto reciente de su padre, sacada del carrete de su propio teléfono. No era una fotografía de primer plano como las demás que habían visto. Estaba en una barca, en la casa del lago de la familia, vestido con unos pantalones cortos deshilachados y una camiseta azul marino de manga larga. Una leve sonrisa le asomaba al rostro. Siempre estaba disponible cuando Victoria necesitaba que cuidase de sus perros o le aconsejara sobre la casa y las finanzas. Nunca tenía inconveniente en echar una mano a Ned en la extensa propiedad donde vivían él y Victoria. Había trabajado con ellos reparando vallas e incluso ayudaba de vez en cuando a limpiar los establos de los burros. Era un padre maravilloso y un buen amigo para muchos. Victoria quería que todos lo vieran como lo veía ella.

Empezó a hablar y, aunque no era su intención, se dio cuenta de que exponía los hechos como una abogada durante el alegato inicial. Como una abogada defensora. —A diferencia de Harrison y Lawrence, mi padre no estudió en Georgetown. Se graduó en la Universidad de Virginia. Dirige una empresa financiera en Washington D. C. Lleva treinta años levantándola. Sus clientes confían en él. Sus amigos también. No se me ocurre un solo enemigo.

Su teléfono vibró sobre la mesa.

Victoria alargó la mano de golpe y lo agarró. La pantalla se iluminó con un mensaje enviado desde el número de su padre.

Leyó el mensaje en voz alta. —Tengo a cuatro hombres. Uno debe confesar. El crimen ocurrió hace diez años. A estas alturas ya debería estar dispuesto a quitarse ese peso de encima. He esperado bastante. Se le acaba el tiempo.

Victoria tuvo que tragar saliva para vencer el miedo que le atenazaba la garganta. El mensaje le recordó la cuenta atrás de una bomba acercándose a cero.

—¿Estás bien, Victoria? —preguntó Sam.

—Sí, estoy bien —respondió ella.

—No parece que esto tenga que ver con el dinero ni con utilizar a alguien como medio de presión —dijo Peterson.

—No, no lo parece —convino Victoria. Le decepcionaba que aquel crimen no estuviera motivado por la codicia. Eso sí podían entenderlo.

Habían llevado casos similares y contaban con protocolos para los siguientes pasos. De momento, seguían adentrándose en terreno desconocido.

—Analicemos ese mensaje palabra por palabra —dijo Sam—. Está escrito por completo en primera persona del singular. Pero ¿podría una sola persona organizar todo esto? ¿Secuestrar a cuatro hombres, incluido un equipo de seguridad?

Peterson entrecerró los ojos mientras observaba los nombres escritos en la pizarra blanca. —No parece probable que haya un solo autor. Las víctimas tienen un perfil demasiado alto. Lo más probable es que sea un grupo.

—Y vamos a identificarlos, ya sea una sola persona o un pequeño ejército —dijo Rivera—. La siguiente pista es «hace diez años». No es que acote demasiado la búsqueda, pero ayuda. Empezaremos por averiguar dónde estaba cada uno de los secuestrados hace diez años y qué estaba haciendo. Quiero una lista de todas las personas con las que se haya enemistado cada uno de esos hombres.

—¿Diez años justos desde hoy? —preguntó Victoria—. No está claro si se refiere literalmente al décimo aniversario o si solo indica un periodo aproximado.

—Empezad por el día exacto —respondió Rivera—. El 17 de mayo. Después ampliad la búsqueda a los días anteriores y posteriores. Tenemos que trabajar deprisa. Con cada hora que pasa, la situación se vuelve más peligrosa.

Victoria lo sabía. Dios, claro que lo sabía. Tenía que concentrarse en la investigación en lugar de pensar en el miedo y la incertidumbre que su padre podía estar sintiendo en aquel preciso instante. Rezó para que no estuviera sufriendo.

Su mirada regresó al nombre de su padre, escrito en la pizarra junto a los otros tres. Ojalá supieran cuál de ellos tenía que confesar. Así podrían centrarse en el pasado y las fechorías de esa persona en vez de dividir sus esfuerzos entre cuatro vidas distintas.

Los ojos de Sam se encontraron con los suyos al otro lado de la mesa. —¿Sigues dentro, Victoria? ¿Puedes ser objetiva con esto o prefieres que yo investigue el pasado de tu padre?

Ella levantó la barbilla. —Si ha hecho algo que lo haya convertido en un objetivo, lo encontraré. Puedo soportarlo. Tengo una idea mucho más

precisa que cualquiera de vosotros de lo que hacía hace diez años. Y sabes que haré lo que sea necesario para recuperarlo. Así de sencillo.

Nadie puso objeciones.

Victoria no quería descubrir que su padre guardaba secretos incriminatorios capaces de justificar aquel secuestro. Pero nadie tenía un pasado perfecto. Todo el mundo cometía errores. Si había secretos en su historia, ella los encontraría. Era lo que hacía. Caso tras caso. Había destapado transgresiones tan espantosas que costaba creer que sus autores hubieran logrado salir impunes durante tanto tiempo. Y ahora contaba con una ventaja en la investigación. Tenía acceso a muchos de los archivos personales de su padre y también a sus propios recuerdos.

Su vida podía depender de que averiguaran qué había hecho o a quién había perjudicado diez años atrás.

El teléfono de Rivera sonó. —Es la Policía Metropolitana —dijo. Atendió la llamada y salió de la sala de reuniones.

Mientras los demás agentes se concentraban en sus portátiles, Victoria recorrió las fotos de su teléfono. Imágenes de los perros. De los burros. De Ned y ella haciendo senderismo. Más perros. La familia de gansos que se había instalado en el estanque del vecindario.

Se detuvo al llegar a un acontecimiento que recordaba bien. El fin de semana de la graduación de Alex. Diez años atrás, en mayo, en la Universidad de Georgetown.

Había sacado muchas fotografías de su familia, una costumbre que adquirió después de la muerte de su madre. Victoria era consciente de que cualquier ocasión podía ser la última en la que estuvieran todos juntos. Quería conservar recuerdos tangibles y no tener nada de lo que arrepentirse.

Tenía una foto de su padre con una americana oscura en el césped de la universidad, acompañado por su abuelo y su abuela. Entrecerraba los ojos bajo el intenso sol.

Victoria amplió el rostro de su padre. Nada en aquella fotografía indicaba que guardase secretos oscuros, solo mostraba una mezcla agridulce de emociones. Se alegraba por Alex, pero era consciente de la ausencia de su esposa en una celebración en la que debería haber estado con ellos.

Sin embargo, la gente ocultaba cosas y rara vez mostraba al mundo toda la verdad. La carrera de Victoria se había construido sobre ese conocimiento. La siguiente fotografía, una en la que aparecía ella, confirmaba ese hecho.

Victoria sonreía con la mejilla pegada a la de su abuela. Parecía que solo tuvieran pensamientos serenos. Pero Victoria sabía que no era así.

Aquella mañana habían recibido una noticia inesperada.

Su padre y ella estaban en casa de sus abuelos antes de la ceremonia de graduación de Alex.

Su abuela, Eleanor, siempre estaba lista antes que nadie. Había preparado para todos un magnífico desayuno con café recién hecho, fruta y bagels.

Su padre se levantó de la mesa para atender una llamada. Las arrugas de su frente se acentuaron mientras escuchaba.

No estuvo al teléfono ni un minuto. Después se quedó allí de pie, con una mano sobre el teléfono que había dejado en la encimera.

—Era de la prisión —dijo al fin—. Jules Johnson murió anoche.

Todos los miembros de la familia de Victoria conocían el nombre de Jules Johnson. Había ayudado a planear el secuestro de su madre. Era el único al que habían atrapado y se había negado a revelar los nombres de sus cómplices, demostrando que sí había honor entre ladrones.

Llevaba años encerrado en una celda, cumpliendo una condena que lo habría mantenido allí durante casi toda su vida.

—¿Cómo? —había preguntado su abuelo desde la puerta.

—Lo apuñalaron. En las duchas —respondió Thomas—. Lo mató otro preso. Aún no saben por qué. Pero creen que fue un asesinato por encargo.

—Bueno... —dijo al fin su abuelo. Dejó la taza de café sobre la encimera —. Bueno —repitió.

Eso fue todo.

Lo que Victoria más recordaba era la reacción de su abuela. Eleanor se había tapado la boca con las manos y después había salido de la habitación.

Regresó unos minutos más tarde, serena y con los ojos secos. —Hoy no hablaremos de él. Ya nos ha arrebatado bastante. Es hora de celebrar lo de Alex.

Nadie volvió a mencionar la muerte de Jules Johnson. Ni aquel día ni ningún otro. Pero Victoria sí había pensado en él. Se había preguntado quién había pagado para que lo asesinaran. Porque alguien lo había hecho. Se preguntó quién sería aquella persona. Cuál sería su motivación.

Después se había obligado a apartar esos pensamientos de su mente.

Hasta ahora.

No tenía elección.

Rivera regresó a la sala mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo. —El equipo forense ya está en el lugar. Están examinando el todoterreno y la zona. De momento no han encontrado nada que nos resulte útil. ¿Alguien tiene alguna novedad que comunicar?

—Sé exactamente dónde estaba mi padre hace diez años —dijo Victoria.

Todos la miraron.

—Estaba en la Universidad de Georgetown. Y yo también. Todos habíamos ido para asistir a la graduación de mi hermano.

—Lawrence Goodman también estaba allí —dijo Peterson—. Aquel año le rindieron homenaje por una donación. Acabo de descubrirlo mientras investigaba.

—¿Y Harrison? —preguntó Victoria.

Sam retorció el cordón de su sudadera y respondió: —Por lo que he podido averiguar, en aquel momento estaba en Alemania.

Victoria asimiló la nueva información. Dos de los cuatro desaparecidos habían estado en Georgetown diez años atrás. Teniendo en cuenta que también los habían secuestrado en la universidad, parecía un dato relevante.

Jake Miller no tenía ninguna relación previa con Georgetown. Al menos, Sam no había encontrado ninguna. Había estado en el lugar equivocado y en el momento equivocado, haciendo su trabajo. Victoria sintió una punzada de compasión por él.

Georgetown podía ser la clave. Algo debía de haber ocurrido allí.

Los agentes solo tenían que descubrirlo.

CAPÍTULO 13

A estas alturas debía de ser ya bien entrada la noche del sábado. A menos que ya fuese domingo.

Thomas no había dormido. Ninguno de ellos lo había hecho.

Harrison tenía los ojos abiertos, clavados en la pared. Cuando Thomas había pronunciado su nombre veinte minutos antes para preguntarle algo, él había respondido a una pregunta completamente distinta, una que nadie había hecho. La falta de sueño estaba afectándolo. Los estaba afectando a todos.

La puerta se abrió de golpe, sin previo aviso.

Los cuatro hombres se sobresaltaron y alzaron la cabeza de golpe.

Entró el mismo hombre, vestido de negro y con aquel voluminoso acolchado bajo la ropa. La misma pistola.

Nadie se movió.

El corazón de Thomas aceleró el ritmo.

La máscara ocultaba el rostro de su captor, pero tras ella irradiaba el desprecio.

—¿Y bien? —El modulador distorsionaba la voz—. ¿Está alguno de vosotros dispuesto a confesar?

Nadie respondió.

Su captor agitó la pistola.

—Os he dado *horas* para que reunierais el valor necesario y por fin hicierais lo correcto. Para que expresarais vuestro arrepentimiento.

—No sabemos qué quiere que admitamos —dijo Harrison—. Si se limitara a decirnos quién lo hizo...

—¿Que os lo diga? —La voz electrónica crepitó de rabia mientras la pistola apuntaba a Harrison—. ¿Habéis hecho tantas cosas atroces en vuestra vida que ninguna destaca como peor que las demás? ¿A esto hemos llegado? ¿Habéis hecho daño a tanta gente que ni siquiera sois capaces de acotar las posibilidades? Llevo diez años esperando esto. Puedo esperar un poco más.

Su captor recalcó cada palabra con furia. Thomas no albergaba duda alguna de que aquel secuestro y la exigencia de una confesión eran algo personal.

—¿Lleva diez años esperando? —Lawrence parecía incrédulo—. ¿Estamos aquí por algo que ocurrió hace tanto tiempo?

—Algo que *ocurrió* —se mofó su captor, apuntando bruscamente a Lawrence con la pistola—. Como si hubiera sido un *accidente*. Un suceso desafortunado que no se pudo evitar.

Lawrence retrocedió hasta quedar pegado a la pared. No tenían nada detrás de lo que esconderse, salvo los unos detrás de los otros.

Su captor recorrió con la mirada a los cautivos, uno por uno.

—*No fue* un accidente. Uno de vosotros tomó una decisión y otra persona pagó el precio más alto. Alguien murió por lo que hicisteis —gruñó—. ¡Y ni siquiera lo recordáis!

La mente de Thomas se aceleró. Alguien había muerto una década atrás. ¿Dónde estaba él entonces?

—Acabo de daros información para refrescaros la memoria —dijo su captor mientras paseaba la mirada por todos ellos—. Uno de vosotros sabe exactamente de qué estoy hablando, y el mundo entero tiene que oírlo.

Retrocedió hacia la puerta sin bajar la pistola en ningún momento.

—Cuando vuelva, alguien dirá la verdad.

—¿Y si no podemos? —preguntó Jake.

—Entonces empezaré a sacaros de aquí a pedazos. Empezando por los dedos. Vuestras familias podrán abrir los paquetes. Un regalo inesperado como ese puede dejar a alguien traumatizado de por vida.

Thomas cobró una dolorosa conciencia de sus propios dedos. Se metió las manos en los bolsillos.

—Tenéis hasta mañana por la mañana.

Su captor cerró la puerta de golpe. La cerradura encajó con un ruido sordo. Se había marchado y volvían a estar solos.

—¡Está como una puta cabra! —gritó Lawrence.

—Deberíamos darle lo que quiere —dijo Jake—. ¿Qué coño pasó hace diez años? ¿Qué hizo uno de vosotros?

Su mirada recorrió a todos los presentes.

Una sensación nauseabunda ascendió desde el estómago de Thomas. Los otros tres hombres eran desconocidos, pese a estar atrapados juntos. ¿Era uno de ellos un asesino?

Un pensamiento indeseado se abrió paso en su mente.

¿Y si era él? ¿Había arruinado económicamente a alguien? ¿Había destruido la empresa o el medio de vida de alguna persona? ¿Se había suicidado alguien por ello? Si así había sido, Thomas no lo sabía. ¿No debería haberse enterado? ¿No se lo habría contado alguien?

—Tenemos hasta mañana por la mañana —dijo Jake—. Unas horas. O más. No tengo ni idea. Tenemos que averiguarlo antes.

—¿Cómo? —exigió Harrison—. ¡Llevamos todo este tiempo intentando averiguarlo! ¡No sabemos qué estamos buscando!

—No nos estábamos centrando en lo que ocurrió hace diez años —dijo Jake—. Ahora sí. Tenemos que contarnos todo lo que recordemos de aquella época. La respuesta está en algún punto de esos recuerdos.

—Si uno de vosotros es un asesino —dijo Lawrence—, entiendo por qué aún no lo ha contado. Entiendo que no quiera que la gente se entere. Pero este tío lo ha descubierto. Se acabó la farsa, por decirlo de algún modo. Así que soltadlo ya. Decid la verdad. Quiero conservar todos mis dedos.

Jake asintió.

—Estoy seguro de que todos opinamos lo mismo. Admitidlo ahora o sufriremos todos.

Nadie habló.

El frigorífico se puso en marcha con un chasquido en un rincón.

Thomas apoyó la cabeza contra los fríos bloques de hormigón, buscando entre sus recuerdos alguna muerte que pudiera haber causado.

Alguien había muerto. No había acabado en la ruina ni había resultado herido. Había muerto. Thomas le dio vueltas a aquella idea, cotejándola con todo cuanto recordaba de diez años atrás.

Solo estaba aquello.

CAPÍTULO 14

Victoria seguía mirando la hora. Habían pasado siete horas desde el primer mensaje enviado desde el teléfono de su padre. Tres desde el segundo. No había llegado nada más.

Los hombres seguían desaparecidos. Uno de ellos tenía que confesar, pero ¿quién y qué? Los agentes aún no lo sabían.

Habían pasado el resto de la tarde intentando averiguar qué ocurrió durante el fin de semana de graduación de Georgetown, diez años atrás. De momento, no habían encontrado nada significativo que explicara el secuestro de cuatro hombres y la exigencia de una confesión.

Victoria salió de la oficina cuando se dio cuenta de que tal vez las respuestas que necesitaba no estuvieran en ninguna base de datos. Tenía que hablar con su abuelo. Quizá él tuviera razón cuando le dijo que podía ayudarla.

Se abrazó el cuerpo para protegerse del frío nocturno al salir del edificio del FBI.

El trayecto hasta la casa de su abuelo debería haber sido rápido a esas horas, pero se encontró todos los semáforos en rojo. Se quedó esperando en un cruce, dando golpecitos con el pie contra el freno. Llevaba todo el día impaciente. Quería que la situación cambiara, pero solo a mejor.

Una mujer con gabardina salió sola de una casa de ladrillo, riéndose mientras hablaba por teléfono. Un peatón con un golden retriever esperaba mientras el perro hacía sus necesidades en una estrecha franja de césped. Nunca dejaba de asombrar a Victoria que un solo suceso pudiera cambiarlo

todo para algunas personas y absolutamente nada para las demás. Ojalá todo fuera normal. Al día siguiente se suponía que iba a salir a caminar con su vecina, Zoey, y luego pasaría el resto del día en casa con Ned. En lugar de eso, su vida había dado un vuelco.

Su teléfono descansaba en el portavasos, oscuro y silencioso. Rivera había prometido llamarla si recibían noticias de la Policía Metropolitana.

El semáforo se puso verde. Victoria aceleró y luego giró por M Street, esquivando un coche aparcado en doble fila con las luces de emergencia encendidas.

Condujo un poco más, ordenando sus pensamientos, antes de llamar a su hermano, que estaba en Colorado.

Alex contestó al primer tono.

—¿Tori? ¿Hay noticias?

—Todavía no. Pero necesito tu ayuda. Quiero que hagamos memoria sobre tu graduación universitaria.

—¿Mi graduación? ¿Por qué?

Victoria le explicó que exigían una confesión por un incidente ocurrido diez años atrás.

—¿Crees que está relacionado con el fin de semana de mi graduación?

—Papá estuvo en Georgetown aquel fin de semana. Lawrence Goodman también. Y, además, los secuestraron en el campus durante la graduación de este año. Estamos intentando averiguar qué ocurrió.

—¿Qué clase de cosa?

—No lo sé, Alex. Si lo supiera, no te lo estaría preguntando. —Se oyó a sí misma y suavizó el tono. No había querido hablarle con brusquedad. El miedo y la frustración la tenían con los nervios a flor de piel—. Lo siento. No quería decirlo así. Ha sido un día muy largo.

—No pasa nada. Lo entiendo. Ahora mismo no se me ocurre nada.

—¿Estás seguro? ¿Hubo alguna pelea o algún accidente?

—No. Nada que yo recuerde. Aquel fin de semana hubo una fiesta. Fuera del campus. Fuimos un montón. Se celebró en una casa enorme de Airbnb que había alquilado alguien.

—¿Qué pasó en la fiesta?

—Nada. Fue la típica fiesta de graduación. Creo que todos empezábamos a asimilar que tal vez fuera nuestra última vez juntos y que todo estaba a punto de cambiar. Hubo muchas despedidas. Fue un poco triste. Solo un poco. Quiero decir, la gente estaba muy borracha. Puede que hubiera algún

drama, algunos líos, lo de siempre. Pero nadie resultó herido. Al menos, que yo viera.

—¿Te quedaste todo el tiempo?

—En algún momento volví a mi apartamento para dormir. Cuando me fui todavía quedaba gente allí... creo..., pero no sé qué pasó después.

Victoria giró por la calle de su abuelo.

—¿Oíste algo al día siguiente? ¿Algún rumor sobre... un incidente?

—No. Nada. Si alguien hubiera muerto o sufrido una agresión, ¿no habría quedado constancia?

—No hemos encontrado ninguna. Puede que nadie lo denunciara. Si logramos identificar a la víctima o el incidente, podremos tirar del hilo para averiguar quién retiene a papá y a los demás. Acotar una ubicación.

—Estoy intentando recordar. Pero fue hace muchísimo tiempo y estoy seguro de que me pasé todo el fin de semana bebiendo. Además, ¿qué tendría que ver aquello con papá?

Victoria entró en el camino de acceso a la casa de su abuelo.

—Probablemente nada. Solo... si recuerdas algo más, llámame. Cualquier cosa que recuerdes es importante porque ahora mismo no tenemos nada. —No debería haber expresado la verdad con tanta crudeza cuando lo único que conseguiría sería causar dolor a todos los que querían a su padre y a los otros hombres, pero ya era demasiado tarde para retirar lo dicho.

—Lo haré. Te lo prometo. —Alex vaciló—. Sobre lo de la confesión... No creerás que fue papá quien hizo algo, ¿verdad?

Victoria quería responderle que por supuesto que no, que su padre era incapaz de hacer daño a nadie, pero tenía que mantener la mente abierta si quería ayudarlo.

—Estoy casi segura de que se vio atrapado en todo este lío por error —dijo mientras ponía el coche en punto muerto.

—Hay una cosa —dijo Alex—. No sé si tendrá importancia, pero...

—¿Qué?

—Bueno, ocurrió la noche antes de mi graduación. Uno de los secuestradores de mamá murió en prisión. El día de su cumpleaños. La prisión llamó a la familia por cortesía. ¿Te acuerdas?

Victoria se acordaba perfectamente.

—Esto va a sonar de locos, o macabro, pero consideré que su muerte era un regalo para ella. Para mamá —dijo Alex—. Tardío, pero un poco de justicia. No es que ella hubiera querido algo así, pero ya sabes.

—Sí, lo sé.

—Su muerte no fue fortuita, ¿verdad? La policía dijo que alguien había pagado a otro preso para que lo matara.

—Eso dijeron. —Victoria cerró los ojos. Jules Johnson había recibido catorce puñaladas a manos de un recluso que cumplía varias cadenas perpetuas consecutivas. Aquel preso se negó a decir una sola palabra sobre por qué lo había hecho. La investigación no había conducido a ninguna parte.

—Esto va a sonar fatal, pero ¿crees que papá estuvo implicado? ¿O el abuelo?

Alex acababa de plantear en voz alta una pregunta que Victoria llevaba años evitando. ¿Era posible? Su abuelo había quedado destrozado por el asesinato de su única hija. La había amado con una intensidad que no había menguado con el paso de los años.

Y luego estaba su padre. Por todo lo que Victoria sabía, sus padres habían tenido un matrimonio excelente, lleno de amor y respeto. La muerte de su madre había dejado devastado a su padre. Nunca había vuelto a casarse ni, que Victoria supiera, había salido con nadie. Se había volcado en su trabajo y en la vida de sus hijos.

Tanto su padre como su abuelo tenían un poderoso motivo para querer muerto a Jules Johnson. Les había arrebatado a alguien a quien amaban. También disponían de los medios para encargar un asesinato que jamás pudiera relacionarse con ellos. Había gente que se ocupaba de esas cosas. Un precio elevado compraba silencio y discreción.

¿Era posible que uno de ellos, o los dos, hubieran encargado el asesinato? ¿O era terrible siquiera planteárselo?

—Si papá o el abuelo estuvieron implicados... —Alex dejó la frase en el aire, pero estaba claro que había pensado lo mismo—. ¿Es por eso por lo que se llevaron a papá? ¿Venganza por la venganza?

—No lo sé —respondió Victoria con un escalofrío—. No le digas ni una palabra a nadie, Alex, por favor. Pero sí, es algo que quizá tenga que investigar. Ahora debo irme. Estoy en casa del abuelo. Veré qué puede contarnos.

—Espera, Tori. Descubras lo que descubras sobre papá, sobre todo esto, vas a traerlo a casa. Sé que lo harás.

Eso era lo que pretendía hacer, pero ¿por qué no dejaban todos de repetírselo? ¿Necesitaban oírlo ellos o pensaban que era ella quien lo

necesitaba?

—Te llamaré si cambia algo. Lo prometo. Te quiero —dijo.

—Yo también te quiero.

Permaneció un poco más en el coche, sopesando la posibilidad de que su abuelo o su padre hubieran tomado diez años atrás una decisión que había puesto en marcha todo aquello.

Era más probable que los responsables fueran Lawrence o Harrison. Eso era lo que creía. Lo que necesitaba creer.

Pero no lo sabía con absoluta certeza. Su trabajo consistía en descubrir la verdad.

Cogió la bolsa de viaje, salió del coche y se apresuró camino arriba para ver a su abuelo.

CAPÍTULO 15

Thomas mantenía la mirada fija en la puerta de acero, preparándose para cuando volviera a abrirse. En su mente se repetía una y otra vez aquella voz distorsionada, con el eco de la amenaza de enviar partes de sus cuerpos a sus seres queridos.

Si le cortaban un dedo, probablemente Victoria sería la destinataria. Las pesadillas con las que se había topado trabajando en diversas investigaciones la habían preparado mejor que a nadie para soportar la conmoción. Ella misma había perdido las puntas de los dedos tras sufrir congelación y ver cómo se volvían negras. Si alguien podía soportarlo, era ella, aunque se sentiría impotente y furiosa. Tenía que evitarle aquella experiencia.

Uno de sus compañeros tenía que confesar antes de que las cosas empeoraran.

En uno de los catres, Harrison se volvió de lado y después se incorporó. Se llevó una mano a la boca, la mantuvo allí unos instantes y luego la bajó.

No tenía buen aspecto.

—Tenemos que resolver esto ya —dijo Thomas.

—Hace diez años, en mayo —respondió Jake—. ¿Dónde estábamos? Empecemos por ahí. Otra vez. ¿Dónde estaba usted, Thomas?

—En la Universidad de Georgetown. Mi hijo Alex se graduó aquel fin de semana. Era su ceremonia de graduación.

—Yo también estaba allí —dijo Lawrence—. Me hicieron un reconocimiento por una donación a la universidad. Siempre quieren que

vaya para poder darme las gracias como es debido.

—¿Por qué está tan seguro de que fue aquel año? —preguntó Jake.

—Porque lo estoy.

Jake intervino.

—Harrison, ¿y usted? ¿Dónde estaba hace diez años?

—Sin mi secretaria ni mi agenda, no puedo decirle con exactitud dónde estaba un fin de semana concreto de hace una década, pero sí sé que no estaba en Estados Unidos. —Harrison apoyó las palmas contra los muslos y expulsó el aire por la boca—. Era el embajador en Alemania. Vivía en Berlín.

—¿Está seguro? —insistió Jake—. ¿No volvió en avión para asistir a algún reencuentro, ceremonia o algo parecido?

Harrison se frotó las sienes.

—No. Estoy seguro de que estaba en el extranjero. Habría sido mi segundo año en la embajada. Regresé por Navidad y en agosto, pero no en mayo. Nunca en mayo. La agenda de primavera siempre estaba repleta de reuniones de la UE y actos diplomáticos en los patios, cuando hacía mejor tiempo.

—¿Puede corroborarlo alguien? —preguntó Jake.

Harrison levantó la cabeza de golpe.

—Era el embajador en Alemania. Todo mi personal puede corroborarlo. Todas las cartas diplomáticas de aquel periodo llevan mi firma. Evidentemente, ahora no puedo demostrárselo. Ni tendría por qué demostrarles nada a ninguno de ustedes. Y menos aún a usted, Jake. —La voz de Harrison había subido hasta convertirse casi en un grito—. Aquí no se me está juzgando.

—En cierto modo, sí —dijo Thomas—. Se nos está juzgando a todos.

Harrison abrió la boca y volvió a cerrarla. Le temblaban las manos. Los temblores también le recorrían los brazos.

Thomas no sabía si Harrison decía la verdad o era un mentiroso excelente. Mientras permanecieran atrapados en aquella habitación, no tenían forma de comprobar las afirmaciones de los demás. Debía confiar en que todos deseaban escapar tanto como él y en que confesarían cuando averiguaran qué quería oír su captor.

Lawrence señaló a Jake con la barbilla.

—¿Y usted? ¿También estaba en Georgetown?

—No. Hacía un año que había terminado la universidad. Trabajaba en una consultora de Washington. Hasta hoy, nunca había asistido a una graduación de Georgetown. Solo he estado unas cuantas veces en el campus para ver partidos de baloncesto, y de eso hace ya mucho tiempo.

—Pero estaba en la zona de Washington, ¿no? —preguntó Thomas.

Jake apretó los labios.

—Estoy casi seguro de que estaba en Europa.

—¿También estaba en Europa? ¿Por qué? —exigió saber Lawrence.

—Viajaba mucho por trabajo. El 17 de mayo es mi cumpleaños y recuerdo que estaba en el extranjero cuando cumplí veintitrés años.

—De acuerdo, así que puede que Jake no tenga nada que ver con esto —dijo Lawrence—. Creo que todos nos lo esperábamos. Usted está aquí porque se limitaba a hacer su trabajo. De una forma espantosa, debo añadir, aunque eso cae por su propio peso. Pero dos de nosotros estábamos en el mismo sitio el mismo día. Thomas y yo. Harrison afirma que él no.

—¿Que lo afirmo? —Harrison se quedó unos segundos con la boca abierta—. No estaba en el país. Punto. Es un hecho. Así que, si todo esto tiene que ver con algún incidente ocurrido en el campus, yo no participé. Les dije desde el principio que esto no iba conmigo.

—Entonces, ¿por qué está aquí? —preguntó Lawrence—. Jake formaba parte de su escolta. ¿Por qué utilizarlo a él si me buscaban a mí? ¿Cómo iban a saber que yo estaría cerca de usted?

—A los dos les rindieron homenaje en la ceremonia —dijo Thomas—. Quizá sabían que en algún momento estarían juntos. En el escenario. En la recepción para invitados de honor.

—Tiene sentido —dijo Jake.

Lawrence frunció el ceño.

—Volvamos a hace diez años... ¿Recuerdan que sucediera algo durante la graduación o después? —preguntó Jake, desplazando la mirada entre Lawrence y Thomas.

Thomas obligó a su mente a regresar a aquel fin de semana. Visualizó a Alex con la toga y el birrete. Había pegado un peluche encima del birrete: la mascota de Georgetown, un bulldog montado en una tabla de snowboard.

A diferencia de Victoria, Alex no sabía qué iba a hacer a continuación, solo que no sería un trabajo de oficina. Alex había nacido para trabajar al aire libre. Tal vez se hiciera guía de aventura o instructor de esquí. Aún lo estaba decidiendo. Nadie le metía prisa. Victoria y Alex lo eran todo para

Thomas. Por encima de cualquier otra cosa, quería que sus hijos fueran felices.

Un senador pronunció el discurso de graduación aquel año. El sol caía a plomo sobre la multitud sentada. Victoria, que acababa de empezar a trabajar como perfiladora del FBI, estaba a su lado. Todos los miembros de la familia Heslin eran conscientes de la ausencia de Abigail, como ocurría en cada acontecimiento importante desde su muerte. Debería haber estado allí, pero no estaba.

Piensa.

El día de la ceremonia, Thomas y Victoria habían hablado con los amigos de Alex y con sus padres. Con los profesores de Alex. Su suegro conocía a Lawrence. Thomas quizá se hubiera cruzado con él en algún momento. Pero no lo recordaba.

¿Qué más?

Había pasado mucho tiempo y, cuanto mayor se hacía, menos recordaba.

Después habían ido todos a cenar. Alex, Victoria y los abuelos, junto con las familias de algunos amigos de Alex. Un restaurante italiano con buena comida y buen vino. Lo pasaron bien.

Tenía que haber algo más.

Pero no lograba recordarlo.

Hasta donde Thomas sabía, nadie había resultado herido. Nadie había muerto. Si hubiera ocurrido, sin duda se habría enterado y lo recordaría, sobre todo si de alguna manera hubiera sido responsable.

—¿Algo? —preguntó Jake, mirando a Thomas.

—No. Fue un buen día para todos los que me rodeaban.

—¿Y usted, Lawrence?

Lawrence alzó las manos y mostró las palmas.

—¿En serio? No lo sé. Probablemente fui a la ceremonia y escuché los discursos. Me senté en el escenario. Después asistí a varias recepciones para donantes. Igual que este año.

—¿No hubo nada diferente que le llamara la atención? —insistió Jake.

Lawrence apretó los labios en una profunda mueca de desagrado.

—La diferencia más notable fue que no acabé atrapado en una mazmorra con cubos para mear. Aquella tarde volé a las Bahamas en un avión privado.

—¿Por qué? —preguntó Jake.

—¿Por qué no? —respondió Lawrence—. Porque puedo.

Jake asintió con brusquedad.

—De acuerdo, ¿iba solo en aquel vuelo?

Lawrence no respondió de inmediato. Luego dijo:

—Eso no es relevante.

Ocultaba algo. No había ido solo y no quería decirles con quién había estado, lo cual resultaba extraño. Lawrence era adulto. Estaba soltero. Fuera quien fuese su acompañante, no debería importar. A menos que esa persona estuviera casada.

—Puesto que todos estamos sufriendo ahora mismo graves inconvenientes por algo que quizá haya hecho usted, permítanos decidir qué es relevante —espetó Harrison.

Lawrence levantó las manos.

—No tiene nada que ver con... con lo que sea todo esto.

—Y, sin embargo, está eludiendo las preguntas sobre dónde se encontraba y con quién estaba —dijo Harrison.

Lawrence cruzó los brazos.

—No pienso seguir hablando de esto. Mi vida privada es asunto mío.

—No cuando puede costarnos la vida —dijo Thomas.

—Está bien —gruñó Lawrence—. Me marché de la recepción con una joven de Georgetown.

—¿Qué quiere decir con «de Georgetown»? —preguntó Harrison—. ¿Del barrio o de la universidad...? ¿Qué? Ah... Era una chica de compañía. Así es como disfruta usted, ¿eh? ¿No puede mantener una relación normal con una mujer a pesar de sus millones? —Su voz tenía un matiz descontrolado mientras golpeaba el suelo con el pie a un ritmo frenético.

—Son miles de millones, no millones. Y no era una chica de compañía. Estudiaba Derecho. Yo era su mentor. ¿Contento?

Thomas notó que se le desencajaba la mandíbula.

—¿Se llevó a una universitaria a las Bahamas? —preguntó Harrison con sorna.

—Era una de las beneficiarias de mis becas. Era mayor de edad. Tenía diecinueve años.

—¿Y cuántos años tenía *usted*? —exigió saber Harrison—. ¿Sesenta? ¿Más del triple que ella?

Lawrence lo fulminó con la mirada, pero no respondió.

—Es repugnante —dijo Harrison—. Si mi hija se hubiera ido con un viejo cuando estaba en la universidad, habría querido matarlo con mis propias manos.

—Yo también —dijo Thomas con asco. Se imaginó a Victoria a aquella edad y se le revolvió el estómago. No se sentiría cómodo si Lawrence saliera con Victoria *ahora*, mucho menos cuando era una joven universitaria. Y la chica con la que había estado Lawrence era una de las beneficiarias de sus becas. Él financiaba sus estudios. El desequilibrio de poder y edad resultaba inquietante.

—¿Le ocurrió algo durante el viaje? —preguntó Jake.

—Estaba viva cuando nos separamos. Si murió después, no es responsabilidad mía —dijo Lawrence con una mueca desdeñosa—. Al menos yo recuerdo con quién estaba. ¿Qué me dicen de nuestro estimado diplomático, que bebe tanto que no recuerda dónde estaba ni qué hizo?

—¿De qué demonios está hablando? Le he dicho que estaba en Alemania sirviendo a nuestro país —gritó Harrison.

Lawrence chasqueó la lengua.

—Eso dice usted.

Mientras Lawrence y Harrison intercambiaban insultos, Thomas cerró los ojos. Estaba cansado de respirar aire reciclado en una caja de hormigón. Cansado de pasarse horas y horas escuchando a dos hombres que le desagradaban profundamente. Le escocían los ojos. El dolor de espalda era imposible de ignorar.

Quería estar en su cama, en casa. Despertarse descansado y salir a correr al aire libre, respirando el fresco aire primaveral. Que todo aquello no fuera más que una pesadilla disparatada e inquietante.

Abrió los ojos.

Harrison y Lawrence seguían a la gresca. Thomas dejó de oír sus palabras y se limitó a ver cómo movían la boca. Probablemente, ninguno de los dos había pasado un solo día realmente incómodo en toda su vida.

Los odiaba. Reconoció el sentimiento y no lo rechazó. Estaba demasiado cansado para rechazar nada.

Jake permanecía sentado contra la pared de enfrente, con los brazos apoyados en las rodillas, observando la discusión sin reaccionar. Era la única persona de aquella habitación en quien Thomas confiaba, aunque apenas lo conocía.

¿Cómo podía saber si alguien mentía? No podía. Esa era la verdad. Cada uno parecía convencido de su propia inocencia, y Thomas no tenía con qué contrastar sus palabras salvo con su propio juicio, exhausto y cada vez menos fiable a medida que pasaban las horas.

La memoria jugaba malas pasadas incluso en las mejores circunstancias, sobre todo después de diez años. La gente recordaba lo que quería recordar. Olvidaba oportunamente las partes que la dejaban en mal lugar o las racionalizaba hasta convertirlas en historias distintas. En aquel sitio, con apenas sueño y una desesperación creciente, ya no estaba seguro de que sus propios recuerdos fueran fiables. Mucho menos los de los demás.

Ojalá pudiera hablar con Victoria. Ella vería más allá de cualquier evasiva o invención. Formularía las preguntas adecuadas y se acercaría a la verdad.

En lugar de eso, daban vueltas en círculo sin que se vislumbrara el final. Tarde o temprano, su captor regresaría. No tendrían nada que confesar. ¿Cumpliría su palabra de sacarlos del sótano en pedazos?

Harrison por fin se quedó callado. Se sentó contra la pared con las rodillas recogidas. Le temblaba todo el cuerpo.

Fuera lo que fuese lo siguiente, Harrison no iba a facilitarlo.

CAPÍTULO 16

Las luces iluminaban todas las ventanas de la planta baja de la casa de su abuelo.

El Subaru plateado de Maureen seguía en el mismo sitio.

La puerta principal se abrió antes de que Victoria llegara hasta ella.

Su abuelo estaba en el umbral, apoyado en el bastón y con el rostro demacrado.

—Te he visto llegar en coche.

Victoria lo abrazó con fuerza, sin querer soltarlo. Ojalá hubiera abrazado así a su padre aquel mismo día. ¿Y si no volvía a verlo nunca? Una oleada de culpa la golpeó al recordar las ganas que había tenido de marcharse de la recepción cuanto antes. Ahora habría dado cualquier cosa por estar allí de nuevo, pasando tiempo con su familia. ¿Por qué no había sabido valorar lo que tenía cuando aún podía hacerlo?

—¿Hay alguna noticia sobre dónde está tu padre o por qué se lo ha llevado alguien? —preguntó su abuelo.

—Todavía no sabemos nada de ninguno de los hombres. Estamos trabajando en ello. Todo el mundo está trabajando en ello.

Él se volvió y avanzó pesadamente por el pasillo. El bastón repiqueteaba contra el suelo de madera. Para el viaje a Georgetown había utilizado uno sencillo. En casa usaba un bastón cuadrípode con cuatro patas cortas que le proporcionaba mayor estabilidad.

Victoria lo siguió hasta la cocina.

Él abrió la nevera.

Su ama de llaves había dejado dentro un plato tapado con una nota: *Por favor, cene. —Maureen*

A juzgar por el plato intacto, cubierto con film transparente, no lo había tocado.

—¿Está durmiendo Maureen? —preguntó Victoria.

—Esta noche tenía una fiesta del club de punto por videollamada. Así lo ha llamado ella. He dejado de hacer preguntas. —Sacó el plato de la nevera —. ¿Has comido?

—No tengo hambre.

—Yo tampoco. —Se dejó caer en una silla de la mesa de la cocina y enganchó el bastón en el borde—. Pero Maureen se pondrá pesada si no como un poco.

Victoria destapó el salmón y las verduras asadas; había suficiente para más de una persona. Lo repartió en dos platos y los llevó a la mesa junto con unos vasos de agua. La comida de Maureen siempre era excelente y estaba llena de sabor. Aquella noche, Victoria no esperaba ser capaz de apreciarla.

Sentada frente a su abuelo, lo puso al corriente de todo lo que estaban haciendo los agentes.

—Como sabemos con certeza que tanto papá como Lawrence estuvieron en Georgetown, estamos investigando aquel fin de semana. Buscamos algún incidente lo bastante grave como para que alguien quiera vengarse diez años después.

—Hay personas que no pueden dejar de buscar una forma de reparar las cosas. Se convierte en una especie de enfermedad.

—Sí, supongo que a algunas personas les pasa. ¿Conoces a alguien así? ¿Se te ocurre algo que sucediera?

—No. Nadie ni nada que encaje. ¿Tenéis alguna teoría?

Victoria ensartó un trozo de boniato asado y se lo comió. Entonces comprendió que se había equivocado. Tenía hambre. Estaba famélica. Devoró otro trozo antes de responder.

—Estamos analizando el pasado de cada uno de los hombres para averiguar quién podría haberlos elegido como objetivo.

—Así que ahora el FBI está husmeando en la vida privada de los hombres secuestrados.

—Bueno... tenemos que hacerlo si queremos encontrarlos. ¿Qué me dices de Lawrence Goodman? Lo conoces desde hace mucho, ¿verdad? ¿Qué

puedes contarme sobre él?

Su abuelo suspiró.

—Lo conozco desde hace al menos treinta años, pero lo considero un conocido, no un amigo. Ahora que lo pienso, no estoy seguro de quiénes son sus amigos íntimos. —Frunció el ceño—. Es generoso con su dinero. Se ha portado bien con Georgetown.

—Eso ya lo sabemos. Pero ¿qué más? Busco cosas que quizá no figuren en registros públicos. —Clavó el tenedor en otro trozo de boniato.

Su abuelo dejó el tenedor.

—Nunca me gustó la forma en que parecía fijarse en los jóvenes. En las fiestas, en los actos benéficos... En las mujeres jóvenes. Me incomodaba. Pero eso no es motivo para llevárselo.

—Podría serlo si hizo algo más que mirar —dijo Victoria—. Además, puede que el motivo para llevarse a esos hombres no tenga sentido para nadie salvo para los responsables.

—¿Y no sabéis cuál de ellos tiene que confesar?

—Exacto. Aún no sabemos quién es su objetivo. Podría ser mi padre.

Su abuelo frunció el ceño.

—Lo dudo.

—Aun así, supongo que hay una posibilidad entre cuatro, y tengo que hacerte algunas preguntas.

—Adelante.

—¿Recuerdas cuándo murió en prisión el secuestrador de mamá?

Su expresión se ensombreció.

—Claro que lo recuerdo.

—Alguien pagó a otro recluso para que lo matara.

—Eso fue lo que nos dijeron.

—Eso fue lo que ocurrió. —Victoria terminó el último bocado de verduras y cortó el salmón, esperando a que su abuelo añadiera algo. Al ver que guardaba silencio, dijo—: El momento fue extraño. Justo antes de la graduación de Alex. Hace casi exactamente diez años. El día del cumpleaños de mamá.

Su abuelo ladeó la cabeza.

—¿Qué estás insinuando?

Ella le sostuvo la mirada.

—Si alguien quisiera vengarse por aquel asesinato, si creyera que papá o alguien de nuestra familia fue responsable...

—Tu padre no haría algo así. Y yo tampoco, si es eso lo siguiente que vas a preguntarme. —Puso una mano arrugada sobre la otra y la miró directamente a los ojos.

Victoria lo creyó. Se sintió mal por haber sospechado siquiera de él. Pero no había podido evitar planteárselo. El dolor llevaba a las personas a hacer cosas que jamás habían imaginado. Su familia había quedado conmocionada y destrozada por aquella trágica pérdida.

Su abuelo acabó apartando la mirada.

—No veo qué puede tener que ver ese delincuente con esto. ¿Quién querría vengar a ese hombre? No tenía familia. Ni buenos amigos.

—No actuó solo cuando secuestró a mi madre —dijo Victoria mientras dejaba el tenedor atravesado sobre el plato vacío—. Tenía cómplices. Nunca los detuvieron. Jamás los delató. Mantuvo la boca cerrada. Solo eso ya lo convierte en un buen amigo para los demás culpables.

La mueca de su abuelo se acentuó, dejando patente su escepticismo.

—Hay que dar demasiados saltos para que esa teoría funcione.

—A veces tenemos que hacerlo. Si un cómplice necesitaba vengar su muerte por un pacto de honor, podría ser esto.

—Conozco bien a tu padre. No es él quien tiene que confesar.

—Ya, pero la cuestión es que... quizá no importe si papá es culpable, sino solo que alguien crea que lo es.

Su abuelo agarró el borde de la mesa.

—Ah, ya entiendo.

—Es una posibilidad remota, pero ahora mismo, hasta que tengamos más información, tengo que investigar todas las opciones. —Victoria recogió los dos platos vacíos y los metió en el lavavajillas.

Sonó su teléfono. Era Rivera.

—¿Está en casa? —preguntó él.

—Estoy en casa de mi abuelo. Voy a quedarme aquí esta noche. ¿Qué ocurre?

—Solo quería asegurarme de que está bien.

—Sí. Estoy bien. —Comprendió que estaba pendiente de ella, quizá preocupado por que estuviera recorriendo las calles sola en busca de pistas. Eso habría estado haciendo si no hubiera pensado que su abuelo podía tener información valiosa—. ¿Hay novedades de la policía?

—Los forenses siguen examinando el todoterreno. También están revisando más grabaciones de las cámaras de la zona. La llamaré de

inmediato si aparece algo que merezca la pena comunicar. Mientras tanto, descanse un poco.

—Lo haré. Me alegro de que estés en esto.

—Nos vemos temprano, Victoria.

Dejó el teléfono y volvió a centrar su atención en su abuelo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó él.

—Voy a investigar un poco más a fondo el asesinato del secuestrador de mamá, por si acaso alguien cree que papá fue responsable. Trabajaré en la biblioteca, si te parece bien.

—¿A estas horas?

—Sí, no quiero perder ni un minuto.

—Tu abuela también era así. Cuando se le metía una idea en la cabeza, algo de lo que quería ocuparse, tampoco podía descansar. A veces me volvía loco. —Hizo una pausa—. Y eso es el mayor cumplido que puedo hacerle.

—Lo sé.

—Pero a veces tampoco dejaba correr las cosas cuando debería haberlo hecho. Y eso la perjudicaba. Así que no olvides dormir antes de que amanezca. Ahora mismo tienes un aspecto un poco desmejorado.

Victoria notó que se relajaba durante una fracción de segundo.

—Gracias, abuelo. Te agradezco que siempre seas sincero conmigo.

—De nada. Si no puedes confiar en que las personas a las que quieres te digan la verdad, tienes un problema.

Volvieron a abrazarse.

Victoria bostezó al entrar en la biblioteca, cuyas paredes oscuras estaban decoradas con retratos de su madre y de su abuela. La misma estancia en la que Lawrence Goodman le había dado escalofríos casi dos décadas atrás.

Entonces era una niña y, por suerte, había escapado.

Pero ya no huía de las habitaciones.

Una violenta ráfaga de viento pasó silbando junto a las ventanas e hizo que las ramas se balancearan.

Apoyada en el sofá Chesterfield, abrió un mensaje nuevo y lo dirigió al funcionario de guardia de la Oficina Federal de Prisiones del centro donde Jules Johnson había cumplido condena.

Para: *BOP.DutyOfficer.Cumberland@bop.gov*

De: *Victoria.Heslin@fbi.gov*

Asunto: *Solicitud urgente de documentación — Recluso fallecido Jules Johnson*

Buenas noches:

Soy la agente especial Victoria Heslin, de la oficina local del FBI en Washington, número de placa 4473222. Solicito acceso inmediato a todos los registros de visitas de Jules Johnson (número de registro de la BOP 47821-083), quien estuvo recluido en sus instalaciones hasta su fallecimiento, hace aproximadamente diez años.

Esta solicitud está relacionada con una investigación federal en curso sobre un secuestro con múltiples víctimas, dos de las cuales son empleados federales. El tiempo es crucial.

En concreto, solicito lo siguiente:

1. *Los registros de visitas correspondientes a todo el periodo de encarcelamiento de Johnson, incluidos los nombres de los visitantes, las fechas de las visitas, la relación declarada con el recluso y cualquier identificación facilitada.*
2. *Toda correspondencia que el personal del centro señalara durante su encarcelamiento.*
3. *El informe oficial del incidente y el expediente de investigación relacionados con su muerte.*

Estoy disponible por teléfono a cualquier hora. Mi número directo es el 202-542-3266.

Les ruego que traten esta solicitud como urgente. Puede haber vidas que dependan de la rapidez de su respuesta.

Lo envió.

Probablemente aquella información no conduciría a ninguna parte. Pero tenía que ser meticulosa.

Sonó su teléfono. Durante un segundo imaginó que era la prisión, que ya se ponía en contacto con ella.

Era Ned.

—Hola —contestó.

—Hola. Solo quería saber cómo estás. ¿Cómo lo llevas?

Victoria rodeó el sofá de cuero y se dejó caer en él. El mero hecho de oír su voz alivió parte de la tensión que le atenazaba los hombros.

—Iba a llamarte antes de acostarme. Estoy en casa de mi abuelo. Aún no hemos averiguado nada. Pero hay mucha gente trabajando en esto. La policía, el FBI, la CIA.

—Eso está bien.

—Sí. —Cerró los ojos—. Gracias por mantener todo bajo control en casa para que yo pueda trabajar.

—Los perros están bien. Los burros están bien. Están en el establo. Siempre saben cuándo se avecina una tormenta. Te echan de menos. Yo también.

—Yo también te echo de menos.

—¿Quieres que vaya hasta allí? Puedo estar ahí en una hora.

Quería decirle que sí. Quería tenerlo allí con ella, sólido, sereno, siempre reconfortante. Pero tenía trabajo que hacer. Además, si Rivera la avisaba de que la policía había descubierto nueva información, saldría de inmediato para ayudar.

—Voy a acostarme pronto y entraré temprano en la oficina. Pero gracias por ofrecerte. Gracias por apoyarme.

Siguieron al teléfono hablando de cosas importantes para los dos: los perros, la clínica veterinaria, la lista de Costco que ella había dejado sobre la encimera. Cosas que eran un salvavidas hacia un mundo al que estaba deseando regresar en cuanto aquella pesadilla quedara atrás.

Cuando colgó, fue más consciente del silencio de la casa. Su abuelo se había acostado.

Victoria subió las escaleras hasta la habitación de invitados que utilizaba cuando se quedaba a dormir. Tenía el mismo aspecto que cuando ella era adolescente. Las ventanas eran nuevas y más eficientes energéticamente, pero el papel pintado de flores, la moqueta beige y los muebles tallados seguían allí.

Se puso una camiseta larga que sacó de la bolsa de viaje y se tumbó encima de las mantas, contemplando el techo en la oscuridad. Intentó no pensar en dónde estaría su padre en aquel momento. En qué estado se encontraría. Si estaba herido. Si tenía miedo.

Uno de los hombres desaparecidos era culpable de algo.

La hipótesis del asesinato por encargo en prisión le parecía ahora endeble. Como había dicho su abuelo, ¿a quién podía importarle tanto un secuestrador muerto como para vengarse una década después?

El día siguiente sería otra larga jornada buscando información, a menos que tuvieran suerte y todo terminara antes.

Victoria se volvió de lado. Miró otra vez el teléfono. No había mensajes nuevos.

Cuando por fin se durmió, pasadas las tres de la madrugada, tuvo un sueño agitado y plagado de pesadillas.

CAPÍTULO 17

Las luces fluorescentes del techo brillaban con intensidad, sin un solo parpadeo. Thomas se había puesto la chaqueta del traje sobre la cabeza a modo de tienda de campaña para protegerse del resplandor constante.

El dolor de cuello y espalda había empeorado de tanto permanecer sentado en el duro suelo, apoyado contra la pared. La habitación olía a aguas residuales y a sudor. El aire repugnante parecía tan desesperado por escapar como los propios hombres.

Los ruidos de arriba habían cesado hacía mucho. Según sus cálculos, era domingo por la mañana. Cada minuto de espera se hacía eterno, así que quizá todavía fuese sábado por la noche. No podía estar seguro. Llevaban allí desde el sábado, después de subir a aquel todoterreno negro y despertar más tarde sobre el suelo de hormigón. No sabía cuánto tiempo había pasado.

El suficiente para que Harrison empezara a desmoronarse.

Thomas entraba y salía de un sueño inquieto cuando comenzaron los golpes y los porrazos. El sonido no procedía de arriba, como antes. Venía del *interior* de la habitación.

No era Lawrence. Estaba dormido y roncaba como alguien con la nariz congestionada.

Harrison había estado durmiendo en el otro catre, pero ahora estaba despierto, sacando botellas de agua de la nevera y estampándolas contra el suelo. Tenía la camisa empapada de sudor, con manchas oscuras que se

extendían desde las axilas y le bajaban por la espalda, aunque la habitación no había hecho más que enfriarse desde que llegaron.

—Lo único que nos han dado es agua —gruñó Harrison, con las manos cerradas en puños.

—¿Qué está buscando? —preguntó Thomas.

—Esto no.

Harrison lanzó una botella al otro extremo del sótano. Chocó contra el hormigón y cayó al suelo.

—¡Eh! ¿Qué está haciendo? —gritó Jake desde la esquina opuesta a Thomas.

—¡Necesito una copa de verdad! —Harrison se metió las manos temblorosas en los bolsillos—. Averigüen de una vez qué demonios han hecho para que termine esta pesadilla.

Lawrence se incorporó en el catre, también despierto. Varios mechones de pelo se le habían apelmazado, dejando al descubierto una calva que antes no se veía.

—Otra vez no.

Harrison sacó del bolsillo una mano temblorosa y señaló a Thomas y después a Lawrence.

—Hace diez años. Georgetown. Alguien murió. ¡Uno de ustedes es responsable!

Sudoroso y temblando, trastabilló, pero logró apoyarse en la pared.

Jake recogió del suelo una botella de agua y se la tendió a Harrison.

—Por favor, bébase esto para mantenerse hidratado al menos.

Harrison cogió la botella de plástico, le dio vueltas entre las manos y se la devolvió de un empujón a Jake.

—No la quiero —se le quebró la voz—. Yo ni siquiera estaba en este país. No debería estar aquí.

Una violenta sacudida le estremeció el cuerpo.

—No tiene buen aspecto. Debería tumbarse —dijo Thomas.

Harrison recorrió la habitación con la mirada vidriosa, como si la viera por primera vez. Se dejó caer sobre el catre y agachó la cabeza hasta las rodillas.

—Yo diría que tiene síndrome de abstinencia. Aunque solo ha pasado un día, más o menos. Si ya está así de mal...

Lawrence observó a Harrison con repugnancia, quizá calculando cómo podía afectar a su propia situación la debilidad de otra persona.

—Empeorará antes de mejorar —dijo Jake—. Muchísimo.

Thomas sentía lástima por Harrison. Pero, si nadie confesaba, el síndrome de abstinencia no sería el peor de sus problemas.

Unos minutos después, Harrison se levantó dando tumbos y vomitó en un cubo. El sonido de las arcadas resonó en la pequeña habitación y puso a Thomas aún más nervioso. Después llegó el olor acre de la bilis, que se sumó al hedor ya insoportable que llenaba el cuarto.

Thomas se subió la camiseta hasta cubrirse la nariz y respiró a través de la tela, intentando contener las náuseas que crecían en su interior.

Cuando Harrison terminó, volvió a desplomarse sobre el catre, tiritando.

Jake cubrió los cubos con la chaqueta del traje. Ayudó un poco.

Thomas se levantó y aporreó la puerta.

—¡Eh! ¡Tenemos una urgencia médica! ¡Alguien necesita ayuda!

No hubo respuesta. Solo silencio al otro lado y también por encima de ellos.

A Thomas le rugió el estómago. No había comido desde el desayuno del día anterior. En la nevera había bocadillos envueltos en plástico transparente. No llevaban ninguna etiqueta. Parecían caseros. Sentía una culpa extraña por querer uno. Por necesitarlo.

Golpeó de nuevo la puerta, esta vez con más fuerza.

—¿Puede oírme alguien? Necesitamos ayuda aquí dentro.

A su captor no le importaba que sufrieran.

¿Le importaría que murieran?

Thomas debía de haberse quedado dormido a pesar de la situación.

Despertó con el frío hormigón contra la mejilla, la lluvia repiqueteando con fuerza sobre el metal y alguien gritando.

Harrison estaba de pie, con los ojos inyectados en sangre y una expresión enloquecida.

—¡Quítenmelos de encima! —se golpeó los brazos—. ¡Quítenmelos!

Jake ya avanzaba hacia él.

—Harrison. Ahí no hay nada.

—¡Tengo bichos por todo el cuerpo! —chilló Harrison.

Thomas se puso en pie, con el cuerpo entumecido después de dormir sobre el duro suelo. Un intenso hormigueo le recorría una pierna.

Lawrence también estaba despierto y miraba a Harrison con el ceño fruncido.

—Harrison —dijo Thomas—. Estoy mirando directamente sus brazos. Le prometo que no hay ningún bicho.

Harrison no escuchaba. Tiró de la camisa y, con las prisas por quitársela, arrancó varios botones. Tenía empapada la camiseta interior, que se le pegaba al torso. Parecía febril. Se arañaba los brazos con tanta fuerza que se dejaba ronchas rojas.

—Está alucinando —dijo Jake.

Harrison clavó de golpe los ojos en Jake.

—Usted hizo esto. Es uno de ellos.

—¿Uno de quiénes? —preguntó Jake.

—Trabaja con ellos. Sé que sí —Harrison agitó un dedo ante Jake—. Está compinchado con ellos.

La expresión de Jake no cambió.

—El síndrome de abstinencia provoca paranoia.

Harrison se abalanzó hacia delante. Le fallaba la coordinación. Se estampó contra la pared, rebotó torpemente y cayó de rodillas.

—Todos están contra mí. Lo sé. No pueden engañarme. Ninguno de ustedes.

La lluvia arreció sobre sus cabezas. Fuera retumbó un trueno.

Con las manos en alto, Thomas se acercó a Harrison.

—Nadie está contra usted. Ahora mismo solo está enfermo. Pronto saldremos de aquí. Tiene que resistir y superar esto. Quizá lo mejor sea intentar dormir mientras pasa.

Desde luego, para los demás sería mejor que Harrison se calmara y guardase silencio, pensó Thomas.

—¡No me toque! Que ninguno de ustedes me toque.

Harrison retrocedió a gatas. Respiraba con jadeos cortos.

El diplomático que se había mostrado tan engreído tenía ahora los ojos desorbitados y resultaba irreconocible.

—Joder —murmuró Lawrence mientras observaba a Harrison arrastrarse por el suelo—. ¿Cómo ha podido perder la cabeza tan deprisa? ¿Estamos seguros de que esto no es una secuela de aquel gas o de que no hay algo en el agua?

—Yo he bebido el agua y estoy bien —dijo Jake—. Tiene que ser el síndrome de abstinencia. Bebe muchísimo. Desde que se levanta hasta que

se acuesta.

Harrison volvió a ponerse en pie.

—Yo no hice nada. Estaba en Berlín —dijo, con un instante de lucidez abriéndose paso entre la confusión.

Después se echó a reír con una risa aguda y desquiciada.

Thomas intentó coger a Harrison del brazo para conducirlo de nuevo al catre.

Harrison se volvió con una rapidez sorprendente y propinó a Thomas un torpe gancho de derecha.

—¡Le he dicho que no me toque!

Thomas retrocedió. Le ardía la mejilla. Nunca le habían pegado en la cara, pero, en aquella situación surrealista, apenas le sorprendió.

—A menos que haya algo que no nos esté contando, está sufriendo un síndrome de abstinencia del alcohol —le dijo Jake a Harrison—. ¿Le había ocurrido antes? ¿Qué le ayuda?

—¡Una copa, idiota! —gritó Harrison—. ¿Hasta qué punto puede llegar a ser estúpida una persona?

Harrison se dejó caer al suelo y apoyó la espalda contra la nevera. Se llevó las rodillas al pecho, se inclinó hacia delante y se abrazó las piernas.

—¿Cuánto falta para que vuelva ese psicópata?

—No lo sé —respondió Jake.

La frustración abrasaba el pecho de Thomas. Su captor había dicho que volvería por la mañana. Pero habían perdido toda noción del tiempo y no sabían cuándo llegaría la mañana. Los trenes habían dejado de circular.

La lluvia caía ahora con más fuerza. Un golpeteo implacable.

Harrison se mecía adelante y atrás, con la mirada desenfocada.

—Caroline prepara los mejores martinis. Secos. Con tres aceitunas. Sabe exactamente cómo me gustan.

—Joder —volvió a murmurar Lawrence—. Será mejor que alguien confiese, porque no aguanto mucho más. Estas condiciones son inhumanas.

Thomas examinó las esquinas del techo y las paredes en busca de cualquier indicio de una cámara oculta. Jake ya había inspeccionado el lugar antes, cuando despertaron allí por primera vez, en busca de equipos de vigilancia. No había encontrado nada, pero eso no significaba que no los estuvieran observando a través de un pequeño agujero en la pared. Su captor podía estar contemplándolos en aquel mismo momento, presenciando cómo Harrison se desmoronaba. ¿Formaba parte del plan?

¿Dejarlos sufrir y hacer que se volvieran unos contra otros hasta que el cautiverio y la desesperación los redujeran a los comportamientos humanos más abyectos?

¿O dormía su captor en otra parte del edificio, esperando a que llegara la mañana para ir a verlos?

Y el peor pensamiento de todos: ¿qué ocurriría si no regresaba jamás?

De pronto, aquel era el escenario más aterrador que Thomas podía imaginar.

CAPÍTULO 18

Después de una larga y calurosa ducha, me subo las mantas hasta los hombros y dejo caer la cabeza sobre la almohada.

Pom. Pom. Pom. Pom. Pom. Pom.

De repente, es lo único que oigo. No para, y esta vez suena más fuerte. Me recuerda a los hombres aporreando la puerta de acero. Salvo que no son ellos, porque estoy en casa, en la cama, y ellos se encuentran a kilómetros de distancia.

Intento tranquilizarme y localizar el sonido. Averiguar de dónde viene.

Del oído derecho. Viene del oído derecho.

El corazón se me acelera. ¿Pero qué c... está pasando aquí?

Cojo el móvil, abro ChatGPT y escribo: *Oigo unos golpes en el oído. ¿Me está dando un ictus?*

ChatGPT responde: *¿Cómo son esos golpes? ¿Son regulares o irregulares? ¿Parecen coincidir con los latidos de tu corazón o son más rápidos o más lentos?*

Escribo: *Son más rápidos. Mucho más rápidos.*

ChatGPT: *En realidad, eso resulta bastante tranquilizador. Unos golpes perceptiblemente más rápidos que el pulso son menos indicativos de un acúfeno sincrónico con el pulso, que es el tipo que a veces puede apuntar a un problema vascular.*

Una explicación más común es que un diminuto músculo del oído medio esté sufriendo espasmos. Esos espasmos involuntarios pueden producir

chasquidos o golpes rítmicos que, por lo general, otras personas no pueden oír.

El estrés, la ansiedad, la fatiga, la falta de sueño, la cafeína y apretar la mandíbula pueden contribuir a ello. Algunas personas también lo notan durante periodos de mayor tensión emocional.

Me clavo un dedo en la mandíbula. Presiono alrededor de la oreja. Después escribo: *Entonces, ¿no me está dando un ictus?*

ChatGPT: *Basándome únicamente en lo que has descrito, un ictus no sería mi primera preocupación. Los ictus suelen causar síntomas como debilidad en un lado del cuerpo, dificultad para hablar, caída de un lado de la cara, alteraciones de la visión, mareos intensos o dificultad para caminar. Unos golpes aislados en un oído, sin esos síntomas, suelen deberse con mucha más frecuencia a algo menos peligroso.*

Si el sonido se vuelve constante o viene acompañado de pérdida de audición, vértigo intenso u otros síntomas neurológicos nuevos, deberías solicitar una evaluación médica con prontitud. De lo contrario, pedir cita con tu médico de cabecera o con un otorrinolaringólogo sería un siguiente paso razonable.

Ahora escribo con un solo dedo: *Me está volviendo loco. ¿Cómo puedo hacer que pare?*

ChatGPT**:** *Podrías intentar relajar la mandíbula, limitar la cafeína durante el resto del día, mantenerte hidratado, dormir lo suficiente y prestar atención a si los golpes aparecen durante periodos de estrés. Si notas que estás apretando los dientes, relajar la mandíbula conscientemente podría ayudarte.*

¿Puedo preguntarte si ahora mismo está ocurriendo algo especialmente estresante en tu vida?

Me quedo mirando la pantalla. Pues sí. Obviamente.

Escribo: *He secuestrado a cuatro hombres. Están encerrados en un sótano. Intento conseguir que confiesen. Todo el país sabe lo que he hecho. Pero aún no saben por qué. Tampoco saben quién soy. Estoy enviando notas al FBI para asegurarme de que esto reciba la atención que merece.*

El punto negro parpadea durante varios segundos.

Entonces aparece la respuesta.

ChatGPT: *Si lo que has contado es real, me preocupa que haya personas en peligro inmediato. No puedo ayudarte a planear, ocultar o facilitar actos violentos ni una retención ilegal.*

Me lo pienso antes de responder: *Es broma. No he hecho nada de eso. Solo estoy estresado por cosas del trabajo.*

Otra pausa.

ChatGPT: *Me alegra que no sea verdad. Si pretendía ser una broma, cambiemos de tema.*

Si no era una broma y alguien se encuentra realmente en peligro inmediato, te animo a que llames a los servicios de emergencias o liberes a esas personas sin poner a nadie en peligro. Si te sientes desbordado o temes lo que puedas hacer a continuación, puedo ayudarte a pensar en formas de mantener a todo el mundo a salvo.

Escribo: *He dicho que estaba bromeando.*

Después de borrar el chat, dejo el móvil sobre la mesilla de noche. Ahora mismo no tengo a nadie más con quien hablar. Y, después de esto, puede que me quede sin amigos. No puedo permitir que ChatGPT se enfade conmigo.

Me pregunto qué habría hecho Jesús si hubiera podido hablar con una IA en vez de rezar en el huerto de Getsemaní. ¿Habrían acabado las cosas de otra manera?

CAPÍTULO 19

Victoria se despertó a las cuatro de la madrugada después de pasarse la noche oyendo retumbar los truenos. La lluvia azotaba las ventanas de la habitación de invitados. Al instante recordó por qué estaba allí y qué tenía que hacer. Cogió el teléfono.

No había mensajes nuevos.

Se duchó en casa de su abuelo, se puso ropa limpia de su bolsa de emergencia y se recogió el pelo en una coleta baja. Al recordar el comentario de su abuelo sobre su aspecto desaliñado, contempló en el espejo sus ojos de un azul glacial. No parecía muy distinta de lo habitual, pese a haber dormido solo noventa minutos. Nunca le había importado demasiado su apariencia, aparte de mantenerse sana y en forma, y aquel no era el momento de empezar a preocuparse.

Bajó las escaleras con sigilo para no despertar a nadie y se sobresaltó al ver a su abuelo vestido y sentado a la mesa de la cocina con una novela.

—Estás despierto —dijo.

—Ya no duermo mucho. —Hizo un gesto con la mano—. O, mejor dicho, duermo demasiado y nunca cuando debo. Imaginaba que te marcharías temprano. No quería perderme tu salida. ¿Quieres café?

—No puedo. Tengo que ir a la oficina. —Pensaba comprar café para sus compañeros de camino.

—Lo entiendo. Solo un segundo.

—¿Qué pasa, abuelo?

—Tu padre no hizo nada malo, Victoria. Es un buen hombre.

—Lo sé. —También sabía que a la gente buena le ocurrían cosas terribles constantemente.

Le besó la coronilla. —Tengo que volver al trabajo. Te llamaré si tengo algo que merezca la pena contar.

Él entrelazó las manos sobre la mesa. —Aquí estaré.

Fuera, la lluvia había amainado hasta convertirse en una llovizna constante, y una niebla espesa se apretaba contra los arbustos y los árboles y descendía hasta rozar la carretera. Las luces del porche proyectaban inquietantes círculos amarillos sobre el gris.

La tormenta había sembrado de ramas pequeñas y hojas el camino de entrada y el jardín.

A Victoria siempre le habían encantado los días lluviosos, los cielos grises y la calma que los acompañaba. Algunas de sus excursiones más memorables habían tenido lugar bajo la lluvia. Pero la lluvia no era buena para las investigaciones. Borraba huellas y pistas, algunas de las cuales quizá necesitaran encontrar.

Mientras conducía hacia la oficina local, los limpiaparabrisas iban y venían con un ritmo monótono, tratando de seguirle el paso al aguacero. Había pocos coches. Un camión de reparto dobló hacia la parte trasera de un supermercado. Un corredor con chaleco reflectante apareció bajo la luz de sus faros antes de que ella lo adelantara.

Tras detenerse en una cafetería con servicio para coches para comprar cuatro bebidas grandes, se identificó en el control de seguridad.

—Buenos días, Simon —dijo.

—Buenos días, agente Heslin. —Él la miró de una forma que daba a entender que ya se había enterado de lo de su padre.

Victoria deseó haberle comprado también un café.

Subió en el ascensor con el teléfono en una mano y una bandeja con las bebidas en la otra. Apoyó la cabeza contra la pared metálica y cerró los ojos mientras el ascensor emitía un aviso al llegar a cada planta. Se suponía que aquel iba a ser un día tranquilo en casa con Ned después del estrés de preparar el discurso de graduación. Habían planeado salir de excursión con los perros y después ir juntos a Costco a comprar papel de cocina y papel higiénico, las chocolatinas que tanto le gustaban a Ned y cualquier otro producto nuevo y aleatorio que les llamara la atención.

Los casos nuevos surgían sin previo aviso. Pero jamás había imaginado que llegaría a estar desesperada por localizar a su padre y a tres hombres

destacados. Ni que tendría que intentar resolver un misterio de hacía diez años con muy pocas pistas antes de que fuera demasiado tarde.

Las puertas del ascensor se abrieron.

Las luces de la sala de conferencias resplandecían.

Con su atuendo habitual, una sudadera negra con capucha, Sam estaba sentado ante su portátil y dos monitores. Rivera se encontraba junto a la pizarra blanca, vestido con pantalones y camisa, y añadía una nota con su letra precisa. Ambos se habían cambiado de ropa desde el día anterior, pero el hecho de que estuvieran allí tan temprano significaba que, como ella, apenas habían dormido.

—Buenos días —dijo Victoria mientras dejaba la bandeja de cafés—. He traído combustible.

Ya tenían delante vasos de café de cartón de la pequeña cocina, pero lo que había traído Victoria era mejor.

Rodeó un paraguas mojado para entregarle a Rivera su café solo de tueste oscuro. El de Sam llevaba nata y azúcar extra. Para Peterson había comprado un macchiato de caramelo. Se había aprendido los pedidos de todos hacía años. El de Sam no había cambiado. El de Rivera tampoco. Victoria ahora tomaba lattes de matcha con sirope de sabores.

—Eres una santa. —Sam cogió su café y empezó a bebérselo de inmediato.

—La hija de Peterson hace hoy la primera comunión. Pero vendrá más tarde —dijo Rivera.

Victoria quitó la tapa de su té y mezcló el sirope azucarado con un palito. Después llamó a Peterson. —Hola, soy Victoria —dijo cuando él respondió.

También él parecía estar completamente despierto pese a la hora. Él y su mujer tenían en casa un bebé que todavía no seguía un horario de sueño regular.

—Hola. ¿Ha habido alguna novedad? —preguntó.

—No, por desgracia no ha pasado nada nuevo. Tampoco hay mensajes nuevos. —Decirlo en voz alta le oprimió el pecho. Hasta el momento, ese era el único vínculo que tenían con su padre. Tomó aire de manera entrecortada—. He oído que hoy tenéis una primera comunión.

—Lo sé, lo siento...

—Peterson, escúchame —dijo—. No vengas. Quédate con tu familia. Haz fotos. Ve al almuerzo o a la fiesta de después. Disfruta del momento. Tu hija solo hace una vez la primera comunión.

—¿Está segura? —preguntó.

—Estoy segura. Si las cosas cambian, te llamaremos. Pero, si no, quédate con tu familia. Es una orden de Rivera, te lo juro.

Al otro lado de la mesa, Rivera asintió en señal de aprobación.

—Gracias —dijo Peterson—. Siento que esté pasando por esto.

—Hablaremos más tarde —dijo ella mientras abría el cuaderno por una página en blanco.

Rivera volvió a la mesa de conferencias. —Empecemos a repasar lo que tenemos. Los de científica han enviado una actualización.

Victoria arqueó las cejas. —¿A estas horas? ¿Un domingo?

Él asintió. —Saben que esto afecta a tu padre. Todo el mundo está haciendo horas extra.

—Lo agradezco —dijo Victoria—. ¿Qué han encontrado?

Rivera dio un trago largo a su nuevo café y dijo: —Rastros de un gas sedante en el todoterreno. Un anestésico de uso médico. Eso reduce el campo a hospitales, centros quirúrgicos, clínicas veterinarias y todos los proveedores de anestésicos de esos lugares.

—Tampoco es que lo reduzca mucho —dijo Victoria.

—No. Están comprobando hospitales y clínicas ambulatorias, pero la lista es larga y, si fue robado, es posible que todavía no sepan qué les falta —dijo Rivera.

Victoria anotó algo. —Conozco gente del sector de suministros veterinarios. Puedo hacer unas llamadas.

Su teléfono le avisó de un nuevo mensaje procedente de un número interno del edificio.

Hola, Victoria. Soy Simon. Alguien acaba de dejar un paquete para usted. Remitente desconocido, sin dirección de devolución. Ahora mismo lo estoy sometiendo a nuestro protocolo de seguridad. Es el procedimiento habitual. Le informaré cuando termine.

Victoria no esperaba ningún paquete. Y menos aún un domingo.

Cogió de la bandeja el macchiato de caramelo intacto de Peterson y dijo: —Voy a bajar. Ha llegado un paquete para mí. Podría tener algo que ver con el caso.

Rivera y Sam se levantaron y la siguieron.

Pulsaron el botón del ascensor y esperaron. Parecía haberse quedado detenido en la primera planta. Tras diez segundos de espera, optaron por las escaleras.

Cuando entraron en el vestíbulo, Simon llevaba guantes y una pantalla facial. El paquete descansaba sobre la mesa de inspección.

—¿Habéis bajado todos? —dijo mientras miraba de uno a otro—. ¿Sabéis qué hay dentro de esta caja?

—Todavía no —dijo Victoria. Le tendió el vaso de café—. Macchiato de caramelo. Es tuyo si lo quieres.

Simon lo cogió con un pequeño gesto de agradecimiento y dijo: —Se lo agradezco. —Lo dejó a un lado, lejos del paquete, y volvió a mirar la mesa.

El paquete era cuadrado, más o menos de la mitad del tamaño de una caja de zapatos, estaba envuelto en papel marrón e iba dirigido a la señora Victoria Heslin, FBI. Sin remitente. Sin matasellos. Solo el nombre de Victoria en la parte delantera.

—Lo he pasado por rayos X —dijo Simon—. No hay cables. Ninguna señal electrónica. Es material orgánico. Tengo que abrirlo aquí.

Cortó la cinta adhesiva, retiró el papel marrón y levantó la tapa.

Miró dentro de la caja y frunció el ceño.

—¿Qué es? —preguntó Victoria.

Simon abrió mucho los ojos tras la pantalla facial. —Es un dedo.

El paquete descansaba sobre la mesa de la sala de conferencias, ya examinado y fotografiado, y el dedo estaba ahora sellado dentro de una bolsa de pruebas. Era un meñique humano completo, seccionado por la base de la mano.

Victoria había manejado pruebas parecidas en otros casos, pero nunca había tenido que enfrentarse al temor de que la parte del cuerpo en cuestión perteneciera a uno de sus familiares. Muchos delincuentes y organizaciones criminales la culpaban de sus detenciones. El paquete podría haberlo enviado cualquiera de ellos. Tal vez hubieran elegido aquel momento para atormentarla, sabiendo que la situación de su padre ya la tenía alterada.

O quizá fuera el dedo de su padre.

—Tenemos que identificarlo ahora —dijo—. Necesito saber de quién es.

—Presionaré al laboratorio para que venga alguien —dijo Sam mientras sacaba el teléfono—. Así lo sabremos en cuestión de horas y no de días.

—No voy a esperar al laboratorio —dijo Victoria—. Podemos comprobarlo nosotros mismos. Tenemos las huellas de Jake y Harrison en

las bases de datos. Si no coincide con ninguna, puedo buscar las huellas de mi padre en algún objeto. Al menos, eso nos permitiría confirmar o descartar a tres de los hombres.

Sam salió de la sala y regresó con un escáner portátil. Con los guantes puestos, abrió la bolsa de pruebas. En la sala reinaba un profundo silencio. Victoria oía el sistema de ventilación, el sonido lejano de un teléfono que sonaba en algún lugar del pasillo y su propia respiración.

Siempre había sido capaz de mantener la distancia profesional que exigía su trabajo, por perturbador que fuera el caso. En aquel momento, esa distancia le parecía mínima.

Rivera levantó el dedo con unas pinzas y lo colocó sobre la placa del escáner.

Su teléfono vibró.

Acababa de recibir un nuevo mensaje.

Del número de su padre.

Victoria experimentó durante medio segundo una esperanza irracional antes de recordar la realidad. El mensaje procedía de su teléfono, pero no era su padre quien lo enviaba.

Aun así, quizá los ayudara a encontrarlo.

Leyó el mensaje en voz alta. —¿Has recibido mi regalo? El tiempo se acaba. Te enviaré a los demás trozo a trozo.

Una oleada de náuseas la invadió. El mensaje no decía de quién era el dedo, pero confirmaba que el dedo *pertenecía* a uno de los hombres secuestrados.

Victoria recordó el instante en que había localizado el rostro de su padre entre la multitud el día anterior. Recordó cómo se había llevado una mano al pecho.

Tenía que saber quién había perdido aquel dedo.

—¿Por qué enviarme el paquete a mí? —preguntó—. ¿Qué teorías tenéis?

—Quieren que sepamos que van en serio —respondió Rivera.

—Entregar pruebas al FBI es de una arrogancia o una estupidez increíbles —dijo Sam—. A menos que quieran que los atrapen. Quizá, una vez que obtengan su confesión, estén dispuestos a entregarse.

Los tres guardaron silencio, pensativos, mientras Sam preparaba el escáner.

—Hay otra posibilidad —dijo Sam—. El FBI podría estar relacionado con eso que hay que confesar. Por eso lo han enviado aquí. A nosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Victoria.

—Tu padre y Lawrence son civiles. Pero Harrison trabaja para el estado y Jake pertenece a la CIA. Ambos trabajan para el Gobierno. No podemos descartar que alguien de la agencia ayudara a encubrir un delito. —Victoria miró de Sam a Rivera, dos hombres en quienes confiaba. Pero aún no estaba segura de nada.

Quería que el sistema encontrara una coincidencia. Una coincidencia significaría que la huella figuraba en una base de datos gubernamental: Jake o Harrison, ambos fichados. Una coincidencia significaría que no era su padre, un ciudadano particular cuyas huellas no estaban en el IAFIS.

En algún lugar del pasillo, sonó un teléfono al que nadie respondió.

Sam inició el escaneo.

CAPÍTULO 20

Las horas siguientes se le hicieron a Thomas de las más largas de su vida. Se frotaba las manos contra las perneras del pantalón por no tener otra cosa que hacer. No podía dormir. Un único pensamiento lo consumía: la necesidad de escapar.

El ir y venir de Harrison y sus insultos habían dado paso a una inmovilidad fruto del agotamiento. El olor a excrementos humanos lo impregnaba todo. Thomas habría agradecido hasta una bocanada de aire fresco.

Por fin, la cerradura de la puerta se movió.

Con alivio y temor, Thomas vio entrar a la misma figura, con su pistola y un añadido nuevo: un cuchillo de caza que sobresalía de la funda que llevaba al costado. Movió un poco la cabeza mientras recorría la habitación con la mirada. La detuvo en Harrison, que seguía meciéndose hacia delante y hacia atrás en el suelo. De los cortes que tenía en el brazo, donde se había arañado intentando quitarse insectos imaginarios, rezumaban gotas de sangre.

—Tiene que dejarnos salir —dijo Lawrence desde el catre—. Harrison está enfermo. Es alcohólico y está perdiendo la cabeza. Sabe que tenemos dinero, así que déjenos pagarle para acabar con esto de una vez. Diga cuánto quiere. Queremos salir.

—No quiero su dinero. Alguien tiene que confesar —espetó la voz modulada—. Es la única forma de que salgáis de aquí.

—No sabemos qué decirle —dijo Thomas—. Dos de nosotros estuvimos en Georgetown aquel fin de semana. Debió de pasar algo allí. Hemos estado intentando recordarlo. No se nos ocurre nadie a quien hiciéramos daño. Ni nadie que sufriera daño alguno.

—¿Ninguno lo recuerda? —La voz de su captor se alzó, furiosa—. ¿Arruinasteis la vida de alguien y no lo recordáis?

—¿Cómo se la arruinamos exactamente? —preguntó Lawrence—. ¿Murió esa persona?

—¿Lo dice en serio? —rugió su captor.

Lawrence levantó las manos, como si se rindiera y se protegiera la cara al mismo tiempo.

—Mire, lo estamos intentando. De verdad que sí. Tiene que darnos alguna pista.

—No tengo que daros nada —siseó él a través del modulador—. Uno de vosotros tiene que confesar y mostrar el debido arrepentimiento.

El silencio se apoderó de la habitación.

Entonces Lawrence dijo:

—Vale, vale. Le daré una confesión.

Todos volvieron la cabeza de golpe para mirarlo.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no? —Lawrence se encogió de hombros, pero su seguridad parecía fingida. Tragó saliva con dificultad—. Pues... hace diez años hubo un malentendido con una chica después de que pasáramos un tiempo juntos.

—¿Un malentendido? —retumbó la voz distorsionada—. Diga la verdad. Cuéntenos qué le hizo.

Lawrence apartó la mirada.

—No le hice daño. Que eso quede claro. La llevé de viaje a las Bahamas y fue increíble. En jet privado. La mejor suite de hotel de las islas. Todo el lujo imaginable. Mantuvimos relaciones íntimas, y juro que fue consentido. Pero ella había bebido. No me di cuenta de cuánto hasta después. Fue entonces cuando pareció arrepentirse de lo ocurrido. Recordaba las cosas de un modo distinto al mío. Las mujeres de hoy en día... —Puso los ojos en blanco—. Solo buscan cualquier excusa para denunciar que ha habido juego sucio.

—¿Qué edad tenía? —preguntó su captor.

Lawrence vaciló antes de responder.

—Dieciocho años.

A Thomas se le revolvió el estómago. La chica tenía diecinueve cuando Lawrence había hablado de ella antes. Ahora tenía dieciocho, como si Lawrence estuviera negociando su aproximación a la verdad, tanteando cuánto tenía que revelar. A Thomas no le sorprendería descubrir que la chica era aún menor. Negó con la cabeza, asqueado, aunque también agradecía que Lawrence hubiera hablado. Por fin podrían salir de aquella prisión, alejarse de Harrison... conseguirle la ayuda que necesitaba.

—¿La violó? —preguntó su captor.

Lawrence soltó una risa desdeñosa.

—No la violé. Como ya he dicho..., después se hizo un lío con lo que quería hacer. —Lawrence mantuvo las manos en alto—. Ya le extendí un cheque cuantioso, pero la buscaré y me disculparé. Le extenderé otro. También puedo extenderle a usted uno por la misma cantidad. Eso es lo que quiere, ¿no? ¿Avergonzarnos para que le demos dinero, pero de una forma que le permita sentirse bien consigo mismo? ¿Me equivoco? Pues ya está. Ha conseguido lo que quería. Le he dado una confesión. Le extenderé un cheque con un buen fajo de ceros. Ahora déjenos salir.

—Está enfermo. —Su captor resopló. A través del modulador, el sonido se convirtió en un ronquido bajo y venenoso.

Lawrence abrió las palmas de las manos.

—Discrepo. Pero he confesado. ¿Hemos terminado ya?

—No, no hemos terminado —respondió su captor—. Sois todos peores de lo que pensaba. Violadores. Borrachos. Merecéis estar aquí. —Pasándose la pistola a la mano izquierda, agarró el cuchillo—. Si no estáis preparados para confesar, necesitáis un incentivo.

Se volvió hacia Harrison, que seguía en el suelo junto al frigorífico.

—Mire, en este estado no puede aclarar nada —dijo Jake—. Tráigale una botella de licor. Por favor.

Su captor ladeó la cabeza. Por un instante, Thomas pensó que quizá accedería.

En lugar de eso, señaló bruscamente con la pistola el rincón más alejado de la habitación.

—Poneos allí. Todos.

Harrison apoyó una mano sobre el frigorífico para levantarse.

Su captor se movió deprisa. Tan deprisa que Harrison ni siquiera lo vio venir.

El cuchillo descendió.

Un chorro oscuro de sangre atravesó la habitación.

Hubo un lapso de estupefacción. Entonces Harrison lanzó un alarido inhumano que Thomas esperaba oír en sus pesadillas durante el resto de su vida.

Su captor retrocedió hasta la puerta, sin dejar de apuntarlos con la pistola y con el dedo amputado en el puño.

—¿Crees que eso duele? No es nada comparado con desangrarse sobre unos adoquines, tan lejos de casa y antes siquiera de haber empezado a vivir. Eso fue lo que sintió ella. La próxima vez podría ser una parte del cuerpo sin la que no puedas vivir.

Harrison se retorcía de dolor, apretándose la mano contra el pecho mientras la sangre manaba entre sus dedos y se extendía por su camisa blanca.

La puerta se cerró de golpe. La cerradura y los cerrojos encajaron con un chasquido.

Los gritos de Harrison se disolvieron en una retahíla de obscenidades.

Thomas apenas podía asimilar lo que acababa de ver y oír. Le pitaban los oídos. La sangre le martilleaba en las sienes.

Lawrence seguía pegado al rincón de la habitación.

Solo Jake reaccionó y se puso en marcha: se abrió la camisa de vestir con tanta rapidez que todos los botones se soltaron a la vez. Se quitó de un tirón la camiseta interior y la envolvió alrededor de la mano herida del diplomático.

Harrison chilló cuando Jake lo tocó.

La camiseta se empapó enseguida de sangre.

Jake la recolocó.

—Thomas, ayúdeme a detener la hemorragia —dijo.

Thomas se arrodilló junto a Harrison y le apoyó con firmeza una mano en el hombro.

—Se pondrá bien —dijo, aunque no estaba seguro de creerlo.

Los insultos de Harrison se transformaron en gemidos. Le temblaba todo el cuerpo. Tenía la piel fría y húmeda.

—Está entrando en shock —dijo Jake—. Lawrence, deme una manta.

Pero Lawrence no se movió del rincón. Con el rostro blanco, no podía apartar la mirada de las salpicaduras de sangre mezcladas con la suciedad y la mugre del suelo.

—¡Lawrence! —gritó Jake.

Lawrence no hizo ademán de ayudar.

Thomas cogió las dos mantas de los catres. Envolvió con ellas a Harrison mientras Jake mantenía el vendaje improvisado en su sitio.

La hemorragia estaba disminuyendo y Harrison había enmudecido. Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. Respiraba a bocanadas rápidas y entrecortadas.

—Necesita un hospital —dijo Thomas.

—Lo sé. —La voz de Jake sonaba plana, desprovista de emoción. Debía de haber aprendido a compartimentar el horror—. El tipo que nos tiene aquí... está yendo a más. Ninguno saldrá hasta que alguien diga la verdad. Así que, quienquiera que sea el responsable, que lo haga ahora, antes de que las cosas empeoren mucho. —Miró a Thomas. Después a Lawrence. Y de nuevo a Thomas.

Harrison gimoteó.

El olor de la sangre se mezclaba con el hedor de los cubos.

Aquello parecía el infierno.

Y en el silencio conmocionado que siguió, Thomas se preguntó si su captor tenía razón y todos ellos merecían estar allí.

CAPÍTULO 21

Victoria se apartó del escáner y se acercó a la ventana. Apoyó la frente contra el cristal frío. Por la acera de abajo pasaron varios corredores equipados para la lluvia, seguidos de un repartidor en bicicleta.

A su espalda, Sam estaba cargando una huella obtenida del dedo amputado.

Notó la presencia de Rivera a su lado antes de que él hablara.

—Intente no preocuparse —dijo él, contemplando la lluvia al otro lado de la ventana.

—Lo intento.

Victoria confiaba en que encontrarían a los hombres, pero ¿seguirían todos con vida? Al menos una persona ya no estaría entera. Las probabilidades disminuían con cada hora que pasaba. Cuarenta y ocho horas era la cifra mágica en los casos de secuestro. A partir de ahí, las estadísticas no eran nada halagüeñas. Ya habían transcurrido más de veinticuatro, y el dedo amputado empeoraba aún más la situación.

—Me siento impotente —dijo. La confesión se le escapó antes de poder contenerla. Sus sentimientos no importaban, salvo que le impidieran hacer su trabajo. Y no permitiría que eso ocurriera. Se mordió el labio inferior.

Rivera le puso una mano en el hombro durante un segundo. Apenas un roce. Después la retiró.

—El sistema está buscando —dijo Sam.

Victoria y Rivera se colocaron detrás de Sam y observaron la pantalla. El sistema IAFIS recorrió su base de datos, comparando la huella del dedo con

millones de registros.

El corazón le golpeaba contra las costillas.

La pantalla parpadeó. *Coincidencia encontrada.*

Las rodillas le flaquearon de alivio.

Leyó el nombre y vio la fotografía que lo acompañaba.

Harrison Porter. Jefe de Protocolo del Departamento de Estado de Estados Unidos.

—¿Por qué su dedo? —preguntó—. ¿Hizo algo que los enfadara?

—Puede que lo eligieran al azar —dijo Sam—. Pito, pito, gorgorito.

La brutalidad de sus palabras la hizo estremecerse. Se los imaginó torturando uno por uno a los cuatro hombres hasta que alguno confesara.

De todo el grupo, Jake Miller era el único que tenía la preparación necesaria para soportar semejante suplicio.

—Si son listos —dijo—, primero querrán neutralizar la mayor amenaza. Y esa es el agente Miller.

—Es verdad, pero no sabemos si eso es lo que han hecho —dijo Sam—. Puede que Jake esté bien.

—Sí, eso espero.

Pero la idea ya se le había metido en la cabeza y Victoria no conseguía librarse de ella.

Había trabajado en casos con la CIA en los que cada agencia estaba convencida de que la otra invadía sus competencias y no se compartía toda la información. Las guerras territoriales eran reales y podían ponerse feas.

Pero Jake Miller había aceptado una misión para proteger a otras personas, y su trabajo lo había puesto en peligro. Ser la mayor amenaza lo convertía en un objetivo prioritario.

Daba igual qué placa llevara Jake. No era del FBI, pero tenían más cosas en común que diferencias. Era uno de los suyos.

Le dolía el corazón por él.

—Tengo que informar a la CIA y a todos los demás sobre el dedo —dijo Rivera.

Victoria miró la bolsa de pruebas que había sobre la mesa. —Alguien debería decírselo a la esposa de Harrison. Debería enterarse en persona de lo del dedo de su marido, y por boca de alguien capaz de entender por lo que está pasando. Puedo hacerlo yo. Quiero hablar con ella. Rivera dijo ayer algo que se me quedó grabado. Dijo que Caroline Porter no pareció sorprendida cuando se enteró de que su marido había desaparecido.

Rivera se remangó. —Sí, fue extraño. La acompañaré.
—Bien. —Victoria cerró su cuaderno—. Vamos.

CAPÍTULO 22

El agua rosada se escurre del cuchillo de caza mientras lo sostengo bajo la manguera. La sangre se diluye y desaparece, igual que mi plan de secuestrar a los hombres.

Se suponía que nadie iba a resultar herido, pero ahora sí lo están. He cruzado una línea. Ya está hecho.

No es que me sorprenda demasiado.

El objetivo no ha cambiado. Encerrarlos en la habitación hasta conseguir una confesión. Entonces podré mostrarle al mundo lo que hizo. Eso sigue adelante.

El agua vuelve a salir transparente. El cuchillo está limpio.

No siento esa repugnante resaca de culpa o remordimiento.

Estoy centrado.

Cuando le corté el dedo, los demás comprendieron por fin que esto no es un juego.

Todos son patéticos y repugnantes. Unos egoístas entregados a sus propios vicios. Harrison no puede pasar ni un solo día sin beber. Lawrence probablemente sea pedófilo. Quién sabe qué otros secretos se esconden en esa habitación. Puede que lo peor aún esté por llegar.

Envuelvo el dedo en plástico y lo meto en la caja. La dirección ya está impresa en la etiqueta de envío. Quiero toda la atención que esto va a atraer, para que todo el mundo sepa por qué era necesario hacerlo.

Este año habría cumplido treinta y dos. Lo más probable es que se hubiera casado y tenido hijos.

Siempre decía que quería cuatro, y eso me hacía reír. Cuatro hijos son muchos. ¿Quién tiene cuatro hijos hoy en día? Pero ella era diferente.

Intento imaginar su expresión cuando le diga que ya está hecho. Que lo he encontrado. Que por fin va a pagar.

Nada de esto le gustaría. Ni el cuchillo, ni el dedo dentro de la caja, ni los hombres en el sótano. Estaría horrorizada.

Me empeño en apartar esa verdad. Pero siempre vuelve.

Me diría que pensara en lo que estoy haciendo de verdad aquí. Que parara antes de que fuera demasiado tarde.

Sé lo que hago.

Quiero que sufran y que se pregunten qué vendrá después.

El edificio será mío durante dos semanas más.

Aquí no viene nadie.

Tenemos tiempo.

Estoy en paz.

Esto debe de ser lo que Dios quiere que haga.

Pom. Pom. Pom. Pom. Pom. Pom. Pom.

Me tapo los oídos con los dedos para no oír el ruido.

CAPÍTULO 23

Los Porter vivían en un alto edificio de ladrillo de una calle histórica de Georgetown. Los árboles se arqueaban sobre la calzada y se encontraban en el centro, formando un dosel de sombra.

Rivera ignoró la reluciente aldaba de latón y tocó el timbre. A su lado, Victoria sujetó con fuerza el paraguas cuando una ráfaga de viento amenazó con levantárselo.

Un perrito ladró desde dentro.

Caroline Porter abrió la puerta. A sus pies, un bichón frisé con un lazo rosa seguía ladrando. Detrás de ellos, un enorme jarrón de flores frescas descansaba sobre una mesa de mármol en el recibidor.

—Chist, Poppy —dijo mientras cogía al perro en brazos.

Caroline rondaba los cincuenta y cinco años, tenía las clavículas prominentes y el cabello rubio, suelto y ondulado, le llegaba hasta la mandíbula. Vestía una blusa de seda color crema y unos pantalones beis, y no llevaba más joyas que un reloj Cartier de oro y su enorme anillo de casada.

—Por favor, pasen y resguárdense de la lluvia —dijo.

Dejaron los paraguas en el escalón de la entrada y pasaron.

—¿Deberíamos quitarnos los zapatos mojados? —preguntó Rivera.

Caroline hizo un gesto con la mano.

—No pasa nada. Síganme.

El interior era fresco y silencioso. Paredes y molduras en tonos neutros y claros, obras de arte enmarcadas en todas las paredes y muebles elegidos

por alguien con tanto gusto como dinero.

No había fotografías de Harrison y Caroline juntos. Solo una foto familiar de Harrison, Caroline y sus dos hijos adultos. Los hombres llevaban esmoquin; las mujeres, vestidos de gala.

Sin hacer ruido con sus bailarinas, Caroline los condujo hasta una sala de estar con vistas al patio trasero y a la llovizna. Sobre las mesas del patio se habían formado charcos.

Indicó a los agentes que se sentaran y luego dejó al perro en un diminuto sofá de terciopelo.

—He hecho café. —Se volvió hacia una jarra situada en una mesa auxiliar—. ¿Les apetece?

Los agentes aceptaron.

Caroline sirvió café en tres delicadas tazas y se sentó frente a ellos.

Victoria añadió nata y azúcar. No necesitaba más cafeína, pero Caroline, o alguien de su casa, se había tomado la molestia de prepararlo y tenerlo listo. Aceptar el café quizá ayudara a que su anfitriona se sintiera cómoda.

—Le agradecemos que nos haya recibido —dijo Victoria.

—Por supuesto. —Caroline sostuvo su taza sin beber—. Tengo entendido que su padre está entre los desaparecidos.

—Así es, y puedo asegurarle que varias agencias, incluida la nuestra, están haciendo todo lo posible para traerlos a casa.

Caroline inclinó la cabeza.

—Dijeron que había novedades.

Los agentes habían acordado que sería Victoria quien le diera la noticia.

—Esta mañana hemos recibido un paquete. Lo entregaron en mano en la oficina local. El paquete contenía pruebas físicas de que han hecho daño a su marido.

—¿Qué clase de daño? —preguntó Caroline.

Victoria dejó el café. Suavizó la voz.

—Alguien entregó un dedo amputado. Comprobamos la huella en nuestra base de datos. Es de Harrison.

Caroline parpadeó varias veces.

—¿Está vivo?

—Creemos que sí. Hemos recibido mensajes de los captores que indican que los cuatro hombres seguían vivos esta mañana —dijo Victoria.

—¿Les han enviado mensajes?

—Con el teléfono de mi padre. Lo tienen los captores. Los mensajes confirman que mantienen retenidos a los hombres y que la situación sigue activa.

Caroline miró hacia el patio trasero y luego volvió la vista hacia Victoria.

—¿Sigue sin saber nada de quienes los tienen retenidos? —preguntó Rivera a Caroline.

—Nada. Llevo todo este tiempo esperando. —Se volvió hacia Victoria—. ¿Qué más les han comunicado?

—Quieren una confesión. Está relacionada con un suceso ocurrido hace diez años —respondió Victoria.

Caroline volvió a parpadear.

—¿Una confesión de quién? ¿Sobre qué?

—No lo sabemos. Los mensajes han sido vagos de forma deliberada. Los captores creen que deberíamos saberlo, pero no es así.

—Hace diez años estábamos en Alemania —dijo Caroline—. Harrison era el embajador.

—¿Regresó a Georgetown para algún encuentro de antiguos alumnos o una ceremonia de graduación? —preguntó Victoria.

—No lo creo. Seguro que pueden comprobar su agenda.

—Lo estamos haciendo —dijo Rivera—. ¿Recuerda que ocurriera algo que pudiera llevar a alguien a exigirle una confesión?

—No lo sé. Incluso entonces, Harrison y yo hacíamos vidas separadas.

—Entiendo —dijo Victoria—. Sentimos tener que entrometernos, pero todas estas preguntas tienen como único fin ayudarnos a determinar quién es el secuestrador para poder encontrar a los hombres.

Caroline alzó la barbilla y se irguió de forma casi imperceptible.

—Pregunten lo que necesiten. Desde luego, la CIA y el Departamento de Estado lo hicieron. Eso fue ayer.

—Gracias. Cuando el agente Rivera la llamó ayer por la mañana, no pareció especialmente alarmada al enterarse de que su marido había desaparecido —dijo Victoria—. ¿Puede ayudarnos a entenderlo?

La expresión de Caroline no cambió. Era difícil interpretar lo que sentía.

Suspiró, y el suspiro sonó elegante en lugar de cansado o frustrado.

—En las tres décadas que llevamos casados, Harrison ha perdido vuelos, olvidado compromisos y, en más de una ocasión, no ha vuelto a casa cuando debía. Lo primero que pensé fue que se había marchado a alguna parte.

—Que se había marchado a alguna parte —repitió Victoria—. ¿Con alguien?

—Sí. Dado el historial de Harrison, es una deducción razonable —dijo Caroline mientras cruzaba las piernas por los tobillos.

Rivera se inclinó hacia delante.

—Háblenos de ese historial, por favor.

Caroline dejó la taza sobre el platillo con un leve tintineo.

—Harrison no me ha sido fiel durante nuestro matrimonio. Hace mucho tiempo acordamos una fórmula que nos convenía lo suficiente a los dos. A cambio de discreción y de anteponer las necesidades de nuestra familia, yo asisto a sus actos y le proporciono apoyo económico con el dinero de mi familia.

—¿Y usted estaba conforme con eso? —preguntó Victoria.

—Lo he aceptado. Harrison necesita mucha aprobación externa. Yo dejé de dársela hace años. Otras mujeres están dispuestas a hacerlo. —Hizo una pausa—. Que yo sepa, sus aventuras han sido breves.

—Necesitamos los nombres de esas otras mujeres —dijo Rivera.

—No sabría decirles cómo se llaman —respondió Caroline sin emoción —. Me esfuerzo por no saberlo. Forma parte del acuerdo. Sin embargo, hace años me enteré de que había una mujer en la embajada de Bruselas. Y, más recientemente, una agregada subalterna. Pero eso es todo cuanto puedo decirles. No me interesa saber más.

—Señora Porter, esto es importante y podría ahorrarnos mucho tiempo: ¿sabe de alguien que quisiera hacer daño a su marido? ¿Alguien que pudiera guardar contra él un rencor lo bastante profundo como para secuestrarlo?

Caroline casi sonrió.

—Harrison tenía más enemigos que amigos. Funcionarios extranjeros. Colegas. Mujeres a las que ha ofendido. Subordinados a los que ha perjudicado. Les haré una lista. Me llevará algún tiempo.

—Se lo agradeceríamos —dijo Rivera.

—Si sirve de ayuda, la tarjeta de crédito personal de Harrison está vinculada a la cuenta de mi familia. Puedo darles acceso a nuestros movimientos.

—Eso sería de gran ayuda —dijo Rivera—. Solo unas preguntas más, señora Porter. ¿Hasta qué punto conocía su marido a los otros hombres?

—No estoy segura. He visto a Lawrence unas cuantas veces. Mi marido siempre parecía incómodo en su presencia, algo que me resultaba interesante porque Harrison rara vez se siente incómodo. Por supuesto, he visto a Jake en muchas ocasiones y no tengo nada malo que decir de él. Espero de corazón que esté bien. Ha hecho un trabajo excelente protegiendo a mi marido y manteniéndolo a raya en la medida de lo posible. En cuanto a Thomas Heslin... —Se volvió hacia Victoria—. Sé quién es su padre y sé que perdió a su esposa en unas circunstancias terribles, pero no creo que nos hayan presentado nunca. He oído que es un buen hombre.

—¿Hay algo más que crea que deberíamos saber? —preguntó Rivera—. ¿Algo que Harrison dijera o hiciera durante las semanas previas a su desaparición y que le pareciera extraño?

Caroline entrelazó las manos sobre el regazo.

—Estaba preocupado. Más de lo habitual desde... —Se interrumpió.

—¿Desde cuándo? —preguntó Victoria.

—No estoy segura. Quizá desde hace varios meses. Bebía más. —Caroline frunció los labios—. Tenía pesadillas. Una vez lo oí decir: «No quería hacerlo». No le pregunté porque no era una conversación que quisiera mantener.

Victoria tomó nota mental de aquello. Le quedaba una pregunta más.

—Siento tener que preguntarle esto, señora Porter. ¿Dónde estaba la mañana de la ceremonia de graduación de Georgetown?

Una vez más, Caroline la miró sin expresión.

—No tiene por qué disculparse. Desde luego, la CIA no lo hizo cuando me lo preguntaron. —Volvió a suspirar—. Estaba aquí, en casa. Casi todo el tiempo en el jardín. No me interesaba volver a escuchar a mi marido pontificar sobre sus logros. Mi asistenta me vio varias veces durante el día. Puede confirmarlo.

—Gracias. —Victoria cerró la libreta y miró a Rivera. Ambos se pusieron en pie.

Caroline acompañó a los agentes hasta la entrada de la casa, con su perrita trotando a su lado. Abrió la puerta y la sostuvo para que salieran.

Cuando pusieron un pie fuera, dijo:

—Hiciera lo que hiciera Harrison, espero que lo encuentren. —Hizo una pausa—. A mis hijos les gustaría volver a hablar con su padre, y estoy segura de que usted siente lo mismo.

—Estamos haciendo todo lo posible —repitió Victoria.

Los agentes se despidieron.

Había dejado de llover, así que llevaron los paraguas en la mano. Ninguno volvió a hablar hasta que estuvieron dentro del coche.

—Una vez más, Caroline no parecía especialmente afectada por la situación de su marido ni por lo del dedo amputado —dijo Rivera.

—Estoy de acuerdo. Pero puede que esa mujer tenga un dominio de sí misma increíble y jamás permita que nadie sepa lo que piensa de verdad.

—Caroline nos ha dado un montón de motivos para querer castigarlo. Podría haberlo organizado ella.

Victoria asintió.

—Pero ¿por qué? Si lo humilla, también quedan mal ella y su familia. No se haría eso ni se lo haría a sus hijos.

—Probablemente tenga razón —dijo Rivera mientras se alejaban de la casa.

—Deberíamos averiguar quién era la agregada subalterna —dijo Victoria.

Rivera la miró.

—¿Cree que podría haber alguna relación?

—Tal vez sepa por qué Harrison decía «No quería hacerlo» mientras dormía. Puede que eso que no quería hacer sea la razón por la que han desaparecido cuatro hombres.

Rivera mantuvo la vista fija en la carretera.

—Cierto. Claro. El problema es que Harrison no estaba aquí hace diez años. Estaba en Alemania.

El teléfono de Victoria emitió un sonido. Un mensaje nuevo. Lo cogió sin vacilar, esperando que fueran noticias relacionadas con su padre.

Era Ned. Le dijo a Rivera que no tenía nada que ver con el caso y luego leyó el mensaje de su prometido.

Estoy pensando en ti. ¿Alguna novedad?

Respondió: *Nada que merezca la pena contar. Estamos siguiendo algunas pistas. Te llamaré cuando pueda.*

Cuando terminó de escribir, ni ella ni Rivera hablaron durante un minuto. Agradecía que no le preguntara cómo se sentía ni si lograba mantener la entereza.

Al cabo de un rato, Rivera resopló.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Nada.

—Sí, pasa algo.

—No tiene que ver con el caso —dijo él.

—Dímelo de todas formas. Si resoplas, tienes que compartirlo.

—Vale. Cuando oigo que alguien lleva treinta años casado, pienso en una pareja sólida y estable. Bien por ellos.

—Yo pienso lo mismo —dijo ella.

—Y entonces conocemos a Caroline Porter y descubrimos que su relación es un desastre. Me hace preguntarme si existe algún matrimonio que funcione.

Victoria sonrió.

—El de mis padres funcionaba. Y también el de mis abuelos. Al menos, que yo sepa. Y mi hermano parece feliz. Él y Minka van a tener un hijo. Me alegro mucho por ellos y me hace ilusión ser tía.

Él sonrió. Algo poco habitual. Rivera no sonreía a menudo. No era malhumorado. Solo serio.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Qué pasa últimamente en tu vida?

Él la miró de reojo.

—¿De verdad quieres saberlo o lo preguntas por educación?

Victoria le sostuvo la mirada.

—Claro que quiero saberlo.

Él volvió la vista al frente.

—Estoy saliendo con alguien. Desde hace tres meses. Es abogada de oficio. Inteligente. Como tú.

—¿Entiende cómo es tu trabajo? ¿Y los horarios?

—Está empezando a entenderlo. Pareció tomárselo bien cuando tuve que cancelar los planes que habíamos hecho para anoche.

—Lo siento —dijo Victoria.

Él frunció el ceño.

—No seas ridícula.

El silencio posterior no resultó incómodo. Ni Victoria ni Rivera eran muy habladores. Siempre habían sido capaces de sentarse juntos sin llenar el espacio de conversación por el mero hecho de llenarlo.

Rivera sacó dos chicles de hierbabuena de un envase de plástico y se los metió en la boca. Sin decir nada, le ofreció a Victoria.

—No, gracias. —Ella volvió la cabeza para contemplar la ciudad mojada que desfilaba ante la ventanilla.

—Esto acabará pronto —dijo. Más para sí misma que para él.

CAPÍTULO 24

La habitación apestaba a todas las humillaciones que habían soportado.

Harrison se había llevado la peor parte. Primero, por el síndrome de abstinencia del alcohol, y después por el dedo amputado. Necesitaba analgésicos, antibióticos y cirugía.

Thomas intentó conservar la cordura. Agradecía que Jake estuviera allí. Seguía sentado junto a Harrison, presionando la mano mutilada del diplomático para contener la hemorragia. Jake era dos décadas más joven que cualquiera de los demás, pero había mantenido la calma mejor que ellos. Su formación y experiencia debían de haberlo ayudado. Thomas sintió una oleada de orgullo al pensar que Victoria mostraría el mismo control sereno en aquella situación.

Durante la ceremonia de graduación, Thomas había grabado el discurso de Victoria para Alex y Ned. Ojalá pudiera escucharlo ahora. Aunque no recordaba cada palabra, conservaba en la memoria la mayor parte.

Llegará un momento en vuestra vida en el que os sentiréis inseguros, incluso asustados. El miedo nos lleva a buscar a alguien a quien culpar, alguien a quien sacrificar para sentirnos más seguros. No dejéis que gane.

Victoria había hablado de la época posterior a sobrevivir a un accidente aéreo, pero aquellas palabras también se aplicaban a la situación presente. Thomas se sentía inseguro. Tenía miedo. Quería que otro confesara. ¿Estaba dispuesto a sacrificar a uno de los demás? A Jake no. Pero a Harrison y a Lawrence, sí. No quería que les hicieran daño. Solo que admitieran su culpabilidad.

Todos los que estaban en la habitación habían oído el discurso de Victoria, si es que habían prestado atención. Por desgracia, su consejo era difícil de seguir.

Al final, Jake soltó la mano de Harrison.

—La hemorragia está controlada. Tiene que seguir presionando la venda contra la herida.

Harrison soltó un gemido al seguir las instrucciones de Jake.

—He mentido —soltó Lawrence—. Sobre lo que dije de la chica. Solo lo dije porque pensé que, si confesaba algo, nos dejaría salir de aquí. No era verdad.

—¿Ha mentido? —Thomas frunció el ceño, incapaz de guardar silencio pese a que quería hacerlo. Las palabras se precipitaron en un torrente de frustración—. ¿Su estrategia consistía en hacer creer a nuestro secuestrador que es un violador o un pederasta? Porque ella no tenía dieciocho años, ¿verdad, Lawrence?

—¡Intentaba salvarnos!

Incluso Harrison, medio inconsciente y temblando, volvió la cabeza hacia Lawrence.

—Enfermo —masculló entre castañeteos—. Tengo una hija. Es un enfermo.

Thomas estaba de acuerdo.

—¡Ya se lo he dicho, me lo inventé! —La voz de Lawrence se elevó.

Thomas no sabía si la confesión anterior de Lawrence había sido mentira o si mentía ahora. Era imposible saber si algo de lo que decía cualquiera de ellos era verdad.

—Cuando uno es rehén, quiere que su secuestrador lo vea como un ser humano —dijo Jake con voz firme pero serena—. Quiere despertar su empatía. Después de su confesión, cree que somos peores de lo que pensaba.

—¡A quién le importa lo que piense ese tío! —dijo Lawrence—. ¡Está trastornado! Está buscando historias escandalosas para poder chantajearnos a todos... o disfruta cortando partes del cuerpo.

Thomas se estremeció porque ambas teorías parecían posibles.

Lawrence sacó pecho.

—Es un solo hombre. Nosotros somos cuatro. Necesitamos un plan para reducirlo.

En realidad, eran tres. Harrison no estaba en condiciones de ayudar. Thomas se mantenía en forma gracias al gimnasio y a sus carreras diarias, pero no sabía de cuánto le serviría eso en una lucha por su vida. Y no podía imaginar que Lawrence hubiera recurrido alguna vez a la fuerza física para defenderse a sí mismo o a otra persona. Para eso tenía gente.

—No vamos a intentar nada —dijo Jake—. Ya nos ha demostrado que no le repugna la violencia. Si nos abalanzamos sobre él, utilizará esa pistola. Quizá uno de nosotros consiga salir, pero lo más probable es que nos pegue un tiro a todos y alguien muera.

—Lo entiendo —dijo Lawrence con una mueca desdeñosa—. Porque, para usted, lo único peor que permitir que nos secuestren es permitir que nos maten.

—Preferiría que todos siguiéramos vivos. —Jake se echó un poco de agua sobre las manos ensangrentadas, se las frotó y después se las secó en la pernera del pantalón.

Lo que hizo a continuación sorprendió a Thomas. Abrió la nevera, desenvolvió un sándwich y le dio un bocado. Pavo, queso, lechuga y tomate.

Lawrence hizo una mueca.

—¿Cómo puede comer después de lo que ha pasado?

Jake arrancó otro bocado, masticó y tragó.

—El pan está reblandecido y solo va a empeorar. Coma algo ahora. Tenemos que conservar las fuerzas.

—Tiene razón. —A Thomas le habían rugido las tripas hasta el mismo instante en que regresó su secuestrador—. Deberíamos comer para poder pensar.

Thomas cogió un sándwich de jamón y queso y se obligó a comer. Cada bocado sabía a cartón. Su estómago vacío protestó.

Lawrence los observó con el ceño fruncido hasta que por fin se sirvió comida y cogió una botella de agua.

—¿Dijo cuándo iba a volver?

Jake dejó de comer.

—No. Pero nos dio más pistas antes de irse. Mencionó que alguien se desangró sobre unos adoquines.

—Yo también lo oí —dijo Lawrence—. Dijo que ella estaba lejos de casa. Así que ahora sabemos que quien resultó herida fue una mujer. Se desangró y murió. Quizá fuera su esposa.

Thomas había oído a su secuestrador, pero, con aquella violencia repentina y los gritos de Harrison, no había procesado la información como lo habría hecho normalmente. Volvió a él como fragmentos de una pesadilla. Thomas sabía lo que se sentía al perder a alguien en circunstancias trágicas. El dolor y la rabia podían consumirlo todo. Pero ¿secuestraría al azar a personas que quizá fueran responsables? ¿Las sometería a torturas psicológicas y físicas? No. Por supuesto que no.

¿Había fantaseado con ello? Tal vez. Pero pensar en algo y hacerlo no eran lo mismo.

Sacudió la cabeza. Aquello no tenía nada que ver con él.

A menos que sí lo tuviera.

Debía concentrarse en la nueva información.

—Dijo que ella estaba lejos de casa. Después de todo, no parece que ocurriera en Georgetown.

Lawrence examinó su comida.

—Tiene que usar la cabeza, Thomas. Washington D. C. *está* lejos de casa si ella procedía de otro lugar. Si era turista.

Lawrence tenía razón.

Había adoquines en las ciudades antiguas. En los barrios históricos. Pero ¿había alguno en la zona de Georgetown? Thomas intentó visualizar el campus y las calles circundantes. Se imaginó las casas de piedra rojiza y las tiendas. La escalinata que se había hecho famosa por la película El exorcista. Se la imaginó con ladrillos rojos. Después, con piedras grises. ¿De qué estaba hecha? Había recorrido la zona a pie y en coche cientos de veces. Pero no conseguía visualizar el material del pavimento de las calles.

La adrenalina estaba remitiendo y daba paso a un profundo cansancio. Cerró los ojos y se obligó a concentrarse. Aquello era importante. Las nuevas pistas podrían revelar por qué estaban en el sótano. Pero, sometido a la tensión de aquella situación inconcebible, no podía afirmar si había alguna calle adoquinada en la zona de Washington D. C.

—Nunca dijo que el incidente ocurriera en Georgetown —dijo Jake—. Fuimos nosotros quienes lo dimos por sentado.

Thomas apretó los dientes.

—Tiene razón. No lo dijo. Podría haber sido en cualquier parte. Nantucket. Nantucket tiene calles adoquinadas.

—También Roma. Praga. París. Todas las ciudades antiguas de Europa —dijo Lawrence.

—¿Alguno de ustedes estuvo en una de esas ciudades hace diez años? —preguntó Thomas.

Lawrence estrujó los restos de su sándwich dentro del envoltorio de plástico.

—Ese fin de semana volé a las Bahamas. Ya se lo he dicho.

Jake se apoyó un instante el puño en la barbilla.

—Otra cosa... Tampoco especificó qué fin de semana. Lo que le ocurriera a esa mujer podría haber sucedido *hace unos* diez años. En abril o junio, por ejemplo, no en mayo. ¿Alguno de ustedes viajó a alguna ciudad histórica europea aquella primavera o aquel verano?

Lawrence miró al frente.

—Probablemente. Viajo a menudo. Viajes de última hora.

—No he viajado mucho desde que murió mi esposa —dijo Thomas—. Visito a mi hijo en Colorado. ¿Y usted?

—Antes pasaba más tiempo fuera que en casa —dijo Jake—. Pero no recuerdo ningún incidente. Al menos...

—¿Al menos qué? —gritó Lawrence.

—Al menos no como civil —respondió Jake—. Y nunca le he hecho daño a una mujer.

Un recuerdo fortuito asaltó a Thomas. La escuela infantil. Una compañera le quitó la fiambrera. Él se la había arrebatado y la había empujado. Ella rompió a llorar. El director había intervenido. Le dijo a Thomas que ya debería saberlo. Los niños no hacen daño a las niñas. Los hombres no hacen daño a las mujeres. Thomas se había avergonzado entonces. Era extraño cómo ciertos recuerdos se quedaban grabados.

Los dos miraron a Harrison.

Tenía los ojos cerrados. Movía los labios sin emitir sonido alguno.

—Harrison —dijo Thomas—. Alemania tiene calles adoquinadas. Múnich. Heidelberg. ¿Me sigue? ¿Lo oyó decir que esto tiene que ver con una mujer que se desangró? ¿Le suena de algo?

—Este es el peor maldito día de mi vida —masculló Harrison—. Déjeme en paz.

—Si uno de nosotros mató a alguien —dijo Jake—, esa es la parte que debería destacar, ¿no?

Nadie respondió.

—Tiene que ser él —dijo Lawrence señalando a Harrison—. Estuvo en Europa, donde hay calles adoquinadas por todas partes. Ahora tiene un

grave problema con la bebida. Probablemente ya lo tenía hace diez años. Quizá no lo recuerde.

Thomas quería darle la razón. La lógica era sencilla. Pero una lógica sencilla no bastaba para culpar a nadie.

—Georgetown tiene calles adoquinadas, idiotas —gritó Harrison.

—Esperemos que tenga más momentos de lucidez como ese y recuerde algo —dijo Jake.

—¿Y si no? —preguntó Lawrence.

Thomas oyó la voz plana y distorsionada repitiéndose en su cabeza: *Puede que la próxima parte del cuerpo sea una sin la que no podáis vivir.*

CAPÍTULO 25

Un correo electrónico de la prisión llegó a la bandeja de entrada de Victoria cuando entró en la sala de conferencias del FBI. Un funcionario de prisiones le había enviado una lista de las personas que se habían registrado para visitar a Jules Johnson durante su encarcelamiento.

Repasó los nombres. No tardó mucho. Jules no estaba casado. No tenía hermanos. Ni amigos íntimos.

Solo seis personas lo habían visitado durante su encarcelamiento. Aquello le decía mucho. Poca gente se preocupaba por Johnson. Dos eran sus abogados de oficio, que se ocupaban de los recursos habituales posteriores a una condena. Otros dos eran investigadores del Servicio de Alguaciles de Estados Unidos que habían acudido para realizar entrevistas rutinarias.

Una era una mujer llamada Linda Johnson. La madre de Jules. Iba a verlo una vez al año, por su cumpleaños. Una rápida comprobación de su edad y estado de salud permitió descartarla como alguien capaz de urdir un secuestro de gran repercusión mediática.

El sexto visitante era un desconocido.

Michael Davis. Fecha de nacimiento: 15/03/1982. Relación con el recluso: Asuntos profesionales.

Había mantenido contacto con Johnson tres veces en los meses anteriores a su muerte. Era un amigo. O algo más que un amigo. O un cómplice al que Johnson había estado protegiendo.

Era una mera conjetura, pero podía seguir investigándola.

Victoria introdujo el nombre y la fecha de nacimiento en las bases de datos del FBI. Su permiso de conducir había caducado tres años antes y lo había renovado con una nueva dirección en Washington D. C. En un currículum publicado en internet figuraba como encargado de obra.

Michael Davis no tenía antecedentes penales. Ni órdenes de detención pendientes. Su currículum mostraba una trayectoria laboral estable en el sector de la construcción.

Levantó la vista del portátil cuando Rivera regresó a la sala de conferencias con el teléfono en la mano.

Se le iluminó la cara al hablar. —He encontrado a una estudiante que rechazó una de las becas de Lawrence hace diez años. Está en D. C. y he concertado una cita con ella. Parecía nerviosa, pero quería hablar conmigo. Resulta que los candidatos a sus becas tienen que firmar acuerdos de confidencialidad.

—Un acuerdo de confidencialidad para una beca —dijo Victoria—. No parece normal.

—No, yo tampoco creo que lo sea —convino Rivera—. He quedado con ella a las dos en su apartamento de Dupont Circle. ¿Puede venir conmigo? Tener a una agente nos ayudará.

—Iré —dijo ella.

Cerró el portátil, se puso en pie y cogió el impermeable del respaldo de la silla. —Yo también tengo algo que quiero investigar. Después de esta entrevista, me gustaría hacer otra parada para hablar con alguien.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo único que he encontrado hasta ahora que podría relacionar todo esto con mi padre.

Rivera no dijo nada y esperó a que se explicara mientras salían al pasillo.

—El hombre que secuestró a mi madre murió en prisión. Lo asesinó otro recluso. Fue un encargo. Hace diez años. El día en que mi madre habría cumplido años.

Rivera enarcó las cejas.

—Y solo he encontrado a una persona que visitara a Johnson en prisión, aparte de los abogados de oficio y los alguaciles. La única persona que podría querer vengarlo. Vive a las afueras de la ciudad. Quiero descartarlo.

—¿Qué relación podría tener con los hombres desaparecidos?

Victoria bajó la voz. —Si este tipo cree que mi padre pagó para que mataran a Johnson en represalia por lo que le hizo a nuestra familia... Es un

motivo para ir a por mi padre.

Rivera vaciló antes de preguntar: —¿Cree que su padre tuvo algo que ver con ese encargo?

—No. No lo creo. Pero le prometí que investigaría el pasado de mi padre, y eso es lo que he hecho. Y esto es adonde me ha llevado.

—Podemos ir a verlo después —dijo Rivera—. Si hace falta. Si sigue siendo necesario.

—Bien. —Victoria se dirigió hacia la puerta—. Dos pistas, un solo viaje. Vámonos.

—Buena suerte —dijo Sam—. Avísame si recibes otro mensaje de los secuestradores.

Victoria y Rivera recorrieron deprisa el pasillo en dirección a los ascensores.

—La mujer con la que vamos a hablar se llama Mary Liskoff —dijo Rivera mientras esperaban el ascensor—. Aceptó una beca de la Fundación Goodman y después la rechazó. Pero ya había firmado el acuerdo de confidencialidad.

El ascensor llegó. Victoria pulsó el botón de la planta del garaje. —Hace bien en tener cuidado con las consecuencias legales, pero, si Lawrence ha hecho algo, tenemos que saberlo. —Una imagen de Lawrence en la biblioteca con un fajo de billetes cruzó la mente de Victoria—. Le recordaré a Mary que otras chicas podrían estar en peligro. Si le ocurrió algo, podría seguir ocurriéndoles a otras. Alguien tiene que hablar. La culpa puede ser un incentivo mejor que el interés propio.

Las puertas del ascensor se abrieron en el aparcamiento. Rivera se quedó atrás para dejarla pasar primero. Mientras caminaban hacia el vehículo oficial del FBI, Victoria lo sorprendió mirándola.

Volvió a llover mientras conducían. Los peatones avanzaban deprisa por las aceras mojadas de Pennsylvania Avenue, con los paraguas inclinados contra el viento. Nadie hacía cola ante los puestos de comida ambulantes de la esquina de Ninth Street.

—¿Y si el secuestro se debe a algo completamente distinto y ahora mismo nos estamos desviando muchísimo? —preguntó Victoria.

—El secuestrador fue muy concreto al mencionar lo de hace diez años. Es prácticamente lo único que tenemos para tirar del hilo. Y la conexión con Georgetown. Dos de los cuatro hombres estuvieron allí aquel fin de semana.

—Si todo esto tiene que ver con Lawrence, ¿por qué secuestrar también a Harrison, a Jake y a mi padre?

—He estado pensando en eso —dijo Rivera, mientras conducía con una mano al volante—. La conclusión a la que siempre llego es la presión psicológica.

—¿A qué se refiere?

—Piénselo. Un hombre solo podría resistir. Guardar silencio. Decidir que merece la pena proteger el secreto a cualquier precio. Pero ¿cuatro hombres? —Negó con la cabeza—. Eso cambia las cosas. Cada vez que uno de ellos se niega a hablar, otro sufre. Pierde un dedo. Resulta herido. Están encerrados allí juntos y todos reciben el castigo por los actos de un hombre y, ahora, por su silencio.

Victoria se quedó inmóvil, porque su padre era uno de aquellos hombres.

—El secuestrador ni siquiera tiene que hacer gran cosa —continuó Rivera —. Solo tiene que esperar. Cuatro hombres, todos aterrorizados, todos desesperados... Se presionarán entre sí. Suplicarán. Negociarán. Las víctimas se convierten en interrogadores.

—Es un plan tremendo. Puede funcionar. Dios mío, podría ponerse muy feo, ¿verdad?

—Por eso no quería hablarlo con usted. No piense en esa parte —dijo Rivera.

—¿Cómo no voy a pensar en ello? Estoy pensando en absolutamente todos los aspectos de esta situación.

—Lo sé —respondió él.

Victoria creía que Lawrence era probablemente quien debía confesar. Su instinto había acertado tantos años atrás. Quizá, si se lo hubiera contado a alguien...

Mary Liskoff, la mujer que había rechazado la beca, tal vez sintiera lo mismo.

Estaban a punto de averiguarlo.

CAPÍTULO 26

Thomas había perdido su reloj interno. Se había hecho añicos.

El enorme sótano parecía ahora más pequeño. El miedo, el tiempo y el aire fétido habían comprimido el espacio desde su llegada.

A unos cuatro metros y medio de distancia, Lawrence se apoyaba contra la pared, con las manos juntas ante sí y los ojos cerrados. Rezaba, meditaba o trataba de desaparecer dentro de sí mismo.

Harrison yacía en el catre, envuelto en mantas manchadas de sangre. Tenía la mano mutilada sobre el pecho. Llevaba horas sin decir nada coherente. Se rascaba el brazo con la mano sana y repetía el movimiento incluso después de haberse abierto la piel.

Harrison nunca le había caído demasiado bien a Thomas, ni siquiera antes de que acabaran atrapados juntos. El discurso del hombre durante la ceremonia de graduación había sido más autocomplaciente que inspirador. Pero ahora sentía lástima por el diplomático. Entre el síndrome de abstinencia y la herida, era quien peor lo estaba pasando.

Sentado lo más lejos posible de los cubos y respirando a través de la manga, Thomas apartó sus pensamientos de Harrison y de aquella repugnante habitación y pensó en Victoria.

Antes de marcharse del campus, debería haberle dicho que la quería, que su discurso había sido increíble y que no podía estar más orgulloso. Ojalá le hubiera dicho todas esas cosas.

¿Los estaría buscando en ese momento? ¿Estaría acotando su ubicación? ¿Habrían dejado alguna pista?

El silbato del tren volvió a sonar. Cuando cesó, oyó unos golpes rítmicos.

—¡Otra vez! ¿Qué está pasando? —gritó Lawrence—. Cuando salgamos de aquí, me aseguraré de que quienquiera que esté haciendo esas obras pague por su estupidez. ¿Cómo es posible que no sepan que estamos aquí abajo?

—Parece una maza —respondió Jake.

Un estrépito llegó desde arriba. Las luces fluorescentes parpadearon.

Harrison dejó escapar un gemido gutural que puso a Thomas la carne de gallina.

Cerró los ojos. El frío del suelo se filtraba a través de su ropa. El dolor de espalda había empeorado. Se preguntó por qué solo había dos catres en vez de cuatro. Los catres tenían colchones finos, pero en aquel momento no le habría importado dormir en uno. Sin embargo, Lawrence era mayor y Harrison estaba hecho un desastre. Thomas y Jake les habían cedido los catres para dormir sin pensárselo demasiado.

De algún modo, en medio de la desdicha y el ruido, Thomas se quedó dormido y no oyó el chasquido de la cerradura ni vio entrar a su captor.

—¿Estáis listos para confesar? —Su voz resonó a través del modulador e hizo que Thomas se levantara del suelo de un salto.

—Estamos listos para largarnos de una puta vez —respondió Lawrence —. Harrison necesita un médico.

—Entonces, ¿cuál de vosotros está dispuesto a decirme la verdad?

Jake se puso en pie.

—Necesitamos más información. Mencionaste que una mujer murió sobre unos adoquines. Pero eso no basta. Tienes que...

—¿Que tengo que...? —La voz de su captor subió de tono—. ¿Crees que estás en situación de exigir nada?

Lawrence se levantó con las manos en las caderas.

—Te das cuenta de que acabas de cortarle un dedo a un miembro del gabinete, ¿verdad? Soy uno de los hombres más ricos del país. Uno de nosotros tiene una hija que es una famosa agente del FBI. *Todo el mundo* nos está buscando ahora mismo.

Una gélida oleada de furia recorrió las venas de Thomas. No quería que su captor centrara su atención en Victoria. No quería que pensara en ella en absoluto.

—Hemos cooperado —continuó Lawrence—. Te di una confesión y, desde entonces, no hemos dejado de intentar averiguar qué quieres. ¿Y tú

respondes mutilándonos? ¿Amenazando con enviar partes de nuestros cuerpos a nuestras familias? Eres un psicópata y, cuando nos encuentren, te pudrirás en la cárcel durante el resto de tu vida. Así que asume las pérdidas y déjanos marchar. Ahora mismo. Antes de que la situación empeore aún más para ti.

Su captor no se movió.

Thomas contuvo la respiración.

Entonces el hombre se echó a reír. El modulador convirtió el sonido en una carcajada distorsionada.

—Me da igual lo que me pase después de esto. —Se acercó más a Lawrence—. Lo único que me importa es haceros pagar. Las cosas solo van a empeorar para *vosotros*.

Thomas levantó las manos, como en una especie de gesto conciliador.

—Entendemos que perdiste a alguien que te importaba. Por favor, dinos qué ocurrió para que el hombre que lo hizo pueda disculparse.

—Os di pistas. ¿Cómo podéis no saberlo? —aulló su captor—. ¿Hasta qué punto sois unos depravados?

—Cortarle un dedo no ha ayudado —dijo Jake, con una dureza que Thomas no le había oído hasta entonces—. Ya estaba sufriendo el síndrome de abstinencia. Y ahora, el shock y la pérdida de sangre. No hacía falta que...

Su captor se volvió hacia Jake con una velocidad pasmosa.

—¡No me des lecciones! —La voz distorsionada se quebró de rabia—. ¡No tienes ni idea de lo que he tenido que soportar!

Jake retrocedió con las manos en alto.

—Estamos intentando recordar. Averiguarlo. Pero no nos estás dando suficiente...

—Deberíais saberlo. El mundo entero debería saberlo. ¡Y lo sabrá! Cuando haya terminado aquí, lo sabrá.

—Mira —dijo Jake en tono razonable—. Si lo hizo Harrison, es muy posible que de verdad no lo recuerde. Es alcohólico. Todos podemos verlo. Puede sufrir lagunas mentales. Podría haber matado a alguien y ni siquiera...

—¡No quiero excusas! —Su captor agarró el cuchillo.

—No estoy poniendo excusas. —La voz de Jake seguía serena, como si mantuviera una conversación normal con un amigo sobre dónde ir a comer —. Estoy intentando entender...

El cuchillo relampagueó.

Jake se llevó la mano a un lado de la cabeza.

—¡Pero qué...! —La sangre se filtró entre sus dedos.

—Eso es por cuestionar mis métodos —dijo la voz distorsionada.

Su captor se marchó.

La puerta se cerró de golpe. La cerradura emitió un chasquido.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó Thomas.

Jake bajó la mano ensangrentada. La curva superior de la oreja había desaparecido, cercenada de un tajo limpio.

—Solo ha sido la parte de arriba. No la oreja entera.

Thomas no pudo evitar preguntarse quién recibiría aquel pedazo de oreja.

—Sigue haciendo presión —le dijo a Jake, tal como Jake le había indicado antes a Harrison.

Jake volvió a llevarse la mano a la cabeza. La sangre le corría por el cuello y teñía de rojo el cuello de la camisa de vestir.

Thomas miró a su alrededor. Jake y él ya habían sacrificado sus camisetas interiores por el dedo de Harrison.

—Lawrence, dame tu camiseta.

Lawrence no se movió.

—Tu camiseta —espetó Thomas a Lawrence—. La necesitamos.

Lawrence parecía paralizado.

—No llevo ninguna.

—Sí que llevas —gritó Thomas—. Puedo ver la parte de arriba. Dámela. Rápido.

Lawrence se desabotonó la camisa de vestir. Se la quitó y entonces se detuvo.

—Daos la vuelta.

—¿Qué? —replicó Thomas, desconcertado.

—Daos la vuelta o no os doy mi camiseta —dijo Lawrence.

Jake se volvió hacia la pared. Thomas esperó un segundo y luego hizo lo mismo.

Oyeron el roce de la tela. Entonces la sudada camiseta interior de Lawrence voló hacia ellos y aterrizó sobre el brazo de Thomas. Apestaba a un penetrante olor corporal.

Lawrence les daba la espalda, con los codos hacia fuera mientras volvía a abotonarse la camisa de vestir.

Thomas notó que una carcajada crecía en su pecho. No sabía por qué. Allí no había nada gracioso. Se le escapó una risa que sonó enloquecida y estrangulada. La reprimió con fuerza, temeroso de que no fuera a detenerse y de que, quizá, ni siquiera fuera una risa.

Rasgó la camiseta de Lawrence en varias tiras y las empapó con agua de una botella abierta.

—Aparta la mano —dijo Thomas.

Jake lo hizo y la sangre brotó como un diminuto géiser.

Thomas apretó la tela mojada contra la herida.

Jake siseó entre dientes, pero no se apartó.

Thomas envolvió la cabeza de Jake con la tira restante, a modo de vendaje, cubrió la oreja herida y la anudó al otro lado.

—Es lo mejor que puedo hacer.

Jake tocó la camiseta e hizo una mueca.

—Servirá. Las orejas sangran una barbaridad, pero no es mortal. Solo duele como el infierno.

Claro que dolía. Le faltaba parte de una oreja. La mayoría de los hombres estarían temblando por el shock o el dolor. Jake no. No había gritado ni gemido. Lo habían entrenado para desenvolverse en medio del caos. De no ser por su actitud, todo aquello sería aún peor.

Victoria poseía esa misma fortaleza. Durante los últimos años, había soportado traumas emocionales y físicos mientras trabajaba en distintas investigaciones. Unos delincuentes le habían disparado a las afueras de Boston. En otro caso, en México, la habían arrojado al océano lejos de la costa. Más recientemente, una avalancha la había sepultado viva. Y luego estaba la inimaginable experiencia que siguió al accidente de avión. Había sobrevivido a todo, se había vuelto más fuerte y serena y había regresado al trabajo. Thomas no estaba tan seguro de que aquello fuera bueno —que volviera al trabajo de campo—, pero el pecho le dolía de orgullo, y eso le daba la fe que necesitaba para superar aquello.

Su celda parecía un hospital de campaña después de una batalla. Las salpicaduras de sangre cubrían el suelo y las paredes. De los catres colgaban tiras ensangrentadas de camisetas usadas como vendas. El olor a sudor y a cuerpo se mezclaba con el hedor de los cubos del rincón.

—Esto es inadmisible —dijo Lawrence, con la camisa de vestir abotonada casi hasta el cuello—. La próxima vez que vuelva, tenemos que tomar el control de la situación.

Thomas arremetió contra él.

—No vuelvas a mencionar a mi hija delante de ese monstruo.

—¿Qué problema tienes, Thomas? Estaba intentando que entendiera las consecuencias —protestó Lawrence—. Además, oí su discurso. No parece una agente típica, pero no le ha ido nada mal.

—¿Que no le ha ido nada mal? —repitió Thomas—. ¡Es mucho más que eso, Lawrence! Ella no estaba en el escenario solo por haber donado dinero, como tú.

—Muy bien. Mira, lo importante es que ella está ahí *fuera.* No atrapada aquí con nosotros. ¿Qué podría hacerle?

Thomas no quería pensar en lo que podría hacerle. En cierta ocasión, un asesino en serie se había obsesionado con Victoria. La situación no había terminado bien, y aquella experiencia había sacudido los cimientos de su mundo. Fue entonces cuando Thomas comprendió por primera vez el peligro al que se enfrentaba su hija al hacer su trabajo. Era una agente competente, pero él seguía siendo su padre. Su deber era protegerla como pudiera.

—Limítate a no volver a mencionársela —dijo Thomas—. Piensa antes de hablar. Amenazarlo lo enfurece y alguien acaba pagándolo. Primero, el dedo de Harrison. Ahora, la oreja de Jake.

—Eso no es culpa mía...

—Tiene razón. —Jake habló entre dientes—. A partir de ahora, será mejor que no digas nada.

—Estaba intentando ayudar —dijo Lawrence—. Alguien tiene que hacer algo. No podemos permitir que esto continúe.

En eso Thomas estaba de acuerdo, pero ¿qué podían hacer? Volvió a dejarse caer contra la pared. Estaba exhausto. Agotado hasta los huesos por el miedo y la impotencia.

Arriba, los golpes comenzaron de nuevo.

—Tenemos que darle la respuesta que quiere —dijo Thomas. Llevaban días repitiendo lo mismo una y otra vez, sin conseguir nada.

Se oyó un golpe más fuerte y del techo cayó una fina lluvia de polvo. Se posó sobre las mantas y el frigorífico y se mezcló con la sangre del suelo.

Alguien estaba desmontando el edificio pieza a pieza.

Igual que su captor hacía con ellos.

CAPÍTULO 27

Rivera aparcó delante de un edificio de apartamentos reformado en Q Street.

Mary Liskoff les abrió mediante el portero automático y salió a recibirlos al rellano de la tercera planta. Rondaba los veintitantos, aunque parecía más joven. Tenía el pelo rubio claro y los ojos azules como Victoria.

Los agentes le mostraron sus credenciales.

Mary los invitó a pasar.

Un pequeño labradoodle se abalanzó sobre ellos nada más entrar.

—Estos perros suelen ser hipoalergénicos —dijo Victoria, recordando que Rivera tenía una fuerte alergia al pelo de perro.

Rivera se abstuvo de tocar al animal mientras se sentaban en un sofá de dos plazas en el pequeño salón de Mary. A unos pasos de ellos, Mary se acomodó en el borde de un sillón, como si pudiera verse obligada a huir en cualquier momento. El perro se dejó colmar de atenciones por Victoria y luego se tumbó en el suelo junto a su dueña, observándolo todo.

—Gracias por recibirnos con tan poca antelación —dijo Rivera—. Estamos investigando un asunto relacionado con Lawrence Goodman. Según tenemos entendido, su fundación le ofreció una beca y usted la rechazó.

—Así es. —Mary entrelazó las manos.

—¿Puede decirnos por qué? —preguntó Victoria.

La mirada de Mary pasó de un agente al otro.

—Todo lo que diga quedará entre nosotros, a menos que sea necesario para iniciar un proceso judicial —dijo Rivera.

Mary levantó la cabeza de golpe.

—¿Un proceso judicial contra Lawrence Goodman?

—Estamos recabando información —dijo Victoria.

—¿Se han quejado otras chicas? —preguntó Mary—. ¿Por eso están aquí?

—Es usted la primera con la que hablamos —dijo Rivera—. Pero la información que pueda proporcionarnos podría ser crucial. Necesitamos saber si hay algo que investigar. Si alberga alguna preocupación respecto al señor Goodman, por favor, cuéntenosla.

—Tenía quince años cuando recibí la carta de invitación. Decía que la fundación se había fijado en el acto benéfico contra el cáncer que organicé con una amiga. Su madre tenía cáncer de ovario. —Las palabras brotaron atropelladamente de la boca de Mary, como si llevara años conteniéndolas.

—¿Cómo supo él de su existencia? —preguntó Rivera.

—En mi segundo año de instituto, se hizo viral en internet una publicación en la que aparecía durante el acto benéfico. Llevaba unos pantalones muy cortos, la parte de arriba de un bikini y dos coletas. Intentaba parecer mona. Alcanzó un millón de visitas. —Acarició a su perro —. El caso es que... no era una estudiante brillante. Sacaba buenas notas, pero nada extraordinario. La beca cubría todos los gastos de la universidad, además de la manutención. Mis notas no me permitían acceder a la mayoría de las universidades que me sugirió el señor Goodman. Pero él decía que veía potencial en mí. Lo único que tenía que hacer era mantener una nota media de 3,5 en el instituto y asistir cada trimestre a una cena con él para hablar primero de mi futuro y luego de mis progresos.

Victoria tomó notas.

—¿Asistió a alguna de esas reuniones?

—A dos. La primera fue en grupo. La segunda fue a solas con Lawrence. No me lo esperaba. En el Ritz-Carlton. Cenamos en una zona privada de la azotea. —Mary retorció las manos—. Era mayor que mi padre, tenía una edad más cercana a la de mi abuelo, y así era como yo lo veía. Me ofreció vino. Dijo que quizá fuera la mejor cosecha que probaría en toda mi vida, aunque sabía que yo era menor. Dijo que en Europa hasta los niños beben vino durante la cena, pero también que no debía contárselo a nadie. Sería nuestro pequeño secreto.

Mary apretó la mandíbula y apartó la mirada de ellos para fijarla en una lámina enmarcada de hortensias blancas.

Victoria y Rivera esperaron a que continuara.

—Así que me convencí a mí misma, o convencí a la cría de quince años que era entonces, de que más me valía beber aquel vino ridículamente caro o me perdería la oportunidad y nunca llegaría a ser una mujer sofisticada y madura. Recuerdo que me sentía mareada mientras él hablaba de las ventajas de la beca. Cuando terminamos de comer, dijo que su suite era el ático del hotel, que tenía unas vistas increíbles y que allí hablaríamos de mi futuro. —La mirada de Mary se endureció—. Yo no era una ingenua. No me fiaba de él. Me hacía una idea bastante precisa de lo que esperaba a cambio del dinero de aquella beca. Me revolvía el estómago.

Victoria mantuvo un tono neutro.

—¿Qué hizo?

—Me inventé una excusa porque no soportaba imaginar las zarpas de aquel viejo encima de mí. Le dije que tenía que volver a casa para terminar un trabajo. Salí de allí y al día siguiente rechacé la beca. Dije que no pensaba ir a la universidad.

—¿Denunció lo ocurrido? —preguntó Rivera.

—¿Denunciar qué? ¿Que Lawrence Goodman me compró vino y me invitó a su habitación de hotel? ¿Que me hizo sentir incómoda? —Mary soltó una risa amarga—. No me tocó. No me hizo ninguna proposición explícita. No me obligó a beber. Y yo había firmado un acuerdo de confidencialidad, lo cual solo consiguió confundirme y hacerme temer que podría meterme en problemas si contaba algo.

—Fue acoso —dijo Rivera.

—Y se supone que es un multimillonario que hace muchísimo bien. No dejan de elogiarlo por su generosidad. Yo no tenía pruebas ni testigos. Si lo hubiera acusado de algo, sus abogados me habrían destrozado. Ese hombre es poderoso. La gente poderosa hace lo que le da la gana y se sale con la suya. Todo el mundo lo sabe. No soy idiota.

Victoria entendía perfectamente por qué Mary no lo había acusado. No era más que una sensación, algo insuficiente. Lo mejor que podía hacer era apartarse de aquella situación e intentar borrar de su mente ese recuerdo desagradable. Pero, al igual que Victoria, Mary tampoco lo había olvidado.

—Siento que tuviera que pasar por eso —dijo Rivera.

—Podía elegir, y elegí —dijo Mary—. No necesitaba ir a una universidad de élite, y mucho menos si eso implicaba quedar en deuda con ese tipo. Pero siempre he pensado que no puedo ser la única persona que acabó en una situación así.

—Probablemente no —dijo Rivera.

Mary bajó la vista hacia su perro.

—Hay otra persona de la que deberían saber para su investigación.

—¿Quién? —preguntó Victoria.

—Allison Hammond. Recibió una beca al mismo tiempo que yo. La conocí en la cena de grupo. Nos parecíamos muchísimo. Tanto que los demás nos preguntaban si éramos hermanas. Ella aceptó la beca. Firmó los acuerdos de confidencialidad. Se reunió con él más de dos veces.

—¿Cree que hablará con nosotros?

—Sé que no lo hará —respondió Mary.

—¿Por qué no? —preguntó Rivera.

—Porque se suicidó unos meses después de que la conociera.

Victoria guardó silencio mientras asimilaba la trágica noticia.

—¿Cree que Lawrence tuvo algo que ver con su suicidio? —preguntó Rivera.

Mary asintió.

—Me llamó para averiguar qué había pasado durante mi reunión privada con Lawrence. Quería saber por qué había rechazado el dinero. Se lo conté todo. Le daba miedo decir demasiado, supongo que por el acuerdo de confidencialidad, y sus padres estaban encantados con la beca. Él debió de hacerle daño o abusar de ella, y Allison no sabía qué hacer al respecto. Dejó de responder a mis llamadas. Unas semanas después, estaba muerta.

Victoria anotó el nombre en su cuaderno.

—¿Sabe dónde podemos encontrar información sobre Allison? ¿Familiares, amigos?

—Sus padres viven en Florida. No sé cuánto les contó. Probablemente nada, puesto que ni siquiera hablaba conmigo.

Victoria se levantó.

—Gracias, Mary. Nos ha sido de gran ayuda.

—¿De verdad? —Mary los acompañó hasta la puerta—. Porque han pasado diez años desde que Allison murió y Lawrence sigue concediendo becas. Supongo que aún mantiene «reuniones de mentoría» con alumnas de instituto.

—Lo investigaremos —dijo Rivera.

Mary se tocó el cuello.

—No quiero que mi nombre aparezca en ningún informe. Pero tampoco quiero que otras chicas pasen por lo mismo que Allison.

Los agentes dieron las gracias a Mary y se marcharon.

—No va a ser la única con una historia así —dijo Rivera.

—No, no lo será —coincidió Victoria.

La prioridad de las fuerzas del orden que trabajaban en aquel caso era localizar a los hombres secuestrados y detener a quienquiera que los hubiera raptado. Una vez que lo consiguieran, podrían investigar a Goodman más a fondo y quizá reunir pruebas suficientes para presentar cargos contra él.

Por el momento, habían encontrado a una familia con motivos para querer que Lawrence confesara.

—Hablemos con los Hammond —dijo Victoria—. Veamos qué pueden contarnos sobre la relación entre Allison y Goodman.

Mientras Rivera se alejaba en coche de la calle de Mary, Victoria hizo una búsqueda en el teléfono.

—La madre, Lisa Hammond, es enfermera instrumentista quirúrgica en Destin, Florida. Tendría acceso a anestésicos de uso médico como los restos hallados en el todoterreno.

Victoria dejó un breve mensaje para la familia. Después buscó el número de la oficina local de Pensacola.

—FBI de Pensacola —respondió un hombre.

—Soy la agente especial Victoria Heslin, de la oficina local de Washington, placa 4473222. Necesito que envíen a un agente a una dirección particular de Destin. Está relacionada con una investigación activa por secuestro. Hay varias víctimas. Necesito que vigilen esa dirección cuanto antes.

—¿Qué estamos buscando?

—Confirmación de que los residentes están allí y de que han permanecido en la zona. Las personas de interés son Lisa Hammond, enfermera quirúrgica, y su marido. Todavía estoy buscando el nombre completo de él. No tenemos orden judicial. Se trata solo de comprobar su paradero. Necesito saber si están en casa, cuánto tiempo llevan allí y si hay algo fuera de lo normal.

—Podemos tener a alguien allí en menos de una hora.

—Se lo agradezco. Llámeme cuando tenga información. —Le dio su número—. Y, por favor, trátenlo como un asunto urgente. Tengo a cuatro hombres desaparecidos.

—Entendido, agente Heslin. Nos pondremos en contacto.

Victoria terminó la llamada y dejó el teléfono sobre su regazo.

—¿Mientras tanto sigues queriendo ver a ese tal Davis? —preguntó Rivera—. El que visitó la cárcel.

—Sí. —Introdujo la dirección de su domicilio en el teléfono—. Su casa está a solo quince minutos de aquí.

—Llama antes. Asegúrate de que esté en casa.

Victoria encontró su número y lo marcó.

—¿Sí? —respondió un hombre. Al fondo se oía el ruido de unas obras: maquinaria, gritos, el pitido de un vehículo dando marcha atrás.

—¿Es usted Michael Davis?

—¿Quién pregunta?

—Soy la agente especial Heslin, del FBI. Necesito hablar con usted. ¿Está en casa?

El ruido de fondo continuó: un martillo neumático y alguien que gritaba instrucciones.

—¿Es del FBI? ¿De qué se trata?

—Preferiría hablarlo en persona.

—Estoy trabajando.

—¿Suele trabajar los domingos? —preguntó Victoria.

—Cuando hace falta. Llevamos retraso. ¿Por qué quiere hablar conmigo?

—Se trata de un caso de desaparición. ¿Dónde está?

Se produjo otra pausa. Davis estaba sopesando claramente si cooperar o no.

—¿Tiene que ver con alguno de mis hombres? ¿Se ha metido alguien en problemas?

—Solo necesitamos hacerle unas preguntas. ¿Dónde está la obra?

Davis suspiró.

—En Nations Road. Es un proyecto urbanístico enorme, no tiene pérdida. Somos los únicos que estamos trabajando en esta manzana.

—Estaremos allí en quince minutos.

—Mire, estoy trabajando. ¿No puede esperar hasta...?

—No puede esperar. Vamos para allá.

—De acuerdo. Pregunte por mí en la entrada. —Colgó.

—Está en una obra. Podemos localizarlo allí —dijo Victoria mientras trazaba la ruta al nuevo destino en el teléfono—. Está cerca de la estación de tren.

Arrancaron el coche y se pusieron en marcha.

CAPÍTULO 28

Una valla alta rodeaba la obra. Al otro lado se alzaban los cimientos de un futuro complejo de uso mixto. Varios obreros con casco se movían entre la maquinaria. El estruendo de los martillos neumáticos llenaba el aire.

Cuando Victoria y Rivera se acercaron a la puerta de acceso, un hombre con casco y chaleco reflectante los esperaba. Rondaba los cincuenta, tenía una constitución musculosa y parecía molesto por la interrupción. Apartó de una patada un objeto metálico. Sus botas de trabajo estaban cubiertas de polvo de hormigón.

—¿Michael Davis? —llamó Victoria al llegar hasta él.

—Sí. Y vosotros sois del FBI.

Mantuvo los brazos cruzados mientras le mostraban sus credenciales. Su mirada descendió hasta la mano de Victoria cuando ella levantó la placa.

La miró a los ojos y preguntó:

—¿Qué le pasó en los dedos?

—Congelación —respondió Victoria.

Davis levantó la mano izquierda.

—Yo también perdí dos hace unos años. Un accidente con una motosierra. Todavía los noto. A veces me vuelve loco.

—A mí me pasa lo mismo. Siento dolor y picor fantasma.

—Nada parece aliviarlo —dijo Davis.

—Yo tampoco he encontrado nada —contestó Victoria—. ¿Hay algún sitio más tranquilo donde podamos hablar?

—Eh... Sí. La caseta. —Señaló una pequeña oficina de obra. Sortearon equipos y montones de materiales hasta llegar a ella y entraron. El reducido interior estaba atestado de planos, manuales de seguridad y artículos para preparar café.

Se sentaron ante una mesa portátil cubierta de diagramas. Davis dejó el casco en un estante situado a su espalda.

—Estamos aquí por Jules Johnson —dijo Victoria.

—¿Johnson? —preguntó Davis—. ¿Por qué? Sabéis que está muerto, ¿no?

—Sí, y sabemos que lo visitó tres veces en prisión antes de que muriera. ¿Por qué?

El rostro de Davis se endureció.

—Me debía dinero. Quince mil dólares. Más los intereses.

—¿Tiene alguna prueba? —preguntó Rivera.

Davis gruñó. Sacó un iPhone antiguo y pulsó la pantalla agrietada.

—Sí. Mirad esto. Conservo mensajes de texto antiguos. Nunca borré su contacto.

Victoria examinó los mensajes. Eran airadas exigencias de pago.

—¿Lo visitó en prisión para cobrar? —preguntó Rivera.

—Para intentarlo —dijo Davis—. De mucho me sirvió. No paraba de decir que me pagaría cuando saliera. Como si eso fuera a ocurrir. Estaba dentro por asesinato. No iba a salir.

—Entonces, ¿por qué siguió visitándolo? —preguntó Victoria.

—Pensé que podría hacer que se sintiera culpable y me dijera dónde había escondido el dinero. O a quién podía reclamárselo. —Alzó las manos —. Y entonces va y consigue que lo maten en prisión. Ahora ya no recuperaré ese dinero jamás. Así que sí, lo visité. Y estoy cabreado porque murió debiéndome dinero.

Un tren pasó retumbando por fuera, tan cerca que la caseta vibró. El sonido era grave y atronador y hacía traquetear las ventanas. Victoria esperó a que pasara antes de continuar.

—¿Dónde estaba ayer por la mañana? —preguntó Rivera—. Sobre las diez.

—Aquí. Trabajando. Teníamos programado un vertido de hormigón. — La mirada de Davis se aguzó—. ¿Por qué? ¿De qué va esto en realidad?

—Estamos investigando un secuestro —dijo Victoria mientras observaba su rostro—. Ayer se llevaron a cuatro hombres. Alguien exige una confesión

a cambio de liberarlos. Podría estar relacionado con Jules Johnson.

Davis arrugó el rostro.

—¿Cómo?

—Puede que alguien quiera vengar su muerte —dijo Victoria.

Davis soltó una risa seca.

—¿Vengarlo? ¿De verdad creéis que le importaba tanto a alguien? A mí no. Yo quería que Jules siguiera vivo porque quería recuperar mi dinero. Por ninguna otra razón. Le guardaré rencor mientras viva. Espero que no, pero es algo difícil de olvidar. Tanto dinero.

Victoria miró a Rivera, que asintió levemente. Creían a Davis.

—Tendremos que verificar su coartada —dijo Rivera—. Denos una lista de personas que puedan confirmar que ayer estuvo aquí.

—Claro. Hablad con cualquiera de la obra. Había treinta hombres aquí para el vertido. —Davis se levantó y cogió el casco—. Jules Johnson me estafó. Os prometo que no estoy intentando vengarlo. —Llegó a la puerta y se volvió de golpe—. Un momento. ¿Congelación? Vaya. Usted es la mujer del avión. Es... Heslin. Como ha dicho. Acabo de caer. Jules acabó provocando la muerte de su madre.

—Sí —respondió Victoria—. Jules también me arrebató algo a mí. Como ha dicho, es algo difícil de olvidar.

Antes de abandonar la obra, los agentes consiguieron los nombres de cuatro compañeros de trabajo, y todos confirmaron por separado la coartada del encargado.

—Davis está limpio —dijo Rivera mientras regresaban al coche—. Solo es un tipo que quería recuperar su dinero.

Victoria caminaba con las manos entrelazadas a la espalda, asiéndose las muñecas.

Ya había investigado dos veces el pasado de su padre. Negocios. Relaciones. No había encontrado nada más sospechoso. No tenía ninguna otra pista que seguir. Lo cual significaba que su padre no podía ser quien tenía que confesar.

Al menos habían identificado a la familia de Allison Hammond. Aquella pista parecía más prometedora. Victoria creía ahora que Lawrence Goodman era culpable de algo que iba mucho más allá de hacer sentir incómoda a otra persona.

Su teléfono sonó mientras Rivera abría el coche. Un prefijo 850. Florida.

—Agente Heslin.

—Soy el agente Carver, de la oficina de Pensacola. Hemos ido a la residencia de los Hammond. La familia está en casa. El viernes operaron al padre para ponerle una prótesis de rodilla.

Victoria se apoyó en la puerta del copiloto.

—¿Está seguro?

—He hablado personalmente con él. Está en un sillón reclinable con una bolsa de hielo sobre la rodilla. No ha salido de casa en tres días. La madre lo ha confirmado y lo hemos verificado con el hospital. Han colaborado en todo momento. Querían asegurarse de que supiéramos que no habían hecho nada malo.

—¿Qué impresión le han dado?

—Que esas personas no tienen nada que ver con el secuestro que están investigando.

—De acuerdo. Gracias por comprobarlo. —Colgó.

Rivera la miró por encima del techo del coche.

—No han sido los Hammond —dijo ella.

Rivera asintió una sola vez.

Otro nombre descartado, aunque, si seguían investigando la vida de Lawrence Goodman, quizá tuvieran que volver a hablar con los Hammond en algún momento.

Subió al coche y el ruido de la obra se fue apagando.

El sonido de otro tren que pasaba resonó a sus espaldas mientras se alejaban.

CAPÍTULO 29

Victoria y Rivera regresaron a la sala de reuniones del FBI poco después de las siete de la tarde del domingo.

Sobre la mesa de reuniones había una caja de pizza abierta. Solo faltaban unas porciones.

Rivera cogió una. —No has comido nada en todo el día —le dijo a Victoria.

Tenía razón. Nada desde los bocadillos del desayuno que Sam había encargado hacia las diez de la mañana. Cogió una porción de pizza. Sam siempre se acordaba de que era vegetariana.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Sam.

—Dos callejones sin salida —respondió Victoria—. ¿Ha pasado algo mientras no estábamos?

—Sí. —Sam frunció el ceño—. Los medios ya se han echado encima de la historia.

Victoria no debería haberse sorprendido. Con tantas agencias implicadas, el alto cargo diplomático de Harrison y la fortuna de Lawrence, la historia tenía todos los ingredientes para convertirse en una noticia de enorme repercusión. Las filtraciones eran inevitables.

Sam giró el portátil para mostrarles una página web de noticias. El titular rezaba: «Cuatro hombres secuestrados en Georgetown: el FBI busca al jefe de Protocolo Harrison Porter, a un agente de la CIA y a otros dos hombres».

—Solo han hecho público el nombre de Harrison —dijo Sam—. La CIA no quiere confirmar la identidad de Jake.

Victoria se apretó las sienes con los dedos y empezó a moverlos en lentos círculos para aliviar la tensión. —¿Qué más?

—Nos están acribillando a todos con avisos. Solo el FBI ha recibido más de doscientas llamadas en la última hora. Nos pasarán cualquier pista que parezca creíble.

—¿Alguna hasta ahora? —preguntó Rivera.

—Un testigo vio a unos hombres trasladar objetos grandes con forma de alfombra desde un todoterreno negro hasta una camioneta. El horario encaja, pero el lugar no estaba ni cerca de donde la policía encontró el todoterreno abandonado. —Sam se encogió de hombros—. A veces una alfombra no es más que una alfombra. Otro ciudadano ha informado de actividad sospechosa cerca de un almacén abandonado al sur de aquí. Los inspectores ya van de camino.

Victoria siguió masajeándose las sienes. Cada noticia provocaría más llamadas. Videntes. Teóricos de la conspiración. Gente que quería involucrarse en la investigación. La información que necesitaban podía quedar sepultada. Perderían más tiempo siguiendo pistas falsas. Por otra parte, la cobertura mediática quizá fuera de ayuda. Alguien podía haber visto a los hombres o a sus captores.

Piensa en positivo, se dijo. El vaso está medio lleno. No medio vacío y perdiendo agua.

El teléfono le vibró en el bolsillo.

Lo sacó y vio «Papá» parpadeando en la pantalla. Se le cortó la respiración.

—He recibido otro mensaje —dijo.

Con una súbita oleada de esperanza y miedo, lo leyó en voz alta.

—Sigue SIN haber confesión. CERO responsabilidad. Puede que averigües de qué va todo esto y los encuentres antes de que esos cretinos privilegiados digan la verdad. Ella estaba en la Ciudad de la Luz, empezando su vida. Él acabó con ella. Por fin va a pagar.

Victoria guardó silencio mientras asimilaba el mensaje. Los mensajes daban a entender que sus captores querían o esperaban que los encontrasen.

—El tono y las mayúsculas me dicen que están perdiendo la paciencia —dijo Rivera—. Hay mucha información concentrada ahí. La Ciudad de la Luz. París.

—París —confirmó Sam.

—Entonces, ¿esto no tiene que ver con Georgetown? —preguntó Victoria.

—No lo sé. —Rivera escribió en la pizarra blanca: Víctima femenina. París.

—Una joven que estaba empezando su vida —dijo Victoria—. Una chica que acababa de terminar el instituto. Otra víctima de Lawrence. Una a la que aún no hemos encontrado. A punto de empezar la universidad.

—O de iniciar su carrera profesional —dijo Sam—. O acababa de casarse.

Rivera añadió esas posibilidades a la pizarra.

—Estoy consultando los archivos policiales de París —dijo Sam—. Ciudadanas estadounidenses fallecidas hace unos diez años.

Victoria acercó el portátil y abrió la base de datos de Interpol. —Yo buscaré casos de personas desaparecidas. Muertes sin resolver. Cualquier cosa sospechosa ocurrida en mayo.

La sala de reuniones quedó en silencio mientras los agentes buscaban en internet. Un reloj marcaba los segundos en la pared. Fuera, el cielo se oscurecía.

Victoria repasó los resultados de la búsqueda. La mayoría de las muertes tenían explicaciones claras. Causas naturales. Accidentes documentados. No había encontrado ninguna que exigiese una confesión.

Hasta que la encontró.

Un atropello con fuga.

La víctima se llamaba Emily Young. Tenía veintidós años.

Hizo clic para seguir leyendo.

Desde el otro lado de la mesa, Rivera dijo: —Tengo un nombre. Kyla Mitchell. —Rivera se aclaró la garganta y leyó de la pantalla—. Tenía veintitrés años cuando murió. La encontraron en la habitación de su hotel el 2 de mayo. La causa oficial de la muerte fue una sobredosis accidental. —Hizo una pausa y entornó los ojos ante la pantalla—. Pero sus amigos y familiares insistieron en que no consumía drogas. Otro huésped del hotel la vio la noche anterior con un hombre mayor muy bien vestido. Hablaba inglés con acento estadounidense. La policía nunca logró identificarlo ni localizarlo.

Victoria tomó notas. —¿Qué hacía en París?

—Estaba visitando a una amiga —dijo Rivera, leyendo el expediente—. Pero escucha esto: se había prometido con su novio de la universidad

apenas dos semanas antes. A eso podría referirse lo de «empezando su vida». Puede que el prometido todavía guarde rencor si alguien fue responsable de su muerte.

—Tengo una historia parecida —dijo Sam—. Jessica Torres, veintisiete años. Una estudiante de doctorado estadounidense en la Sorbona. Desapareció el 9 de mayo tras salir una noche con sus amigos por el barrio del Marais. Unos vecinos encontraron su cadáver en el Sena dos semanas después. La policía calificó la muerte de ahogamiento accidental.

—Las dos muertes son posibles —dijo Victoria—, pero esta también. Emily Young, veintidós años. Acababa de graduarse en Boston College. Murió el 16 de mayo, hace diez años, después de que un vehículo la atropellara. El conductor huyó del lugar.

Miró la fotografía de la víctima. Llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta. Tenía una sonrisa radiante y segura. Vestía una sudadera de Boston College.

Se graduó el 9 de mayo. Murió el 16 de mayo.

—Tenemos tres posibles víctimas —dijo Rivera—. Tres muertes en circunstancias dudosas. Todas durante importantes transiciones vitales: una graduación, un compromiso, la finalización de un doctorado.

—Pero solo una de las familias es de aquí —dijo Victoria.

Rivera asintió. —Pidamos a la policía francesa los expedientes completos de los casos y hablemos con quienes las conocían.

—Me pondré en contacto directamente con Interpol —dijo Sam—. Será más rápido que seguir los cauces oficiales.

—Mientras investigamos a cada víctima, averiguad si existe alguna conexión con cualquiera de los hombres secuestrados. —Victoria volvió la cabeza y reprimió un bostezo que la sorprendió sin previo aviso.

Rivera fue el siguiente en bostezar. Miró el reloj y luego recorrió la mesa con la vista. —Ya ha pasado la medianoche. Idos a casa. Dormid. Volveré a las siete de la mañana.

—De acuerdo —dijo Victoria, aunque no quería dejar de trabajar—. Avísame si te enteras de algo antes.

CAPÍTULO 30

Ned seguía despierto cuando Victoria llegó a casa. Cruzó la cocina cojeando para recibirla. Se había hecho daño en la rodilla durante una carrera larga y se suponía que debía guardar reposo. Tenía que pedir cita con un médico para que le hicieran una resonancia magnética. A ella le preocupaba la lesión, que pudiera haberse desgarrado un músculo. Entonces se produjo el secuestro, que les dio un motivo de preocupación más inmediato y peligroso.

—Aún estás despierto —dijo ella, refugiándose entre sus brazos abiertos.

Hundió la cabeza contra su pecho.

Los perros se arremolinaron a su alrededor, olisqueando, resoplando y meneando la cola. No veían a Victoria desde la mañana anterior, pero se comportaban así cada vez que volvía a casa, tanto si llevaba fuera una hora como una semana. Era muy fácil quererlos. Eran leales y cariñosos. Cada uno con sus peculiares manías.

Izzy replegó los labios en una sonrisa.

Oliver apoyó el largo hocico contra la cadera de Victoria.

Victoria sabía lo que prefería cada perro. Oliver quería que le acariciaran las orejas. Lilly quería estar cerca y no apartaba la mirada de Victoria, pero no le gustaba que la tocaran.

Myrtle se acercó renqueando. Victoria se agachó y tomó la cabeza de la perra entre las manos.

La pequeña galga tenía catorce años. Se había quedado completamente sorda el invierno anterior y caminaba con una cojera muy marcada, mucho

peor que la de Ned. Con su pelaje leonado, parecía un cervatillo, que fue lo que Victoria pensó la primera vez que la vio bajar de un camión procedente de un canódromo de Alabama.

Victoria se sentó en el suelo junto a Myrtle y le acarició el cuello. A Myrtle no le quedaba mucho tiempo. Victoria atesoraba cada agridulce minuto que aún podía pasar con su querida perra.

Las personas y los animales a los que quería la abocaban a sufrir tarde o temprano, pero merecían la pena.

Permaneció allí otro minuto, aún sin ganas de levantarse. La casa estaba en silencio, salvo por el zumbido del lavavajillas en marcha. Ned había dado de comer a los perros y a los burros mientras ella trabajaba.

—¿Has comido? —preguntó él.

—Sí, pizza. Sobre las ocho. Estoy bien.

Se quitó los zapatos y se arrancó los calcetines. Tenía los talones secos y agrietados. Llevaba semanas queriendo prestarles algo de atención, ponerse crema al menos; una de tantas tareas de cuidado personal que siempre acababan relegadas y olvidadas. Más tarde, pensó. Cuando esto termine.

Ned le dejó en la encimera un plato con galletas saladas y queso, manzana cortada y tiras de pimiento. No dijo nada sobre la hora —casi la una de la madrugada— ni sobre el hecho de que ella estuviera sentada en el suelo de la cocina.

—Cuéntame lo que puedas —dijo.

Ella le habló de los mensajes enviados desde el teléfono de su padre. Se le habían grabado a fuego en una parte del cerebro que no se apagaría hasta que lo encontraran. Le explicó la pista de París y lo de las tres posibles mujeres. Admitió que la policía y la CIA apenas habían encontrado nada más que les indicara por dónde seguir. No mencionó el dedo amputado.

Él escuchó sin interrumpirla.

—Pensaba que esto tendría que ver con dinero —dijo ella—. O que pretendían presionarnos para exigir algo. Pero ya no lo creo. Quienquiera que esté detrás de esto perdió a un ser querido en una tragedia. Eso lo entiendo muy bien. Pero esa persona perdió el norte.

—¿Has hablado con tu hermano?

—Lo he llamado de camino. También le he dejado un mensaje a mi abuelo. Solo para decirle que, a medianoche, aún no había buenas noticias.

Se comió el queso y las rodajas de manzana, dando pequeños bocados a Myrtle.

—Yo me ocuparé de los animales por la mañana. Vendrá alguien a la una para volver a darles de comer —dijo Ned—. Me llevaré a Myrtle al trabajo para poder vigilarla.

—Estupendo, gracias.

Arriba, Victoria se cepilló los dientes, se cambió de ropa y se tumbó en su lado de la cama, sobre unas sábanas frescas y limpias.

Los perros los habían seguido escaleras arriba y se habían instalado en las camas caninas repartidas por la amplia habitación. Big Ed dio vueltas hasta quedar satisfecho y después se dejó caer con un gruñido.

Victoria se quedó mirando el techo, incapaz de desconectar el cerebro.

Era aprensiva por naturaleza, de las que ven el vaso medio vacío. Lo había aceptado hacía mucho tiempo. No era una preocupación destructiva que la paralizara y le impidiera actuar. Se trataba más bien de una visualización constante y automática de todo lo que podía salir mal. Esa inclinación le permitía anticiparse a los acontecimientos y le resultaba muy útil en el trabajo. Lo era menos a la una de la madrugada, cuando necesitaba dormir.

Los engranajes de su cerebro no dejaban de girar. Oía su propia voz repasando lo que habían averiguado y lo que aún tenían que hacer.

A primera hora del día siguiente, hablarían con Interpol y recabarían más información sobre las tres jóvenes que habían muerto en París. Alguno de aquellos trágicos casos podría conducirlos hasta los hombres desaparecidos. Tenía que ser así. La mera idea de que aún no estuvieran siguiendo la pista correcta resultaba insoportable.

La imagen de Emily Young invadió su mente. La familia de Emily era de la zona.

Consultó el teléfono una última vez, por si había llegado otro mensaje y, de algún modo, no lo había visto.

Ningún mensaje nuevo de nadie.

Esperaba que las demás agencias estuvieran teniendo más suerte a la hora de localizar a los hombres.

Se acercó a Ned hasta que sus cuerpos se tocaron de los hombros a los pies. Entrelazó el brazo con el suyo y cerró los ojos.

Necesitaba dormirse para poder volver al trabajo.

Uno de los perros se movió en su cama y soltó un fuerte resoplido.

Cuatro horas y cincuenta y tres minutos para volver a ayudar a encontrar a su padre.

CAPÍTULO 31

Victoria fue la primera en llegar a la sala de reuniones.

Abrió el expediente de Emily Young.

La fotografía del obituario era la misma que había encontrado la noche anterior. Emily llevaba una sudadera de Boston College. Sonreía radiante y de frente a la cámara, con la sonrisa de quien espera que le ocurran cosas buenas.

Victoria volvió a leer el obituario de Emily.

Emily Catherine Young, de 22 años y natural de Silver Spring, Maryland, falleció el 16 de mayo en París, Francia. Emily se graduó cum laude en Boston College el 9 de mayo. Había aceptado un puesto en The Legal Justice Initiative, una organización de derechos humanos, y estaba celebrándolo en el extranjero con unos amigos antes de iniciar su carrera profesional. Emily creía en hacer del mundo un lugar mejor y dedicó sus años universitarios a colaborar como voluntaria en programas de ayuda a refugiados y a defender la justicia social. Le sobreviven sus padres, James y Patricia Young.

Solo habían transcurrido siete días entre su graduación y su muerte. Entre el comienzo de una nueva vida y el final de todo.

Victoria estudió una vez más la fotografía de Emily.

Después cerró el expediente y abrió sus notas.

Kyla Mitchell y Jessica Torres aún eran posibilidades. Lo sabía.

Pero no lo creía.

Necesitaba reunirse con la familia de Emily Young.

Sam y Rivera entraron al mismo tiempo en la sala de reuniones.

Rivera hablaba por teléfono con expresión sombría. —Entendido —dijo —. Allí estaré. —Alzó la vista para dirigirse a Victoria y a Sam—. Era el despacho del director. Hay una rueda de prensa a las nueve. Quieren que asistan agentes de alto rango de la CIA y el FBI, y mandos de la policía. Van a confirmar el secuestro de cuatro hombres. De momento, no revelarán más nombres si pueden evitarlo.

En cuanto el nombre de su padre se hiciera público, los periodistas acamparían frente a la casa de Victoria. Su teléfono no dejaría de sonar. Pero eso no importaba. Lo que importaba era encontrar a su padre.

—Antes hay una reunión informativa con nuestro departamento interno de relaciones públicas —continuó Rivera—. Quieren asegurarse de que todos mantengamos el mismo discurso sobre lo que podemos revelar y lo que no. Tengo que estar allí.

—Avísanos si necesitas algo —dijo Sam mientras miraba su bandeja de entrada—. La embajada francesa me ha contestado. Nos entregarán los expedientes completos de los casos —las tres víctimas, sin tachaduras—, pero solo en persona. Voy para allá ahora.

—Y yo voy a visitar a la familia de Emily Young —dijo Victoria.

Rivera se detuvo. —Espera.

Ella se llevó una mano a la cadera. —¿Qué?

—Si Emily Young es nuestra víctima y su familia lleva diez años esperando justicia... Mira, no sabemos qué les ha ocurrido a esos hombres ni hasta dónde están dispuestos a llegar los captores.

—No pienso esperar —dijo Victoria—. Necesitamos más información, y rápido.

—Tiene razón —dijo Sam—. La información encaja, pero no tenemos pruebas.

Rivera no parecía convencido. —Entonces, al menos, llévate apoyo. Un agente y un coche sin distintivos.

—No. —La voz de Victoria fue tajante—. Unos padres en duelo no se sinceran contigo si apareces dando a entender que no te fías de ellos. Necesito que confíen en mí y poder analizar sus reacciones sin que la presencia de otra persona altere la dinámica. Si están implicados, lo notaré. Una agente sola, haciéndoles preguntas sobre su hija, es la estrategia adecuada para conseguir información con rapidez.

—Entonces mándame un mensaje cuando llegues y da señales de vida cada quince minutos —dijo Sam.

—No hace falta. En los primeros quince minutos sabré si tenemos algo de lo que tirar. Te avisaré cuando llegue.

Rivera se puso de pie. —¿Qué vas a decirles? No puedes presentarte allí sin más y preguntarles si han secuestrado a cuatro hombres.

—Les contaré la verdad, o una parte. Si están implicados en este secuestro, reaccionarán. Y yo lo notaré.

Rivera no parecía contento, pero asintió.

Victoria cogió la chaqueta y salió mientras planeaba cómo abordarlos. Los Young habían perdido a su hija diez años atrás. Las fuerzas del orden habían dado por concluida la investigación. Ninguna detención. Ninguna justicia. Ninguna posibilidad de cerrar la herida. Solo dolor y, tal vez, una rabia sin salida.

Durante diez años.

Y entonces, una semana después del aniversario de la muerte de Emily, la exigencia de una confesión.

Pensando en aquella cronología, Victoria bajó las escaleras, cruzó las puertas de cristal del edificio del FBI y se detuvo en seco.

Una multitud de periodistas con cámaras y micrófonos ocupaba la acera.

—¡Agente Heslin! —gritó uno al verla—. ¿Es cierto que su padre es una de las víctimas?

Ella siguió andando cabizbaja, sin responder.

—Agente Heslin, ¿tienen alguna pista?

—¿Han exigido un rescate?

—¿Siguen vivos los hombres?

Victoria llegó hasta su coche, se metió dentro y bloqueó las puertas. Los periodistas no podían cruzar las barreras, pero sus cámaras siguieron cada uno de sus movimientos mientras arrancaba el motor.

La noticia estaba ya en todas partes. Se acabó mantenerla en secreto.

Encontró la dirección de la familia Young en Maryland.

A veinticuatro minutos de allí.

Victoria envió la dirección a Sam y a Rivera y salió del aparcamiento, dejando atrás las cámaras y a los periodistas que gritaban.

Nada más de «Papá». Ninguna amenaza nueva.

Solo la carretera por delante y el trayecto hasta Silver Spring.

Emily Young había vivido una semana después de graduarse en la universidad.

Victoria esperaba ir por buen camino.

CAPÍTULO 32

De camino a visitar a la familia de Emily Young, Victoria llamó a su abuelo. Sabía que estaba preocupado.

Contestó Maureen.

—Teléfono de Samuel.

—Hola, Maureen. ¿Está disponible mi abuelo?

—Ah, señorita Victoria. Ahora está durmiendo, después de pasarse despierto casi toda la noche. A las tres de la madrugada lo oí dando vueltas por la cocina. ¿Quiere que lo despierte?

—No, deje que descanse. Cuando se levante, dígale, por favor, que he llamado. Aún no hemos encontrado a mi padre, pero estamos avanzando. —Hizo una mueca. No era del todo cierto. Tenían algunas teorías y personas a las que descartar. De no ser por las comunicaciones de los secuestradores, no tendrían prácticamente nada.

—Se lo diré. Y ¿señorita Victoria? Todos estamos rezando por su padre.

—Gracias, Maureen.

Después de la llamada, Victoria se concentró en lo que diría cuando llegara a casa de los Young. La familia había perdido a su hija en circunstancias trágicas. Victoria quería mostrarse compasiva, pero también necesitaba información cuanto antes. No podía perder el tiempo si aquella pista resultaba ser otro callejón sin salida. Hoy no. Emily Young parecía la opción más prometedora entre las jóvenes que habían muerto en París diez años atrás. Su familia podía estar detrás de aquello o saber quién lo estaba.

El navegador de Victoria la condujo hasta un barrio de modestas viviendas unifamiliares, construidas en los años noventa por el mismo promotor. Todas las casas eran parecidas, con revestimiento de madera, un pequeño jardín delantero y garaje para dos coches. Muchas tenían porche y banderas estadounidenses.

Victoria aparcó al otro lado de la calle, un poco más adelante de una casa bien cuidada. Del frontal del garaje colgaba una vieja canasta de baloncesto con una red gris y desgastada.

Una de las puertas del garaje estaba bajando.

Esperó el tiempo suficiente para que quien fuera atravesara el garaje comunicado y entrara en la casa. Mientras tanto, consultó su correo, ansiosa por ver si alguna de las otras agencias que trabajaban en el caso había logrado algún avance decisivo. No había nada parecido.

La rueda de prensa aún no había empezado.

Le escribió a Sam: *En casa de los Young. A punto de llamar a la puerta.*

Victoria salió del coche. Se ajustó la chaqueta sobre el arma que llevaba a la cadera. Subió por el camino de entrada y llamó al timbre. Una espesa capa de nubes ocultaba el sol. Las ráfagas de viento le azotaban el pelo y la cara.

Abrió una mujer de poco más de sesenta años. Era menuda, de alrededor de un metro sesenta. El cabello castaño entrecano le caía hasta los hombros. Llevaba un vestido azul con una rebeca encima.

Victoria alzó la placa.

—¿Señora Young? Soy la agente especial Victoria Heslin.

La mujer aferró la cruz que llevaba al cuello. Parecía sorprendida. No asustada ni evasiva.

—¿Es usted del FBI?

—Sí, señora. Quería hacerle unas preguntas sobre su hija y las circunstancias de su fallecimiento.

—¿Emily? —Se le iluminó el rostro—. ¿Por fin han reabierto su caso?

Parecía llevar años esperando oír aquello.

—Lo siento. No es exactamente por eso por lo que estoy aquí.

La esperanza se desvaneció del rostro de la señora Young.

—Pero sí estoy investigando el incidente.

La señora Young se volvió hacia el interior de la casa.

—¡Jimmy! Es el FBI. Por Emily. —Entonces se dirigió a Victoria—. Acabamos de volver de una reunión de la iglesia.

Victoria entró en la casa. En el salón, una larga consola estaba cubierta de fotografías familiares. Emily de pequeña, sin los dientes de delante. Emily con el uniforme de fútbol. Una Emily algo mayor en un baile de graduación y, de nuevo, con birrete y toga.

Sobre una mesita auxiliar había una estatua de san Antonio y una Biblia. Una gran cruz colgaba encima del sofá.

Un hombre salió de la cocina. Era alto, de hombros anchos, probablemente de unos sesenta y cinco años, y tenía el rostro curtido. Llevaba pantalones azul marino y camisa de vestir.

—Hola. Soy la agente especial Victoria Heslin.

—Jim Young.

No le tendió la mano.

Permanecía con los brazos cruzados y el peso apoyado en el pie de atrás. Una postura defensiva, como si no acabara de fiarse de ella.

—¿Por qué viene ahora por Emily? —preguntó.

—Estoy investigando un caso de desaparición que podría estar relacionado con la muerte de su hija —respondió Victoria—. He leído los informes de la policía francesa. Me gustaría que me contaran lo ocurrido desde su punto de vista. ¿Podemos sentarnos?

Los Young intercambiaron una mirada y parecieron llegar al acuerdo de que hablarían con Victoria.

El matrimonio se sentó en un sofá beis. Victoria ocupó el sillón verde que había enfrente.

El señor Young sostuvo la mirada de Victoria.

—Nadie nos escuchó. Al principio, la policía francesa se mostró dispuesta a ayudar... hasta que dejó de hacerlo. La embajada de Estados Unidos no sirvió para nada. Dijeron que no podían hacer nada. Que la muerte de Emily había sido un accidente. Una tragedia. Dijeron que teníamos que aceptarlo y seguir adelante.

—Entonces, ¿qué relación tiene esto con su caso de desaparición? —preguntó su esposa.

—Estoy investigando el secuestro ocurrido ayer en la Universidad de Georgetown. Puede que lo hayan visto en las noticias. —Victoria estudió sus rostros mientras respondía. Era un momento crucial. Si estaban implicados, lo vería ahora.

El matrimonio aguardó, escuchando, aunque todavía sin comprender.

Victoria continuó:

—Hemos recibido información según la cual el móvil está relacionado con la muerte de una mujer en París hace diez años. Aún no sabemos si esa mujer es su hija. Queremos entender qué le ocurrió a Emily.

Los ojos de la señora Young volaron hacia su marido y luego regresaron a Victoria.

—¿Está diciendo que... alguien secuestró a esos hombres por lo que le ocurrió a nuestra hija?

—Es posible —dijo Victoria, sin dejar de observarlos.

O los dos eran unos actores increíbles o de verdad intentaban asimilar lo que acababa de contarles. Victoria llevaba más de una década interpretando a la gente en momentos como aquel. Creía que se trataba de lo segundo. Era decepcionante, porque significaba que no estaban implicados. Lo más probable era que aquello fuera otro callejón sin salida.

Sacó su cuaderno.

—Háblenme de Emily. Ayúdenme a entender cómo era.

La señora Young sonrió radiante.

—Emily era especial. Supongo que todos los padres piensan eso, pero ella lo era. No solo para nosotros, sino para todos los que la conocían. Y era inteligente. Y trabajadora. Fue la primera persona de ambas ramas de nuestra familia que fue a la universidad. No teníamos dinero para pagarle una universidad privada, pero se esforzó muchísimo. Consiguió becas. Trabajaba a tiempo parcial mientras estudiaba. Se graduó con honores en Boston College.

—Quería ayudar a los refugiados, a las personas que necesitaban venir a Estados Unidos por su propia seguridad —añadió el señor Young—. Ella era así. Una verdadera cristiana. Siempre anteponía a los demás.

—Ya tenía un empleo esperándola —dijo la señora Young—. Estaba ilusionada y nosotros nos sentíamos muy orgullosos de ella.

—El viaje a París —dijo Victoria—. ¿Fue un regalo de graduación?

La señora Young se retorció las manos.

—Sí. Sus amigas iban a ir. Sus dos mejores amigas de la universidad, Sarah y Melissa. Todos ahorramos y pusimos dinero para que pudiera ir con ellas. Jimmy y yo. Mis padres. Ya han fallecido. Reunimos lo suficiente para que Emily pasara una semana en París antes de empezar a trabajar. Era la primera vez que salía del país.

—Ojalá no le hubiéramos dado el dinero. Ahora estaría con nosotros. —El señor Young se levantó y se acercó a la ventana delantera.

—Jimmy —dijo la señora Young.

Cuando se volvió, tenía lágrimas en los ojos.

—Nos llamó aquella noche, ¿recuerdas?

La señora Young asintió.

—Había pasado un día increíble. Vio la torre Eiffel. Paseó junto al Sena. Comió auténtica comida francesa en un restaurante con sus amigas. Era muy feliz. —Se pasó una mano por la cara—. Tres horas después... ya no estaba.

—Lo siento muchísimo —dijo Victoria.

—No fue un accidente —dijo el señor Young—. Alguien mató a nuestra hija. La atropelló con un coche y huyó. A pesar de la verdad, cerraron el caso al cabo de unas semanas. Eso fue todo lo que obtuvimos. Fue vergonzoso.

Se dio la vuelta y entró en la cocina. Victoria oyó el portazo de un armario.

La señora Young pellizcó el borde inferior de su rebeca.

—Lo siento. Al oírnos hablar, cualquiera pensaría que la perdimos el mes pasado. Sigue siendo muy difícil creer que ya no está.

—Lo comprendo —dijo Victoria—. Señora Young, ¿tienen más hijos?

Victoria ya conocía la respuesta, pero quería oírla de sus labios.

—Solo uno. El hermano mayor de Emily. —El rostro de la señora Young se dulcificó cuando pronunció su nombre—. Richard. Siempre lo hemos llamado Ricky.

—¿Cuántos años tiene Ricky?

—Treinta y cuatro. Tenía veintitrés cuando murió Emily. Eran como mejores amigos. Protegía mucho a su hermana pequeña. Decía que tenía que hacerlo porque Emily confiaba demasiado en todo el mundo.

Victoria sonrió.

—¿Puede contarme algo más sobre su hijo?

—Bueno, por supuesto, también estamos orgullosos de él. Tiene su propio negocio —dijo la señora Young mientras se alisaba el cabello gris con una mano—. Se dedica a recuperar materiales. Desmonta edificios antiguos antes de que los derriben y vende los materiales. Cable de cobre, accesorios de latón. Cualquier cosa que tenga valor. Es un trabajo duro. Se lleva cosas que, de otro modo, serían destruidas. Se asegura de que se reutilicen y reciclen.

—Le ha ido bien —dijo el señor Young al regresar de la cocina.

—¿Trabaja solo? —preguntó Victoria.

—La mayor parte del tiempo —respondió el señor Young—. También trabaja como contratista para empresas de demolición. Lo llaman cuando necesitan ayuda para vaciar un edificio.

—¿Cómo afrontó la muerte de Emily? —preguntó Victoria.

—Mal —dijo la señora Young—. Estaba enfadado con la policía por no encontrar al responsable. Con la embajada por no ayudarnos. Con Dios por permitir que sucediera. —Al decir aquello, levantó la mirada hacia el techo y se santiguó.

—¿Quién más tenía una relación estrecha con Emily? —preguntó Victoria.

La señora Young reflexionó unos instantes.

—Las amigas que estaban con ella en París aquella semana. Su muerte las dejó destrozadas. Y su compañera de habitación en Boston College, Trinity Isgur. No pudo ir a París con ellas, pero ella y Emily eran muy amigas. Las tres viajaron hasta aquí para asistir al funeral de Emily.

—¿Alguien más? ¿Algún novio?

—No —respondió el señor Young—. Emily no salía con nadie.

—Estaba totalmente centrada en los estudios —añadió la señora Young.

—Sus amigas Sarah y Melissa... ¿tienen sus datos de contacto? —preguntó Victoria.

La mirada de la señora Young descendió hasta la manta de punto colocada sobre el brazo de su sillón, del mismo amarillo que los cojines del sofá.

—No. Después de la muerte de Emily era demasiado doloroso hablar con ellas. Creo que no volvimos a hablar después del funeral. No las culpamos en absoluto..., aunque, si se hubieran mantenido juntas, quizá las cosas habrían acabado de otra manera.

—¿Ricky habló alguna vez de encontrar al responsable? —preguntó Victoria.

La señora Young respondió:

—Estaba decidido a averiguar qué había ocurrido. Todos lo estábamos. Necesitábamos comprender qué clase de persona atropella a una joven y después la abandona para que muera sola. —La voz se le quebró con las últimas palabras, pero siguió adelante—. Pero ¿qué más podíamos hacer? Como ya le ha dicho mi marido, la policía francesa se rindió. La embajada no quiso ayudarnos. No teníamos forma de averiguar quién la había matado.

—La pérdida de un hijo nunca se supera —dijo él—. Pero, con el tiempo, uno decide centrarse en los buenos momentos y en una vida bien vivida. Comprende que cada instante compartido fue un regalo. De lo contrario, no le quedará nada.

—Es un consejo muy sabio —dijo Victoria.

También sabía que dar un consejo y seguirlo, vivir realmente de acuerdo con él, no eran lo mismo.

La señora Young cogió de una estantería una fotografía enmarcada y se la entregó a Victoria.

—Estos son Emily y Ricky.

Ambos sonreían. Emily aparentaba unos diecinueve o veinte años. Ricky era más alto, ancho de pecho y hombros, y rodeaba protectoramente con un brazo a su hermana pequeña.

—Me gustaría hablar con Ricky —dijo Victoria—. ¿Tiene sus datos de contacto?

Los ojos de la señora Young se entrecerraron. Cuando volvió a hablar, su tono había cambiado.

—¿Por qué necesita hablar con Ricky? ¿Qué más puede contarle él?

Victoria suavizó la voz.

—No lo sé. Solo quiero reunir toda la información posible sobre la muerte de Emily.

La señora Young sostuvo su mirada unos instantes más antes de decir:

—Es una buena persona.

De mala gana, le dio a Victoria su número de teléfono y su dirección.

Victoria anotó la información.

—¿Está por aquí este fin de semana?

La señora Young respondió:

—Ayer vino a cenar con nosotros después de la iglesia, como hace todos los domingos.

—Por favor, no le mencionen todavía mi visita —dijo Victoria—. No quiero influir en sus recuerdos de lo sucedido antes de entrevistarlo.

Una vez de vuelta en el coche, marcó el número que le había dado la señora Young.

Sonó hasta que saltó el buzón de voz. El mensaje decía:

—Recuperaciones Young. Ahora no podemos atender el teléfono. Deje un mensaje.

Victoria escuchó mientras imaginaba al joven que había visto con el brazo alrededor de su hermana.

Después colgó.

Consultó la hora y llamó a Rivera.

—¿Qué tal ha ido lo de los medios?

Él no respondió a su pregunta. Se limitó a decir:

—¿Dónde está?

—Estoy saliendo de casa de los padres de Emily Young —respondió—. No creo que estén implicados. Pero hay un hermano con el que debería hablar. También vive en la zona.

Se oyeron ruidos al otro lado de la línea.

—De acuerdo —dijo Rivera, aunque parecía no haberla escuchado—. Vuelva ahora. Ha habido novedades.

A Victoria le dio un vuelco el estómago.

—¿Qué clase de novedades? ¿Qué ha ocurrido?

—Una confesión. Está en internet.

CAPÍTULO 33

Thomas estaba sentado en el suelo, dormido y soñando. En su mente, asistía a una graduación.

Alex pasó por delante vestido con toga y birrete. Su creación de cartón se ladeaba.

El cielo estaba oscuro y gris, lo cual no encajaba. En la graduación de Alex había brillado el sol. Todo el mundo se había quejado del calor.

Thomas reconoció a varias personas en el patio del campus. El señor Cooper, que lo había contratado para cortar césped cuando iba al instituto. La señora McWilliams, una de sus primeras clientas desde hacía más de treinta años, hasta el día en que murió de párkinson. Estaba junto a Eleanor, su suegra, que lucía una expresión decidida. Thomas había visto aquella expresión muchas veces en el pasado. Eleanor ya había resuelto lo que debía hacerse y aguardaba el momento oportuno. Pero ¿qué iba a hacer? Quería preguntárselo, pero todo el mundo hablaba a la vez. Sus bocas se movían antes de que llegaran las palabras, como en una película extranjera con un doblaje espantoso. No lograba entenderlos.

No estaban sobre césped. Todos se encontraban de pie en una pista de tenis gigantesca. Buscó a Abigail entre la multitud. Debería haber estado allí. No habría querido perdérselo.

Alguien le tocó el brazo.

Una joven morena con toga de graduación lo miraba fijamente. Su rostro pasó de ser el de una desconocida al de la mujer que trabajaba en Trader Joe's, con piercings en el labio y la frente y una llamativa camisa hawaiana.

El rostro volvió a cambiar. Esta vez se transformó en el de alguien a quien nunca había visto.

—¿Me has reconocido? —preguntó ella.

—Lo siento —dijo Thomas—. No creo que nos conozcamos.

—¿No te acuerdas de mí? —Su expresión era de una tristeza inmensa.

La multitud desapareció. Estaban solos en una calle adoquinada. Era de noche.

—Necesito ayuda —dijo ella con voz serena.

Thomas no estaba seguro de que fuera real. Trató de tocarla. Su mano atravesó el cuerpo de la joven como si estuviera hecha de vapor.

Ahora yacía boca abajo sobre los adoquines, aunque Thomas no la había visto caer. La sangre manaba de debajo de su cuerpo y llenaba las juntas entre las piedras.

Thomas se llevó las manos frente al rostro. Estaban limpias.

—Hasta ahora no sabía que necesitabas ayuda —dijo.

La sangre de los adoquines empezó a borbotear como agua hirviendo.

La mujer volvió el rostro contra las piedras sin levantar la cabeza.

Era Victoria.

Thomas intentó acercarse a ella, pero no pudo moverse.

—No podía decírtelo —dijo Victoria.

—¿Qué es lo que no podías decirme?

Las voces regresaron desde todas partes. Masculinas y femeninas. Algunas susurraban, otras gritaban, hasta que todas empezaron a corear al unísono. Dos palabras que se repetían sin cesar.

Cuéntanoslo. Cuéntanoslo. Cuéntanoslo.

Thomas salió de aquel sueño perturbador con una sacudida de todo el cuerpo. Antes de percibir cualquier otra cosa, notó el suelo duro y frío.

Contempló las intensas luces del techo y esperó a que su respiración se calmara.

Después recorrió la habitación con la mirada.

Poco había cambiado.

Harrison yacía en el catre con los ojos cerrados. Sus gemidos febriles e intermitentes se habían convertido en un ruido de fondo, como el estruendo de los trenes al pasar. Con la diferencia de que los trenes no estaban volviendo locos a los demás.

Jake estaba sentado contra la pared opuesta. A pesar de la sangre oscura que empapaba los retales de tela sobre su oreja y de las profundas ojeras, su

fortaleza mental y física resultaba evidente. No apartaba la atención de la puerta.

Lawrence estaba sentado en el catre, con los ojos cerrados y las manos unidas por las yemas delante del pecho.

Los ruidos de demolición procedentes de arriba habían cesado.

En medio de aquel silencio relativo, la puerta emitió un chasquido.

Thomas contuvo el aliento.

Su captor entró con la pistola y el cuchillo, llevando un teléfono montado sobre un pequeño trípode. —Levantaos —ordenó la voz distorsionada—. Todos.

Thomas se puso en pie. Jake hizo lo mismo. Lawrence no se movió.

—¡He dicho que te levantes! ¡Ahora! —Vestido enteramente de negro y con las botas de trabajo puestas, el hombre avanzó por la habitación con la pistola en alto. Le dio una patada en el pie a Lawrence.

Lawrence se incorporó y se desplazó con torpeza hacia el extremo más alejado del catre.

—¿Estáis listos para confesar? —preguntó su captor, mirando a los cautivos uno tras otro.

—Lo estamos intentando... —empezó Lawrence.

—¡Cállate! —La pistola giró hacia él—. Olvidaos de averiguar quién fue. Ahora vamos a tomar otro camino.

Dejó el trípode en el suelo y colocó el teléfono en el soporte.

—Esto es lo que va a pasar —dijo su captor—. Cada uno de vosotros va a confesar ante la cámara para que lo vea todo el mundo. Si alguno miente, uno de vosotros pagará por ello. —Apuntó a Lawrence con la pistola—. Empezamos contigo. Ponte ahí. Delante del teléfono.

Lawrence frunció el ceño. —No. Yo no...

El percutor de la pistola retrocedió con un chasquido. —Muévete.

Lawrence arrastró los pies hasta situarse en su sitio. La luz roja parpadeaba; ya estaba grabando.

—Quítate la camisa —ordenó la monótona voz electrónica.

Lawrence abrió los ojos de par en par. Se rodeó el abdomen con los brazos y dijo:

—No.

Su captor bajó la pistola y apuntó al pie de Lawrence. —Hazlo o te dispararé en el pie derecho. Tus elegantes mocasines italianos

probablemente cuesten más de lo que yo gano en un mes, pero no son antibalas, ¿verdad? Voy a contar hasta tres. Uno... dos...

Una dolorosa oleada de vulnerabilidad golpeó a Thomas. Se volvió, incapaz de mirar. Su captor quería humillarlos. Probablemente todos tendrían que confesar en ropa interior o, peor aún, desnudos.

—¿Qué coño es eso? —soltó su captor.

Thomas se volvió para mirar.

Un tejido ceñido de color carne cubría el torso de Lawrence y se extendía desde una zona situada por encima del pecho hasta más abajo de la cintura.

Thomas no sabía qué era. Tal vez algún tipo de corsé médico. O... no estaba seguro.

—¿Lleva una faja? —preguntó su captor.

Lawrence mantuvo los brazos alrededor del torso. —Es una prenda de compresión. Para la postura.

Del modulador surgió una extraña carraspera electrónica y, después:

—Dígales cómo se llama.

—Lawrence Goodman. —Habló apenas por encima de un susurro.

—Más alto. Mire a la cámara.

Lawrence alzó los ojos hacia el teléfono. —Lawrence Goodman.

—El señor Goodman tiene algo que confesar —dijo su captor—. Por cierto, esa faja es *suya*; no se la he obligado a poner yo. —Otra extraña carcajada—. Antes de que os cuente lo que ha hecho, voy a compartir esto: «A todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le exigirá; y al que mucho se le haya confiado, aún más se le pedirá». Es de la Biblia. Lucas 12:48. ¿Entiende esas palabras, señor Goodman?

—Sí.

—Utilizó lo que le habían dado para aprovecharse de otras personas. De jóvenes.

Lawrence lo fulminó con la mirada. —He donado millones de dólares y brindado más oportunidades de las que nadie podría contar.

—Cada una de esas oportunidades tenía un precio. Cuénteles a todos qué les hizo a esas chicas. Porque, si dio rienda suelta a sus deseos una vez y salió impune, lo hizo una y otra vez, ¿verdad?

Lawrence se agarró el pecho. —Yo no...

—Si ahora nos miente, apretaré este gatillo y le meteré una bala en la cabeza. Justo entre los ojos. Mi repugnancia será lo último que vea antes de llegar a las puertas del infierno. —Su captor quedaba fuera del campo de la

cámara, pero estaba tan cerca que era imposible que fallara si apretaba el gatillo.

—Esto es una confesión bajo coacción —dijo Lawrence.

—¡Cuénteselo!

—¡Dilo de una vez para que podamos marcharnos! —gritó Harrison—. ¡Tengo que salir de aquí!

Todas las miradas estaban fijas en Lawrence.

Tragó saliva. —Si hice que alguna de las beneficiarias de mis becas se sintiera incómoda, no fue intencionado. Fue un error.

—No, no fue un error, señor Goodman. Sabía que lo que hacía estaba mal. Y aun así lo hizo. Háblenos de las habitaciones de hotel y de las estudiantes de instituto menores de edad. ¿También tocó a los chicos?

—No, jamás —dijo Lawrence.

Una vez más, Thomas quiso apartar la vista, pero no pudo. Presenciar aquello era espantoso. Degradante. Y, sin embargo, una vocecilla en su interior animaba a Lawrence a hablar. *Confiesa para que podamos salir mientras aún estamos vivos.* Debajo de aquello había una satisfacción de la que Thomas no se sentía orgulloso. Lawrence Goodman, reducido a eso. Se lo merecía.

—¡Dile de una vez lo que hiciste! —gritó Harrison.

Lawrence tragó saliva. El sudor le corría por las sienes. —Toqué a algunas. A las chicas. Quiero decir, a las mujeres.

La pistola se encontraba a escasos centímetros de su cabeza.

El teléfono continuaba grabando.

—¿A cuántas? —exigió saber su captor.

—No lo sé... A unas pocas.

—¿Cuántas son unas pocas, señor Goodman?

—¿Seis? No lo sé.

Thomas apretó los dientes. Seis mujeres jóvenes. Y Lawrence ni siquiera estaba seguro de la cifra.

—¿No sabe a cuántas jóvenes maltrató? —gritó su captor.

—¡Yo no lo consideraba maltrato! Pensaba... —La voz de Lawrence se quebró—. Me deseaban.

—¿Lo deseaban a usted y a su viejo cuerpo fofo? No lo creo. Querían su beca y no sabían lo que venía con ella. Usted creyó que su dinero le daba derecho.

Su captor hizo girar el trípode y pulsó varias veces la pantalla del teléfono, sin dejar de apuntar a Lawrence con la pistola. —Ya está. Publicado.

Los ojos de Lawrence se abrieron de par en par, horrorizados. —No puede... ¡Ha sido bajo coacción!

—Sí, así ha sido, pero estaba diciendo la verdad. Al menos una parte. —Su captor desvió la pistola hacia Jake—. Tú sabes detectar las mentiras, ¿no? ¿Mentía o no?

—No lo sé —dijo Jake—. Está demasiado alterado para que nadie pueda saberlo.

Coaccionado o no, su captor había grabado la confesión y aquellas palabras ya estaban ahí fuera, pensó Thomas. ¿Significaba eso que todo había terminado y que podían marcharse?

Su captor caminó de espaldas hacia la puerta. Llevaba el trípode y el teléfono bajo un brazo y la pistola en la mano derecha.

—¡Espera! —gritó Thomas—. Ya tienes lo que querías. ¡Déjanos marchar!

Su captor no hizo caso.

La puerta se cerró tras él y quedó bloqueada.

Lawrence permaneció de pie con los brazos alrededor del torso, mirando fijamente el espacio vacío donde había estado el trípode.

Thomas se dio cuenta de que le temblaban las manos. Las apretó contra los muslos.

Pasara lo que pasara después, el mundo sabría con certeza que los habían secuestrado. Que seguían vivos.

Un tren pasó retumbando a lo lejos.

CAPÍTULO 34

Las palabras de Rivera resonaban en la cabeza de Victoria. *Una novedad. Una confesión en internet.*

Por el tono de Rivera, no eran buenas noticias.

—No puede soltar algo así sin dar explicaciones —dijo ella—. Dígame qué ha pasado.

Seguía en las afueras, no muy lejos de la casa de los Young. El corazón le retumbaba en los oídos, presa de la ansiedad y el miedo.

—Lawrence Goodman ha confesado ante una cámara haber cometido una agresión sexual —dijo Rivera—. El vídeo se ha emitido en directo en plena rueda de prensa. Ha sido un desastre. Los periodistas lo han visto antes que nosotros. Escuche, si está conduciendo, pare. Voy a enviarle un enlace.

Victoria encontró un sitio donde detenerse.

Reprodujo el vídeo.

Lawrence estaba de pie en un rincón, con dos paredes de hormigón a su espalda. Tenía los ojos desorbitados de ira o de miedo. Solo estaba vestido a medias. Por encima del pecho, un pliegue de grasa y piel le colgaba sobre una prenda de compresión de color beis.

Alguien que se encontraba fuera de plano habló a través de un modulador de voz.

—Cuéntanos lo de las habitaciones de hotel y lo que les hiciste a aquellas estudiantes menores de edad.

Con angustiosa reticencia, Lawrence confesó haberse propasado de forma inapropiada e ilegal con menores.

El vídeo terminaba a mitad de una frase. Duraba menos de un minuto.

Victoria amplió la última imagen, que había quedado congelada. Le recordó a los interrogatorios dirigidos por terroristas que había visto durante su formación.

Los captores habían conseguido lo que querían. La confesión grabada destruiría, como mínimo, la reputación de Lawrence Goodman. Si existían pruebas que corroborasen lo confesado, podía acabar en prisión por agresión sexual.

Aunque contemplar el vídeo y la evidente angustia de aquel hombre la incomodaba, Victoria no sentía compasión por Lawrence. Sentía alivio.

Pero lo que no tenía ningún sentido era que su confesión no guardaba relación con París ni con los mensajes que Victoria había recibido desde el teléfono de su padre.

Volvió a ver el vídeo, deteniéndose en distintos fotogramas en busca de pistas sobre el lugar donde se encontraba Lawrence. Las paredes de hormigón que había tras él eran de un gris apagado. Sin marcas. Sin ventanas. La luz del techo se reflejaba con intensidad en el hormigón viejo y sucio. Una salpicadura de líquido oscuro, con los bordes de color rubí, manchaba el suelo. Sangre. Quizá procedente de la herida de Harrison.

Lawrence era la única persona visible en el encuadre. No había forma de saber si los demás hombres estaban cerca o siquiera si seguían vivos.

Se obligó a respirar.

Podía ser eso. La confesión de Lawrence era lo que los captores habían estado esperando. Esperaba que, en aquel preciso instante, en algún lugar de la ciudad, le estuvieran devolviendo el teléfono a su padre y señalándole una puerta. Quizá Rivera volviera a llamar pronto para decirle que todo había terminado.

Lo deseaba con todas sus fuerzas. Se preparó para sentir que se le aflojaba la opresión del pecho, para una oleada de alivio.

Pero aún no llegó.

Una fría oleada de dudas la recorrió.

Los mensajes del captor hablaban de la muerte de una mujer en París. La confesión de Lawrence era otra cosa.

¿Había cambiado de opinión la persona que la atormentaba con aquellas pistas?

¿Era posible que quien le enviaba los mensajes no fuera la misma persona que mantenía cautivos a los hombres?

Arrancó el coche y volvió a llamar a Rivera.

—¿Hay algún indicio de que los hayan liberado?

—Todavía no. Nada.

Se incorporó a la autopista.

—¿Cree que ha terminado? Aunque su confesión no tenga nada que ver con las pistas de París.

—Quizá solo sea una forma de demostrar que los captores tienen el control. De probar que pueden obligar a esos hombres a hacer cualquier cosa.

—Podría ser. —Se estremeció—. Vuelvo para allá. Llegaré pronto.

Condujo mientras la confesión de Lawrence se repetía una y otra vez en su cabeza.

¿Qué significaba?

En la sala de reuniones, Sam llevaba la capucha puesta mientras contemplaba los monitores que tenía delante. Rivera estaba de pie en un extremo de la sala, hablando con unos auriculares en los oídos.

Peterson había regresado a la oficina. Levantó la vista de su portátil cuando entró Victoria.

—Hola —dijo con una voz más suave de la que emplearía normalmente al dirigirse a ella.

—Hola —respondió—. ¿Qué tal ha ido la primera comunión de Ella?

—Ha ido bien. Su hermano pequeño le ha derramado salsa de fresa por delante del vestido blanco cuando salíamos de casa, y eso ha provocado lágrimas y caos de última hora. Pero, aparte de eso... —Peterson sonrió un instante antes de recuperar la expresión preocupada.

Así eran las cosas con casos como aquel. Sus vidas seguían adelante incluso cuando los casos urgentes se lo exigían todo. El mejor día de una persona coincidía en la misma hora con el peor de otra. Victoria no esperaba que nadie dejara de vivir, ni siquiera cuando era la vida de un miembro de su familia la que podía estar en juego. Había aprendido a encontrar un equilibrio. Era la única manera de resistir en su profesión.

—¿Ha visto la confesión de Goodman? —preguntó Peterson.

—Sí, he parado de camino para verla. Parece que están en el sótano de algún edificio industrial.

En internet empezaban a aparecer fragmentos de la confesión grabada con titulares como: *El multimillonario secuestrado Lawrence Goodman hace una confesión impactante* y *Filántropo y magnate inmobiliario confiesa haber agredido sexualmente a menores.*

Los medios no disponían de toda la información. No sabían que los secuestradores habían exigido una confesión. Los agentes tenían que restringir esa información a un círculo limitado o empezarían a recibir mensajes de imitadores desde todas partes.

Varios periodistas exigían saber si las organizaciones que recibían donaciones filantrópicas de Goodman conocían sus delitos.

Presuntos delitos, pensó Victoria. Aunque, después de hablar con Mary Liskoff y enterarse de lo sucedido a Allison Hammond, creía todas y cada una de las palabras que había pronunciado Goodman y sospechaba que la verdad era mucho peor.

Victoria dejó el teléfono bocarriba sobre la mesa.

Rivera se reunió con ellos.

—Era la mujer de Harrison. Caroline. Tampoco ha recibido noticias. Por lo que sabemos, aún no los han liberado.

El teléfono de Victoria emitió una alerta y la pantalla se iluminó.

Todos se quedaron paralizados.

—Es de mi padre —dijo mientras la asaltaba una oleada de nervios. Casi esperaba que su padre hubiera recuperado el teléfono y que aquel mensaje sí fuera realmente suyo. Pero también sabía que no debía hacerse ilusiones.

Victoria leyó el mensaje. Sus esperanzas se desinflaron.

—¿Qué dice? —preguntó Peterson.

Ella lo leyó en voz alta.

—No os distraigáis con el vídeo y la confesión de Lawrence. No están aquí por eso. Centraos en lo que ocurrió en París. Si los hombres hacen lo mismo, puede que se ganen la libertad.

Victoria se mordió el labio inferior. Tenía que concentrarse a pesar de la decepción. Pero las palabras «puede que» se repetían en su cabeza. Existía la posibilidad de que salieran de allí con vida. Y también de que no.

—Entonces, la confesión de Lawrence ha sido... ¿qué? —preguntó Sam —. ¿Un extra? ¿Un proyecto secundario?

—No lo sé. Si querían montar un espectáculo mediático, desde luego lo han conseguido —dijo Peterson.

Rivera se aclaró la garganta.

—Tenemos que confiar en los mensajes y seguir investigando la pista de París. ¿Qué sabemos de las víctimas?

—Tengo los informes de la policía francesa —dijo Sam—. Dejad que os cuente lo que he averiguado sobre Jessica Torres y decidme si estáis de acuerdo en que podemos descartarla.

Les explicó lo que había averiguado sobre la doctoranda de la Sorbona que se había ahogado en el Sena.

—Sus padres se gastaron cincuenta mil dólares en un investigador privado, así que no quedaron satisfechos con el dictamen de muerte accidental por ahogamiento. Tienen motivos para hacer algo así. Pero estaban en una fiesta de quince años en Phoenix con otras cien personas cuando se llevaron a los hombres. No sabían nada del secuestro de Georgetown. Estoy convencido de que Jessica Torres no es nuestra víctima.

Rivera cogió un rotulador y tachó el nombre de Jessica de la pizarra blanca.

—Yo he investigado a Kyla Mitchell —dijo Peterson mientras abría su carpeta—. Estaba prometida. Era de Massachusetts. Había ido a Europa a visitar a una amiga. El análisis toxicológico reveló la presencia de analgésicos y sedantes de venta con receta en su organismo. Ningún médico se los había recetado. Sus amigos insistieron en que no consumía drogas, y eso hizo que el caso resultara más sospechoso.

—¿O quizá no la conocían tan bien como creían? —sugirió Sam.

—Es posible —dijo Peterson—. Localicé a su exprometido. Está casado, tiene dos hijos y vive en Connecticut. Habló conmigo por teléfono durante treinta minutos. Se mostró colaborador. En aquel momento quedó destrozado, pero desde entonces ha aceptado su muerte. No parecía un hombre que hubiera secuestrado a cuatro personas. No se le ocurría nadie que pudiera haberlo hecho. Creo que todavía no deberíamos descartar a Kyla. Es solo que no he encontrado pruebas suficientes para sostener que sea nuestra víctima.

El nombre de Kyla permaneció en la pizarra.

—Emily Young era de la zona —les recordó Victoria, cada vez más convencida de que la pista de Emily era la correcta—. He hablado con sus padres y no son ellos. Pero tiene un hermano. Ricky Young. Treinta y cuatro años, dirige una empresa de desguace y demolición aquí, en Washington D. C. Podría ser nuestro hombre.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Rivera.

—Estaban muy unidos. Se dedica a desmantelar edificios viejos antes de demolerlos. Ahora que he visto el vídeo de Lawrence, ese sótano industrial mugriento... Ricky tendría acceso a lugares así.

—Estoy de acuerdo —dijo Sam—. Veamos si hay algo más en los informes policiales que respalde tu teoría.

Victoria aceptó la carpeta y empezó a leer en francés. Había estudiado el idioma durante la secundaria, cursado dos semestres en la universidad y pasado un verano en Francia.

Tratándose de la muerte de una ciudadana estadounidense en el extranjero, el informe policial contenía muy poca información.

VÍCTIMA: Emily Catherine Young, 22 años, ciudadana estadounidense.

LUGAR: Rue de Seine, distrito VI.

HORA: Aproximadamente las 23:30.

CAUSA DE LA MUERTE: Traumatismo por objeto contundente compatible con el impacto de un vehículo.

RESUMEN: Atropello con fuga. El conductor huyó del lugar. Dos testigos vieron un sedán oscuro que se alejaba a gran velocidad. Una persona proporcionó parte del número de matrícula. Sin detenciones. Investigación suspendida al cabo de catorce días.

Victoria siguió avanzando y encontró una única anotación en letra pequeña cerca del final del informe definitivo.

La introdujo en un programa de traducción solo para asegurarse de que no había malinterpretado ningún matiz concreto.

Investigación cerrada a petición de la Embajada de Estados Unidos.

—El Gobierno cerró el caso de Emily —dijo—. Alguien quería enterrarlo.

Eso significaba que había alguien importante o adinerado implicado. Alguien con poder. Presumiblemente, uno de los hombres que estaban con su padre. Había sofocado la investigación y enterrado la verdad. Sin embargo, si Emily Young era la víctima correcta, quienquiera que hubiera capturado a los hombres sabía quién era el culpable.

Quería... no, necesitaba que esa persona fuera Ricky Young, porque encajaba y ya tenían su nombre... y porque estaba desesperada.

CAPÍTULO 35

Harrison movía sin parar la mano sana, pasándosela por el antebrazo, el pecho y la nuca. Por fin había dejado de vomitar, al menos de momento.

Lawrence estaba sentado contra la pared, encorvado, con la camisa de vestir otra vez puesta y las manos inertes a ambos lados del cuerpo. —No puedo creer que esto acabe de pasar. La grabación. Creo que voy a vomitar.

—Es comprensible —dijo Jake—. Acabas de confesar algo atroz.

El rostro de Lawrence enrojeció. Una vena desagradable le palpitaba en las sienes. —Me obligó a decir esas cosas apuntándome a la cabeza con una pistola. Eso lo entiendes, ¿verdad?

Nadie respondió.

Lawrence soltó una maldición y empezó a caminar de un lado a otro con pasos airados. Se detuvo y miró a Thomas. —¿Ha dicho dónde ha publicado ese vídeo?

—No lo ha dicho —respondió Thomas—. Quizá sea su cuenta personal y no tenga seguidores. Nadie lo verá.

Un teléfono vibró. El sonido era inconfundible, pero además estaba amplificado.

Los hombres miraron a su alrededor.

Otra vibración. De las que anuncian una notificación de una aplicación de redes sociales.

Lawrence apartó de un catre una manta de un manotazo y levantó el fino colchón.

Allí no había nada.

El sonido continuó.

Jake se acercó a la puerta y escuchó. —Viene de fuera de la habitación.

Lawrence y Thomas se reunieron con él junto a la puerta.

—¿Oís eso? —dijo su captor desde el otro lado—. Son los comentarios que están llegando al vídeo de la confesión.

Oyeron decenas de avisos de notificación en rápida sucesión.

—Dios mío —gimió Lawrence—. ¡Tengo que llamar a mis malditos abogados!

Los sonidos de las notificaciones continuaron.

Lawrence se tapó la cara con las manos.

—¿Vas a dejarnos marchar? —preguntó Thomas.

Una carcajada crepitó a través del modulador. —¿Dejaros marchar? ¿Porque Lawrence Goodman ha confesado haber agredido sexualmente a menores?

—¡No fue una agresión sexual y no eran menores! —gritó Lawrence.

La risa siniestra se transformó en un grito. —Desde luego, a la gente le interesa mucho lo que has hecho, pero no es por eso por lo que estáis aquí. Creía que ya lo habríais deducido vosotros solos.

La frustración de Thomas aumentó. —Entonces, ¿qué quieres? —le gritó —. ¿Qué estás buscando?

—Quiero la verdad. La verdad sobre lo que ocurrió en París. Así que poneos guapos para la cámara. Hasta entonces, disfrutad de vuestra estancia, caballeros.

Su captor les había mostrado lo que era capaz de obligar a hacer a un hombre. Regresaría. Uno de ellos sería el siguiente.

—¿Habéis oído eso? —gritó Lawrence, mirando con furia primero a Thomas y después a Jake—. Uno de vosotros cometió un acto peor que cualquier cosa que haya hecho yo. Yo nunca he matado a nadie. Así que no os comportéis como si fuerais tan inocentes y superiores. ¡Lo que pasa es que todavía no os ha llegado el turno!

Los sonidos de las notificaciones habían cesado. Su captor se había marchado.

Thomas respiró hondo. —Fuera intencionado o no, acaba de darnos otra pista para acotar la búsqueda. París.

—Yo también lo he oído —dijo Jake mientras regresaba a su sitio contra la pared, de cara a la puerta—. ¿París significa algo para alguno de

vosotros?

Thomas recorrió la habitación con la mirada. Casi no podía creer que ninguno supiera todavía de qué iba aquello. Sobre todo con las pistas que tenían: un marco temporal y, ahora, un lugar. ¿Estaba mintiendo alguno?

Lawrence seguía cubriéndose la cara con las manos. No levantó la cabeza.

Harrison yacía en el catre. Daba patadas al aire. No paraba de rascarse.

Thomas captó fragmentos de un murmullo incoherente. Números. Nombres. Algo sobre sus hijos.

Era difícil ignorar al diplomático, pero estaban haciendo todo lo posible por conseguirlo. Ver sufrir a alguien constituía su propia forma de locura. Sabían lo que Harrison necesitaba y no podían proporcionárselo.

—¿Y tú? —le preguntó Jake a Thomas—. ¿Cuándo estuviste en París por última vez?

Thomas hizo memoria. —Hace años. Abigail y yo llevamos a los niños de viaje en familia. Hicimos todas las cosas típicas de turistas. La Torre Eiffel, el Louvre, Notre-Dame.

—¿Murió alguien? —preguntó Jake.

—No. Si hubiera muerto alguien, lo recordaría. Lo pasamos de maravilla. —Thomas miró a Lawrence—. ¿Y tú?

Lawrence por fin alzó la vista. Se secó la frente con la manga de la camisa. —He estado en París muchas veces.

—¿Y hace diez años? —preguntó Jake—. ¿Estuviste allí hacia mayo?

—No lo sé con certeza. He tenido un avión privado durante casi toda mi vida. Viajo. Lo que sé, y ya os he dicho, es que estuve en la graduación de Georgetown y después en las Bahamas.

Thomas recordó algo de pronto. Se volvió hacia Jake. —Antes has dicho que estuviste en Europa por tu cumpleaños. ¿Fue en París?

Jake le sostuvo la mirada sin responder. Thomas pensó que el agente simplemente estaba agotado y harto de una ronda tras otra de preguntas que no los llevaban a ninguna parte.

Entonces Jake respondió: —Sí. Estuve en París.

Los ojos de Lawrence se abrieron de par en par. —¿Qué?

Desde el catre llegó un sonido húmedo de arcadas. Harrison se había vuelto de lado. Un brazo le colgaba por el borde del catre. Estaba vomitando en el suelo. El cuerpo se le convulsionaba por el esfuerzo y los

hombros se le sacudían. Cuando terminó, volvió a tumbarse y se quedó mirando el techo, respirando con dificultad.

Thomas hizo una mueca al ver a Harrison y volvió a centrar su atención en Jake. No podía creer lo que el agente acababa de admitir. La ira creció en su interior. —¿Estuviste en París hace diez años y no nos lo dices hasta ahora?

Jake asintió. —Estuve allí por trabajo... y por motivos personales.

Lawrence se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes. —¿Qué clase de motivos personales?

—Esperaba ver a alguien mientras estaba allí. No salió bien.

—¿Una chica? ¿Esperabas ver a una chica? —La voz de Lawrence subió de tono—. ¿Murió? ¿Hubo adoquines de por medio?

—Había quedado con ella en una cafetería. No apareció. Le dejé mensajes y nunca recibí respuesta. Por lo que yo sabía, había decidido desaparecer sin más. Me quedé otro día y después volé a casa.

—¿Y al final supiste algo de ella? —preguntó Thomas.

—No. Nunca más —dijo Jake—. Esperaba darle una sorpresa. No salió como había planeado.

—Entonces eres tú. ¡Todo esto ha sido por ti desde el principio! —gritó Lawrence—. ¡No puedo creerlo! Estuviste allí. En París. Hace diez años.

—Como miles de personas más —dijo Jake.

—Pero ellas no están ahora mismo en esta habitación —replicó Lawrence —. Tú sí.

Thomas estudió el rostro de Jake. El agente sabía ocultar bien sus emociones.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Thomas.

—Como tú mismo has dicho antes, eso no viene al caso.

—Ahora todo viene al caso, porque puede que muramos aquí —dijo Lawrence mientras se ponía en pie.

En el catre, Harrison estaba cada vez más inquieto. —Callaos. Todos — gimió.

—Yo. No. Maté. A. Nadie. En. París —dijo Jake.

—O eso crees tú. Pero uno de nosotros lo hizo y ahora tú eres el único que estuvo allí. Está claro que fuiste tú. —Lawrence empezó a caminar de un lado a otro—. Ya está. Por fin. Sabemos quién es el responsable. Jake tiene que confesar. Tiene que confesar.

—Salvo que yo no hice daño a nadie —repitió Jake, con los puños apretados.

—Eso es lo que todos pensamos de nosotros mismos —dijo Lawrence—. Pero da igual. Tú eres el culpable.

Jake no cedía. —No lo soy. Ya os lo he dicho... Viajé a París por trabajo y esperaba sorprender a alguien mientras estaba allí. No apareció. Volé de regreso a casa. Fin de la historia.

—¡Pero no es el final! —gritó Lawrence—. Estamos encerrados en un sótano. Alguien quiere una confesión sobre un crimen cometido en París hace diez años. ¡*Tú* estabas allí!

—O soy el único que admite haber estado allí —dijo Jake sin perder la calma—. ¿Qué pruebas tenemos de que tú no estuvieras?

Harrison se incorporó de golpe en el catre, con los ojos desorbitados. —Yo estaba en Berlín. No paro de decíroslo... Berlín. —Se puso en pie tambaleándose y acunó contra el pecho la mano mutilada—. Berlín está en Alemania. No fui yo. Yo no hice nada.

Harrison avanzó dando tumbos hacia la puerta y empezó a golpearla con ambas manos. —¡Déjame salir! ¡Yo no lo hice! ¡Déjame salir! ¡Fue Jake! ¡Él estaba en París! —La voz de Harrison sonaba ronca y desesperada. Estrelló el puño una y otra vez contra la puerta metálica. De la articulación cercenada brotó sangre fresca, que salió despedida a su espalda. Varias gotas alcanzaron a Thomas en la cara.

—Para. Te estás haciendo daño —dijo Jake mientras intentaba agarrar la mano herida de Harrison.

La cerradura chasqueó.

Todos se quedaron paralizados.

La puerta se abrió de golpe y obligó a Harrison a retroceder tambaleándose.

Su captor estaba allí, con el arma levantada.

—¿Quieres salir? —preguntó la voz ronca y mecánica.

—Sí —suplicó Harrison—. Por favor. No fui yo. Estaba en Berlín.

—¿Por qué debería creerte? —se burló la voz mecánica—. Eres un borracho y un mentiroso.

—Porque fue Jake —dijo Lawrence—. Por fin lo ha admitido. Deja que los demás nos marchemos.

Harrison se abalanzó hacia la puerta.

El arma disparó.

El estruendo resultó ensordecedor en aquel espacio cerrado.

Durante un segundo cargado de conmoción, Thomas creyó que Harrison estaba muerto.

Pero no lo estaba. Ni siquiera le había alcanzado la bala. El proyectil había impactado en el muro de hormigón a pocos centímetros de su cabeza y había lanzado esquirlas por los aires.

—Portaos bien u os arrepentiréis —dijo su captor—. Volveré pronto para escuchar vuestra confesión. —Cerró la puerta de golpe y volvió a dejarlos solos.

Harrison cayó de rodillas. Gimoteó y después se acurrucó, hecho un ovillo, sobre el suelo sucio.

—Va a matarnos —dijo Lawrence—. De verdad va a matarnos.

La bala se había incrustado en la pared, a pocos centímetros de donde había estado la cabeza de Harrison. Thomas no sabía si el hombre armado había fallado a propósito o no. Por primera vez desde que había despertado en aquella habitación, Thomas no estaba seguro de que Victoria fuera a encontrarlos a tiempo.

El olor a pólvora flotaba en el aire.

Lawrence fulminó a Jake con la mirada. Después volvió los ojos hacia Thomas. —¿Quién más miente? ¿Tú? Dijiste que estuviste en Georgetown aquel fin de semana. Con tu hijo. Muy conmovedor. Pero podrías haber ido a París justo después. Has estado demasiado tranquilo durante todo esto. Haciendo preguntas. Jugando a ser el mediador. ¿Qué ocultas?

Thomas notó cómo cambiaba el ambiente de la habitación. Incluso Jake lo miró.

—Yo no estaba en París —dijo Thomas.

Eso era lo que creía. Estaba casi seguro.

Pero ¿cuánto tiempo llevaba despierto? Había perdido la cuenta de las horas. De los días. Cuando había conseguido dormir, unas pesadillas extrañas lo habían atormentado. Su mente rellenaba las lagunas con suposiciones y le presentaba ideas como si fueran recuerdos.

Se apretó los ojos con los dedos.

Sabía quién era y qué había hecho y qué no había hecho en su vida.

¿Verdad?

—No confío en que ninguno de vosotros diga la verdad —dijo Lawrence —. Uno de vosotros es un asesino.

Thomas se subió la camisa hasta cubrirse la parte inferior de la cara y respiró a través de la tela. No había nada que pudiera decir sin parecer que se estaba defendiendo y, en aquel momento, dentro de aquella habitación, agotado emocional y físicamente, ya ni siquiera confiaba en sus propias respuestas.

CAPÍTULO 36

Eran casi las once de la noche en la sala de reuniones.

Peterson estaba revisando la información recibida a través de la línea de avisos.

Sam tenía dos monitores realizando búsquedas en bases de datos.

Seguían sin saber dónde estaban.

Sin ninguna confirmación reciente de que los hombres continuaran con vida.

Victoria se terminó el té negro.

Sonó el teléfono de Rivera. Miró la pantalla y frunció el ceño; atendió la llamada y escuchó.

—El Departamento de Estado considera la pérdida del dedo de Harrison un incidente diplomático —dijo—. Quieren que les informe esta noche. Tengo que irme. Vosotros también deberíais marcharos pronto. Mañana empezaremos de nuevo con la cabeza despejada.

—Tengo algo que merece la pena comprobar —dijo Peterson—. Una mujer que trabaja de noche asegura que vio salir una furgoneta oscura del lugar donde encontramos el todoterreno la noche del secuestro. Vive de camino a mi casa. Voy a hablar con ella.

—Hazlo, por favor —dijo Victoria—. Por si acaso.

Rivera y Peterson se marcharon, dejando solos a Victoria y Sam.

—Voy a centrarme en el hermano de Emily —dijo ella—. Tenemos que localizar sus obras de demolición activas, todos los edificios en los que esté trabajando ahora mismo.

—Ya estoy con ello —dijo Sam—. Antes de comenzar una demolición tendría que solicitar un permiso al ayuntamiento. He enviado una petición al departamento que se ocupa de ellos, pero es probable que no la tramiten hasta mañana por la mañana, cuando abra la oficina. —Sam pasó a otra pantalla—. Aunque existe una base de datos de acceso público para los contratos activos con permisos registrados. Puedo sacar todo lo que figure allí.

Tecleó y entornó los ojos ante la pantalla.

—He encontrado dos permisos activos de Young Salvage.

—Envíamelos —dijo Victoria.

—Eso hago. Puede que no estén todos. —Sam siguió tecleando—. La base de datos pública solo recoge los permisos solicitados directamente a través del portal en línea. Si presentó la documentación en persona o si el permiso se expidió a nombre de otro contratista, aquí no aparecerá.

—Así que podría haber más, pero tenemos dos por los que empezar —dijo Victoria—. Mañana por la mañana iré a la oficina de permisos en cuanto abran.

—Mientras tanto —dijo Sam sin apartar la mirada de la pantalla—, he estado intentando averiguar cuáles de los hombres estuvieron en París.

Victoria lo miró.

—¿Y?

—Jake estuvo allí. Del 16 al 20 de mayo. Pagó los vuelos con la tarjeta de su empresa. —Sam alzó por fin la vista—. Estaba allí la noche en que murió Emily.

Victoria soltó el aire.

—Eso no me lo esperaba.

—Yo tampoco. Pero no es el único. —Sam pasó a otra pantalla—. Revisando los movimientos de las tarjetas de crédito a los que Caroline Porter nos permitió acceder... Harrison hizo un pago en el Hotel George V de París el 15 de mayo. Y otro en un restaurante la noche siguiente. Un restaurante del mismo barrio donde atropellaron a Emily. Menos de una hora antes de que muriera.

—¿Dos de ellos estuvieron en París hace diez años? —preguntó Victoria.

—Sí. Puede que tres.

Ella contuvo la respiración.

—¿Quién más?

—Lawrence tomó un vuelo privado desde el aeropuerto Reagan National hasta Nassau el 15 de mayo, pero desviarse a París solo habría añadido unas horas al viaje. Si le pidió al piloto que hiciera una escala no programada y guardara silencio, no habría quedado constancia. —Sam hizo una pausa—. Estoy intentando localizar al piloto.

Victoria entrelazó las manos, tratando de asimilar aquella nueva información. Jake y Harrison habían estado en París. Puede que Lawrence también. Su padre, sin duda, no había estado allí. Se encontraba en Washington D. C. para la graduación de su hijo. Pero eso no significaba que los secuestradores fueran a perdonarle la vida.

Sonó el teléfono de Sam. Levantó un dedo ante Victoria.

—Sí —dijo al teléfono—. Lo entiendo. Estaré aquí. —Terminó la llamada—. Era el piloto de Lawrence Goodman. Su antiguo piloto. Ahora trabaja para otra persona. Hablará esta noche, pero solo después de ver mis credenciales. Sale hacia Dubái a la una de la madrugada y después estará ilocalizable durante dieciocho horas. —Sam la miró—. Si queremos saber si ese avión hizo escala en París antes de ir a Nassau, esta es nuestra oportunidad.

—Sigue con ello —dijo Victoria mientras marcaba en el mapa las direcciones de las obras de recuperación que Sam le había enviado—. Voy a pasar en coche por esos lugares de camino a casa.

—¿Solo vas a pasar por delante? —preguntó Sam mientras guardaba el portátil en la bolsa.

—Sí, te lo prometo. Llámame si el piloto dice algo útil.

—Siempre que tú me llames si ves algo. Llama *antes* de entrar, Victoria.

—Trato hecho.

Fuera, la lluvia había vuelto a arreciar. Las farolas se reflejaban en los charcos del asfalto mojado.

Notaba los ojos ásperos cuando salió del aparcamiento y puso rumbo al nordeste. Al acercarse a su destino, las luces fueron espaciándose. Varias estaban rotas. Los edificios eran más bajos y oscuros, separados por solares vacíos. Pasó junto a un recinto cercado con malla metálica y lleno de maquinaria vieja, una iglesia con tablones clavados sobre las ventanas y un tramo de carretera plagado de baches que necesitaban reparación.

La primera dirección se encontraba a menos de dos kilómetros de donde habían hallado el todoterreno abandonado. Su primera reacción fue de rabia. Contra sí misma. La policía había dicho que habían registrado la zona. Pero ¿y si se les había pasado aquel edificio? Ojalá hubiera participado en la búsqueda sobre el terreno.

Redujo la velocidad a una manzana de distancia y estudió los alrededores.

El edificio era un antiguo almacén construido en 1952, con un sótano que ocupaba toda la planta. De la valla de malla metálica colgaban letreros viejos y descoloridos. Las palabras resultaban ilegibles. Todas las ventanas estaban tapiadas con tablones.

Antes de salir, cogió una linterna de la guantera.

La lluvia caía sin cesar. Dejó el paraguas, pero se cubrió la cabeza con la capucha del impermeable.

Recorrió el perímetro, barriendo el suelo con el haz de la linterna.

No había huellas recientes, solo marcas antiguas llenas de agua. Nadie había visitado el lugar últimamente.

Encontró ventanas de sótano en el lado este. Las estrechas aberturas se hallaban justo por encima de los cimientos. Unas barras metálicas cubrían los cristales agrietados.

Victoria se agachó y apuntó con la linterna. Justo debajo de la ventana, unas estanterías metálicas se habían desplomado sobre el suelo. Una gruesa capa de polvo lo cubría todo.

No vio ningún indicio de vida allí abajo.

No era aquel lugar.

Regresó al coche.

Uno menos.

La segunda dirección correspondía a un edificio de oficinas abandonado a solo cinco kilómetros, en una manzana de locales vacíos y sombras oscuras. Las ventanas estaban tapiadas con contrachapado tan reciente que aún conservaba su tono claro. Delante había un contenedor de basura.

Abrió el paraguas, cogió la linterna y salió.

Estaba agachándose para examinar los cimientos cuando oyó unos pasos que se acercaban. Llevó la mano al arma.

—Oiga —dijo una voz masculina. Áspera, pero no agresiva.

Victoria se irguió y se volvió.

El hombre se encontraba a unos cinco metros, vestido con una chaqueta raída demasiado gruesa para aquella época del año. Tenía el pelo apelmazado y la cara cubierta de mugre.

—¿Busca algún sitio donde quedarse? —preguntó.

Victoria mantuvo la mano cerca del arma.

—Estoy buscando a alguien.

Él señaló el edificio con la cabeza.

—Está cerrado a cal y canto. Lo sé porque lo he intentado. —Lo dijo sin avergonzarse.

Cerca del edificio había un refugio improvisado. Varias capas de cartón formaban el techo, que se extendía desde un toldo roto hasta un carro de supermercado.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí fuera? —preguntó ella.

El hombre se encogió de hombros.

—Unos días.

—¿Ha visto a alguien entrar o salir de este edificio? ¿Alguna persona o algún vehículo?

—No. Está silencioso como una tumba. Nadie me ha molestado. Eso está bien. El problema es que por aquí no hay nada que comer y ha llovido mucho.

—Hay un albergue no muy lejos de aquí. St. Anthony's. Tienen camas y comida. —Sacó su tarjeta y escribió de memoria la dirección en el reverso. Ya había enviado allí a otras personas y había hecho donaciones al albergue —. Dígales que lo envía la agente Heslin.

Él cogió la tarjeta.

—¿Es policía?

—Del FBI.

—Vaya. —Se guardó la tarjeta en el bolsillo—. Gracias. Que pase buena noche. —Con un simple gesto de despedida, se alejó de ella y caminó hacia el refugio de cartón.

Victoria continuó investigando, solo para asegurarse.

Levantó la tapa del contenedor. Estaba vacío y seco por dentro. Nadie lo había abierto hacía poco.

Examinó los cimientos. No había respiraderos. Se agachó y miró a través de los barrotes del sótano.

Suelo de hormigón, paredes de hormigón y un fregadero de servicio oxidado en un rincón. Una capa de polvo intacta cubría el suelo. La lluvia se había filtrado por las grietas de la ventana y había formado pequeños charcos. Ricky Young aún no había empezado a recuperar nada.

Se incorporó.

Dos lugares. Ambos parecían vacíos.

Hasta la mañana siguiente, cuando abriera la oficina de permisos, no tenía ningún otro sitio donde buscar.

CAPÍTULO 37

El olor a pólvora aún impregnaba la habitación. Thomas no dejaba de mirar el agujero de bala en la pared y de oír el estampido atronador del arma.

Harrison estaba peor que nunca. Los temblores le sacudían el cuerpo. Había vomitado hasta no tener nada más que echar y después había seguido sufriendo arcadas.

—Harrison necesita ayuda —repitió Thomas, aunque no hacía falta decirlo.

Tenían motivos de sobra para estar asustados. Su secuestrador estaba perdiendo la paciencia y se volvía cada vez más violento. Habían terminado el agua, apurando las últimas gotas de las botellas usadas. Tenían que salir del sótano.

Alguien tenía que confesar.

Hasta unos minutos antes, Thomas había sentido lástima de Jake por haberse visto envuelto en aquello. Si sobrevivían, el agente probablemente perdería su trabajo. Puede que incluso tuviera que enfrentarse a un juicio. No haber protegido al jefe de Protocolo arruinaría su reputación.

Entonces Jake admitió que había estado en París.

Eso lo cambió todo.

Jake no solo había incumplido con su deber, sino que ahora parecía ser el motivo del secuestro. Había matado a una mujer en París y todos estaban pagando las consecuencias. Tenían que obligarlo a confesar. Cuanto antes, mejor.

Thomas abrió la boca para decir algo, pero decidió no hacerlo. Se mordió el interior de la mejilla, tratando de mantener la calma. Volvió a intentarlo.

—Jake, por favor. Como has dicho antes, alguien tiene que confesar. Eres tú. Tienes que ser tú.

—No voy a confesar algo que no he hecho —insistió Jake—. No voy a mentir ni a inventarme una historia. Ya viste cómo le fue a Lawrence.

—¿Es posible que no lo recuerdes porque lo que ocurrió fue tan traumático que lo bloqueaste? —sugirió Thomas—. Es algo que hace de verdad nuestro cerebro para protegernos.

—Sí, Jake —intervino Lawrence, asintiendo como si animara a Jake a correr un riesgo emocionante—. Por eso no lo recuerdas. Pero necesitamos que le eches valor y afrontes lo que hiciste.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —insistió Jake—. Yo no hice daño a nadie.

—¡¿Cómo no va a tener nada que ver contigo, joder?! ¡Tú estabas allí! —gritó Lawrence—. ¡Si hubieras dicho la verdad desde el principio, no me habrían destrozado la vida!

Se oyó un ruido al otro lado de la puerta. No había pasado mucho tiempo desde que su secuestrador había disparado, fallando por muy poco a Harrison. Menos de una hora, quizá. Ya estaba de vuelta.

Entró en la habitación con una enorme botella de licor.

—¿A alguno de vosotros le apetece una copa? —se burló.

Thomas observó con una angustiosa sensación de suspense, sin saber qué había planeado su secuestrador. ¿Iba a darle la botella a Harrison o solo a provocarlo?

—Toma. No es a lo que estás acostumbrado, pero cógela.

Su secuestrador dejó en el suelo una botella de whisky barato cuya etiqueta estaba estropeada por el agua.

Los ojos de Harrison se clavaron en la botella. Se arrastró hacia delante y la agarró. Encorvado, se la sujetó entre las piernas y desenroscó el tapón con la mano sana. Se llevó la botella a los labios y bebió con tragos largos y desesperados. El whisky le chorreó por la barbilla y cayó sobre su mugrienta camisa.

Thomas contempló, horrorizado y fascinado, cómo Harrison seguía bebiendo a grandes tragos y se zampaba lo que parecía casi medio litro en menos de un minuto.

Por fin, bajó la botella, jadeando mientras el alcohol le inundaba el organismo.

Su secuestrador soltó un bufido.

—Id todos al rincón. ¡Ahora!

Todos se desplazaron hasta allí, mientras Harrison apretaba la botella contra el pecho.

Su secuestrador no dejó de apuntarlos con el arma mientras sacaba un papel doblado del bolsillo delantero.

—Como esto no va a ninguna parte, permitidme que os ayude a aclarar esas cabezas trastornadas.

Sacó algo del bolsillo trasero. Una fotografía en color de una joven con birrete de graduación. Era guapa, tenía el pelo oscuro y una sonrisa radiante.

—Mirad esto —gruñó—. Se llamaba Emily Young. Tenía veintidós años. Era la chica más buena del mundo. Acababa de graduarse en el Boston College. Estaba celebrándolo en París con sus amigas antes de empezar en su nuevo trabajo.

Thomas y Jake se inclinaron hacia la foto, pero Harrison y Lawrence apartaron la mirada.

—¡Miradla! —gritó su secuestrador.

Todos miraron.

—Uno de vosotros la atropelló en las calles de París. Ella no había hecho nada malo y tú la asesinaste.

Nadie habló.

—Las personas que la querían buscaron a su asesino durante diez años. Nunca se dieron por vencidas y, al final, lo encontraron. Está en esta habitación y mañana confesará ante el mundo entero.

—Dinos quién la mató —soltó Thomas.

Su secuestrador negó con movimientos breves y bruscos, cargados de ira contenida.

—Esto debería refrescarle la memoria. Alquiló un Peugeot 308 en Europcar el 15 de mayo. Al día siguiente, tomó unas copas en el Harry’s New York Bar.

Durante una fracción de segundo, a Thomas le dio un vuelco el estómago vacío. ¿Dónde había estado él el 15 de mayo? ¿Fue justo antes de la graduación de Alex? ¿Había conducido alguna vez un Peugeot? Toda su

vida se estaba volviendo borrosa. Las lagunas de su memoria lo atravesaron como una aguja de hielo.

Entonces vio que todos los demás miraban fijamente a Jake, y Thomas pudo volver a respirar.

Jake no dijo ni una palabra.

—Pensad en eso —dijo su secuestrador.

Se marchó llevándose la foto y echó el cerrojo a la puerta.

En cuanto se fue, todos volvieron a centrar la atención en Jake.

—Yo no maté a nadie —insistió.

—Alquilaste un coche —dijo Thomas.

—No creo que lo hiciera —dijo Jake.

—¿Por qué no lo recuerdas? —exigió Lawrence—. ¿Cómo puede un hombre no recordar si alquiló un coche y atropelló a alguien con él?

—Fue hace diez años —espetó Jake—. No recuerdo si alquilé un coche ni qué modelo era, en caso de que lo hiciera. Pero sé que no atropellé a nadie.

—¿Y el bar? ¿Eso sí lo recuerdas? ¿El Harry's? —lo apremió Lawrence —. ¿Puedes admitir al menos eso?

Jake mantuvo la boca cerrada.

—Estuviste allí —repitió Thomas—. Llevas días en esta habitación con nosotros, pidiéndonos que rebusquemos en nuestros recuerdos, actuando como si tú no tuvieras nada que ver con esto.

Thomas apenas podía controlar la ira.

—¿Lo sabías? Cuando nos secuestró, ¿ya sabías que todo esto era por ti?

Jake apretó la mandíbula.

—No. Porque no lo es.

—No te creo —dijo Lawrence.

Sin soltar la botella de licor, Harrison fulminó a Jake con la mirada. Se le habían despejado los ojos y había dejado de temblar.

—Se suponía que tenías que protegerme. Ese era tu único cometido. Ahora resulta que tú eres la razón por la que estamos todos aquí. ¡He perdido un dedo por tu culpa!

Jake alzó los brazos y gritó:

—¡No fui yo!

La imagen del rostro de Emily Young se había grabado a fuego en la mente de Thomas. Había muerto de una forma terrible y absurda. No podía saber con certeza si Jake lo había hecho.

Pero tampoco estaba seguro de que no hubiera sido él.

Una vez más, le vino a la cabeza el discurso de Victoria.

El miedo nos empuja a buscar a alguien a quien culpar, alguien a quien apartar.

¿Estaba seguro o no?

CAPÍTULO 38

El departamento municipal de permisos ocupaba la tercera planta de un edificio antiguo de K Street. Victoria estaba allí cuando abrieron las puertas.

La empleada del mostrador rondaba los sesenta. Llevaba unas gafas de lectura colgadas al cuello con una cadena de cuentas. Escuchó la petición de Victoria, se puso las gafas y se volvió hacia el ordenador.

Tecleó usando un solo dedo de cada mano. Pasó un minuto antes de que dijera:

—Tengo dos permisos en vigor en el sistema.

—Esos dos ya los tengo —dijo Victoria—. Busco un emplazamiento que no figure en la base de datos de internet. Solicitudes presentadas en papel. ¿Es poco habitual presentarlas en persona en vez de por internet?

La empleada bajó la barbilla para mirarla por encima de las gafas.

—Es menos frecuente, pero no inaudito. Ahora casi todos los contratistas usan el portal. Así todos tenemos menos trabajo. Llevamos retraso con las solicitudes manuales en papel. ¿Hay algún emplazamiento concreto que necesite consultar?

—No sé si hay otro emplazamiento. Por eso estoy aquí. —Victoria respiró hondo y se serenó—. Podría tratarse de información crucial.

La empleada se levantó.

—Veré qué puedo hacer. Espere aquí. Ahora vuelvo.

Regresó antes de lo que Victoria esperaba.

—No he encontrado ninguno de los formularios en papel. Tenemos un becario que se supone que debe introducirlos en el sistema, y debe de haberse llevado el trabajo a casa para hacerlo a distancia. Le he dejado un mensaje. La avisaré cuando me devuelva la llamada.

—Quisiera que me diera su número, por favor —dijo Victoria.

—Eh... No estoy segura de poder dárselo.

—Estoy trabajando en un caso de desaparición. Cada minuto cuenta. Por favor, deme su número.

La empleada suspiró, volvió a alejarse del mostrador y regresó con un número escrito en una nota adhesiva.

—Se llama Justin.

—Gracias.

Victoria llamó al número y dejó su propio mensaje. Tenía que mantener la calma. Al fin y al cabo, no sabían si existía algún otro emplazamiento. Ni siquiera podían afirmar con certeza que Ricky Young estuviera implicado o que Emily fuera la víctima. Pero tenía la firme sospecha de que iban por buen camino.

—Por favor, llámeme de inmediato si encuentra otro permiso a nombre de Richard Young.

La empleada miró por encima de su hombro a la siguiente persona de la cola.

—Haré lo que pueda.

De momento, tendría que bastar.

Ya en el coche, Victoria llamó a Ricky Young y volvió a saltarle el buzón de voz.

—Desguaces Young. No podemos atender el teléfono. Deje un mensaje.

No lo hizo. No quería ponerlo sobre aviso sin obtener antes información de él. Eso podría tener consecuencias mortales para su padre.

Introdujo la dirección de Ricky Young en el GPS.

Woodbridge, Virginia. Cincuenta y cinco millas.

Al menos una hora con tráfico.

Se dirigió hacia la I-95 en dirección sur y llamó a Rivera.

—Voy de camino a casa de Ricky Young, en Woodbridge. Quizá sea mejor que alguien del condado de Prince William se reúna conmigo allí. Dígales que vengan en un coche sin distintivos. No quiero asustarlo.

—Me encargaré de organizarlo. Conduzca con cuidado —dijo Rivera—. Ese tramo de la 95 nunca es agradable.

Tenía razón. Cuarenta minutos avanzando a trompicones hasta que el tráfico se despejó al sur de Springfield. Victoria condujo con la radio apagada, repasando lo que sabían y lo que ignoraban. Ricky Young era dueño de un negocio de desguace de la zona. Tendría acceso a edificios antiguos con sótanos. Tras la muerte de su hermana, nunca volvió a ser el mismo. Sin embargo, según sus padres, ayer había ido a cenar a su casa, como hacía siempre.

¿Podía ser él quien estaba detrás de todo aquello?

CAPÍTULO 39

El suburbio de Woodbridge, compuesto por urbanizaciones y restaurantes de grandes cadenas, había crecido con rapidez en torno a la línea de tren de cercanías. La calle de Ricky estaba en una zona más antigua. Tenía una casa modesta en una parcela grande, un rancho de una sola planta con revestimiento vinílico, un garaje independiente y un jardín cuidado. Sin plantas ornamentales ni adornos.

Sin sótano.

En el camino de entrada había un remolque desenganchado.

Un agente de la oficina del sheriff del condado de Prince William había aparcado calle abajo. Victoria se detuvo a su lado y se presentó. —Gracias por ayudarme.

—No hay de qué. Soy el agente Lyman. Nadie ha entrado ni salido desde que llegué, hace treinta minutos.

—Iré hasta la puerta. Quédese donde está a menos que le haga una señal.

Recorrió el sendero de entrada y llamó al timbre.

Al no responder nadie, Victoria se subió a un cubo volcado y miró por la ventana lateral del garaje. El espacio estaba abarrotado de equipos y maquinaria. No había prisioneros. No se parecía en nada a la habitación en la que Lawrence había confesado.

Dos casas más allá, una mujer estaba arrodillada en la hierba, arrancando malas hierbas de un parterre.

Victoria le preguntó por Ricky.

La mujer se quitó los guantes y se colocó unos mechones de pelo detrás de las orejas. —Sí. Se marchó temprano en su camión grande, como hace siempre. Sale temprano. Vuelve tarde. También trabaja los fines de semana.

—¿Ha notado diferente a Ricky últimamente? ¿Algo fuera de lo normal en estas últimas semanas?

—Hace unos días invitó a varias personas. Los vi cargando equipo en su camión. Fue a altas horas de la noche, lo que me pareció raro.

Victoria lo anotó. —¿Qué clase de equipo?

—No sabría decirle. Cajas. Una especie de armazón metálico. Estaba oscuro.

Teniendo en cuenta a qué se dedicaba, no parecía nada extraño.

Victoria le dio las gracias y habló con otros dos vecinos. Nadie más había visto nada de utilidad.

Se marchó y condujo hacia el norte, atravesando los suburbios de Virginia, mientras veía acumularse los kilómetros y pensaba en Ricky Young.

Según su vecina, había salido a trabajar como de costumbre. Entonces, ¿dónde estaba?

Aún seguía conduciendo cuando sonó su teléfono. Número desconocido. Prefijo de Washington D. C.

Respondió.

—Hola, esto... Le devuelvo la llamada. Soy Justin.

No tenía ni idea de quién era Justin. Entonces cayó en la cuenta. —Justin, sí. Ha recibido mi mensaje. Gracias por devolverme la llamada.

—Tenía cita con el médico. Ya estoy en casa, mirando los papeles. Espero no haberme metido en un lío. Me dijeron que podía hacer este trabajo desde casa, lo de introducir los datos.

—No se ha metido en ningún lío. ¿Puede decirme, por favor, si tiene algún permiso en papel a nombre de Ricky Young o Young Salvage?

—Sí. He encontrado uno. Es en Moffet Yards Road. Lo introduje en el sistema, pero no aparecerá en internet hasta que concluya el periodo del permiso.

—Envíeme la dirección exacta, por favor. Y dígame si tiene sótano. Eso debería figurar en la información que tiene.

—De acuerdo. Un momento. Estoy mirando.

Victoria siguió conduciendo mientras Justin lo comprobaba.

Dos giros después, Justin dijo: —Sí. Tiene. Hay un sótano.

CAPÍTULO 40

Harrison estaba sentado en el suelo, aferrando con una mano la botella de whisky. Tenía los ojos enrojecidos, pero los temblores habían cesado. Cuando solo quedaba una cuarta parte de la botella, el diplomático volvía a ser el mismo hombre iracundo de siempre.

Thomas no podía dejar de pensar en la sed, pero sabía que el alcohol solo los deshidrataría aún más. De todos modos, tampoco es que Harrison fuese a compartir la botella.

Thomas lamentaba toda el agua que habían desperdiciado. Harrison había bebido más que nadie. Además, habían vertido casi una botella entera sobre su herida. Ahora hasta unas pocas gotas serían importantes.

Se oyeron unos pasos acercándose al otro lado de su prisión.

La cerradura giró.

Su captor entró con una cuerda y bridas de plástico.

—Levantaos —ordenó mientras recorría la estancia con el arma—. Todos.

Thomas se puso en pie. Jake y Lawrence hicieron lo mismo.

Harrison vaciló y después se levantó sin soltar la botella.

Su captor le tendió a Thomas las bridas y la cuerda.

—Tú. Átalos.

Thomas no respondió de inmediato. No pudo. La idea de quedar aún más indefenso lo paralizaba.

—¡Ahora! —gritó su captor, agitando el arma—. Empieza por el de seguridad.

Thomas avanzó con pasos pesados para recoger las bridas. Ató primero a Jake, llevándole las muñecas detrás de la espalda y rodeándolas con el plástico.

—Más fuerte —dijo su captor.

Thomas obedeció.

—Tienes que confesar, Jake —susurró—. Di que fue un error, un accidente, y esto podrá terminar. No nos queda agua. Tenemos que escapar.

Su captor resopló.

—Ahora átale los tobillos.

Thomas inmovilizó los tobillos de Jake.

Lawrence fue el siguiente. Se sometió a las bridas sin oponer resistencia, mirando fijamente la pared como si ya hubiese abandonado su cuerpo.

Después Thomas tuvo que atar a Harrison.

—Ponte las manos detrás de la espalda para que pueda acabar con esto —dijo Thomas.

Harrison apretó la botella contra el pecho.

—Quítasela —dijo su captor.

Harrison se volvió hacia la pared para proteger el licor.

—No. No lo hagas. Lo necesito.

Thomas no quería quitarle la botella. Estar encerrado con Harrison resultaba mucho más llevadero si el hombre disponía de alcohol.

—¡Quítasela! —gritó su captor con más fuerza.

Thomas agarró la botella. Tuvo que tirar de ella para arrebatársela.

La dejó en el suelo junto a él.

Cuando Thomas fue a cogerle la mano herida, Harrison lanzó un grito. Antes había estado golpeándola contra la puerta, pero, ahora que los síntomas de abstinencia habían mejorado, era consciente del dolor.

—Lo siento —dijo Thomas. No había forma de atarle aquella mano sin hacerle aún más daño.

Harrison fulminó con la mirada a su captor.

—Lo sentirás tú cuando esto termine.

Sin hacer caso a Harrison, su captor ordenó a Thomas que se sentara y después le ató él mismo las muñecas y los tobillos, apretando las bridas hasta que se le clavaron en la piel.

—Sabía que cooperarías —dijo la áspera voz electrónica—. Tú no eres como los demás.

—¿Qué significa eso? —preguntó Lawrence.

—Significa que hace lo que le mandan —respondió su captor.

Thomas no sabía si aquello era un cumplido o una acusación. No le gustaba ninguna de las dos posibilidades. Su captor lo había diferenciado de los demás.

Cuando todos estuvieron atados, su captor cruzó la estancia hasta Jake.

—Estuviste en París.

El cuerpo de Jake se tensó. Los músculos del cuello se le marcaron.

—Sí. Ya se lo he contado a todo el mundo. Fui a reunirme con alguien. Ella nunca apareció. No la toqué. No le hice daño a nadie. Lo juro por Dios.

—Nunca jures por Dios. —Su captor apuntó el arma al pecho de Jake—. Tienes mucha formación en técnicas de coacción. Dime, ¿cómo consigues que alguien te diga la verdad?

Thomas contuvo el aliento. Había llegado el momento. Jake tenía que confesar ahora. De lo contrario... Thomas no quería imaginar lo que podría ocurrir después. Probablemente, el agente estaba entrenado para resistir la tortura. Eso significaba que el suplicio podía prolongarse indefinidamente.

Anticipando algo terrible, Thomas entornó los ojos. Estaba desesperado por que aquello acabase de una vez y pudieran marcharse.

—¡Cuéntale lo que hiciste! —gritó Harrison.

Sí, pensó Thomas. *Ahora. Dilo ahora. Limítate a pronunciar las palabras.*

Estaba inclinado hacia delante, con todo el cuerpo en tensión, concentrado en aquel instante, y el corazón golpeándole con fuerza contra el pecho. Si Jake confesaba, la puerta podría abrirse. Thomas casi podía sentir el aire limpio y la libertad que aguardaban al otro lado.

Su captor volvió la cabeza.

Thomas no lo entendía.

El arma seguía apuntando al agente, pero la atención de su captor se había desviado. Se alejó un paso de Jake. Y luego otro.

No. Thomas quería gritarlo a pleno pulmón. *No. Ya casi lo teníamos. Estábamos tan cerca.*

Le ardían los ojos. Parpadeó con fuerza. Volvió a parpadear.

Aún no iban a salir. Puede que no salieran nunca.

Su captor se dirigió al centro de la estancia y leyó de un trozo de papel.

—El 16 de mayo alquilaste un coche en París. A las once y media de la noche, atropellaste a una joven en la Rue de Seine. Le pasaste por encima y después huiste.

—¡Cuéntaselo, Jake! —gritó Harrison—. ¡Esto tiene que terminar! —Bajó la mirada hacia la botella medio vacía como si quedarse sin alcohol fuera un destino peor que perder otro dedo.

Su captor se acercó a Harrison y le dio una patada a la botella de whisky abierta.

—¡No! —gritó Harrison mientras el líquido restante se derramaba y se extendía por el suelo sucio.

—Puedes lamerlo del suelo si estás tan desesperado. —Su captor soltó un bufido—. Cuando vuelva, grabaré la confesión. Cada repugnante palabra. La familia de Emily conocerá por fin la verdad. Los demás miraréis. Si alguien interviene, os mataré a todos. Cuando esto termine, todo el mundo sabrá lo que ocurrió. Sabrán qué clase de persona eras.

Aquella última palabra resonó en la cabeza de Thomas. *Eras.*

Sonaba definitivo.

Su captor los dejó allí, atados e indefensos.

Thomas volvió a forcejear contra las bridas, pero no cedieron.

CAPÍTULO 41

De camino al lugar de desmantelamiento, Victoria pasó junto a una casa tapiada con grafitis en las paredes y un solar lleno de coches oxidados.

Redujo la velocidad para cruzar las vías del tren.

La calle estaba desierta. Ni otros vehículos ni peatones. Solo un almacén abandonado entre otros solares también abandonados.

Una alta valla metálica rodeaba la propiedad. De las puertas colgaban candados. Una lona gris cubría la valla e impedía ver el interior.

Salió del coche. Al llegar a la valla, apartó el plástico por una esquina y miró a través de la rejilla metálica.

Ni camiones ni coches.

El edificio tenía exactamente el aspecto que cabía esperar antes de un desmantelamiento. Los ladrillos estaban oscuros y sucios. Las ventanas se hallaban cubiertas con tablones. En un letrero descolorido se leía «Northern Lights Supply Co.». Otro candado colgaba de la puerta principal.

Cerca de la entrada, un enorme contenedor rebosaba de placas de yeso rotas, conductos metálicos retorcidos, tuberías viejas y cascotes de hormigón. Una capa de polvo gris cubría los escombros y el suelo embarrado.

A diferencia de los otros lugares, allí alguien había estado trabajando hacía poco, demoliendo el interior. Era justo lo que debía estar haciendo un contratista de recuperación de materiales. Significaba que alguien había estado allí.

Rodeó el perímetro de la valla en busca de una forma de entrar. Al otro lado volvió a asomarse. A la altura de los cimientos, justo por encima del nivel del suelo, se veía una hilera de respiraderos de acero. Había más ventanas tapiadas y otra puerta con candado.

No podría entrar por la fuerza aunque lo intentara.

Alguien podía mantener cautivos allí a cuatro hombres. Era un lugar aislado. Estaba prevista su demolición. No había vecinos que oyeran los gritos. Nadie tenía motivos para entrar.

Su padre podía encontrarse a cincuenta metros de donde ella estaba en ese preciso instante. O en otro lugar que aún no habían descubierto, o en uno que jamás encontrarían a tiempo. Estaba ante un almacén declarado en ruinas porque la hermana de un contratista de recuperación de materiales había muerto en París. Él había presentado un permiso en papel en vez de hacerlo por internet. El edificio tenía un sótano antiguo. Eso era todo cuanto tenía como prueba.

No era mucho.

Y, sin embargo, su instinto le decía que lo era todo.

Se quedó inmóvil, escuchando.

El silbato de un tren sonó al este. El estruendo fue creciendo, pasó de largo y luego se desvaneció.

Estaba calculando cuál sería el mejor sitio para saltar la valla cuando sonó su teléfono. Era un número que no reconocía.

Respondió.

—Agente Heslin.

—Hola. Soy Ricky Young. Mis padres me han dicho que pasó por casa preguntando por Emily.

Victoria se volvió despacio, recelosa de que alguien la estuviera observando. Tal vez él supiera que se encontraba allí.

—Señor Young. Sí. He estado intentando localizarlo para hablar de su hermana.

—He estado trabajando. Me han dicho que cree que la muerte de Emily está relacionada con los secuestros de las noticias.

—Es una posibilidad que estamos investigando. Me gustaría hablar con usted en persona.

—Claro. Puedo verla esta noche. Ahora mismo estoy fuera de la ciudad. ¿Qué le parece el Fran’s Diner de Roosevelt? ¿Sabe dónde está?

—Lo encontraré. ¿A qué hora?

—A las siete. Es lo más pronto que puedo llegar. ¿Le viene bien?

—A las siete —dijo Victoria—. Nos vemos entonces.

Cuando Ricky colgó, volvió a su coche y subió.

Llamó a Rivera.

—Ricky Young acaba de llamarme —dijo—. Me ha citado a las siete en el Fran's Diner.

—¿Cree que sabe que sospecha de él?

—No sabría decirlo. Es posible que haya llamado porque sus padres se lo han pedido y quiera ayudar. Necesitaré apoyo en la cafetería. Agentes de paisano. Dentro antes de que yo llegue.

—Hecho. ¿Qué hay del lugar?

—No puedo entrar sin ayuda. Lo rodea una valla de dos metros y medio. Pero es antiguo. Tiene un sótano de hormigón. —Hizo una pausa—. Podrían estar aquí.

—Necesitamos causa probable para entrar por la fuerza. Que sea antiguo y tenga sótano no basta. Voy a llamar al fiscal del distrito. Pero nos dirá que necesitamos un testigo, una lectura térmica, algún sonido.

—Lo sé. —Miró el edificio—. ¿Podemos conseguir que traigan una unidad de imagen térmica?

—Lo estoy intentando. La Policía Metropolitana tiene una. Ahora mismo está en una escena de Anacostia.

—¿Cuánto tardará?

—Al menos dos horas. Déjeme ver qué puedo hacer y la llamo. No entre todavía.

»No sabemos cuántas personas están implicadas.

—No voy a entrar —dijo ella—. Lo prometí. Esperaré aquí y le avisaré si veo u oigo algo.

Seguía mirando el edificio, intentando discernir si de verdad estaba cerca o solo desesperada por estarlo, cuando el teléfono volvió a sonar.

Era Maureen.

—¿Señorita Victoria?

El tono de Maureen le encogió el estómago a Victoria.

—¿Qué ocurre?

—Es su abuelo. Le costaba respirar. He llamado a su médico y me ha dicho que lo lleve a urgencias.

—¿No podía respirar?

—Ha dicho que sentía opresión en el pecho. No he querido esperar por si empeoraba. Estoy llevándolo ahora. Ya casi hemos llegado al hospital.

—¿A qué hospital?

—Al Inova Fairfax. A urgencias.

Victoria cerró los ojos, dividida entre dos emergencias. Su abuelo iba camino del hospital. Su padre estaba atrapado en algún lugar.

Puede que a ambos se les estuviera acabando el tiempo.

—Siento molestarla, señorita Victoria. Sé que está trabajando.

—No, has hecho lo correcto. Llegaré pronto. Gracias por cuidar de él.

Terminó la llamada y clavó la mirada en el edificio donde podía encontrarse su padre en aquel preciso momento. Cada minuto podía ser crucial.

Y lo mismo podía decirse de su abuelo.

Volvió a subir al coche.

—Cambio de planes —le dijo a Rivera—. Voy al hospital. Mi abuelo está allí o de camino. Le costaba respirar.

—Lo siento, Victoria.

—Yo también. Escuche, dependiendo de lo que ocurra... ¿puede reunirse usted con Ricky en esa cafetería?

—Sí. Céntrese en su familia. Yo me encargo.

Puso rumbo al hospital.

CAPÍTULO 42

Victoria atravesó a toda prisa las puertas correderas de cristal y entró en la sala de espera de urgencias. Un televisor colgado en una esquina emitía un canal de noticias sin sonido. Las imágenes correspondían a la ceremonia del sábado en la Universidad de Georgetown. El rótulo decía: «Todavía se desconoce el paradero de los hombres secuestrados».

Victoria apartó la mirada. Primero tenía que centrarse en su abuelo. En ese momento no sabía cómo se encontraba ni si aquella podría ser la última vez que lo viera. No pondría en peligro por nada sus últimos minutos con él.

En la sala de espera, una madre mecía a un bebé que lloraba, un hombre se apretaba una bolsa de hielo contra la mejilla y un adolescente sostenía con cuidado su muñeca.

Maureen estaba de pie junto al mostrador de admisión. Varios mechones se habían soltado de su moño, normalmente impecable.

Victoria la abrazó.

—¿Cómo está?

—Acaban de llevárselo para hacerle pruebas. Van a empezar con un electrocardiograma —Maureen se retorció las manos—. Después de cenar dijo que estaba cansado y que quería tumbarse. Yo estaba recogiendo la cocina cuando me llamó. Lo encontré sentado en la cama, agarrándose el pecho. Estaba sudando. No respiraba con normalidad.

Las puertas automáticas volvieron a abrirse. Ned entró vestido con el uniforme de la clínica veterinaria. Vio a Victoria y cruzó la sala de espera a

grandes zancadas.

—Hola. He venido en cuanto he recibido tu mensaje. ¿Hay novedades?

—Le están haciendo pruebas —respondió ella mientras se abrazaban.

Ned saludó a Maureen con un gesto de la cabeza.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, cariño. Solo preocupada.

Una enfermera entró en la sala de espera.

—¿Familiares de Samuel?

—Soy su nieta —dijo Victoria.

La enfermera se acercó.

—Hola, soy Elizabeth. Su abuelo está estable. Ya hemos realizado las pruebas iniciales. El electrocardiograma muestra algunas irregularidades. Creemos que ha sufrido un infarto. Uno leve. Ha sido una suerte que viniera cuando lo hizo. Estamos esperando a que el cardiólogo lo revise todo y a que quede libre una habitación en la planta de cardiología.

—¿Podemos verlo? —preguntó Victoria.

—Por supuesto. Síganme.

—Yo esperaré aquí —dijo Maureen—. Así podréis pasar un rato con él.

Recorrieron un pasillo que atravesaba las zonas de tratamiento. De distintas salas llegaban pitidos de máquinas. Alguien tosió. Sonó un teléfono en el puesto de enfermería.

Elizabeth descorrió una cortina y dijo:

—Samuel, su familia está aquí.

Su abuelo yacía en la cama del hospital con una cánula de oxígeno bajo la nariz. Tenía una vía intravenosa en el brazo izquierdo. El monitor situado sobre la cama mostraba su frecuencia cardíaca. Descansaba las manos sobre el estómago. Tenía los ojos abiertos.

—Victoria —dijo—. No hacía falta que vinieras. Ya sabes cómo son los hospitales. Me pasaré toda la noche esperando los resultados. Le dije a Maureen que no debería haberte llamado.

—Claro que sí —Victoria le cogió la mano—. ¿Cómo te encuentras?

—Ridículo. Haciendo que todo el mundo se preocupe por mi ardor de estómago.

—Eh... La enfermera no cree que sea ardor de estómago —dijo Victoria.

Entonces reparó en Ned, que estaba detrás de ella.

—Ned. Me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verlo, señor.

Su abuelo volvió a mirar a Victoria. Frunció el ceño.

—¿Y tu padre? ¿También va a venir? Ya puestos, si tú estás aquí... Parece que estéis organizando mi funeral por adelantado.

Intentaba quitarle importancia a la situación, pero tenía miedo.

Victoria le apretó la mano.

—Papá no puede venir ahora mismo.

—Ah, está visitando a Alex en Colorado, ¿verdad?

Victoria no podía recordarle lo que estaba ocurriendo. No mientras estuviera en el hospital, esperando a saber si había sufrido un infarto y cuál era su gravedad. El estrés por sí solo podía desencadenar otro episodio. Quizá fuera mejor que, de momento, se hubiera olvidado de la situación de su padre.

La expresión de su abuelo cambió. La comprensión afloró en sus ojos.

—El secuestro. Está desaparecido —soltó la mano de Victoria e intentó incorporarse—. No deberías estar aquí, Victoria.

El monitor comenzó a pitar más deprisa.

—Abuelo, por favor. Estoy donde tengo que estar.

—¿Tu padre está vivo?

—Creo que sí. No tenemos ningún motivo para pensar lo contrario.

Su abuelo volvió a hundirse contra la almohada, respirando con dificultad. El monitor mostraba cómo aumentaba su frecuencia cardíaca: 82, 87, 91.

Ned dio un paso al frente.

—Inspire por la nariz y espire por la boca. Despacio y con calma.

Su abuelo cerró los ojos. Su frecuencia cardíaca descendió: 88, 84, 79.

—Deberías irte —susurró—. Si tienes que estar en algún sitio por la investigación. Tu padre...

—Papá querría que ahora estuviera aquí contigo. Me quedaré hasta que sepamos algo más. Pero tienes que mantener la calma o, si sigo aquí, no te estaré haciendo ningún favor.

Su abuelo volvió a buscar su mano y la apretó con fuerza.

—Eres una buena chica —dijo.

Hacía años que no la llamaba chica.

El sistema de megafonía del hospital solicitó que un médico acudiera a radiología.

Ned se acercó al otro lado de la cama y se sentó.

El teléfono de Victoria vibró en silencio dentro de su bolsillo.

Quería dedicar toda su atención a su abuelo, pero tenía que comprobar si el mensaje procedía de los secuestradores de su padre.

Lo miró. Solo era un mensaje publicitario de un político.

El reloj del teléfono indicaba que eran casi las siete.

Rivera estaría a punto de reunirse con Ricky Young.

Rivera no era especialista en perfiles criminales, pero averiguaría si Ricky era culpable o si sabía algo que pudiera ayudar. Aun así, Victoria deseaba poder estar al mismo tiempo en la cafetería y junto a su abuelo.

Desde el otro lado de la cama, sostuvo la mirada de Ned y permaneció donde estaba.

CAPÍTULO 43

Llevaban ya tanto tiempo solos.

Thomas yacía de lado sobre el frío hormigón. Le ardía la piel allí donde se le clavaban las bridas. Estaba medio despierto y medio dormido, consciente de la sangre y el alcohol que había en el suelo, del olor y de la respiración fatigosa de Harrison. Tenía la garganta reseca. La boca completamente seca.

Al otro lado de la habitación, Lawrence se encontraba en la misma postura, también atado. Tenía los ojos abiertos, fijos en la nada.

Jake había estado forcejeando con sus ataduras. Tenía la piel de las muñecas en carne viva y ensangrentada. Sus esfuerzos no parecían servir de nada.

Harrison gemía y farfullaba.

Thomas quería taparse la nariz y los oídos para aislarse de aquellos sonidos y olores espantosos, pero no podía. Contuvo la respiración, intentando no vomitar bilis con el estómago vacío.

—Jake —dijo Thomas en voz baja—, ¿estás pensando en lo que pasará cuando vuelva? ¿En lo que vas a decir?

—No voy a decir nada —respondió Jake.

Thomas reprimió su frustración y lo intentó de nuevo.

—Es posible que no recuerdes lo que pasó, pero lo mejor para todos, incluido tú, es que admitas que estuviste allí y te disculpes.

—No atropellé a nadie. Tampoco tuve ningún accidente. Lo sabría —insistió Jake.

—Te juro por Dios, Jake —gritó Lawrence desde el suelo—, que te daré diez millones de dólares si le dices a ese tipo lo que quiere oír. También haré que mis abogados te defiendan si llega el caso. Retirarán nuestras grabaciones y harán desaparecer cualquier prueba como si nunca hubiera sucedido. Puedo hacerlo. Ayúdanos a salir de aquí. ¡Dile a ese psicópata lo que hiciste!

—Es culpa tuya que estemos en esta situación —añadió Harrison—. Si te hubieras limitado a hacer tu trabajo... Nos lo debes, Jake.

Los gemidos y gruñidos siguieron resonando por toda la habitación.

El candado chocó con estrépito contra la puerta.

Todos guardaron silencio.

Su captor entró con una pistola en una mano y un teléfono en la otra.

—Bueno, resulta que no tenemos tanto tiempo como yo creía. Tengo que poner esto en marcha.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jake.

—Exactamente de lo que he dicho. Preparados o no, esto está a punto de terminar. —Colocó el trípode en medio de la habitación y encajó el teléfono en el soporte central.

—¿Quién de vosotros va a admitir que mató a Emily? —preguntó.

Nadie respondió.

—Intentémoslo otra vez. Te alojaste en el Ritz la noche que mataste a Emily. Siempre reservabas en ese hotel cuando visitabas París.

De nuevo, nadie dijo nada.

—Aquella noche te tomaste cuatro whiskies. El camarero no dejaba de servirte. Te acabaste el último a las 10:38. Sabías que estabas borracho, pero subiste al coche. Te daba igual. Ya lo habías hecho muchas veces.

La confusión sacudió a Thomas. Ya no estaba seguro de que aquello tuviera que ver con Jake.

Su captor giró la cámara y pulsó el botón rojo de grabación. Después hundió la bota en el costado de Harrison.

—Tú eres quien se emborrachó aquella noche. No Jake. Ni Lawrence. Tú.

Harrison apretó la mandíbula. Mantuvo la mirada fija en el suelo.

—El camarero se acordaba de ti. Un estadounidense fanfarrón que se creía alguien especial, según dijo. Dejabas buenas propinas. —Hizo una pausa—. Saliste del bar a las 10:51. Trece minutos después de terminarte la última copa. Un testigo informó del homicidio a las 11:04.

Nada todavía.

Su captor se irguió.

—He tenido diez años para reconstruir todo esto. Lo sé todo. —Caminó alrededor de Harrison—. Ahora necesito que lo digas *tú*.

—No sé de qué estás hablando. —La voz de Harrison era ronca, apenas audible.

—Dilo.

—Quiero un abogado.

Su captor se rio; a través del modulador, la risa sonó plana y mecánica.

—No estás en un tribunal. —Se levantó, recogió la pistola y apoyó el cañón contra la rótula de Harrison—. Dilo.

—Yo no... Yo no estaba... —La respiración de Harrison se aceleró—. Debía de estar oscuro. Las carreteras eran distintas. Si ocurrió, fue un accidente.

—Cuando te emborrachas y te pones al volante, no es un accidente. No te importaba nadie salvo tú mismo. —Volvió a golpear a Harrison.

Harrison dejó escapar un sollozo.

—No quería hacer daño a nadie.

—Pero lo hiciste. Ahora cuéntanoslo. Di que eres un borracho. Un asesino. Y que te has librado hasta ahora.

La voz de Harrison apenas era un susurro.

—Había bebido demasiado. Fue un error. Atropellé a alguien. Creo.

—No. Empieza otra vez. Te emborrachaste. Y subiste *de todas formas* al coche que habías alquilado. Después mataste a alguien. —Alzó la voz—. Mataste a Emily y huiste.

Las lágrimas resbalaban por el rostro de Harrison. De su dedo manaba sangre fresca.

—Me emborraché. Atropellé a alguien, pero no me di cuenta cuando me marché.

—Asesinaste a Emily. ¿Lo sientes? ¿Puedes al menos fingir que lo sientes?

Los mocos le corrían por la cara a Harrison. Sollozaba y le temblaba todo el cuerpo. Un hilo de saliva le colgaba del labio inferior.

—Maté a Emily. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Thomas no soportaba mirar.

¿Harrison confesaba porque le estaban apuntando con una pistola? ¿O de verdad había matado a alguien y la había abandonado para que muriera?

Al menos su suplicio terminaría. Su captor tenía la confesión que había ido a buscar. Sin duda aquello había acabado.

La pistola hizo clic.

Jake se abalanzó hacia delante tanto como le permitieron las ataduras.

—¡Eh! ¡Para! Ya tienes tu confesión. Lo ha admitido. Déjanos marchar.

—¿Por qué sigues intentando protegerlo? —preguntó su captor—. Lleva echándote a los leones desde que llegasteis. Además, su confesión no tiene ningún valor legal. Sus abogados la harán pedazos.

—¡Es suficiente! —bramó Jake—. Cuando publiques el vídeo, se habrá acabado su carrera. Se habrá acabado su vida. Ya tienes lo que querías.

—Eso sigue sin ser justicia —raspó la voz modulada—. Solo lamenta que su secreto haya salido a la luz. Lo siente porque está incómodo y esto le supone un inconveniente. No basta. Tiene que experimentar hasta el último ápice de su dolor. Tiene que pensar en todo lo que va a perder.

—No —suplicó Jake—. Tienes que parar.

—Para —imploró Harrison—. ¡Yo no lo hice! ¡No le hice daño!

A Thomas se le heló la sangre. No sabía qué creer.

—Piensa en lo que estás haciendo —suplicó Jake. Ya no sonaba tan sereno. Sonaba desesperado—. Un paso más... sería demasiado y no hará que ella vuelva.

El pistolero no les hizo caso.

—Empecemos por abajo. Fémur roto.

Apretó el gatillo.

Una bala atravesó la pierna de Harrison.

El disparo fue ensordecedor.

—¡Para! —gritó Harrison, retorciéndose en el suelo—. La maté. Atropellé a Emily con mi coche. Pero para. ¡Por favor, para!

Thomas cerró los ojos con fuerza, pero no pudo acallar el sonido.

Jake se arrastró de lado por el suelo.

—¡Ya basta! ¡Has conseguido lo que querías! ¡Ha confesado!

—También tenía el bazo lacerado —dijo su captor. Apuntó al torso de Harrison y volvió a disparar.

El cuerpo entero de Harrison se estremeció. La sangre fresca le empapó la camisa.

—Lo siento —gimió—. Lo siento. Por favor, para. Por favor, no me mates.

Su captor no había terminado.

—Hígado desgarrado. Pelvis aplastada.

Otros dos disparos.

El cuerpo de Harrison se sacudió con cada impacto. Sus gritos se convirtieron en jadeos y luego en silencio. Dejó de moverse. El pecho quedó inmóvil.

Thomas no podía respirar. Nunca había visto a nadie sufrir una muerte violenta ante sus ojos.

Lawrence emitió un gemido agudo y lastimero.

Jake tenía la boca abierta y los ojos desorbitados.

Su captor retiró el teléfono del trípode y detuvo la grabación. Le temblaban las manos.

—Harrison Porter por fin ha recibido su merecido. He acabado aquí. Me voy. El FBI acabará rescatándoos.

—¡Espera! —Thomas recuperó la voz—. ¡No puedes dejarnos aquí sin más!

Su captor se encajó el trípode bajo el brazo.

—Claro que puedo. Voy a fingir que soy como Harrison y a hacer lo que me dé la gana.

—¡Moriremos! —gritó Lawrence—. ¡Nos moriremos de hambre! Necesitamos agua. Vamos a...

Una nueva descarga de miedo se apoderó de Thomas cuando la puerta se cerró de golpe. El candado se bloqueó y cayó con un golpe seco.

El charco de sangre alrededor del cuerpo de Harrison aumentó y se extendió por el suelo.

—Está muerto —susurró Lawrence—. Dios mío, está muerto. Y quizá sea el afortunado, porque se ha ido rápido.

CAPÍTULO 44

Después de que la enfermera entrara en la habitación para comprobar las constantes vitales, Victoria la abordó en el pasillo. —¿Ya ha revisado el cardiólogo su electrocardiograma?

—Vendrá en cuanto pueda. —La voz de la enfermera era amable—. Su abuelo está estable, así que puede que tarde un poco. Intente relajarse.

Victoria estuvo a punto de echarse a reír. No podría relajarse hasta que encontrara a su padre.

Fue a sentarse junto a Ned. Él le pasó un brazo por los hombros y ella apoyó la cabeza en su hombro.

—No sé qué le pasa —susurró—. No recordaba que mi padre está desaparecido.

—Ya lo he visto. Ahora no te preocupes por eso. Vayamos paso a paso.

—Eh... ¿perdón?

Victoria se volvió hacia la voz.

Rivera estaba en la puerta.

—¿Qué hace aquí? —No pretendía que la pregunta sonara tan brusca. Sencillamente, le había sorprendido verlo.

—Quería asegurarme de que todo estuviera bien —respondió él.

Ned y Rivera cruzaron la mirada, y algo pasó entre los dos hombres.

Victoria se levantó. —Estamos esperando al cardiólogo. ¿Qué ha pasado con Ricky Young?

—Lo estábamos esperando en la cafetería —dijo Rivera—. No se presentó. Hemos emitido una orden de búsqueda para su vehículo.

A Victoria no le gustó la expresión de Rivera. Había ocurrido algo más.

Él señaló hacia el final del pasillo. —Hay otro vídeo que tiene que ver.

Victoria se disculpó con su abuelo y salió de la habitación. Retorciéndose las manos, siguió a Rivera hasta una sala vacía. —Por favor, dígamelo sin más.

—No es su padre. Lo siento, debería haber empezado por ahí. Es... Harrison Porter ha muerto. Hay un vídeo. El Gobierno está intentando que lo retiren. Le enviaré el enlace.

Unos segundos después recibió el enlace y reprodujo el vídeo.

Harrison Porter yacía en el suelo de hormigón. Atado y ensangrentado. Confesaba que se había emborrachado, había atropellado a Emily Young y no se había detenido.

A los cuarenta segundos resonó el primer disparo. Ya no podía seguir mirando y, sin embargo, mantuvo los ojos clavados en la pantalla. Al fondo se oía a unos hombres gritar y suplicar que parasen. Una de aquellas voces podía ser la de su padre, pero, si lo era, estaba gritando con una desesperación que ella nunca le había oído.

El vídeo se interrumpió y la dejó aturdida. ¿Qué había ocurrido después? ¿Seguían vivos los otros hombres? ¿Qué probabilidades había de que así fuera después de presenciar un asesinato a sangre fría?

Se le revolvió el estómago mientras veía de nuevo el vídeo, desplazando la atención de Harrison a las paredes y el suelo que lo rodeaban. Una fina capa gris de polvo de yeso cubría el hormigón. Había un polvo parecido en la zona que rodeaba el contenedor de basura de las instalaciones de Moffet Yards.

—Podrían estar en ese último lugar —dijo—. Tenemos que entrar.

—La unidad térmica está de camino y estamos esperando el permiso de los propietarios para entrar —le explicó Rivera—. Nos está costando localizarlos.

—No podemos esperar. —Volvió corriendo a la habitación de su abuelo —. Ned, ¿puedes quedarte aquí? Tengo que irme. Es por mi padre. Llámame si cambia algo.

Él no le hizo ninguna pregunta. Se limitó a darle un abrazo rápido y dijo: —Vete.

Victoria besó a su abuelo en la mejilla y le dijo que lo quería.

Y se marchó.

CAPÍTULO 45

Thomas usó las caderas y los codos para desplazarse de lado y alejarse del charco de sangre de Harrison que se extendía hacia él.

No habían apagado las luces desde que llegaron a su prisión. Thomas deseaba poder hacerlo ahora para no tener que seguir contemplando el horror que los rodeaba. No quería morir así. Tenían que salir de allí.

—Siempre pensé que moriría de un infarto —dijo Lawrence—. Cuando fuera muy viejo. A los noventa y cuatro, eso imaginaba. En mi dormitorio de la casa de los Hamptons, con vistas al océano. —Soltó una risa quebrada —. No así. Como un animal atrapado. ¿Y tú?

—No quiero hablar de eso —dijo Thomas.

Había estado calculando sus probabilidades de sobrevivir. Aunque consiguieran desatarse, ya se habían quedado sin agua. Sin ella, el cuerpo humano aguantaba tres o cuatro días. ¿O eran dos? Tenía la boca insoportablemente seca. Los labios se le estaban agrietando. Intentó no imaginar cuánto empeoraría todo antes de que murieran de deshidratación o se vieran obligados a plantearse beber del suelo la sangre de Harrison.

Se estremeció.

Las bridas le habían cortado tanto la circulación que había perdido la sensibilidad en los dedos.

Jake estaba sentado, pero llevaba mucho tiempo sin moverse. Las muñecas atadas descansaban sobre su regazo. La camiseta que le rodeaba la cabeza y le cubría la oreja se había secado hasta adquirir un oscuro color herrumbre. Su rostro era inescrutable.

—Jake —dijo Thomas—. No te vayas. Quédate con nosotros.

Jake no respondió.

—Siento que te acusáramos —dijo Thomas.

Seguía sin responder.

Visualizó el rostro de Victoria. Después, el de Alex. Minka. El bebé que estaba en camino.

Sus futuros nietos crecerían oyendo historias sobre un abuelo y una abuela a quienes nunca llegaron a conocer.

Después apareció el rostro de Emily Young. La imagen de la fotografía que les había enseñado su captor.

No estaríamos aquí de no ser por ella.

El pensamiento surgió antes de que pudiera contenerlo. No era culpa de ella. Emily Young no había pedido nada de aquello.

Ella estaba muerta.

Thomas no.

Todavía no.

Sus pensamientos no lo llevaban a ninguna parte útil. Estaba atado con bridas en un suelo de hormigón junto a un muerto. Tenía tanta sed que apenas podía pensar. La tristeza y la rabia lo abrumaban.

—Tenemos que librarnos de estas ataduras —dijo Jake.

La voz de Jake fue una bendición. Había vuelto. Se había recompuesto.

—Las bridas son de plástico —dijo Jake—. Podemos desgastarlas con un borde afilado, como la esquina del frigorífico. Nos llevará tiempo. Pero no vamos a morir aquí. No es una opción.

Lawrence se secó la cara con el hombro. —¿Y después qué? No pudimos salir de esta prisión cuando teníamos las manos y los pies libres. ¿Qué diferencia hay ahora?

—Antes teníamos motivos para esperar —respondió Jake—. Motivos para creer que acabaríamos saliendo. Ahora ya no. Si nos quedamos aquí, el desenlace está garantizado. No nos queda nada que perder. Si hace falta, roeré esa puerta con los dientes. —Empezó a avanzar de rodillas hacia la pared, centímetro a centímetro.

Victoria viene, se dijo Thomas. Lo mismo que llevaba diciéndose desde el primer día. Venía de camino. Era implacable y no se detendría.

Pero Jake tenía razón. No podían limitarse a esperar.

No hacer nada era peor que hacer algo que probablemente no funcionara.

Thomas se arrastró por el suelo sucio hacia el pequeño frigorífico.

CAPÍTULO 46

Victoria se inclinó hacia delante en el asiento, mirando a través del parabrisas del coche de Rivera la carretera que se extendía ante ellos.

Apenas había terminado de detenerse en el desguace de Moffet Yards cuando ella ya había salido del coche.

La verja seguía cerrada, pero ya no tenía echado el candado. Victoria entró en la propiedad. Rivera iba justo detrás de ella.

Había alguien allí.

Una camioneta blanca estaba aparcada cerca del edificio.

Los agentes sacaron sus armas y avanzaron.

Un hombre alto, vestido con pantalones beis y camisa verde, salió a grandes zancadas por la entrada lateral. Llevaba una bolsa de basura negra y se dirigía hacia el contenedor. Abrió mucho los ojos al verlos. Desplazó una mano hacia la chaqueta.

—¡Agentes federales! —La voz de Rivera restalló en el patio—. ¡Las manos donde pueda verlas! ¡Ahora!

El hombre dejó la bolsa en el suelo de grava.

—¡Al suelo! —gritó Rivera—. ¡Tírese al suelo ahora mismo!

Victoria mantuvo el arma apuntada al hombre, atenta a sus ojos, tratando de determinar si estaba a punto de huir o de plantarles cara.

Él parecía estar sopesando esas mismas opciones. Entonces levantó los dos brazos y se arrodilló.

—¿Qué hay en la bolsa? —exigió saber Rivera.

El hombre miró la bolsa de basura y luego volvió a mirarlos.

—Ropa.

La ropa que llevaba estaba limpia, pero sus botas de trabajo estaban cubiertas de un líquido oscuro.

—¿Cómo se llama? —preguntó Victoria.

—Ricky Young.

Lo había sabido desde el momento en que le vio la cara. La misma mandíbula, los mismos ojos oscuros que Emily en las fotografías de la casa de los Young.

—¿Dónde están? —La voz se le quebró en la última palabra. Le daba igual.

—Dentro. En el sótano. —Señaló el edificio con la cabeza—. La llave está en mi bolsillo izquierdo. Su padre está vivo.

Victoria necesitó un segundo entero antes de poder volver a respirar.

Rivera esposó al sospechoso.

—¿Cuántos más están con usted? —exigió saber, erguido sobre Ricky—. ¿Quién más está implicado?

—Nadie. Solo yo.

Rivera sacó la llave del bolsillo de Ricky y se la dio a Victoria.

—Vaya. Yo me encargo de él.

Ella se dirigió hacia el edificio con el arma en alto mientras Rivera solicitaba refuerzos y una ambulancia.

Con la espalda pegada a la pared, se acercó poco a poco a la puerta. Empujó y esta se abrió hacia dentro. Esperó, escuchando. Reanudó el avance y despejó el primer pasillo, luego el segundo, deteniéndose en cada puerta. Ricky había dicho que estaba solo. Pero no podía confiar en él.

Llegó al hueco de la escalera sin ver un alma. Al pie de los peldaños la esperaba una puerta de acero cerrada con llave. La llave abrió la cerradura. Empujó la puerta con el pie, sujetando el arma con ambas manos.

Lo primero que la golpeó fue el hedor espantoso.

Su mirada recorrió el espacio. Era la misma habitación de los vídeos. Había cuatro hombres vestidos con pantalones de traje y atados. Un charco gigantesco de sangre rodeaba a uno de ellos.

Encontró a su padre con la espalda apoyada contra un frigorífico, las muñecas sujetas a la espalda con bridas y los tobillos atados. La sangre le cubría la ropa y las manos.

—Victoria —articuló él sin voz.

—¡Oh, gracias a Dios! ¡Ya era hora! —gritó Lawrence—. Desátame y sácame de aquí.

En el centro de la habitación, Jake la saludó con la cabeza, los ojos llenos de alivio. Una tira ensangrentada de camisa le cubría un lado de la cabeza.

Como era de esperar, Harrison Porter seguía inmóvil.

Victoria corrió hacia su padre. Utilizó el cuchillo para cortar las bridas de sus manos y luego las de los tobillos.

—Sabía que nos encontrarías. Les dije que lo harías. —Su padre hizo una mueca al llevar los brazos hacia delante. El plástico se le había clavado en la piel y había dejado profundas marcas rojas.

Ella lo ayudó a levantarse y, mientras lo hacía, le examinó el cuerpo. La sangre había salpicado a todos y cada uno de los rincones de la habitación, pero su padre no parecía estar herido.

—Vienen ambulancias —dijo.

Durante unos segundos, la habitación desapareció: la sangre, el olor, el cuerpo sin vida de Harrison en el centro. Victoria solo era consciente de su padre. Parecía más delgado y agotado… pero estaba vivo. Se alegraba tanto de verlo, agradecía tanto que Rivera y ella hubieran llegado cuando lo hicieron.

—Estoy aquí —dijo Rivera a su espalda—. La policía tiene al sospechoso.

Rivera abarcó la habitación de una sola mirada y luego fue directo hacia Jake para cortar las ataduras del agente.

Jake permaneció en silencio. Victoria imaginó que estaría reviviendo cada segundo y cada decisión que los habían llevado al cautiverio y a la muerte de Harrison Porter.

Las ataduras de Lawrence fueron las últimas que retiraron.

—Date prisa —le gritó a Rivera—. Necesito un teléfono. Que alguien me dé un teléfono. Tengo que llamar a mi abogado. —Agitó la mano delante de la cara de Rivera—. Tu teléfono.

—Señor, los paramédicos… —dijo Rivera.

—Necesito tu teléfono —gritó Lawrence.

—Claro. Aquí tienes. —Rivera desbloqueó el dispositivo y se lo entregó.

Por encima de ellos, atravesando el hormigón y las plantas medio demolidas, les llegó el ulular de las ambulancias que se aproximaban.

El padre de Victoria estaba tan entumecido que apenas podía moverse. Ella caminó a su lado, cruzó la puerta y llegó al hueco de la escalera.

Jake fue el siguiente y caminaba sin ayuda.

Apoyado en Rivera, Lawrence los siguió con pasos lentos e inseguros. Hablaba por teléfono con voz apremiante.

—Todo lo que dije me fue arrancado bajo coacción. Todo. Quiero que todo tu equipo se encargue de esto.

Uno a uno, salieron al aire nocturno.

Las luces de dos ambulancias, un camión de bomberos y un coche patrulla destellaban en la oscuridad. Apareció otro coche patrulla con las sirenas aullando.

El cielo sobre el almacén tenía un tono gris oscuro y desvaído. Una brisa fresca recorría el desguace, arrastrando el olor de los gases de escape de las ambulancias que aguardaban con el motor encendido.

Un paramédico le entregó una botella de agua al padre de Victoria. Él bebió a pequeños sorbos y después tomó algunos más largos.

—¿Qué hora es? —preguntó mientras volvía a poner el tapón—. ¿Qué día es?

—Son casi las nueve y es martes.

—¿Cómo nos encontraste?

—Tu captor me estaba enviando mensajes desde tu teléfono. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía. Lo siento.

—No tienes nada por lo que disculparte, papá.

—Tienes razón. Solo quiero irme a casa y ducharme. Comer y dormir.

Victoria lo entendía. Ahora que habían encontrado a los hombres, eso era también lo que ella necesitaba hacer. Pero la noche distaba mucho de haber terminado.

—Tienes que ir al hospital para que te examinen. Y después, siento decirte que tendrás que responder a mil preguntas sobre lo sucedido.

Él suspiró.

—Hay otra cosa que debes saber… El abuelo está allí. En el hospital. Creen que ha sufrido un infarto leve. Ned está con él.

—¿Ha ocurrido mientras yo no estaba? Espero que no haya sido por mi culpa ni por toda esta situación.

—No lo sé, pero se alegrará de que haya terminado y de verte. Me reuniré contigo allí dentro de poco. Me alivia muchísimo que estés bien, papá.

Él volvió a abrazarla antes de que el paramédico lo ayudara a subir a la parte trasera de una ambulancia.

Cerca de allí, Lawrence seguía hablando por teléfono.

—Haz que mi médico privado tome un avión para reunirse con nosotros en el hospital. Tengo sed. Me muero de hambre. Estoy agotado. Debo de estar en estado de shock. Ha sido un infierno. Un auténtico infierno. —Señaló a otro sanitario—. ¿Dónde está mi agua?

Jake estaba sentado en el parachoques trasero de otra ambulancia, con una manta sobre los hombros, mientras un paramédico le atendía la oreja. Cuando Victoria se acercó a él, miraba fijamente al suelo y no la vio llegar.

—Jake —dijo.

Él levantó la vista. Debía de estar tan conmocionado y agotado como los demás, pero, a diferencia de los otros hombres, probablemente cargaba además con el peso de la culpa.

Victoria se detuvo ante él.

—Gracias por mantener vivo a mi padre.

—No necesitó mi ayuda. Conservó la calma todo el tiempo. —Jake volvió a bajar la mirada hacia el suelo—. No esperaba que muriera nadie. Tenía comida y agua para nosotros. Pensé que, una vez que consiguiera su confesión, nos dejaría marchar a todos.

—Harrison probablemente habría muerto en esa habitación hicieras lo que hicieses. Ricky Young entró allí con un plan. No le importaba que lo atraparan.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jake.

—Mientras estabais cautivos, me envió pistas usando el teléfono de mi padre. Quería que supiéramos dónde estaba. Por eso llegamos cuando lo hicimos. De lo contrario… —Expulsó el aire ruidosamente—. Mira, no voy a decirte cómo debes sentirte por esto, pero nada de lo ocurrido fue culpa tuya.

Jake ni siquiera era capaz de sostenerle la mirada, pero Victoria se alegraba de que la hubiera oído. Tendría que escucharlo una y otra vez si quería seguir adelante después de aquello.

No sabía todo lo que los hombres habían soportado durante su cautiverio, pero habían presenciado la brutal muerte de Harrison Porter. No habían podido hacer nada para impedirla. No la olvidarían en mucho tiempo.

Se volvió bruscamente hacia la ambulancia en la que había subido su padre.

—¡Esperad! —gritó—. Voy con vosotros.

CAPÍTULO 47

Ricky se dejó caer hacia atrás contra los asientos. Le vinieron a la mente unas palabras de la Biblia: N *o hay nada encubierto que no llegue a descubrirse, ni nada oculto que no llegue a conocerse. Lo que habéis dicho en la oscuridad se oirá a plena luz, y lo que habéis susurrado al oído en las habitaciones interiores se proclamará desde los tejados.* Lucas 12:2-3.

Él había hecho realidad aquellas palabras.

Antes de que llegaran los agentes, había comprobado el vídeo. Cuarenta mil visualizaciones en dieciocho minutos. No tardarían en retirarlo. Las redes sociales no podían permitir que la gente presenciara un asesinato violento. Pero, hasta entonces, esperaba que todo el mundo lo viera y conociera la verdad sobre Harrison Porter. Nada de premios ni ascensos póstumos para el diplomático.

Cerró los ojos y sintió una oleada de alivio.

Se imaginó a Emily de niña, con su sonrisa radiante, contando historias alrededor de la mesa durante la cena. Nunca había dicho nada cruel ni había cotilleado sobre nadie. No era religiosa como sus padres, pero encarnaba lo mejor que podía ofrecer la religión. Bondad. Altruismo. Humildad. Anteponer a los demás a uno mismo. Asegurarse de que nadie quedara excluido ni estuviera solo.

El mundo necesitaba más personas como Emily. Era especial. Hasta que su vida quedó truncada. Demasiado pronto.

Ricky había hecho todo lo posible por conseguir justicia para ella. Ahora solo se arrepentía de una cosa. Del asesinato de Harrison.

Emily jamás lo habría aprobado.

Más versículos de la Biblia inundaron sus pensamientos: *No os engañéis: nadie se burla de Dios. Cada uno cosecha lo que siembra.* Gálatas 6:7.

Ricky se había aferrado a esas palabras durante diez años, dirigiéndolas contra la persona que había matado a su hermana y luego se había dado a la fuga.

Ahora se volvían contra él.

Ricky era culpable. Estaba preparado para afrontar las consecuencias.

CAPÍTULO 48

Jake estaba en la segunda planta del hospital, donde le estaban curando y suturando la oreja.

El director ejecutivo del hospital había recibido a Lawrence en la zona de ambulancias. Ahora Lawrence esperaba en una suite vip. Habían avisado a sus médicos y abogados, que ya estaban de camino.

Victoria vio a Ned en el pasillo del hospital, frente a la habitación de su padre. Lo saludó con una sonrisa cansada.

—¡Lo habéis encontrado! —exclamó Ned.

—Sí. Están aquí, haciéndose un reconocimiento. Los tres.

Ned la estrechó entre sus brazos.

—Gracias a Dios. ¿Y tu padre...? ¿Cómo está?

—Está deshidratado. Hambriento. Pero no le falta ninguna parte del cuerpo.

—Eso es bueno.

Ned asintió y luego negó con la cabeza, como si apenas pudiera creerlo.

Se abrazaron durante unos segundos, hasta que él dijo:

—Tengo que irme. Tengo varias operaciones programadas a primera hora. Antes pasaré por casa para dar de comer a los animales.

—Gracias —respondió ella, aferrándose a su brazo.

Ned la besó en la frente.

—Tu abuelo ha estado despierto casi toda la noche. Se sentirá mucho mejor cuando le des la noticia. Y tú descansa un poco, si puedes.

—Lo haré. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Ned se marchó y ella entró en la habitación de su abuelo.

Con el televisor apagado, en la habitación no se oía nada salvo el suave pitido de un monitor. Su abuelo estaba incorporado en la cama. Esperando.

—Lo hemos encontrado —dijo ella.

—¿Está herido? —preguntó su abuelo.

—Lo están examinando ahora. Creo que se pondrá bien.

—Es un buen hombre. Tu padre.

—Lo sé.

—Abigail eligió bien. Y tú también.

Victoria le cogió la mano.

—Gracias. Desde luego que sí.

—Estaría bien que os casarais de una vez. Me gustaría estar presente para la ocasión.

Su abuelo volvía a comportarse como siempre. Dejaba claros sus deseos y calculaba cuántos días le quedaban para verlos cumplidos.

—Eres uno de nuestros invitados más importantes —dijo ella—. Estamos en ello.

—¿Sabe tu padre que estoy aquí?

—Sí. Le he dicho que estabas bien.

Su abuelo se rio.

—Lo estoy. Para tener ochenta y nueve años.

Se recostó de nuevo sobre la almohada.

—Puedes decirle que, cuando se recupere, quiero ese segundo bourbon que nunca llegué a tomar en la recepción.

—Puedes decírselo tú mismo.

A su abuelo empezaban a pesarle los párpados.

Victoria se sentó en la silla de plástico junto a la cama sin soltarle la mano.

Apenas podía mantener abiertos sus propios ojos. El subidón de adrenalina había desaparecido. Funcionaba con las últimas reservas. Cogió la manta de más que había a los pies de la cama de su abuelo y se cubrió con ella.

Los párpados le aletearon varias veces antes de permitir que se cerraran.

Un tiempo después, el chirrido de unas ruedas en el pasillo la despertó.

Una enfermera entró empujando la silla de ruedas de su padre.

—¿Habría alguna posibilidad de que me trajera una hamburguesa? —le preguntó él a la enfermera.

—A estas horas, no —respondió la enfermera—. Cuando abra la cafetería del hospital, servirán el desayuno.

Él se lo pensó.

—¿Un bocadillo de huevo? Y cualquier cosa que pueda pasar por un batido.

—Yo me encargaré de encontrarle algo que le guste —dijo Victoria, y la enfermera pareció agradecida.

El hospital había tenido la amabilidad de alojar a su padre y a su abuelo en la misma habitación. Habían dejado medio corrida la cortina que los separaba.

Su padre miró por el hueco hacia su suegro.

—Duerme como un tronco, ¿verdad?

Victoria mantuvo la voz baja.

—Estaba preocupado. Le ha pasado factura.

Y no solo a él.

Victoria cogió el teléfono y encontró un restaurante abierto las veinticuatro horas que hacía entregas en el hospital. Mientras esperaban la comida, tendría tiempo de hablar con su padre. Pronto tendría que informar de todo a un grupo de trabajo al completo. Por el momento, lo tenía para ella sola y le sobraban las preguntas.

Abrió su cuaderno.

—¿Puedes empezar por el principio? Cuando Jake te dijo que salieras de la recepción.

—Te contaré todo lo que recuerde.

En voz baja, relató lo sucedido por orden cronológico.

Cómo subieron al todoterreno.

Cómo despertó en el sótano con Jake.

Cómo Lawrence y Harrison despertaron unos minutos después.

El síndrome de abstinencia de Harrison y cómo después perdió un dedo.

La herida de Jake en la oreja.

La confesión de Lawrence.

Cómo se volvieron contra Jake y cómo más tarde tuvo que disculparse con él.

Y después... lo que le ocurrió a Harrison. Lo que Ricky le hizo mientras los demás miraban, atados e indefensos.

Victoria escuchó y escribió sin interrumpirlo.

Su abuelo siguió durmiendo durante todo el relato.

—¿No visteis ni oísteis a nadie más aparte de Ricky? —preguntó.

—No. No vimos a nadie más. Se oían muchos ruidos encima de nosotros, y el tren..., pero a nadie más.

Victoria siguió escribiendo.

—¿Jake perderá su trabajo? —preguntó su padre.

—No lo sé. Eso es asunto de la CIA.

—No debería. Fue mi sostén. Mantuvo la calma, incluso cuando nos volvimos contra él. Tomó decisiones racionales. Sin él, es posible que todos estuviéramos muertos.

Su padre tragó saliva y sostuvo la mirada de Victoria.

—Me recordó a ti.

—Me alegro de que estuviera con vosotros —le dijo Victoria.

Un nuevo mensaje iluminó la pantalla de su teléfono. Sintió una punzada de pánico que duró una fracción de segundo, hasta que recordó que la pesadilla había terminado. No habría más mensajes del secuestrador de su padre. Solo era un mensaje sobre el pedido de comida. Cerró el cuaderno.

—Voy a bajar para encontrarme con el repartidor. Vuelvo enseguida.

—Voy a necesitar un teléfono nuevo —dijo él—. A menos que hayáis encontrado el mío.

—Ahora es una prueba —respondió ella mientras se levantaba—. Tendrás que comprarte otro.

—Me lo imaginaba. Escucha, si me quedo dormido mientras estás fuera, despiértame para comer, por favor.

Ella le prometió que lo haría.

Pese al cansancio, el peso emocional que había soportado durante los últimos días se había disipado. Aún les quedaban entrevistas y mucho papeleo por delante. Había mucho más que averiguar y comprender. Pero la parte más importante había terminado. Su padre había vuelto.

CAPÍTULO 49

En una sala de interrogatorios de la oficina del FBI en Washington D. C., Victoria tomó asiento frente a Ricky Young y su abogado de oficio.

Ricky estaba sentado al otro lado de una mesa metálica, con las manos cruzadas. Llevaba un mono gris de detenido.

—Señor Young. Soy la agente especial Victoria Heslin.

—Sé quién es, porque fue usted quien me detuvo —dijo él en tono respetuoso—. Y sé que es la hija de Thomas Heslin. ¿Cómo está?

—Se está recuperando.

—Antes de que empecemos —dijo el abogado, removiéndose en la silla —, he informado a mi cliente de sus derechos. Quiero que conste en acta que...

—Lo hice yo —lo interrumpió Ricky—. Y le diré lo que quiera saber.

El abogado frunció el ceño mientras escribía en su bloc amarillo.

—Hemos interrogado a los hombres que secuestró —dijo Victoria—. Sabemos lo que ocurrió. Si hay algo más que deba contarnos, como, por ejemplo, si tuvo cómplices, este es el momento.

La expresión de Ricky no cambió. —No hay nadie más. Y le juro por mi vida que mis padres no sabían nada de esto.

Victoria creyó esa última parte.

—Secuestró a cuatro hombres, los sedó y después los llevó al sótano de su desguace. Por no hablar de la información que recabó. La vigilancia del acto de Georgetown. La información sobre Harrison Porter. ¿Todo eso lo hizo una sola persona? —preguntó.

El abogado tocó el brazo de Ricky, pero este no le hizo caso. —Sí. Una sola persona. Yo.

Victoria lo estudió. —Los hombres despertaron en el sótano. Las escaleras eran empinadas. ¿Los bajó usted solo?

Ricky se recostó en la silla y flexionó los bíceps. Los músculos se le hincharon. —Llevo ocho años arrancando acero y cobre de edificios. He sacado frigoríficos, calderas, bañeras de hierro fundido. Yo solo. —Se cruzó de brazos—. Cuatro hombres, de uno en uno, sobre una carretilla y por una rampa que construí yo mismo. Fue uno de los trabajos más fáciles que he hecho en mi vida.

—¿Cómo consiguió el gas sedante?

—Me lo proporcionó un tipo que tenía un contacto en el ejército. Tardé cuatro meses.

—La llamada suplantada al supervisor de Jake Miller. ¿Cómo lo hizo?

—Me ayudó un servicio técnico por internet.

—¿Dónde lo encontró?

—En la web oscura. Fue una transacción en efectivo, y no salió barata. Nunca tuve ningún nombre. Se suponía que era imposible de rastrear.

Eso coincidía con lo que había averiguado Sam.

—¿Planeó y ejecutó usted solo toda la operación? —preguntó.

—Sí. Durante dos años.

Dos años de planificación mientras dirigía un negocio legal. Había interrogado a cientos de delincuentes. Rara vez había visto semejante grado de paciencia y disciplina en una búsqueda de venganza.

—De acuerdo, entonces —dijo—. Cuénteme cómo descubrió que había sido Harrison Porter.

—Contraté a alguien para que investigara. No voy a darle ningún nombre. No lo tengo. Esa persona no sabía qué pensaba hacer yo con la información.

—¿Qué averiguó?

—Un memorando interno de la embajada en el que se ordenaba a la policía francesa cerrar la investigación. Otra referencia a la inmunidad diplomática. Otra persona encontró registros de hotel y un coche de alquiler pagado por Harrison Porter.

La historia era verosímil. Cualquier otra persona podría haber encontrado esos registros si sabía qué buscar. Existía toda una industria dedicada a obtener y vender información que no debería ser accesible. Sam había encontrado los mismos registros por los cauces oficiales del FBI y después

de que Caroline Porter les diera acceso a los extractos de su tarjeta de crédito. El rastro estaba ahí para cualquiera que decidiera buscarlo.

—Podría haber acudido a nosotros cuando obtuvo esa información —dijo Victoria.

Ricky apretó los puños. Una vena le latía en el cuello. —Ya había suplicado a la policía francesa que nos ayudara. Y también a la embajada estadounidense. Intenté escribir cartas al Departamento de Estado. Me pasé ocho años tratando de seguir los cauces oficiales. —Se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa—. No dejaba de pensar que Emily habría querido que hiciera las cosas como es debido. Que acudiera a un periodista o a un senador. —Agachó la cabeza—. Pero a nadie le importaba. No querían investigar la historia. No era lo bastante importante.

—Así que decidió hacer que lo fuera.

—Exacto. Por eso acudí a usted. Pensé que a usted sí le importaría. Este país y sus instituciones le fallaron a mi hermana. Esa es la verdad.

—En eso estoy de acuerdo con usted —dijo Victoria—. Pero no en lo que les hizo a Harrison Porter y a los otros tres hombres que secuestró. Ejerció de juez y verdugo. Nuestro mundo dejaría de funcionar si todos actuáramos así.

—Desde mi punto de vista, ya había dejado de funcionar —respondió Ricky.

Victoria lo estudió. No parecía enfadado ni a la defensiva. Estaba tranquilo y parecía estar en sus cabales.

—No es la primera persona que conozco que ha decidido que la justicia de su causa bastaba para justificar sus actos.

Ricky sostuvo su mirada. —¿Tenían razón?

—Algunos sí. Pero no se trata de eso. Se trata de que no se puede confiar en que ninguno de nosotros sea al mismo tiempo la víctima y el juez. Estamos demasiado implicados. Vemos lo que necesitamos ver.

—Yo vi la verdad.

—Vio *su* verdad. Y por eso ha muerto un hombre.

Ricky guardó silencio durante un momento. —Emily era mi hermana pequeña, pero también era la mejor persona que he conocido en mi vida.

—Por lo que hemos averiguado, su hermana era una mujer extraordinaria —dijo Victoria—. Es una pena que usted no se mantuviera fiel a sus principios.

Ricky Young había amado a su hermana, había agotado todas las vías legítimas y después había cruzado una línea que sabía que no debía cruzar. Victoria lo entendía, pero seguía siendo culpable.

—Voy a presentar un informe al fiscal para recomendarle que tenga en cuenta todo el contexto al solicitar la pena. El historial de Harrison Porter, el encubrimiento de la embajada, la década de inmunidad diplomática. El tribunal debería entender a qué se enfrentaba antes de decidir qué castigo merece.

—Soy culpable —dijo Ricky—. No espero nada.

El abogado se irguió en la silla. —¿Está condicionada esa oferta a algo? ¿A una mayor cooperación, a que proporcione más información?

—No —dijo Victoria—. Y no es una oferta. Es simplemente lo que voy a hacer.

Recogió su bolso y se dirigió hacia la puerta. Tenía la mano sobre el picaporte cuando Ricky volvió a hablar.

—Agente Heslin.

Ella se volvió.

—Su padre. —Ricky le sostuvo la mirada—. Lo suyo fue simplemente mala suerte. Se vio envuelto en todo esto por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Necesitaba a los demás para conseguir que Harrison confesara. Su padre no debería haber estado allí. Jake tampoco.

—Gracias —dijo Victoria. Y lo decía de corazón.

CAPÍTULO 50

Mientras saboreaba un matcha latte, Victoria estaba sentada en el suelo del despacho de su casa. Acariciaba la cabeza de Myrtle.

Su teléfono vibró. Era su amiga Zoey, que vivía calle abajo.

¿Te apetece salir a pasear mañana?

Victoria sonrió. La urgencia de su caso había terminado y, al salir del trabajo, podría dar un paseo con su vecina y sus perros. Le respondió y acordaron una hora.

—Los burros ya han comido —anunció Ned antes de aparecer en el umbral. Observó a Victoria y a Myrtle, sentadas una junto a la otra en el suelo—. ¿Cómo está? —preguntó.

—Bien, creo.

Él asintió y las dejó solas.

Unos minutos después, gritó:

—¡A desayunar!

Los perros salieron disparados hacia la cocina desde distintos puntos de la casa.

Myrtle no podía oír a Ned, pero vio pasar a los perros por delante del despacho, se levantó y fue tras ellos. Seguía teniendo un apetito excelente.

Victoria se terminó el té e inició sesión en su portátil.

Ricky Young era ya un nombre conocido por todo el mundo, y todos sabían del secuestro que había llevado a cabo. Pese a la estremecedora violencia de sus actos, no había quedado como el malo de la historia. Algunos parecían considerarlo una especie de héroe justiciero.

Habían transcurrido casi dos semanas desde que la confesión de Lawrence Goodman se hiciera viral. La historia se propagaba como la pólvora, impulsada por una avalancha de nuevas acusaciones.

La primera mujer dio un paso al frente poco después de que se publicara el vídeo. Una joven de dieciséis años de Virginia. La Fundación Goodman le había concedido una beca. Había asistido a dos de las cenas obligatorias. En la segunda, Lawrence la había obligado a hacer cosas que ella no quería hacer. No había acudido a una tercera cita. Una compañera del instituto y su hermana mayor corroboraron su declaración. La joven les había contado lo sucedido justo después.

Otras tres mujeres relataron historias parecidas. Después fueron cinco. Luego ocho.

Los tribunales estaban invalidando los acuerdos de confidencialidad. Los bufetes aceptaban casos pro bono. Una antigua empleada de la fundación dio un paso al frente y admitió su participación. Siguiendo instrucciones de Lawrence, había buscado candidatas que cumplieran determinados criterios físicos: cabello rubio, ojos azules y complexión delgada.

Dos universidades habían anunciado que retirarían su nombre de sus edificios. El futuro del Centro Goodman de Ética Empresarial de Georgetown se decidiría ahora mediante una votación de la junta. Todo el mundo esperaba que la decisión de devolverle su donación fuese unánime.

Lawrence contaba con un equipo de abogados de primer nivel. Estos habían construido su defensa en torno a las circunstancias de la confesión. Se había producido bajo una coacción extrema y la amenaza de violencia inminente. El argumento no era erróneo. Una confesión obtenida bajo coacción tenía un valor jurídico limitado. Pero las mujeres que estaban dando un paso al frente no tenían nada que ver con aquello.

Cuando eran menores, habían firmado documentos que les exigían guardar silencio. Obedecieron porque eran jóvenes y creían que sufrirían consecuencias si no lo hacían.

Pero eso había cambiado. Dieron un paso al frente sabiendo que la gente las creería y las protegería.

Las declaraciones de las denunciantes abarcaban una década. Las chicas recibían invitaciones exclusivas para solicitar una beca en una institución de élite. Después venían las cenas privadas. Alcohol ofrecido a menores. Habitaciones de hotel. La beca y los privilegios eran como una puerta abierta que aguardaba a que alguien la cruzara.

Algunas chicas habían cruzado aquella puerta y lo lamentaban profundamente, aunque ninguna tanto como Allison Hammond. Otras habían dado media vuelta y habían echado a correr, igual que Victoria había huido de una biblioteca a los once años.

Lawrence todavía no había sido detenido por nada. Sus abogados dilatarían el proceso judicial durante mucho tiempo. Pero las demandas civiles seguían acumulándose. Las fiscalías de varias jurisdicciones estaban preparando casos a partir de las declaraciones de las mujeres.

Lawrence no escaparía de aquello.

Las mujeres a las que había aterrorizado para obligarlas a guardar silencio ya no tenían que callar.

Ya era hora.

Victoria se levantó del escritorio. Quería sacar a Myrtle a dar un paseo corto mientras aún pudieran hacerlo.

CAPÍTULO 51

La tragedia de Emily Young también había ocupado las portadas. Todo el mundo parecía solidarizarse con ella.

El Gobierno francés había reabierto el caso. Presionado, el Departamento de Estado de Estados Unidos estaba llevando a cabo su propia investigación interna.

Los vídeos de la violenta muerte de Harrison seguían apareciendo en internet pese a los esfuerzos por eliminarlos de forma permanente.

El FBI había recibido por fin su expediente diplomático completo. No la versión maquillada que el Departamento de Estado entregaba cada año al Congreso. Ahora tenían un archivo con incidentes que habían permanecido ocultos durante décadas.

Victoria repasó la lista.

Bruselas - Daños materiales en un vehículo de la embajada. Incidente atribuido a un fallo mecánico. Nota interna: El embajador Porter se encontraba bajo los efectos del alcohol. Pagó personalmente las reparaciones.

Múnich - Accidente de tráfico entre un vehículo de la embajada y una motocicleta civil. Motociclista herido. Acuerdo privado por valor de 45 000 €. Investigación cerrada.

Londres - Altercado durante una recepción diplomática. Porter presuntamente agredió a un empleado subalterno. El empleado dimitió. Acuerdo de confidencialidad e indemnización de 75 000 dólares.

Berlín - Detenido por la policía local por conducir bajo los efectos del alcohol. Las autoridades alemanas dejaron en libertad a Porter debido a su inmunidad diplomática. No se presentaron cargos.

Harrison llevaba años dejando un rastro de destrucción por toda Europa y nadie lo había detenido. En vez de eso, lo habían ascendido. Lo habían nombrado jefe de Protocolo y puesto al frente de las ceremonias diplomáticas: el hombre que debía representar los valores estadounidenses en el extranjero.

La inmunidad lo había protegido de las consecuencias. El dinero de su familia debía de haberle permitido salir indemne de todos los problemas. Demasiadas personas habían mirado hacia otro lado.

Victoria se lo imaginó en el estrado durante la ceremonia de graduación de Georgetown, arrastrando las palabras de su discurso sobre diplomacia mientras las familias aplaudían. Lo habían ascendido y homenajeado.

Si alguien sabía lo que había hecho, comprendía por qué al final había renunciado a obtener justicia por los cauces oficiales. Pero eso no excusaba los actos de Ricky.

Victoria aún estaba completando el expediente sobre las transgresiones de Harrison. Lo siguiente en su lista era conducir hasta Bethesda para entrevistar a Melissa Hartley, una amiga de Emily de la universidad que había viajado con ella a París para celebrar su graduación. Diez años atrás había dado su versión a la policía francesa, sin resultado alguno.

Victoria creía que Melissa merecía que hablasen con ella. Y no solo por el expediente.

***

Melissa Hartley vivía en una casa de ladrillo de una sola planta en Bethesda. Victoria pasó junto a una bicicleta infantil y un casco mientras recorría el camino de entrada.

Melissa abrió la puerta vestida con unos pantalones elásticos negros y una sudadera con capucha, acompañada de un niño pequeño.

—¿Victoria? Hola. Pasa.

Melissa puso una película para su hijo y después sirvió dos tazas de café. Ella y Victoria se sentaron junto a la ventana de la cocina, desde donde se veía el patio trasero.

—Te agradezco que hayas accedido a hablar conmigo —dijo Victoria.

Melissa rodeó la taza con ambas manos. —No había hablado de Emily desde hacía mucho tiempo hasta… hasta la confesión. Al menos, no con

nadie que no fuera de la familia. No es una historia que suela contar. Fue algo tan trágico y no se puede extraer ninguna lección de ello. Emily no hizo nada malo. Pero pienso en ella a menudo. Fue lo más triste y terrible que me ha ocurrido en toda mi vida. Desde entonces he perdido a otras personas. A mi padre. A un primo que tenía cáncer. Pero la muerte de Emily fue tan repentina… Estaba allí y, de pronto, ya no. Y Emily era tan buena. Cuanto mayor me hago, más consciente soy de la persona extraordinaria que era.

—Eso mismo me ha dicho todo el mundo —dijo Victoria.

Melissa se tapó la boca con una mano. —Su muerte nos destrozó a Sarah y a mí. Sentíamos muchísima culpa. —Se secó los ojos—. Lo siento.

—Por favor, no te disculpes.

—Se suponía que iba a ser una celebración. El mejor viaje de nuestras vidas. Y acabó convirtiéndose en una pesadilla.

Victoria esperó a que Melissa se serenara. Finalmente, dijo:

—Háblame de aquella noche.

—Habíamos cogido un vuelo nocturno a París y apenas habíamos dormido. Y luego estaba el desfase horario. Nos pasamos el día entero andando. Kilómetros y kilómetros. Sarah y yo estábamos agotadas. Queríamos volver a la habitación y caer rendidas. Emily no. Intentaba adaptarse al horario de París durante el viaje. No quería acostarse temprano. Así que siguió recorriendo la ciudad. Sola. Ojalá nos hubiéramos quedado con ella.

Victoria se abstuvo de señalar que, de haber estado juntas, tal vez hubieran muerto las tres en vez de una sola.

—Después de que ocurriera, todo fue surrealista —dijo Melissa—. En algún momento me di cuenta de que quizá el chico con el que salía ni siquiera sabía que había muerto. ¿No es horrible? No sé quién se lo habría contado. Si te soy sincera, cuando nos enteramos de que Emily había muerto, me olvidé por completo de él.

—¿El chico con el que salía? —preguntó Victoria—. Hablé con los padres de Emily hace unas semanas. Me dijeron que Emily no salía con nadie.

—Ya. Bueno, su relación era complicada.

—¿Por qué?

Melissa dio un sorbo al café mientras escogía sus palabras. —Sus padres eran muy religiosos y Emily sabía que no lo aceptarían. Él no era cristiano.

Creo que era judío. No me acuerdo. Emily sabía que sus padres pondrían pegas, así que mantuvo la relación en secreto. Pero la cosa iba en serio. Emily pensaba contárselo cuando volviera de París. —Melissa apartó la mirada y se quedó contemplando el patio—. Nunca tuvo la oportunidad.

—¿Cuánto tiempo llevaban saliendo?

—Creo que lo conoció el verano anterior al último curso. Hablaban sobre todo por teléfono y se enviaban mensajes. Estaba loca por él. —Melissa apretó los labios—. Nos burlábamos de ella. Le decíamos que lo mantenía en secreto porque no existía. Pero luego lo conocí. Una vez. —Melissa sonrió—. Estaban completamente enamorados. Se notaba. Cualquiera podía verlo. Era muy bonito. Estoy segura de que se habrían casado.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

—Lo siento. Ha pasado demasiado tiempo. —Bajó la mirada hacia el café —. Era guapo. Respetuoso. Hacía feliz a Emily. Y ella se lo merecía.

Victoria cerró el cuaderno. Tras darle las gracias a Melissa, regresó a su coche y volvió a pasar junto a la bicicleta infantil.

Había llegado al bordillo cuando Melissa la llamó.

—¡Victoria!

Victoria se volvió.

Melissa bajó trotando los escalones de la entrada. —Acabo de recordar su nombre. No sé por qué me ha venido ahora a la cabeza, pero así ha sido. Se llamaba Jack. Estoy casi segura. Jack Miller.

—Jack Miller —repitió Victoria.

—O algo parecido. —Melissa desvió la mirada cuando su hijo pequeño atravesó con paso vacilante la puerta abierta y empezó a bajar los escalones tras ella—. Siento no estar completamente segura.

—No pasa nada. Me has ayudado mucho.

Victoria recorrió el resto del camino hasta el coche y subió, con la cabeza dándole vueltas.

Jack Miller.

Miller era uno de los apellidos más comunes del país. Victoria había ido al instituto con un tal Jack Miller que jugaba al fútbol americano y después se había hecho oftalmólogo.

Jack y Jake no eran el mismo nombre. Melissa no estaba segura. Había pasado demasiado tiempo para que pudiera estarlo.

Victoria salía del barrio cuando los hechos empezaron a arremolinarse en su mente.

El agente de la CIA Jake Miller tenía treinta y tres años.

Se detuvo ante un semáforo en rojo.

Sus padres habían emigrado de Israel. Era judío, al menos por ascendencia.

El semáforo se puso verde. No se movió hasta que el coche de detrás tocó el claxon.

Había ido a París para darle una sorpresa a alguien. Una mujer que nunca se presentó a la cita. De la que nunca volvió a tener noticias.

¿Se debía a que ya estaba muerta?

Victoria recordó la presentación de Sam sobre el destino de Jake y su condecoración. Jake había solicitado un puesto dentro del país.

No solo dentro del país. En concreto, en un equipo de seguridad diplomática.

Habían pensado que se debía al desgaste profesional.

Apretó con más fuerza el volante.

Cuando Victoria habló con Brandi Smith, la exmujer de Jake, esta le dijo que lo amaba. El problema era que él nunca se había implicado del todo en su matrimonio. Los agentes lo habían atribuido a su trabajo. Pero quizá se debiera a que nunca había superado la pérdida de Emily.

Si Jake había conocido y amado a Emily Young, si había visto cómo enterraban la investigación y después había pasado años con acceso a archivos clasificados hasta descubrir la verdad, entonces todo lo que Victoria creía comprender sobre el secuestro era falso.

Jake no había cometido un error cuando secuestraron al jefe de Protocolo.

Se había colocado exactamente donde quería estar.

Victoria sintió escalofríos por todo el cuerpo mientras llamaba a Rivera.

—Necesito que me digas que hay algo que no cuadra en lo que voy a contarte. Espero estar equivocada.

Tres horas después, los agentes estaban de nuevo en la sala de reuniones. Llevaban horas investigando el pasado de Jake.

Sam cerró el expediente de papel y lo empujó hacia el centro de la mesa. —Todo encaja. Absolutamente todo. Jake no pidió que lo asignaran específicamente a la escolta de Harrison Porter. Pero sí solicitó una rotación en seguridad diplomática. Su acceso como agente de la CIA le permitía

consultar los archivos de la embajada. Y, aunque nunca conociera a los padres de Emily, sí conoció a su hermano.

—Desde el principio planeaba estar con ellos en aquel sótano —dijo Victoria. Era la primera vez que oía la afirmación en voz alta, aunque llevaba horas pensándola—. No fracasó al proteger a Harrison Porter. —Se acercó a la pizarra y se detuvo frente a la fotografía de Jake—. Jake fue el cerebro del secuestro.

La sala quedó en silencio.

Sam asintió.

Rivera se reclinó en la silla y se quedó mirando el techo.

Parecían tan decepcionados como ella se sentía.

Victoria recordó una frase de su discurso de graduación.

La justicia por los cauces adecuados es lenta y complicada.

Y lo que no había dicho: que a veces no llega.

Había visto a personas hacer por amor cosas que ella jamás podría aprobar.

A veces comprendía sus motivos, pero eso no importaba.

Arrancó de la pared la fotografía de Jake. —Consigamos la orden de detención.

CAPÍTULO 52

Dos años antes

Los dos hombres estaban sentados en un reservado de una esquina, al fondo del bar. Ambos eran fuertes, estaban en forma y llevaban el pelo muy corto.

—Gracias por venir —dijo Jake, mientras arrancaba trocitos de la etiqueta de su botella de cerveza.

Ricky apoyó las manos encallecidas sobre la mesa.

—Me sorprendió que contactaras conmigo. ¿Cuánto ha pasado? ¿Casi nueve años?

—El trabajo me mantiene ocupado. Ahora estoy en la CIA.

—Entonces, ¿te va bien?

—No, no me va bien —respondió Jake—. Sigo pensando en Emily todos los días. Probablemente por eso arruiné mi matrimonio.

Ricky resopló.

—Yo también pienso en ella. Sigo enfadado y, a este paso, eso no va a cambiar nunca.

Dio un largo trago a su cerveza.

—Emily habría odiado verme así. Para ella, lo importante era perdonar. Siempre miraba hacia delante. Quién sabe dónde estaría hoy. En aquella organización de ayuda internacional, pero dirigiéndola. Eso es lo que pienso.

Jake asintió, imaginando a Emily como esposa y madre, como hacía siempre. Su esposa. La madre de sus hijos.

—Lo que le pasó... no está bien. La persona que la mató sigue ahí fuera, viviendo su vida como si no hubiera ocurrido nada.

La mano de Ricky se cerró con fuerza alrededor de la cerveza.

—No me lo recuerdes.

—Por eso quería hablar contigo.

Jake bajó la voz.

—Sé quién lo hizo.

La expresión de Ricky cambió por completo. Echó la barbilla hacia atrás.

—¿Qué?

—Sé quién mató a Emily. O, al menos, estoy todo lo seguro que podré llegar a estar.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Estudié archivos e información clasificados. Até todos los cabos. El hombre que lo hizo era un borracho con inmunidad diplomática. Y sigue siéndolo. Es rico y tiene buenos contactos. Eso explica por qué cerraron la investigación y por qué nadie quiso ayudar a tu familia. Ahora mismo ocupa un alto cargo en el Gobierno.

—Era de esperar.

Ricky entrecerró los ojos, furioso.

—Necesito saber quién es, pero, Dios... esto va a cambiarlo todo.

—Sí, tienes razón. Lo hará. A mí me cambió.

Ricky apartó la mirada y, acto seguido, volvió bruscamente la cabeza hacia Jake.

—Dímelo.

—Fue Harrison Porter. El actual jefe de Protocolo.

Ricky enarcó las cejas y se dejó caer contra el respaldo del reservado.

—¿Ese tipo? ¿Él mató a mi hermana? ¿No es algo así como un miembro del gabinete?

Cerró los puños sobre la mesa llena de arañazos.

—Tiene que pagar. Quiero que pague por lo que hizo.

—Yo también.

—¿Puedes demostrarlo? ¿Podemos mandarlo a la cárcel acusado de asesinato u homicidio?

—No. Sigue teniendo inmunidad. Si intentara utilizar la información que encontré, sería yo quien acabaría detenido. Él saldría indemne. Seguiría emborrachándose y destrozando más vidas. Es lo que hace.

Ricky se pasó una mano por el pelo y alzó la vista hacia el techo.

—Entonces eso solo empeora las cosas. ¿De qué sirve saberlo si no podemos hacer nada al respecto?

Jake sostuvo la mirada de Ricky.

—Podemos hacer algo. Tengo un plan.

Ricky escudriñó el rostro de Jake. Por fin, bajó la voz y preguntó:

—¿Quieres que lo asesinemos?

Jake recorrió el bar con la mirada para asegurarse de que nadie los observaba.

—No somos asesinos como él. No vamos a hacer daño a nadie.

—Entonces, ¿qué?

—Lo obligamos a admitir lo que hizo. Lo grabamos y después difundimos el vídeo por todo el mundo. Eso destruirá su vida. Su reputación. Todo el mundo sabrá quién es en realidad.

—¿Por qué iba a confesar? —preguntó Ricky.

—Lo hará si conseguimos que esté lo bastante desesperado. Ese tipo es un alcohólico empedernido. Sé cómo lograr que funcione. Pero no puedo hacerlo solo. Necesito tu ayuda.

—Podríamos acabar en la cárcel por esto —dijo Ricky.

—Sí. Podríamos.

Ricky apuró la botella y la dejó a un lado.

—Cuenta conmigo. Tengo que hacerlo.

Jake llevaba demasiado tiempo cargando con aquello él solo. Había hecho planes en solitario, sin saber si alguna vez podría llevarlos a cabo. Pero ahora tenía un compañero. Alguien que lo entendía y a quien le importaba tanto como a él.

Los dos hombres pidieron otra ronda.

Jake le contó a Ricky todo lo que había planeado y lo que aún necesitaba.

—Tenemos que esperar a que se den las condiciones perfectas. No puede estar él solo. Necesitamos a otras personas para presionarlo. Yo estaré allí para asegurarme de que suceda. Fingiré que también me han secuestrado.

Ricky frunció el ceño.

—¿Estás seguro? ¿Crees que podrás lograrlo?

—Estoy seguro.

Alzaron las botellas de cerveza en un brindis sombrío.

—Por Emily —dijo Ricky.

—Por Emily —respondió Jake.

Ninguno de los dos dijo lo que ambos sabían. Emily los habría detenido de haber podido.

CAPÍTULO 53

Jake

La cinta de correr del gimnasio de mi edificio produce un leve golpeteo a cada vuelta. Llevo cuarenta y siete minutos escuchándolo. Estoy solo porque es mediodía de un miércoles. Todos los demás están trabajando. Yo estoy de baja con sueldo íntegro.

La CIA cuida de los suyos, incluso cuando meten la pata hasta el fondo. Tengo una evaluación psiquiátrica obligatoria dos veces por semana para asegurarse de que no supongo un peligro para mí mismo.

No sé si habrá consecuencias internas. Harrison Porter estaba bajo mi responsabilidad y ahora Harrison Porter está muerto. Evidentemente, nadie querrá que forme parte de su equipo de seguridad en el futuro.

Mi abogado me ha dicho que tenga paciencia y espere.

Mi mente gira más deprisa que la cinta. Sigo pensando en lo que hicimos Ricky y yo. También pienso en lo que hizo Harrison Porter.

Pero, sobre todo, pienso en Emily.

Llevo diez años pensando en ella. En cómo llevaba meses hablando del viaje a París. Estaba muy agradecida a su familia por haberla ayudado a pagar el billete de avión y el hotel.

Recuerdo que me dijo:

—Sería increíble que pudieras organizar un viaje de trabajo a Europa para las mismas fechas. Podríamos estar juntos unos días. Quiero ver la ciudad por primera vez contigo. Podríamos besarnos delante de la Torre Eiffel.

Y yo le dije:

—No puedo hacer eso, Emily. Lo siento. Ojalá pudiera, pero esta vez es imposible.

Sé mentir muy bien.

Lo estaba organizando a sus espaldas, haciendo coincidir mis siguientes reuniones de trabajo en Europa con su itinerario. No pensaba arruinarle el viaje con sus amigas. Nada de eso. No necesitaba que sus mejores amigas me cogieran manía. Solo iba a darle una sorpresa durante un día. Nos daríamos aquel beso ante la Torre Eiffel. Sabía que se pondría como loca de alegría.

Emily nos había presentado a Ricky y a mí poco después de que empezáramos a salir. Nos caímos bien de inmediato. Los dos queríamos muchísimo a Emily y deseábamos protegerla. Eso podría haber enfrentado a otras personas. A nosotros no. Su hermano la adoraba. Y se daba cuenta de que yo también la quería de verdad.

Recuerdo que lo llamé y le conté mi plan para sorprenderla en París. Le pareció una idea estupenda, muy romántica, y dijo que Emily se volvería loca cuando me viera allí. Ricky trató mi secreto como si fuera una operación militar, cosa que agradecí. Hizo que me sintiera aún mejor con todo el plan. Debía mandarle un mensaje la mañana del 17. Le diría que había una sorpresa esperándola en una cafetería cercana. Le daría la dirección y yo estaría allí.

No iba a París para pedirle matrimonio, aunque lo había pensado. Sabía que era la mujer de mi vida. Emily era increíble. Iluminaba cualquier habitación. Creía que el mundo podía ser un lugar mejor si todos teníamos fe y lo intentábamos. Quienquiera que eligiese como pareja se convertiría en mejor persona gracias a ella. Yo me había prometido estar a la altura de aquella oportunidad.

Habíamos hablado de nuestro futuro juntos. Primero, un piso con un perro. Después, una primera casa con césped que cortar y una terraza donde recibir a los amigos. Luego hijos y una larga vida juntos. Quería envejecer con Emily. Era mi persona.

Pero aún tenía que conocer a sus padres y convencerlos de que era digno de ella, y eso no iba a ser fácil. Eran cristianos devotos y yo no formaba parte de su comunidad.

Aterricé en París a primera hora de la mañana del día 17. Pasé por la aduana sin detenerme. No había cola. Me pareció una buena señal. Me reuní con un cliente y aguanté una reunión de tres horas sobre un nuevo modelo

de evaluación de riesgos financieros que había desarrollado mi empresa. Durante todo ese tiempo, no paré de apretar y soltar el pulsador del bolígrafo, una y otra vez. Tanto que un compañero me preguntó qué me ponía tan nervioso. Estaba deseando salir de allí.

Después fui a la cafetería.

Apenas había dormido durante el vuelo, así que pedí un café, aunque ya estaba temblando de emoción ante la idea de verla. Incluso ahora recuerdo aquel grado demencial de expectación.

Pasó una hora.

Le mandé un mensaje a Ricky. No respondió.

Pedí otro café. Me dije que Emily todavía no habría visto el mensaje de Ricky o que estaría haciendo una visita, o viendo un espectáculo con sus amigas, y llegaría tarde. Podían haber ocurrido muchas cosas perfectamente razonables. Había llegado hasta allí y podía esperar.

Pasaron dos horas.

La llamé y escuché su buzón de voz. Imaginé su sonrisa. Pero ¿dónde estaba?

Empecé a imaginar toda clase de cosas. Cosas ridículas. Tal vez sabía que era yo quien la esperaba. Quizá Ricky no sabía guardar un secreto. Se lo había contado y ella no quería verme. Le ordené a mi mente que se callara porque nada de aquello tenía sentido. Emily no era la clase de persona que cambiaba de opinión por capricho.

Pedí un bocadillo y un cruasán de chocolate.

Pasó otra hora.

Pagué la cuenta y regresé andando al hotel. Volví a decirme que habría una explicación.

Y la había.

Ricky llamó al día siguiente desde el aeropuerto de Dulles. Iba camino de París. Apenas reconocí su voz. Estaba llorando.

Me dijo que Emily había muerto a las 23:30 del día 16. Cuando ocurrió, yo estaba en algún punto sobre el océano Atlántico, preparando en clase turista la reunión con mi cliente. Había salido a explorar la ciudad. Un coche la atropelló y no se detuvo.

Asistí a su funeral. Sus padres no sabían quién era yo. No sabían que existía. Emily había estado esperando el momento adecuado y ahora ya no habría ningún momento, adecuado ni de ninguna otra clase. Permanecí al fondo de la iglesia abarrotada y después en el cementerio. Estreché la mano

de sus familiares, de personas que no sabían mi nombre. Vi cómo los hombros de la señora Young se sacudían con los sollozos mientras su padre, Ricky y otros familiares cargaban con el féretro.

Solo Ricky conocía mi dolor. Por lo demás, viví el duelo en soledad.

Con el tiempo me casé. Nunca le hablé de Emily.

Pobre Brandi. Se merecía algo mejor. No era culpa suya. Sencillamente, no era Emily. Nadie sería jamás tan amable, dulce y esperanzado como Emily.

Mi divorcio fue discreto y de mutuo acuerdo. Culpé a mi trabajo de mi falta de implicación.

Entonces decidí que solo había una manera de seguir adelante.

Encontré los archivos. Me llevó años y tuve que usar un nivel de acceso que no debía, pero los encontré. Registros de tarjetas de crédito. Registros de hoteles. Un coche de alquiler. Los horarios. Harrison Porter pidió unas copas en el distrito VI justo antes de que atropellaran a Emily.

Me reuní con Ricky y se apuntó sin reservas.

Nuestro plan era bueno, pero tarde o temprano relacionarían con él el desguace. Lo sabíamos desde el principio. Habíamos aceptado las posibles consecuencias. Conseguir justicia merecía una condena de prisión por secuestro. No sería demasiado larga. Harrison Porter dejaba un rastro de destrucción allá donde iba. La gente no dejaba de mirar hacia otro lado. Alguien tenía que detenerlo.

Nosotros no éramos los malos.

No íbamos a hacer daño a nadie.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Casi pierdo el equilibrio sobre la cinta. Me agarro a las barras y clavo la mirada en la pantalla hasta que se me estabiliza la vista.

La razón para llevarnos a cuatro hombres en vez de a uno era psicológica. A solas, Harrison quizá resistiera para siempre. Pero ¿rodeado de hombres que sufrían por culpa de su silencio? Esa presión haría el trabajo por nosotros. No tendríamos que ponerle la mano encima a nadie. Solo debíamos tener paciencia.

Una vez emitiéramos el vídeo con la confesión de Harrison, el mundo no podría ignorarlo. Tendría que pagar por lo que había hecho. Ricky nos dejaría en el sótano. Al cabo de unas horas, debía llamar al FBI y comunicarles dónde estábamos.

Nadie sabría que yo estaba implicado.

Que Thomas Heslin estuviera con Harrison fue una ventaja añadida. Lo animé a acompañarnos cuando salimos de Georgetown. Era un empresario respetado y nos proporcionaba una vía directa hasta una de las agentes del FBI más conocidas del país. Una ventaja, dado que queríamos que todo el mundo supiera lo que había hecho Harrison. Pero también un inconveniente.

Habíamos acordado que nadie sufriría daño.

Esas palabras no dejan de repetirse en mi cabeza.

Habíamos planeado causarme una herida leve. Nada grave. Solo lo bastante llamativa para que nadie sospechara de mí. Aun así, me quedé atónito cuando Ricky fue a por mi oreja.

Debería haber pensado más en lo que aquel calvario le haría al hermano de Emily.

Yo tengo formación. Sé cómo anteponer la misión a todo lo demás. Ricky no. Y cuando Harrison no mostró ningún remordimiento, cuando quedó claro que ni siquiera recordaba haber matado a Emily… algo se rompió dentro de Ricky. No fui lo bastante rápido para impedirlo.

La culpa es mía.

Ricky espera su castigo. Puede que me delate. Tal vez ya lo haya hecho. En cualquier caso, ya he decidido que no voy a esperar. Tengo que entregarme.

Llevo más de una hora machacando la cinta. Cuando por fin salgo de mis pensamientos y levanto la mirada, la agente Victoria Heslin y el agente Rivera avanzan hacia mí por el gimnasio.

Rivera tiene una mano cerca del arma. Reconozco la postura. No es una visita amistosa.

Lo saben.

Detengo la máquina y me bajo. No voy a por una toalla. Me quedo allí plantado, con el sudor resbalándome por la cara, mientras espero a que lleguen hasta mí.

Estoy preparado. Lo estoy desde que Ricky apretó el gatillo contra Harrison y todo cambió.

—Jake Miller —dice Rivera—, queda detenido. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra ante un tribunal.

El agente se coloca detrás de mí. Llevo las manos a la espalda sin que tenga que pedírmelo. Las esposas se cierran con un chasquido.

—Mi padre solo tenía buenas palabras para usted —dice Victoria—. Pero no sabía que estaba allí por voluntad propia.

—Hablaba de usted todos los días —digo—. Estaba convencido de que nos encontraría. Y tenía razón.

Victoria me sostiene la mirada.

—Por cierto, Ricky no lo delató. Una amiga de Emily de la universidad nos ayudó a establecer la conexión.

Me sorprende que las amigas de Emily recordaran mi nombre. Yo no habría recordado los suyos de no haber estudiado los informes de la policía francesa.

—Es hora de irnos —dice Rivera.

Antes tengo que decir una cosa.

—Emily Young era extraordinaria. Lo que hicimos… tiene más sentido si saben eso. Si la hubieran conocido.

—Lo sabemos —dice Victoria.

Agacho la cabeza mientras Rivera me conduce por el gimnasio.

Fuera de mi edificio hay un sedán oficial esperando junto al bordillo. Rivera abre la puerta trasera y me hace entrar.

Sentado detrás, todavía puedo verme en aquella cafetería de París, esperando con la mirada fija en la puerta.

Espero que Emily sepa que estuve allí y que, una década después, sigo queriéndola.

EPÍLOGO

Samuel

Una tarde de un jueves de junio, tres semanas después de que Thomas regresara a casa, el abuelo de Victoria abrió la puerta del armario de la habitación privada de su esposa y contempló la pila de cajas que había dentro.

Samuel sabía que la carta estaba allí. Tras la muerte de su esposa, la había encontrado dentro del álbum de fotos de su boda.

En el anverso del sobre había una sola palabra. Samuel. Escrita con la letra de Eleanor.

Cuando abrió el sobre sellado, encontró otro más pequeño en su interior.

Por si quieres saber la verdad.

Lo había vuelto a guardar y había cerrado la caja.

Los acontecimientos de la última semana habían cambiado las cosas. El secuestro de su yerno, la incansable búsqueda de la verdad por parte de Victoria y las motivaciones de los hombres responsables de lo sucedido en aquel sótano. Tal vez había sido el hospital, el verse postrado en una cama tras sufrir un infarto leve y comprender que le quedaba un número limitado de días.

Mientras Thomas permanecía cautivo, Samuel había observado a su nieta investigar y hacer preguntas para encontrar a su padre. Había ocultado el miedo de su rostro porque no quería que nadie más lo viera. No le había mentido, pero tampoco le había contado nada más.

Por fin estaba preparado para confirmar sus sospechas.

Las cajas estaban etiquetadas con la pulcra letra cursiva de su esposa. Al principio no hizo caso del álbum de boda y se detuvo un momento a contemplar el certificado de bautismo de Abigail. La fecha quedaba tan lejos y, sin embargo, los años habían pasado volando. Después estudió una fotografía de su hija y su nieta junto al lago, tomada el verano anterior a la muerte de su hija.

Entonces cogió el sobre y se lo llevó a un sillón reclinable junto a la ventana. Fuera, dos cardenales se habían posado en el comedero para pájaros que Eleanor había colgado del roble la primavera anterior a caer enferma. Maureen se encargaba de mantener llenos los comederos.

Samuel volvió a evocar a su hija. Abigail. Aún le resultaba muy fácil conjurar imágenes de su rostro, congelado en el tiempo a distintas edades. Victoria, Abigail y Eleanor se parecían muchísimo.

Podía imaginar a Abigail con seis años, eligiendo con él un árbol de Navidad. Iba bien abrigada con gorro, bufanda y manoplas, tomaba chocolate caliente y hablaba de Papá Noel. A los trece, loca por los perros y tratando a los de la familia como si fueran personas. A los veintidós, graduándose en el Wellesley College. A los veintisiete, deslumbrante con su vestido de novia.

Abrió el sobre.

La carta constaba de una sola página manuscrita y estaba fechada tres meses antes de la muerte de Eleanor.

Samuel:

Te dije que la verdad te estaría esperando si querías conocerla. Creo que siempre te lo preguntaste, que tal vez lo sospechaste, pero nunca preguntaste. Si estás leyendo esto, antes de continuar, asegúrate de estar preparado.

La verdad podría cambiarlo todo, y no hay vuelta atrás.

Tengo que confesarlo en alguna parte, y he decidido hacerlo aquí.

Jules Johnson nos arrebató a Abigail. No actuó solo, pero fue el único al que atraparon.

Nunca dejé de pensar en nuestra hija, pero, incluso después de varios años, también seguía pensando en su asesino. Me indignaba que siguiera con vida. Estaba en prisión, pero aún podía vivir, tomar decisiones, ver la televisión, comer y pasear por el patio. Me lo imaginaba haciendo todas esas cosas, aunque no quería. No podía evitarlo.

Le arrebató a Abigail su hermosa vida y, aun así, él podía seguir despertándose cada mañana.

No te diré a quién llamé, quién me ayudó ni cuánto costó. No necesitas saberlo. Lo que sí te diré es que no me he arrepentido ni una sola vez de mi decisión.

Te quiero. Te he querido desde que tenía veintitrés años, y estoy segura de que te quise el día en que morí.

Sé que tú también me querías. Siempre me sentí segura y querida.

Pero debes conocer la verdadera naturaleza de la persona con la que te casaste.

No necesito perdón ni comprensión.

Te pido que guardes el secreto por el bien de Victoria. Ha construido su vida en torno a la búsqueda de justicia. Hasta cierto punto tiene razón, pero a veces no basta. Espero que nunca se pregunte por qué Jules Johnson murió en prisión ni haga preguntas al respecto, pero, si lo hace, podrás decir que no tuviste nada que ver.

Con todo mi amor,

Eleanor

Samuel no volvió a leer la carta. La dobló por los pliegues originales y la sostuvo entre las manos.

Ahora solo había un cardenal en el comedero.

Un hombre había perdido a su hermana. Una madre había perdido a su hija. Ninguno de los dos había sido capaz de permitir que el responsable siguiera viviendo como si no hubiera ocurrido nada.

Samuel se estremeció.

Ahora tenía que cargar con un nuevo peso.

Quizá no por mucho tiempo.

No lo soltaría.

La puerta principal chirrió, anunciándole que alguien había entrado en la casa, en la planta baja.

Thomas lo llamó desde abajo. Habían quedado con Victoria y Ned para cenar en uno de sus restaurantes favoritos. Victoria tenía algo importante que contarles.

—Estoy arriba —dijo Samuel—. Bajo en un minuto.

Volvió a meter la carta doblada en el sobre y encendió la trituradora que utilizaba para documentos financieros y otra información privada. Introdujo la carta por la abertura y observó cómo quedaba reducida a finas tiras.

Cuando la carta dejó de existir, bajó a cenar con su familia y a escuchar lo que su nieta tuviera que contarles.



NOTA DE LA AUTORA

Hola, lectores. Soy Jenifer Ruff, la autora. Alguien tiene que confesar es el undécimo libro de mi serie de thrillers de la agente Victoria Heslin y mi vigésima novela. Algunos de mis libros están basados en crímenes reales, como Pretty Little Girls. Otros son una combinación de ideas que surgieron después de elegir a los personajes o el escenario. En este libro, la inspiración nació de una conversación concreta que tuvo lugar durante mi tercer año de universidad.

ALERTA DE SPOILER: no sigas leyendo si aún no has leído la historia.

Estaba en la playa de Brighton, en el Reino Unido, con un amigo que también era instructor de fitness. Con lágrimas en los ojos, me habló de su hermana mayor. Era amable, especial y la primera persona de su familia que iba a la universidad. Acababa de graduarse con matrícula de honor, la máxima calificación. Después de la graduación, se fue a París con sus amigas. Un coche que circulaba a toda velocidad apareció de la nada. La atropelló y la mató en la acera.

El coche tenía matrícula diplomática y el conductor gozaba de inmunidad. Así que, además de sufrir una tragedia inimaginable, su familia tuvo que enfrentarse a la falta de justicia y de rendición de cuentas. No sabían quién la había matado, aunque quizá ahora sí lo sepan.

Por aquel entonces, yo era joven y me sentía invencible. No podía imaginar que una vida terminara tan pronto, sin previo aviso. Tampoco alcanzaba a comprender el dolor y la pérdida que había sufrido su familia.

Han pasado décadas, pero esa historia nunca me ha abandonado. Si el hombre que me la contó llega a leer esto alguna vez, quiero que sepa que todavía me duele el corazón por él y por su familia.

Quiero dejar muy claros estos puntos. Hace muchos años ocurrió una pérdida trágica similar que dejó destrozados a los seres queridos de la víctima. Ahí termina el parecido. Todo lo demás es pura ficción.

Espero que hayas disfrutado de Alguien tiene que confesar y que la historia te haya mantenido en vilo.

Gracias por elegir uno de mis libros.

Atentamente,

Jenifer Ruff



Si este ha sido tu primer encuentro con la agente Victoria Heslin, puedes empezar la serie desde el principio con

El asesino de los números y descubrir cómo evoluciona su vida de una investigación a la siguiente.

Otros libros de Jenifer Ruff en español

EL ASESINO DE LOS NÚMEROS
NIÑAS PERFECTAS
CUANDO NOS ENCUENTREN
LA SOMBRA DE LA DUDA
DESAPARECIÓ EL NOVIO
DESAPARECIDA EN VACACIONES
LOS CRÍMENES DE LA EXPIACIÓN
LOS ENTERRADOS
EL MAL VECINO
MENTIRAS EN LA NIEVE
ALGUIEN TIENE QUE CONFESAR